

# CHRISTIANNA BRAND



## LA MUERTE ESPERA EN HERONS PARK



Lectulandia

Mientras los misiles alemanes V-1 llueven sobre la campiña inglesa, el personal del hospital militar de Herons Park lucha por mantener la normalidad. La mañana siguiente a un ataque aéreo, el doctor Barnes se prepara para una intervención rutinaria: recomponer la pierna rota de un cartero. Pero antes de hacer siquiera la primera incisión, el paciente fallece a causa de la anestesia. Cuando el forense solicita una investigación, será el inspector Cockrill quien, abriéndose paso entre en una maraña de envidias y resentimientos, se enfrente a seis posibles culpables: tres médicos y tres enfermeras, todos sin ningún motivo aparente para desear una muerte que no tardará mucho en dejar de ser la única...

La muerte espera en Herons Park es sin duda la novela más famosa de su autora y una de las grandes obras maestras del género. En 1946, sería llevada al cine en la que, según la crítica especializada, es una de las mejores adaptaciones a la gran pantalla de un clásico de la novela policiaca.

**Lectulandia**

Christianna Brand

# **La muerte espera en Herons Park**

**Inspector Cockrill - 2**

ePub r1.0

Titivillus 04.10.2017

Título original: *Green for dange*  
Christianna Brand, 1944  
Traducción: Raquel García Rojas  
Portada: Wyeth Magazine Advert (detail)  
Retoque de portada: Gilba

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Christianna Brand

LA MUERTE ESPERA  
EN HERONS PARK

Traducción del inglés de  
Raquel G. Rojas

## Nota de la autora

Resultará evidente (espero) que no podría haber abordado el marco de esta historia de no estar familiarizada con el funcionamiento interno de un hospital militar, y sin duda será igualmente obvio que, dadas las circunstancias, he querido hacer todo lo que estuviera en mi mano para no retratar ninguno en concreto. Este tipo de instituciones tienen todas, sin embargo, quirófanos, distintas salas y pasillos y cuentan entre su personal con oficiales del Cuerpo Médico del Ejército, enfermeras y voluntarias, del mismo modo que todos los personajes han de tener nariz, boca y ojos, con un rango muy limitado de rasgos y peinados. Por eso ruego a los lectores que no traten de ser más perspicaces que la autora y ver retratos reales donde, con sinceridad, ninguno se ha concebido con esa intención.

C. B.

## Capítulo I

Joseph Higgins, el cartero, empujó su maltrecha bicicleta roja camino arriba por la larga pendiente que llevaba a Herons Park, a unos cinco kilómetros a las afueras de Heronsford, en el condado de Kent. Antes de la guerra aquel complejo había sido un sanatorio infantil y ahora lo estaban reconvirtiendo a toda prisa en hospital militar. Varios edificios se alzaban enormes, grises y lóbregos entre los desnudos árboles invernales y Higgins los maldecía con vehemencia mientras luchaba por subir la colina con la bicicleta tambaleándose de un lado a otro del camino. ¡Tanto esfuerzo por solo siete cartas! ¡Se había desviado casi diez kilómetros de su ruta habitual por un puñado de mensajes que acaso ni siquiera se atenderían hasta la mañana siguiente! Apoyó el codo en el manillar para cogerlas con una mano, dispuestas en forma de abanico como si fueran naipes, y las examinó con resentimiento. La primera iba dirigida al oficial al mando. De uno de los nuevos doctores, conjeturó el perspicaz cartero mientras la levantaba para mirarla al trasluz: elegante sobre blanco, matasellos de Harley Street y la siempre ilegible letra de los médicos...

Gervase Eden también había maldecido al sentarse en su consulta para confirmar al oficial al mando de Herons Park que se personaría en su puesto «de inmediato». La última de sus encantadoras pacientes, que, como si hubiera obrado un milagro sobre ella, ya se sentía muchísimo mejor gracias a su «divina» inyección (de puro H<sub>2</sub>O), se acababa de marchar bajando a saltitos las escaleras en un aletear de cheques, pestañeos e invitaciones para cenar. No podía engañarse a sí mismo y pensar que el salario de un cirujano al servicio del Ejército de Su Majestad sería suficiente para mantener nada parecido al lujo al que tan rápido se estaba acostumbrando, pero así estaban las cosas: desde la firma de los acuerdos de Múnich, se estaba volviendo un poco violento no vestir de uniforme... Al menos podría librarse de aquellas encantadoras damas durante una temporada. Por milésima vez se miró al espejo, observó su feo rostro y su cabello cano, su figura enjuta y huesuda y sus nerviosas manos y se preguntó qué demonios veían en él las mujeres; deseaba que no fuese así. Luego tocó el timbre para llamar a su secretaria y le pidió que enviara la carta. Esta rompió a llorar en el acto ante la perspectiva de su marcha y, después de todo, no era más que una obra de caridad humana dedicar unos minutos a consolar a aquella pobre alma.

Higgins devolvió la carta de Eden al montón y cogió la siguiente. Un sobre grande y

cuadrado escrito con una letra grande y cuadrada, la letra de una mujer, enérgica, generosa, que ocupaba todo el espacio disponible; de una de las enfermeras, supuso.

Jane Woods había escrito dos cartas, una con destino a Austria y otra para Herons Park. Luego acabó tres figurines de unos exquisitos, aunque poco prácticos, monos para refugios antiaéreos, los metió en un sobre dirigido al señor Cecil, de la sastrería Christophe's en Regent Street (que le pagaba tres guineas por pieza y luego las presentaba como creaciones propias) y, tras desechar el resto de su trabajo y tirarlo a la papelera, llamó por teléfono al grupito de adorables granujas que tenía por amigas y las convocó a una fiesta.

—¡Comamos, bebamos y durmamos juntas, queridas! —gritaba la señorita Woods—, ¡porque mañana me uno al Destacamento de Ayuda Voluntaria!

Estaba en pie, copa en mano, delante de la repisa de la chimenea en su pequeño, elegante y moderno apartamento de una habitación. Era una mujer morena y corpulenta de unos cuarenta años, rostro vulgar y de aspecto bastante fatigado, busto prominente y piernas asombrosamente bonitas. «¡Jane, querida, te advertimos que no te aficionaras a esos absurdos cursillos!», exclamaban las granujas, aunque todas ellas acudían a alguno, o «Woody, querida, no puedo imaginarte allí, cielo. En fin, ¡limpiando orinales y todo eso!», o «Woody, querida, ¿por qué demonios vas a hacer algo así?». Ella las obsequiaba entonces con un breve y tierno relato sobre sí misma en el papel de Florence Nightingale, asomándose al camastro de algún afligido combatiente condecorado con la Cruz Victoria («¿Otra vez tú, Flo, con esa maldita lámpara?») y, cuando al fin se quedaba sola, sollozaba y dejaba manchas de máscara de pestañas sobre la almohada porque su insoportable sentimiento de culpa la había llevado a hacer tan tremendo sacrificio: el sacrificio de todo el placer y la felicidad y el lujo de una exitosa carrera en un acto de expiación irreflexiva de un pecado que ni siquiera era suyo, un pecado que, quizá, ni siquiera se había llegado a cometer.

La siguiente carta también tenía letra de mujer, una caligrafía femenina e infantil que se inclinaba un poco hacia abajo al final de cada línea. «Señal de depresión», se dijo Joseph Higgins, que solo un par de días antes había leído algo al respecto en el periódico del domingo. «Otra de las enfermeras, imagino, y no quiere venir, ¡pobre muchacha!». Pero en este extremo se equivocaba, puesto que Esther Sanson sí quería, con todas sus fuerzas, ir a Herons Park.

Allí estaba la joven, en pie y con la carta en la mano, mirando a su madre y riéndose mientras la señora Sanson seguía enfrascada en el relato del último drama del Servicio de Mujeres Voluntarias de Heronsford.

—... pero mamá, ¡no puede ser! No pudo utilizar toda esa lana para las calzas de los soldados. No me creo ni una palabra, querida, ¡te lo estás inventando!

—Te doy mi palabra de honor, Esther, hasta el último ovillo: un par de color azul pálido y otro de un rosa muy suave. No podía creer lo que veían mis ojos cuando me los enseñó. «Pero señora Hüge», le dije...

—¿Señora Hüge? No, mamá, ¡no es posible que se llamara así!

—Te lo prometo, querida, era la señora Hüge, o algo muy parecido en todo caso. «Señora Hüge», le dije... —Pero de pronto se quedó callada y toda la luz y la alegría desaparecieron de sus ojos azules—. ¿A quién escribes, Esther? ¿Esa carta es para el hospital?

—Les digo que iré como voluntaria si no me destinan fuera de aquí —le aclaró su hija enseguida—, que no puedo abandonar Heronsford. Solo trabajaré en el hospital durante el día.

—Puede haber ataques aéreos durante el día, Esther. Si uno de esos bombardeos me sorprende aquí sola, en un último piso, estaré del todo indefensa tal y como tengo la espalda...

—Tu espalda ha mejorado mucho de un tiempo a esta parte, mamá. Hoy, sin ir más lejos, has podido acudir a la reunión del Servicio de Mujeres Voluntarias.

—Sí, y como consecuencia ahora me duele horrores —se lamentó la señora Sanson y, acto seguido, por esa extraña cualidad innata del verdadero hipocondriaco, se le dibujaron sendas sombras azules alrededor de los ojos y su rostro quedó surcado por finas líneas de dolor—. De verdad, Esther, creo que nos estás sacrificando a las dos de forma innecesaria. Después de todo yo te necesito aquí, en casa. —Entonces se acurrucó como un gato en el sofá, miró a su hija por debajo de sus largas, suaves y doradas pestañas y puso en práctica una estrategia que nunca antes le había fallado—: Desde luego, mi vida, si de verdad quieres ir...

Esther se quedó de pie, inmóvil junto a la ventana, con la mirada perdida en el delicioso paisaje rural de Kent que se extendía bajo ella, y por primera vez en su vida no respondió. Tenía veintisiete años, era alta y demasiado delgada, con los pies estrechos y las manos delicadas que se esperan de una buena educación. No era hermosa, pero tenía el rostro ovalado e indolente y el cabello castaño de una madona, descendida de su nicho en la pared de alguna vieja y apacible iglesia, para caminar, discreta y reservada, entre el tumulto de un mundo desconocido. Aun desacostumbrada como estaba a oponerse a la voluntad de su madre, sabía que este era un asunto en el que debía tomar sus propias decisiones y, al fin, girándose despacio desde la ventana hasta quedar de espaldas a la luz, se decidió a hacerlo.

—No es que quiera ir, pero creo que debo hacerlo.

—Pero, cariño, ¿por qué?

—Porque todo el mundo está haciendo algo, mamá, y yo tengo que contribuir también. Además, al menos así tendré algún tipo de conocimiento, algo..., bueno, no sé, algo parecido a una vida. Si a ti te ocurriera cualquier cosa, piensa en lo perdida y

en lo desamparada que me quedaría yo. No tendría dinero, no sabría hacer nada y no conocería a nadie. Pero con esto... Y bueno, siempre he querido ser enfermera.

—Ya, respecto a eso —repuso la señora Sanson—, tienes una idea terriblemente mitificada de la enfermería, ¿sabes? En realidad es una labor horrenda, querida, de veras. No hay más que mugre, miseria y olores repugnantes.

Dado que Esther había cuidado a su madre con mimo durante varios años en los que esta gozara de buena salud, no había demasiado que aquella experiencia pudiera enseñarle al respecto. Se limitó a esbozar una triste sonrisa y dijo que tendría que arriesgarse a que no le gustara el trabajo.

—Después de todo no voy allí a divertirme, ¿no? Lo más probable es que me pase el día fregando suelos y que nunca llegue a hacer una cama siquiera. —Entonces se acercó a ella, se sentó en el suelo y apoyó lánguidamente la cabeza sobre sus rodillas—. ¡Mamá, no seas tan dura conmigo! Entiéndeme. No se trata de que quiera o no quiera ir, es que tengo que hacerlo. Sé que esto también supone un sacrificio para ti; es algo que debemos afrontar las dos. Tú eres la valiente, la optimista, la fuerte... Sé fuerte por las dos esta vez y deja que vaya.

La señora Sanson se apartó de su hija, se encogió sobre sí misma aún más, hasta quedar hecha un ovillo tembloroso en la esquina del sofá, y se tapó aquellos grandes ojos azules con sus diminutas manos.

—Es por los bombardeos, Esther. ¡Los bombardeos! ¿Y si estoy aquí arriba, sola y desvalida, y empiezan a caer bombas? ¿Cómo me las apañaré? ¿Qué podré hacer? Esther, no vayas, cariño, no me dejes aquí sola. Diles que no irás, diles que no puedes... ¡Rompe la carta!

Pero Esther se puso en pie, arrastró sus pasos escaleras abajo y la echó al correo.

Higgins conocía la letra de las siguientes dos cartas. Una era del indescifrable puño del señor Moon, que trabajaba como cirujano en Heronsford desde que podía recordar, y la otra del anestésista local, Barnes. «Me pregunto si esto significa que los dos van a venir aquí», pensó el cartero mientras miraba ambos sobres con el ceño fruncido. «Habría apostado a que Barnes, por lo menos, preferiría ir a algún otro sitio. En fin, supongo que, si están en el Ejército, tendrán que ir donde los manden».

El doctor Barnes le había dicho algo muy similar al señor Moon cuando, después de enviar sus cartas, caminaban juntos colina arriba de vuelta a sus respectivas casas.

—He solicitado que me destinen a Herons Park para poder echar una mano a mi padre en la consulta de vez en cuando, pero ahora estamos en el Ejército, señor, nos guste o no.

—Pues creo que a mí me gusta —repuso Moon mientras avanzaba junto a él a paso ligero, aunque, gracias a sus habituales caminatas de primera hora de la mañana,

sin jadear en absoluto. Era un hombrecillo encorvado y regordete, como un Churchill en miniatura pero libre de toda beligerancia, con las mejillas sonrosadas y el pelo suave y canoso, aunque ya sumamente ralo en la parte superior. La bondad brillaba en sus ojos azules y hablaba a media voz, con pequeñas exclamaciones y risitas entre dientes, como un personaje de Dickens, pero sin la ingenua blandura de la benevolencia dickensiana—. A mí me gusta, sí, me gusta mucho.

—Será muy distinto —apuntó Barnes.

Moon torció un poco el gesto de su viejo y afable rostro.

—Me vendrá bien un cambio, Barney. En mi casa... Ahora que tengo la oportunidad de salir, me pregunto cómo he podido aguantar allí todo este tiempo. Quince años he vivido yo solo entre esas cuatro paredes y creo que no ha habido un solo día en el que no haya levantado la cabeza de pronto para pararme a escuchar, con la sensación de estar oyendo la risa de mi chico o de que bajaba alborotando por las escaleras. En fin, supongo que ahora hasta puedo estar agradecido; ahora que ha estallado la guerra, quiero decir. Habría estado en edad, tendría que haberlo enviado al frente, verlo marchar a Francia o al este o a cualquier otro sitio... Y yo aquí esperando, ansioso por recibir noticias tuyas cuando podrían darte por desaparecido, quizá, o por muerto, y nunca sabría la verdad. Todo ese asunto de los telegramas... no creo que pudiera soportarlo. No creo que su madre lo hubiera podido soportar, de seguir viva. Dios obra de forma misteriosa, ¿no es así, Barney? ¿Quién iba a pensar durante todos estos años que jamás podría llegar a alegrarme de que mi chico hubiera muerto?

Barnes guardaba silencio, no por falta de compasión, sino porque era un hombre al que no le resultaba fácil expresar sus sentimientos con palabras. Tenía casi cuarenta años, no era muy alto ni muy apuesto, pero irradiaba el encanto de la más absoluta integridad; era sensible, discreto, bastante tímido y sincero hasta límites casi dolorosos. Él también se alegraba de haber entrado en el Ejército.

—Lo de esa chica, Evans —dijo al fin—, la que murió mientras estaba bajo los efectos de la anestesia la semana pasada... Hoy he recibido un anónimo. Creo que no es mala idea dejar la consulta durante un tiempo. Entretanto seré el intrépido teniente Barnes, al servicio del rey y de la patria, y para cuando termine la guerra todo se habrá olvidado.

—Pero, querido muchacho, la muerte de esa joven no fue en absoluto culpa tuya.

—Bueno, eso lo sabemos ahora —contestó Barnes encogiéndose de hombros—, pero en ese momento no podía asegurarlo. Se me metió en la cabeza que había visto cruzarse los tubos durante la operación, el del oxígeno y el del óxido nítrico, ya sabe. Puede que fuera solo mi imaginación, pero estaba preocupado por lo que podía haber salido mal y no dejaba de ver esa imagen de los dos tubos cruzados. Volví al quirófano y pedí que lo comprobaran. Para entonces ya lo habían retirado todo, claro, y nadie había advertido ningún fallo..., pero entre el personal casi todos son de por aquí y supongo que mis preguntas les hicieron sospechar y empezó a correr el rumor.

La madre vino a verme después de la investigación y me acusó de matar a la chica. Fue..., ¡fue horrible! Por supuesto todos daban por hecho que las conclusiones de la investigación se habían amañado para protegerme. Me dijo que lo difundirían y que acabarían echándome de la ciudad. Y podrían conseguirlo, ¿sabe? Esta clase de difamaciones calan pronto en una comunidad tan pequeña como Heronsford. Para mí ha sido una suerte, en realidad, que la guerra haya estallado cuando lo ha hecho, si es que esto tenía que pasar. Mi padre puede hacerse cargo de la consulta mientras yo estoy en el Ejército y, cuando acabe el conflicto, este incidente habrá perdido interés.

—Los pacientes son seres extraños —comentó Moon mientras seguía caminando a su lado, pensativo—. Después de todo lo que habéis hecho tu padre y tú por esta ciudad, Barnes...

—Me pregunto si Atkins será muy diferente —repuso Barney en tono pesimista.

Había dos cartas más, ambas con letra de mujer: una muy pulcra y correcta, de hermosa caligrafía redondeada, papel azul grisáceo, el sello pegado con esmero en una esquina; la otra en un sobre blanco común y corriente, dirigida a la enfermera jefe del pabellón de enfermeras, con una letra que se desparramaba por todo el papel, convulsa e insegura. La voluntaria Frederica Linley y la enfermera Bates, del Servicio de Enfermería Militar Imperial de la Reina Alexandra, informaban de su llegada al hospital militar de Herons Park...

El padre de Frederica, que durante treinta años había sido una leyenda en algún territorio fronterizo del Imperio, se había establecido después en Dinard, cuyos habitantes, por alguna razón que jamás pudo llegar a entender, no solo no conocían sus méritos, sino que ni siquiera habían oído hablar de las colonias. La guerra puso fin a aquella bochornosa situación y, en medio de las penalidades del viaje de regreso a Inglaterra, conoció a una viuda adinerada que trataba con el debido respeto a los pioneros del Oriente y se prometió con ella. Frederica recibió la noticia con su calma habitual. «Creo que es realmente espantosa, papá», le dijo, «pero eres tú el que tendrá que dormir con ella, no yo», y abandonó el nuevo hogar tras acudir a una serie de cursillos y escribir a Herons Park para confirmar que se incorporaría al servicio en tal y tal fecha, como se le había indicado. Puesto que, como era de esperar, aquella vulgar mujerzuela de cincuenta años no se sentía nada atraída por la idea de tener que competir con una hermosa y recatada criatura de veintidós, la exviuda no lamentó verla marchar.

La reacción de la enfermera Bates ante su tránsito de la enfermería civil a la militar fue simple y sincera. Pensó: «¡Puede que conozca a algún oficial apuesto!». Y para que nadie se vea tentado a menospreciar tan enérgica devoción por el sexo contrario, habría de señalarse que esta inocente aspiración la compartían, en mayor o

menor grado, veinte futuras integrantes del pabellón de enfermeras y al menos cincuenta del Destacamento de Ayuda Voluntaria.

Siete cartas. El viejo señor Moon y el joven doctor Barnes, Gervase Eden, cirujano de Harley Street, la enfermera Marion Bates y Jane Woods, Esther Sanson y Frederica Linley, voluntarias. Higgins, impaciente, volvió a juntar los sobres, los ató con un trozo de cuerda mugrienta y se los guardó en el bolsillo antes de seguir arrastrando la bicicleta colina arriba. En aquel momento no podía saber que, justo un año después, una de las siete personas que habían escrito aquellas cartas moriría tras confesarse culpable de asesinato.

## Capítulo II

### 1

La enfermera Bates estaba en pie, delante de las raídas cortinas de terciopelo del salón de actos del hospital, tratando de entonar los acordes de aquella vieja canción titulada «Árboles». De pronto, su linda y cándida expresión quedó paralizada por el miedo y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, las manos colgando como si no fueran más que dos absurdas excrecencias de rosada carne cruda. De vez en cuando giraba las palmas de las manos hacia el público, en un leve y confuso gesto como para poner énfasis en la melodía o para reclamar la atención del auditorio.

Las tres voluntarias estaban sentadas al fondo del salón, puesto que Frederica tendría que irse de una forma discreta antes de que acabara el concierto para incorporarse al turno de noche.

—Freddi —bromeó Woods—, en cuanto salgamos de aquí te mato. ¡Bates está cantando «Árboles» vestida de uniforme de pies a cabeza y me habías jurado que iba a cantar el «Ave María» y a bailar el hula-hula con una falda hawaiana que le dejaba la tripa al aire!

—Pero no las dos cosas a la vez, tonta —replicó Esther, y todas estallaron en esos pequeños grititos y sollozos agudos y contenidos de los que no pueden evitar un ataque de risa en un lugar sagrado.

El comandante Moon, el comandante Eden y el capitán Barnes habían cogido asiento en primera fila, pero lo más lejos posible del coronel.

—¡Ya verán esas tres cuando las coja! —murmuró Eden—. Me habían prometido por su honor que Bates iba a llevar una falda hawaiana por debajo del ombligo. ¡He venido solo por eso!

Al comandante Moon no le pareció nada bien que Eden se mofara así de la pobre enfermera Bates, que según todos sabían estaba locamente enamorada de él, pero no pudo evitar reírse de todos modos ante la idea de verla con el abdomen al aire disfrazada de hawaiana.

Gervase Eden se giró hacia él y dejó escapar una fugaz mueca ante el éxito de su broma. Se sentía un poco canalla pero, para ser sinceros, Marion era como llevar una piedra de molino atada al cuello. Durante sus primeros días en Herons Park, cuando todo era tan aburrido y tan desagradable, allí en mitad de la nada y sin apenas trabajo en el que entretenerse, había estado coqueteando un poco con ella, una tontería, solo para que ambos pudieran divertirse un poco. Pero tendría que haber sido más prudente: las mujeres que sonreían así eran siempre demasiado impetuosas para razonar con ellas. Y ahora además aquella complicación de Freddi Linley...

El capitán Barnes no se rio. Pensaba que la enfermera Bates tenía un aspecto un tanto patético, ahí de pie encima del escenario poniéndose en ridículo en un desesperado intento por impresionar a Gervase Eden cuando además, si lo pensaba bien, este ni siquiera hacía el más mínimo esfuerzo por atraer a las mujeres, pero todas parecían caer rendidas a sus pies y era como si aquello le cargara con algún tipo de responsabilidad hacia ellas. Era evidente que Bates se sentía muy infeliz, pobre ingenua. Era inevitable que a uno le gustara aquel tipo, pensaba Barney para sí mismo, pero...

Pero incluso Frederica parecía no estar a salvo de ese fortuito encanto. Barnes se había enamorado de Frederica nada más verla y, aunque se había prometido que esperaría con paciencia durante tres meses para darle la oportunidad de que se conocieran, a la tercera semana se había desmoronado y, en uno de los bailes de los oficiales, le había dicho que no sabía cómo podría pasar el resto de su vida sin ella. Freddi había puesto sus delicadas manos sobre las de él y le había prometido que «algún día» se casarían. «Aún no, Barney, no tan pronto... Pero un día me casaré contigo». En ese instante su mirada se había desviado por un segundo hacia donde Gervase Eden estaba intentando zafarse de las asfixiantes zalamerías de la enfermera Bates.

Frederica. Barney podía verla entonces en el otro extremo del salón, sentada junto a Esther Sanson y Woods. Su cabello era de un color dorado intenso y se le arremolinaba en densos rizos bajo la cofia de enfermera voluntaria. Tenía el rostro límpido como un camafeo, con ojos grises y cristalinos y una pequeña pero decidida barbilla redondeada, e inclinaba la cabeza con un gesto adorable sobre su esbelto cuello. A su lado, Woods se asemejaba más a una florista de Piccadilly, de cara redonda y vulgar, ojos brillantes y astutos de color oscuro y los brazos cruzados sobre un prominente busto cubierta con su capa corta de forro rojo. Uno se esperaba que en cualquier momento se pusiera a gritar: «¡Cómprame una flor, caballero!», mientras te pegaba un desastrado clavel a la nariz. Entre las dos, Esther Sanson parecía haber perdido todo rastro de color; era ya una persona muy diferente de la atormentada y deshecha criatura que había vuelto al hospital tras la espantosa muerte de su madre pero... Barney, cuyo propio corazón sufría por algo que su amada nunca podría aliviar del todo, era muy sensible al dolor de los demás.

Hay media docena de canciones en las que siempre se puede confiar para una buena velada, por muy pésima que sea su interpretación, y «Árboles» es (lamentablemente) una de ellas. El público aplaudía con gran alboroto y la enfermera Bates se ruborizó de felicidad y orgullo y habría empezado de inmediato con el Cantar de los Cantares de no haber sido interrumpida por el maestro de ceremonias. Era un cabo de la Compañía cuyo traje nadie llegaba a comprender si se había puesto o no a propósito para hacer gracia. Levantó una mano para pedir silencio y anunció con tono sombrío: «El oficial al mando».

Un nuevo oficial al mando siempre comienza su mandato haciendo que se pinte

algo, para dar una imagen de eficiencia. «Querida, no llevaba ni dos días allí ¡y todas las camas de San Telmo estaban ya pintadas de blanco!». El coronel Beaton había causado auténtico furor al hacer que cambiaran la palabra «Basura», de los contenedores de los pasillos, por «Recuperable», pintada en enormes letras negras y blancas, y por aquel entonces vivía su momento de máxima popularidad. Su aspecto recordaba el de una botella con el corcho demasiado hundido hacia abajo. Daban ganas de agarrarlo por la cabeza y tirar de ella para sacarle un poco más de cuello. La botella, en su caso, contenía bastante espuma y poco más. Intentaba que sus palabras sonaran amables y no demasiado autoritarias.

—Lamento tener que interrumpir tan alegre fiesta, pero, como seguro que ya habrán advertido, ha comenzado un nuevo bombardeo. Este tipo de distracciones se permiten siempre con la premisa de que, en caso de que las cosas se pongan feas, podamos ponerles fin con la mayor brevedad posible. Si tantos miembros del personal —explicó muy serio— murieran o resultaran heridos al mismo tiempo, nuestra situación se complicaría bastante. —La aclaración parecía absurda e innecesaria, ya que era algo obvio que todos tenían muy presente—. Me temo que ha tenido lugar una terrible ofensiva sobre Heronsford. El centro de prevención de ataques aéreos ha sido alcanzado, entre otros sitios, y hay numerosos heridos. El hospital local está desbordado y estamos trasladando aquí a algunas personas. Quiero que todos ocupen sus puestos ahora mismo. —Y añadió como un resorte—: Sin que cunda el pánico. —Aunque hubiera sido difícil imaginar una reacción menos parecida al pánico entre aquellos que lo escuchaban. Luego se dirigió con una ligera inclinación a la enfermera Bates, que seguía indecisa a un lado del escenario—: Hemos disfrutado mucho de su... interpretación, pero ahora hay que volver al trabajo. —Y al fin bajó atropelladamente de la tarima y abandonó corriendo el salón.

—Yo no he visto ninguna interpretación —murmuraban desconcertados algunos de los pacientes cuyo estado les había permitido acudir.

El hospital estaba construido en forma de gigantesca rueda: los radios delimitaban los diferentes departamentos y, por encima y por debajo de la planta baja, se distribuían las distintas salas y enfermerías. En el centro había un gran vestíbulo circular, no muy diferente de la estación de metro de Piccadilly Circus tanto en forma como en finalidad, así como en su apariencia de constante y bullicioso movimiento. Allí estaban el ascensor y la escalera, que se enroscaba alrededor de este formando una espiral. El quirófano principal se situaba en la planta baja de modo que se podía acceder a él con facilidad desde todas las salas, y el quirófano de urgencias en el sótano, que se usaba solo durante los bombardeos.

Marion Bates era enfermera de quirófano en Herons Park. Se apresuró a bajar para comprobar que el personal de urgencias del turno de noche estuviera preparado, pero, mientras, su mente era el más extraño revoltijo de instrumental quirúrgico, versos del Cantar de los Cantares y Gervase Eden. Sabía que su patético intento por agradarlo había fracasado. «Gracias a Dios no he llegado a hacer el baile», pensó al

tiempo que desaparecía tras las puertas batientes del quirófano. «No le habría gustado. Solo se habría reído de mí». Un sudor frío le perló la frente al pensar en lo necia que había sido al haber siquiera supuesto que aquello lo impresionaría. Si se hubiera tratado de Frederica Linley, en cambio... Pero Frederica jamás habría considerado ni por un momento rebajarse de esa manera. En cualquier caso, esa noche ya no podría estar con ella. Linley había vuelto a su puesto en la enfermería y Gervase estaba en el vestíbulo con Woods. Woods debía de rondar por lo menos los cuarenta y tenía una cara más bien difícil. «Pinzas, retractores, tijeras, bisturíes», murmuraba la enfermera Bates mientras revisaba el instrumental en la cálida y luminosa seguridad de sus propios dominios: «Pinzas, retractores, tijeras, bisturíes. ¡Pero tiene unas piernas fantásticas!». En el exterior, entre el retumbar de los cañones, se oía el bramido de las bombas y de cuando en cuando una ráfaga de ametralladora. Incluso allí abajo, a seis metros bajo tierra, las paredes temblaban con cada explosión. «¿Qué le estará diciendo a Woods?», se preguntaba Bates mientras separaba de forma casi automática los instrumentos. «¿Aún seguirá con ella en el vestíbulo? Quizá podría subir un momento a echar un vistazo...».

Frederica había vuelto a su puesto y se había encontrado con Esther, que estaba terminando el turno de día.

—Me quedaré a echarle una mano —le dijo aun así—. Solo hay dos camas vacías y seguro que vienen más heridos. Aquí ya hay más trabajo del que una persona sola puede asumir, ahora que andamos cortos de celadores.

La auxiliar se alegró de verlas.

—El oficial de guardia no ha hecho la ronda aún, Linley. La enfermera jefe dice que, cuando venga, le pidas autorización para administrar morfina a las dos hernias y el apéndice que se han operado hoy, y a ver si se le puede dar algo para el asma al de la siete. Ella está en Santa Catalina.

—De acuerdo, Jones, gracias. Se lo diré.

—¡Estos malditos bombardeos! —protestó Jones en tono jovial mientras luchaba por ponerse un horrible gabán azul para salir a la carrera hacia la seguridad del refugio—. No dejan dormir a los pacientes.

Aquella sala estaba ubicada en la planta baja, frente al quirófano principal, y era una habitación alargada y de techos altos, con grandes ventanales ahora oscurecidos por la negrura de la noche. Se contaban quince camas dispuestas a cada lado, con un pasillo en el centro, y las angostas mesas habían sido despojadas de sus jarrones de flores. En las taquillas se guardaban, bien ordenadas, las diversas pertenencias de los enfermos, y en los estantes inferiores los esperaban sus uniformes escrupulosamente doblados mientras sus abrigos y gorras colgaban de unos ganchos en los cabeceros de las camas. Un rincón de la sala, cerca de la puerta, se había separado y amueblado, a modo de pequeño control de enfermería, con un escritorio y algunas sillas. Ahí era donde se guardaban las historias, se redactaban los informes, se mantenían reuniones con los oficiales médicos, se consumían infinitas tazas de té y se organizaban otros

tantos divertimentos más o menos subrepticios. En el lado que daba a las camas se había colocado un gran panel de cristal, de modo que todo lo que ocurriera allí pudiera verse desde el control; pero a menudo escapaba a la atención de sus ocupantes que, sobre todo cuando tenían la luz encendida allí dentro, todo lo que pasaba en el control también podía verse desde las camas.

El bombardeo era cada vez más intenso. Los aviones que sobrevolaban la zona zumbaban sin descanso y el edificio temblaba y se sacudía con el estruendo de los cañones en los campos aledaños y, de vez en cuando, con el nauseabundo chasquido de una bomba. Los enfermos se revolvían inquietos en sus camas y hacían chistes estúpidos e insolentes. «¡Caray, esa ha estado cerca! ¡Casi me afeita el flequillo!». «¡Se habrán enterado de lo que nos han dado hoy de comer, enfermera, y están intentando matar al cocinero!». El humorista del hospital se incorporó en la cama y, cada vez que caía una bomba, se daba un golpe en el cogote y hacía salir disparada su dentadura postiza.

—No hay razón para tener tantas luces encendidas —les recriminó Freddi en tono severo mientras las iba apagando.

La enfermera jefe del turno de noche apareció en la puerta.

—Enfermera Sanson, ¿aún está aquí?

—He pensado que podría quedarme un rato a ayudar a la enfermera Linley, señora, si no hay inconveniente.

—Pues claro, seguro que le estará muy agradecida. Yo no podré ayudarlas mucho esta noche, tenemos cuatro heridos graves en Santa Catalina... No obstante, si necesitan cualquier cosa, vayan a buscarme enseguida. Acaban de avisar desde Recepción de que viene una fractura de fémur. Acomódenlo en una cama, ¿de acuerdo? Intenten mantenerlo tranquilo y abrigado, pero no hagan nada con la pierna. El comandante Eden vendrá a verlo en cuanto pueda. Avísenme si el doctor me necesita.

Y se fue corriendo de nuevo.

—¡Menudo jaleo! —exclamó Frederica con calma mientras la veía marchar.

Al poco tiempo, dos camilleros civiles llegaban transportando un mugroso bulto sobre una camilla de lona.

—¿Se puede, señorita? En Recepción nos han dicho que lo trajéramos directamente aquí porque en el hospital no había celadores disponibles.

—Claro, pasen. En la cama de la esquina, por favor. Esther, ¿te ocupas tú de él mientras yo termino con el resto? Creo que será la mejor forma de organizarnos.

Los camilleros la ayudaron a subir al herido a la cama.

—¿No deberían llevarlo a Reanimación? —les preguntó Esther, bastante sorprendida por su estado.

—Allí están desbordados y este no estaba tan mal como algunos de los otros. Ya han muerto dos. Ni siquiera deberíamos haberlos llevado, pero quisimos creer que aún había alguna esperanza. Las bombas han alcanzado el centro de prevención de

ataques aéreos y también un bar en Godlistone y no sé cuántos sitios más. Aún están tratando de sacar a un tipo de los escombros, uno del equipo de rescate que estaba esperando para salir en respuesta a un aviso. Y al final han tenido que rescatarlo a él —comentó uno de los camilleros con tono despreocupado. Alargó la mano hacia el herido y, con toda la ruda delicadeza de la que era capaz, le retiró el pelo húmedo de la frente—. ¡Pobre hombre! —dijo al fin, y después cogió la camilla y se fue silbando por lo bajo.

Pobre hombre. Allí tumbado, quejumbroso e inmóvil bajo las mantas, apuntalado por botellas de agua caliente, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, los ojos cerrados y el rostro cubierto de lodo, polvo y mugre. Llevaba una pierna sujeta con vendas a una larga tablilla de madera. La explosión le había arrancado las botas y tenía la ropa hecha jirones, pero Esther no intentó desvestirlo ni lavarlo; no lo haría hasta que entrara en calor y el descanso le hubiera fortalecido el pulso y la respiración. Acercó la mano a sus labios, sin embargo, y sintió un aliento frío en los nudillos. No pareció ser consciente de ello, pero entonces aquel hombre movió la cabeza y apoyó su sucia mejilla contra el antebrazo de la enfermera en un gesto de confianza y dependencia inmensamente conmovedor que hizo que a Esther se le llenaran los ojos de lágrimas.

—No se preocupe. Ahora descanse, todo ha terminado. Ya está a salvo y va a recuperarse.

Al oír su voz, el herido abrió los ojos y en ese instante ella giró la cabeza; conocía demasiado bien la expresión que tendrían. Hacía solo seis meses que su madre había muerto. Dos días y dos noches había esperado angustiada mientras el equipo de rescate se esforzaba sin pausa en despejar la montaña de escombros que una vez había sido un enorme bloque de pisos; había arañado con sus propias manos, impotente, las vigas, los travesaños y el hormigón que, después de haberse mostrado tan frágiles como refugio, se amontonaban ahora sobre aquella insondable tumba. Al anochecer del segundo día, un exhausto encargado se había acercado a ella y, al tiempo que se limpiaba la suciedad y el sudor de la frente, le había dicho que era inútil continuar; en cualquier momento el edificio podía derrumbarse y sepultar a sus hombres con los que ya habían muerto. A la mañana siguiente comenzó la demolición controlada de lo que quedaba del edificio y, después de otro día y otra noche, al fin habían sacado a su madre. Según pasó por su lado, había girado levemente la cabeza hacia la camilla y sus ojos se habían encontrado: no había en aquel vacío ni la menor chispa de reconocimiento; solo dolor, desconcierto, terror y... ¿acaso era posible? ¡Reproche! Así murió su madre, una mujer que había sido tan hermosa y tan dulce, tan alegre y divertida, cuyas pequeñas faltas de egoísmo y mal humor se habían ganado el cariño de su abnegado corazón en mayor medida que otras cualidades más nobles. Ya sola en este mundo, había pasado como un autómatas por los desgarradores trámites de la identificación y del entierro, y había buscado consuelo para sus remordimientos en el arduo y doloroso pero satisfactorio trabajo del hospital. Fue

durante esos primeros días de desconcierto, cuando andaba de un lado a otro como en una pesadilla y se tumbaba insomne en la cama, torturándose noche tras noche, cuando conoció a Woods y a Frederica y se hicieron amigas. Con la desapasionada sensatez de Freddi, no menos que con la protección cariñosa y maternal de Woods, había dejado ir ese primer dolor tan agudo de la muerte de su madre... «Pero fui una estúpida al volver», pensó mientras seguía allí en pie con la mejilla de aquel hombre apoyada en su brazo. «Fui una estúpida al pensar siquiera que podría olvidar su expresión cuando la veo una y otra vez en el rostro de tantos desconocidos...». Y recuperó de manera inconsciente las palabras de sus oraciones infantiles: «Pobre hombre. Que Dios lo ayude y haga que se recupere».

Frederica se acercó desde el otro lado de la sala.

—Esther, son casi las diez y acabo de darme cuenta de que aún no he probado bocado. ¿Crees que podrías vigilar el fuerte otros diez minutos, más o menos, mientras voy corriendo a por algo de comer? Esta noche habrá mucho jaleo y es probable que no tenga otra oportunidad de escaparme y que al amanecer me haya muerto de hambre.

—Pues claro, querida. No hace falta que corras, puedo arreglármelas.

Freddi se marchó y al poco tiempo Gervase Eden, que era el cirujano de guardia, entró en la sala.

—¿Está la enfermera jefe?

—No, está en otra de las enfermerías. ¿Quiere que vaya a buscarla, señor?

Fuera del hospital, Eden era simplemente Gervase para Esther y para Freddi y Woods, pero en ese momento estaba de servicio y añadió la fórmula reglamentaria de tratamiento.

—No, no importa. Estará muy ocupada con tantos heridos. El comandante Moon acaba de ingresar a un hombre...

—Ahí está, señor, en la cama de la esquina. En el puesto de emergencia lo han etiquetado como «fractura de pelvis», le han administrado una inyección de morfina hace dos horas y media, mientras lo sacaban de entre los escombros. No se menciona su nombre; supongo que aún no han averiguado quién es.

—¿No lo ha lavado?

—Todavía estaba muy conmocionado cuando lo han traído, así que lo he dejado descansar un poco. ¿No es lo correcto?

—Sí, absolutamente correcto —la tranquilizó Eden. Se inclinó sobre el cuerpo del paciente y palpó la herida introduciendo sus finos dedos en la carne y el músculo hasta llegar al hueso. El hombre se contrajo y gimió—. Tranquilo, amigo. Enseguida le daremos otra dosis de algo para ayudarlo a dormir. No es muy grave, se recuperará. —Luego se enderezó y se alejó de la cama—. Fractura limpia de fémur. Todo lo demás parece intacto. No hay lesiones internas. —La enfermera jefe llegó mientras el doctor se lavaba las manos en el aseo que había junto a la sala—. Creo que será mejor no intervenir esta noche —le explicó a esta última—. Está demasiado conmocionado

y ya tenemos más trabajo del que podemos asumir. Le han entablillado la pierna en el puesto de emergencia y le vendrá bien descansar. Lo subiremos a quirófano por la mañana, pero antes habrá que hacerle una radiografía... —Consultó un listado—: El comandante Moon va a operar una úlcera duodenal a las nueve y media, ¿podría tenerlo preparado para después?

—Sí, señor, por supuesto, los de Rayos tendrán tiempo.

—Bien, entonces lo haremos así. Deje la pierna como está, enfermera. Lávelo un poco, pero que no se fatigue demasiado, y luego puede administrarle una dosis de morfina. Volveré a verlo por la mañana.

—Ponga un par de biombos alrededor de su cama, Sanson —le indicó a esta la enfermera jefe—, para que no le moleste la luz. Dejaré la morfina preparada. ¡Ah! Comandante Eden, ¿podemos darle algo al apéndice que el comandante Moon ha operado hoy, y a las dos hernias? Y el paciente de la siete, el cartílago del capitán Newsome, bueno..., presenta un asma bastante persistente... —Y se alejó con el médico hacia el control.

## 2

Frederica volvió tragando aún los últimos bocados de su cena.

—Ha sido muy amable por tu parte haberte quedado este rato, querida. ¿Todo bien?

—Sí, no ha pasado nada salvo que ha venido Gervase. —Y a continuación repitió los puntos esenciales de sus instrucciones—. Me quedaré hasta que termine con esto. Tú sigue con lo tuyo, estoy perfectamente.

Frederica salió a toda prisa de la sala. Las luces parpadearon con el restallar de los cañones. Una bomba cayó en algún sitio cerca de allí. El viejo del fémur fracturado se revolvió y gimoteó.

—¡Bombas! ¡Bombas! ¡Las bombas!

—No son bombas —trató de calmarlo Esther—. Solo son los cañones, no bombas.

Pero en ese momento el paciente ya había perdido todo interés en lo que pasara fuera.

—¡Me duele!

—Aguante un poco más —lo alentó estrechándole la muñeca—. Solo hasta que le quite la ropa sucia y lo lave un poco. Luego podrá dormir y olvidarse de todo.

De pie, con la palangana apoyada en la cadera y las toallas sobre el brazo, Esther lo miró con compasión. Pobre hombre. Pobrecillo, allí asustado, herido y exhausto... Sumergió una gasa en el agua caliente y, después de escurrirla, empezó a lavarle la cara con suavidad.

La enfermera jefe del turno de noche había dejado preparadas cuatro píldoras de quince miligramos de morfina en una bandeja. Frederica buscó el listado de prescripciones.

—Tres de inmediato y una si precisa. ¿Puedes dárselas tú, Esther? Una a tu paciente y otra a cada una de las dos hernias. El apéndice parece que se está quedando dormido, así que dejaremos la suya hasta que la necesite. Yo me encargaré del asunto del asma. ¡Sí, sí, Wilson, ya voy!

Esther encendió la pequeña lámpara de alcohol, puso una de las píldoras en una cucharilla, añadió agua estéril y volvió a esterilizarlo todo sobre la llama al tiempo que mezclaba la píldora disuelta con la aguja de la jeringuilla hipodérmica; luego succionó la solución con la jeringa y se la llevó, junto con una gasa yodada, hasta la cama de uno de los pacientes de hernia.

—Aquí tiene —le dijo con una sonrisa mientras aplicaba pequeños toques de la gasa sobre la punción—. Esto lo calmará hasta mañana.

El enfermo le devolvió la sonrisa con aire un tanto confuso.

—Gracias, enfermera.

Luego administró la segunda inyección a la otra hernia y la tercera a la fractura de fémur. Este último estaba cada vez más consciente y farfullaba sin parar.

—¡Bombas! ¡Las bombas! Se acabó... ¡Han muerto todos!

—Esto le aliviará el dolor y lo ayudará a dormir.

—¡Todos muertos! Mis compañeros... Estaban allí y el techo se vino abajo. —Intentaba levantar la cabeza de la almohada mientras seguía mascullando—: ¡Nos han dado! ¡Nos han dado...! —Y después de una pausa empezó a murmurar en voz baja—: «Los débiles e inefectivos remanentes de la otrora gran Inglaterra de Churchill... corren a esconderse en sus madrigueras de la potencia de la fuerza aérea alemana...».

Frederica se acercó y se detuvo junto a ella a los pies de la cama.

—¿Qué diantres está diciendo?

—Parece que esté citando algo, supongo que estará aturdido.

—¡Todos muertos! —insistía el hombre entre lamentos—. ¡Todos se han ido y solo quedo yo!

Frederica era la enfermera perfecta. Si le afectaba la visión del sufrimiento, la pena o el miedo, no lo demostraba y su actitud directa y cortante a menudo servía de bálsamo allí donde otros métodos más amables fracasaban.

—No debe seguir hablando —le ordenó en voz baja pero tajante—. Deje que le haga efecto la morfina y duérmase. Intente no pensar ni preocuparse... Todo va a salir bien. Quédese tumbado y quieto y duérmase.

La monótona repetición de aquellas palabras y su tono de voz consiguieron tranquilizarlo. Se recostó de nuevo sobre la almohada y no volvió a hablar. Freddi apagó las luces que quedaban encendidas en la sala y colocó un par de biombos

alrededor de su cama, de modo que lo dejó casi en total oscuridad. Solo la lámpara que había sobre la mesa del centro de la habitación bañaba ya, con una luz sin sombras, la fina capa de yeso desprendido del techo con los cañonazos y las bombas. Limpió el polvo con un trapo, pero cinco minutos después se había vuelto a posar. Los hombres se agitaban inquietos, resignándose ante la larga noche que les esperaba. Aún hubo uno o dos que la requirieron. «¡Buenas noches, enfermera!», «¡Dios la bendiga, enfermera!», «¿No viene a darme un beso esta noche, enfermera?». En el exterior, los cañones tronaban al pie de la colina, y de la bóveda astillada del cielo, como si estuvieran destiñendo las estrellas, caían fulgurantes balizas tras el zumbido de los bombarderos, desgarrado de vez en cuando por el aterrador alarido de una bomba...

#### 4

Esther volvió a dejar la jeringuilla en la bandeja, apagó la lámpara de alcohol y limpió la cucharilla con un paño.

—Bueno, creo que por esta noche puedo dar por terminada mi obra de caridad.

—Sí, mil gracias por todo lo que has hecho. Están esperando otro herido en Reanimación y no sé cómo me las habría arreglado sin ti.

—¿Seguro que estarás bien si me voy?

—Sí, claro, ahora que por fin tengo la sala bajo control. Es lo peor de estos malditos bombardeos, alteran mucho a los pacientes.

—Supongo que Woody y yo tendremos que ir a meternos en ese mohoso refugio. La única ventaja del turno de noche es que al menos no tienes que estar bajo tierra. ¿Crees que podríamos irnos a la cama sin más y librarnos?

—Querida, la última vez que lo intentaron, Joan Pierson y Hibbert, la comandante fue a sacarlas y las arrastró al refugio tal cual estaban, y ahora todos saben que Hibbert duerme en ropa interior.

—Bueno, no es nuestro caso. La comandante puede llevarme donde quiera con mi pijama de Jaeger. Espero que Woody haya hecho té.

—Tómame una taza aquí antes de irte.

—No, no, será mejor que vuelva. Ya se estará preguntando si me ha pasado algo. Buenas noches, que Dios te bendiga.

—¡Buena noche en el refugio! —exclamó Frederica. Luego añadió, con una compasión con la que pocas veces hablaba—: Pareces cansada, querida, y me temo que es por mi culpa. —Y se acercó y le dio un leve beso de disculpa y gratitud.

#### 5

Eran bastante más de las diez. Esther se fue y Frederica se preparó la ineludible taza de té y se puso a terminar un sinnúmero de pequeñas tareas que habían quedado pendientes por la tarde. Una sombra se extendió sobre la mesa.

—Hola, Freddi.

—Hola, Barney. No sabía si vendrías, pero te he guardado un poco de té. Está recién hecho.

—Lo necesito —admitió fatigado—. Está siendo una noche terrible. Perkins tiene un permiso de siete días y no hay nadie más para administrar las anestесias, así que tenemos que hacerlo todo en el quirófano de urgencias. Algunos de los heridos están muy mal, ya ha habido dos muertos en Reanimación. Pronto os llegará otro tipo aquí abajo, ¿lo sabías? Fractura abierta de tibia y peroné. Han limpiado la herida y le han puesto una fijación externa, lo traerán enseguida. Pensé que podía escaparme a verte un minuto, ahora que teníamos un pequeño respiro. —Dejó el té con cuidado sobre la mesa y la rodeó para cogerla entre sus brazos—. Frederica... ¡Me paso los días esperando este momento!

Ella correspondió a sus besos con cierto apuro y luego lo apartó con suavidad.

—Debería concentrarse en el trabajo, capitán Barnes, en vez de estar pensando en su joven prometida.

Si aquello le dolió, no se lo hizo ver de ninguna manera, pero un instante después, mientras se sentaba a remover su té, dijo de repente:

—Frederica, tú nunca me engañarías, ¿verdad?

—Por supuesto que no, querido —aseguró Freddi, aunque quizá un poco demasiado rápido, con demasiada facilidad.

Su futuro esposo seguía sentado, con los ojos fijos en la taza de té, y hablaba más para sí mismo que con ella.

—Sería demasiado cruel —caviló—. No..., no podría resistirlo. La crueldad y el engaño son dos cosas que no puedo soportar...

—A veces hay que elegir entre ambas. Es decir, a veces, si no quieres ser cruel, tienes que recurrir a alguna mentira piadosa.

De pronto, Barnes palideció y se levantó como un resorte.

—Freddi —le advirtió con la mirada clavada en sus grandes ojos grises—, recuerda siempre lo que voy a decirte: prefiero la crueldad al engaño. Prefiero que me hieran a que se burlen de mí...

Algo se rompió en el interior de la joven voluntaria que la hizo acercarse a él y aferrarse a las mangas de su chaqueta con sus pequeñas manos, apretándose contra aquel cuerpo como si ambos pudieran encontrar consuelo en ese gesto.

—¡Barney, lo siento, cariño! No te pongas así, amor mío, me rompes el corazón. Yo nunca te haré daño ni te engañaré, Barney, de verdad que no, te lo juro...

Pero Barnes seguía contemplando con cierta tristeza aquella encantadora carita y sus profundos ojos claros.

—¡Freddi! Mi vida, no vuelvas a asustarme de esa manera. La simple idea de

perderte me provoca vértigo y náuseas... Eres mía, Freddi, ¿verdad? Prométeme que siempre serás mía, Freddi, prométemelo...

Ella cerró los ojos y hundió la frente en su hombro.

—Sí, querido, te lo prometo. Siempre, toda mi vida... —Pero uno de los pacientes la interrumpió, llamando desde la sala—. ¡Está bien, ya voy! Escucha, Barney, ahora tienes que irte, cariño. Esa fractura de tibia y peroné llegará pronto y tengo que preparar... ¡Sí, sí, ya va! Buenas noches, amor mío.

El de la apendicitis se había despertado a causa del dolor. Le administró la última inyección de morfina y volvió al control. El herido de la cama de la esquina se estaba quejando y lo iluminó un momento con la linterna para comprobar si necesitaba algo, pero tenía los ojos cerrados y volvió al trabajo. Una vez más se oyeron pasos en la puerta y, esta vez, entró Gervase Eden.

—Enfermera Linley... ¡Hola, encanto!

—Hola, Gervase —contestó ella, incómoda.

—Eres como una orquídea, Frederica, ahí sentada con el reflejo de la luz acariciando tu pelo. ¿Cómo consigues irradiar tanto brillo con un simple vestido gris? —Y al ver la expresión de su mirada, añadió a toda prisa—: ¡Lo he leído en un libro!

—Y desde entonces estás buscando una mujer vestida de gris para soltarle la frasecita —bromeó Freddi, pero el corazón le había dado un ligero vuelco en el pecho.

«¿Por qué demonios no puedo limitarme a decir que busco a la enfermera jefe en vez de hacer chistes que luego todas se toman demasiado en serio?», pensó Eden, enfadado consigo mismo, y se apresuró a preguntar dónde estaba la responsable del turno de noche.

—En una de las otras salas, ¿la necesitas?

—Ni lo más mínimo —repuso Eden, y Frederica sonrió de nuevo.

—Por un momento, Gervase, me has mirado como si fuera la enfermera Bates.

—¿Es que acaso miro a la enfermera Bates de alguna forma en particular?

—¡Desde luego que sí! De medio lado y como retraído... ¡Así! —Y según lo decía adoptó una expresión feroz, con el ceño fruncido y los rosados y carnosos labios, que parecían sacados de un cuadro de Burne-Jones, apretados en un esfuerzo por no reírse—. ¿Estoy graciosa, Gervase? ¿No? ¿Me parezco a ti cuando miras a la enfermera Bates?

—Freddi, no estás graciosa en absoluto. Estás adorable...

Acto seguido sintieron una especie de sacudida, tan real y tan potente como una descarga eléctrica, y de pronto ella estaba en sus brazos, apretando su cuerpo contra él, buscando los besos que él no podía refrenar.

—¡Freddi! ¡Dios mío, Freddi...! —Pero enseguida la apartó de sí, se liberó de su abrazo y corrió al otro lado de la mesa, colocándose nervioso la corbata—. Lo siento, querida. He..., he perdido el control por un momento. Perdóname, no debería haberlo hecho. —Se quedó unos instantes de pie, en silencio, con el dorso del puño cerrado

contra la frente, y al fin se disculpó de nuevo, ignorando el hecho de que, en realidad, había sido ella la que más había «perdido el control»—: Me siento como un canalla, Freddi. Perdóname y olvida todo esto.

—No hay nada que perdonar, Gervase. En cuanto a olvidar...

Él se negó a reconocer el significado implícito en su tono de voz.

—Finjamos que nunca ha ocurrido, Freddi. Me siento muy culpable. Culpable por Barney, quiero decir —añadió de forma deliberada, y luego trató de bromear con una temblorosa sonrisa—: ¡Está claro que no deberías ir por ahí poniendo caras graciosas!

Frederica se quedó en silencio, mirándolo fijamente, pero al oír un nuevo ruido de pasos en la entrada huyó corriendo hacia la sala. La enfermera Bates entró en el control.

—¡Vaya, el comandante Eden! —exclamó con malicia, loca de celos y de indignación—. ¡Ya me imaginaba que te encontraría aquí!

—Estoy haciendo la ronda —repuso Gervase, que la había terminado hacía media hora.

—¿Y tienes la costumbre de besar a todas las voluntarias que te vas encontrando en los controles cuando haces las rondas? —le espetó, desesperada y furiosa de dolor.

—No —replicó él con mucha sangre fría—, solo a las enfermeras.

No era su intención que sonara así, no había pretendido hacer referencia al pasado, cuando ella estaba en el turno de noche y lo perseguía de sala en sala, cuando aparecía «por casualidad» en cada control de enfermería al que él llegaba. Solo quería hacer un chiste, para proteger a Frederica de los morbosos celos de Bates.

—Lo siento, querida —se disculpó—. No quería ser sarcástico. Pero no estaba cortejando a Freddi Linley y, para ser sincero, no sé por qué habría de importarte si así fuera.

Bates lo miró desolada.

—Gervase, ¿cómo puedes decir eso?

«¡Por Dios!», pensó Eden, pero procuró ser amable y tratarla con paciencia.

—Escucha, Marion... Tenemos que zanjar este asunto de una vez por todas. Tú y yo tuvimos un pequeño romance. Jamás quise hacerte creer ni por un momento que fuera algo más que eso. Esas cosas no pueden durar para siempre, y no lo hacen. Fue maravilloso y estoy muy agradecido por lo mucho que nos divertimos juntos..., pero se acabó.

—No para mí —negó ella, desesperada—. Después de todo lo que me dijiste, Gervase..., de todas tus promesas, no puedes dejarme tirada de esta manera.

—Nunca te dije una sola palabra que pudieras haber interpretado como promesa de ningún tipo.

—Dijiste que me querías...

Eden la interrumpió, muy serio.

—Jamás he dicho esas palabras a ninguna mujer en toda mi vida.

—¡Palabras! —gritó Marion, enardecida—. ¿A quién le importan las palabras?

Los hombres creen que pueden hacer lo que quieran, que pueden tratarnos como les plazca, que mientras no pronuncien las palabras mágicas, mientras no digan «te quiero», están exentos de cualquier responsabilidad. Pues no es así, Gervase. Los besos pueden ser promesas, y las miradas y los silencios... Dijeras o no dijeras que me querías, permitiste que te quisiera yo, y ahora no dejaré que te deshagas de mí porque te hayas encaprichado de una estúpida mocosa como Frederica Linley. Iré a ver a Barnes y se lo contaré todo. Le diré que tiene que poner fin a esto, que arruinará su vida y la mía... No te dejaré marchar, Gervase, no puedo. Me moriría. No voy a... —Y entonces se derrumbó y rompió a llorar, desdichada e indefensa—. ¡No puedes enamorarte de ella!

—Yo no estoy enamorado de nadie —aseguró Eden con calma.

—Estás enamorado de Frederica Linley. Supongo que querrás casarte con ella... Gervase empezaba a perder la paciencia.

—Sabes que no estoy en posición de casarme con nadie, Marion.

Una vez, hacía mucho tiempo, una de las encantadoras damas que acudían a su consulta había sido muy insistente, y por entonces él aún no había adquirido su habilidad para evitar ese tipo de situaciones. Llevaba varios años sin verla, pero le había servido para crearse un escudo frente a ataques similares contra su libertad.

—¿Es que ya no me amas?

—Marion —imploró agotado—, no volvamos otra vez con lo mismo. Los hombres se enamoran y se desenanoran, eso es todo. —No podía explicarle que en realidad jamás se había enamorado, que lo más que había hecho era rendirse ante los ataques dirigidos a su desguarnecido corazón—. Quiero recordar el tiempo que pasamos juntos con cariño y gratitud, no me lo impidas, querida. No lo estropees tratando de aferrarte a algo que se ha terminado, a un recuerdo del pasado.

—Me da igual, Gervase. —La enfermera Bates seguía mirándolo con aquellos ojos azules aturdidos por el dolor y la tristeza, y su incontrolable necesidad de verbalizar sus ilusiones las iba, al mismo tiempo, destruyendo—. No dejaré que te vayas, le diré a todo el mundo cómo me has tratado, le diré a todo el mundo que me has abandonado por esa chiquilla de Linley, te obligaré a volver a mi lado...

Eden la cogió por la muñeca y su furibunda mirada se reflejó en el rostro asustado de Marion.

—¡No te atreverás!

—Lo haré, Gervase, te juro que lo haré. Te llevaré a los tribunales por faltar a tu palabra. Lo haré para que todo el mundo sepa lo canalla que eres... También todas esas mujeres de Harley Street.

El cirujano la empujó lejos de sí, asqueado, y salió de la habitación. Ella se quedó inmóvil por un momento, apoyada contra la pared, repugnada por su propio comportamiento, y luego se arrastró tras él. Ninguno de los dos echó la vista atrás hacia la sala donde descansaban los heridos.

Frederica se había escondido tras la oscuridad de los biombos que rodeaban la

cama del recién llegado. Cuando Gervase y Marion se fueron, se acercó a la puerta y se quedó allí de pie, mirando el lugar por donde habían desaparecido.

«¡Dios mío! ¿Y si se lo cuenta a Barney?». La conversación había subido de tono sin que aquellos dos se dieran cuenta y los había escuchado con toda claridad a través de la fina mampara de cristal. «¿Y si se lo cuenta a Barney? No volverá a dirigirme la palabra, ¡nunca me perdonará! Lo perdería, y todo por un hombre como Gervase Eden... Gervase me amaría durante una semana o un mes, y luego se olvidaría de mí. “Quiero recordar el tiempo que pasamos juntos con cariño y gratitud, Freddi; sé buena y olvídate de mí”. Tiene a todas las mujeres del hospital persiguiéndolo, pero él no se interesa por ninguna de ellas. ¡Se interesa por mí! Aunque solo es por Barney... ¡Dios mío, Barney! ¿Por qué no puedo ser teal si eres tan decente y dulce y me quieres mucho más de lo que merezco...? Pero es que en cuanto aparece Gervase... No dice nada, no hace nada, jamás me había tocado antes de esta noche, pero mi corazón da un vuelco y las rodillas no me sostienen. Es repulsivo, de veras lo es. ¡No es más que sexo, solo eso! Mi desgracia es parecer una tímida muñequita por fuera y tener un horno que me abrasa siempre por dentro. En fin...», siguió diciéndose a sí misma al tiempo que se alisaba el delantal y se colocaba la blanca cofia almidonada con gesto de resignación, «supongo que más me valdría no lamentarme tanto y preocuparme por estos pobres hombres». El paciente de la cama de la esquina murmuró algo y se acercó hasta él. Las manos le ardían. Mientras le sostenía una entre las suyas, frías y suaves, pensó: «Gracias a Dios que Esther y Woody no saben nada de esto».

## 6

Esther acababa de regresar del hospital y estaba sentada con Woods en el saloncito de la casa que compartían, hablando con ella sobre los amoríos de Frederica. Una acertada planificación había hecho que se construyera una pequeña hilera de casitas para los obreros del antiguo sanatorio a las puertas del complejo y allí fue donde acomodaron a las voluntarias, en grupos de tres o cuatro por cada pequeña vivienda de dos habitaciones. Apenas eran más que una suerte de cabañas: pequeñas, oscuras e incómodas, pero las tuberías funcionaban y cada una tenía su cocina con un hornillo de gas. Para tres muchachas desacostumbradas a la vida en comunidad, y más teniendo en cuenta que aquella comunidad la formaban otras sesenta mujeres de edades muy variadas y provenientes de todas las clases sociales imaginables, aquello era un paraíso de privacidad para descansar tranquilas. Frederica, al hacer el turno de noche, se turnaba con Esther la habitación del piso de arriba, y Woods tenía una cama plegable en el minúsculo salón.

El ensordecedor rugido de los cañones parecía sacudir hasta los mismos cimientos, pero las bombas ya no caían tan de seguido y el fulgor de las balizas se iba

extinguendo. Las voluntarias Sanson y Woods se pusieron cómodas, con los pies sobre la pantalla de la chimenea, para beberse sendas tazas de cacao, desafiando así las órdenes de que nadie debía quedarse en su alojamiento después del anochecer durante un bombardeo.

—No puedo entender qué ve la gente en Gervase —rumiaba Esther, pensativa—. En fin, es agradable y divertido, pero más feo que un demonio, tan delgado y macilento y..., bueno, debe de tener al menos cuarenta años.

—Muchas gracias —replicó Woods.

—Perdona, querida, no quería decir eso, ya sabes a qué me refiero. No es ningún adonis y ni siquiera parece que intente gustar a las mujeres.

—Es que tú eres como un témpano, Esther.

—Pues a lo mejor sí, porque al parecer soy la única mujer del hospital que puede cruzarse con Gervase Eden sin caer desmayada a sus pies. ¿Cómo ha ido hoy tu gran actuación?

Woods hizo una mueca.

—No ha ido mal. Me he hecho la encontradiza con Casanova cuando salía del salón de actos y he puesto cara de querer parecer indiferente, pero estar ansiosa por escabullirme. Ha sido algo tan novedoso para él, pobre, que ha caído en el juego.

—Cuidado, no vayas a caer tú también, Woody. Sería de chiste.

Woods se mostró de acuerdo y estalló en carcajadas.

—Pues sí —admitió con procaz jovialidad—. Pero bueno, tampoco haría ningún daño y el efecto sería el mismo, Esther. Frederica se daría cuenta de que el muy caradura sale disparado en cuanto le silba cualquier mujer.

—Eso ya debería saberlo, piensa en la pobre Bates.

—Ya, pero una cosa es que Gervase se canse de Bates y empiece a interesarse por Freddi..., ¡y otra muy distinta que anduviera correteando detrás de la vieja y rechoncha Woody justo cuando empieza su romance con Frederica!

—¿Estás segura de que se trata de un romance?

—Bueno, Freddi va por ahí como una tórtola en celo cuando él está cerca, y puede que el amor sea ciego, pero si la cosa sigue así, Barney acabará por verlo. Y Barney no se tomaría algo así a la ligera, Esther. Le rompería el corazón, pero daría a Freddi por perdida para siempre. La quiere demasiado y no puede jugar con él de esa manera. Es por el bien de Barney, tanto como por el de Frederica, por lo que quiero poner fin a esto si puedo.

—Espero que no acabes metiéndote en un lío, Woody —suspiró Esther no muy convencida.

Woods tenía los ojos clavados en el fuego y se sujetaba el chal, en el que estaba envuelta, con una mano delante del pecho mientras estiraba sus bellísimas piernas hacia la lumbre. Por un momento dejó de sonreír.

—No sería la primera vez, querida. Me he divertido mucho en la vida, Esther, de una forma u otra, metiéndome en líos y saliendo de ellos sin hacer daño a nadie, que

yo sepa, excepto quizá a mí misma. E incluso en ese caso no sé... No creo que actuara de otra forma si pudiera volver atrás. Freddi es diferente. Es tan joven y tan guapa... Debería casarse con Barney, Esther, y llevar su casa y tener un montón de chiquillos adorables y ser toda una dama. El atractivo de Freddi está en su aplomo, es tan fría y está tan satisfecha de sí misma, ¿verdad? No lo digo en el mal sentido, es graciosa y muy dulce. Pero si tuviera un desliz, lo perdería todo. Perdería esa firmeza y..., bueno, no creo que entonces se casara con Barney. No sería capaz de engañarlo, pero tampoco podría confesarle su debilidad. No sé, puede que me equivoque. Soy muy mala juzgando a la gente..., pero en cualquier caso, si puedo evitar que se estrelle con ese donjuán, por las buenas o por las malas, lo haré. No creo que yo corra el más mínimo riesgo de acabar herida en el proceso, pero si pasa, bueno, ya me han hecho daño antes y puedo soportarlo una vez más. —Luego, tras dar un sorbo a su taza, tosió con fuerza y se golpeó en el pecho—. ¡Por Dios! ¡Esto está hirviendo!

—Ojalá funcione, Woody, y espero que si lo hace Frederica sepa agradeceréte.

—No pretendo que nadie me dé las gracias —repuso su amiga con total tranquilidad.

Y Esther, viéndola allí sentada, envuelta en su chal, oronda y feliz y tan normal, aún maquillada y con aquellos ojos profundos, brillantes y astutos, le dijo con cariño:

—Ya lo sé, querida, nunca lo haces.

## Capítulo III

### 1

Después de un intenso bombardeo, era un verdadero milagro salir y encontrarse el mundo de uno intacto. Esther caminaba junto a Woody en dirección al hospital, envuelta en su capa de forro rojo para protegerse del gélido aire del amanecer.

—Parece que hay un cráter nuevo en aquel prado de allí... Supongo que de la bomba que cayó sobre las diez, aunque juraría que había sonado más cerca.

—«Las tres en raya» —le explicó Woody en tono despreocupado, utilizando un símil que se había vuelto común en el día a día bajo los bombardeos—. Mira, allí ha caído otra, en lo alto del bosque... Se ve dónde ha roto las ramas de los árboles. Menos mal que no ha sido un poco más a la izquierda o la tercera habría dado de lleno en el pabellón de enfermeras. ¡Eso sí las habría hecho correr!

—«¡No corráis nunca, salvo por una mina!» —se burló Esther, imitando a la enfermera jefe.

El paciente de la fractura de tibia y peroné pareció encantado de conocerla en la enfermería.

—¡Hola! Creo que aún no nos habíamos visto.

—Yo a usted sí —lo corrigió ella con una sonrisa, sin dejar de lavarlo—. Lo vi anoche cuando lo sacaban del quirófano, pero en ese momento no me prestó usted mucha atención.

—No estaba para fijarme en nada —se lamentó el herido con una mueca.

Era un hombre joven, delgado, rubio y sonriente, con los ojos muy azules y aspecto de persona agradable, decente y de confianza. A Esther le aburrían profundamente los tipos así, pero reconoció en este algo fuera de lo habitual.

—¿Cómo se siente hoy? —le preguntó con amabilidad.

—Bueno, no demasiado mal para ser las siete de la mañana. Dicen que me he fracturado la tibia y el peroné o algo así. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que se ha roto los dos huesos que hay entre la rodilla y el tobillo. En general, cuando esto ocurre los huesos tienden a desplazarse y hay que mantenerlos sujetos para que puedan soldar bien de nuevo. Tendrá que llevar esta fijación durante un tiempo, unas semanas, pero no le dolerá... No demasiado. Luego le pondrán una escayola y podrá andar apoyándose sobre la otra pierna, y cuando le quiten el yeso solo tendrá que hacer ejercicios para fortalecer los músculos y será como si no hubiera pasado nada. La recuperación es larga y no es exactamente un camino de rosas, pero hay cosas mucho peores.

El joven la miraba con atención.

—¿Está bromeando?

—No —replicó Esther—, yo no bromeo con los pacientes. Deme la otra mano.

—¿Y ahora me pide la mano? —se guaseó, él sí, entre risas.

—Solo para lavársela, y no intente coquetear conmigo; no me gusta.

Y, dicho esto, le bajó la manga del pijama de un tirón y recogió la palangana y las toallas.

—Lo siento —se disculpó el paciente, algo asombrado y bastante dolido.

—No pasa nada. —Esther se fijó en su ropa, que estaba doblada en la taquilla, y en los zapatos que estaban debajo y que, aunque rotos y arañados por los escombros, tenían ese bonito color castaño que solo se consigue al abrillantar el buen cuero—. ¿Es usted civil?

—No exactamente: «Apto para el servicio en la Marina». Estaba en casa de permiso y pensé que podría echar una mano en mi antiguo trabajo.

No le preguntó cuál era ese trabajo, pero la palabra «casa» llamó su atención.

—¿Vive en Heronsford?

—A las afueras. ¿Conoce la fábrica de cerveza de Godlistone?

—¡Santo cielo! ¡No me diga que es usted cervecero! —exclamó ella con una carcajada.

—Eso me temo, ¿le sorprende?

—Bueno, no, no es eso, pero... No tiene usted pinta de cervecero, nada más.

Una sonrisa de perplejidad se dibujó en el rostro del herido.

—¿Es que le parezco amanerado o algo así?

Esther no había tenido la oportunidad de hablar con muchos hombres en los años que había vivido con su madre, casi enclaustrada en aquel pequeño piso; no de tú a tú, no en ese tono frívolo e ingenioso de charla de salón. Se sentía un poco avergonzada y vaciló al responder.

—No, claro que no, no es eso. Solo que... Bueno, creí que los cerveceros eran gigantescos hombres de brazos fornidos con la nariz roja.

—Pues lo de los brazos fornidos no lo sé —bromeó el joven con una carcajada al tiempo que se miraba las finas mangas de su pijama de hospital—, pero creo que acabar con la nariz roja es solo cuestión de tiempo. En realidad, soy algo así como el cervecero jefe. Vamos, que la fábrica es mía.

—Entiendo.

—Así que, si alguna vez quiere tomarse una cerveza gratis, ya sabe dónde puede venir.

—Lo cierto es que no soy demasiado aficionada a la cerveza —se excusó Esther.

—Es una pena, porque en el futuro apenas verá otra cosa. —Pero esto último no lo dijo muy alto.

La enfermera jefe del turno de día se acercó a ellos tras salir del control, donde se había reunido con su compañera del turno de noche, que ya se iba.

—¿Va todo bien, enfermera?

—Sí, señora, gracias.

—¿Sabe que el número ocho sube a quirófano a las nueve y media?

—Sí, señora.

—Y la fractura de fémur va justo después. —Se dirigió a la cama de la esquina, que ya no estaba tapada por los biombos—. Buenos días, ¿cómo se encuentra?

El paciente abrió los ojos y la miró con resentimiento.

—He pasado una noche horrible —resumió.

—¿Se apellida usted Higgins?

—Sí, así es. ¿Quién quiere saberlo?

—Pues todos los que trabajamos en el hospital. Anoche nadie pudo averiguarlo. Es usted el cartero, ¿verdad?

—Sí —confirmó Higgins—, o al menos lo era. No sé si podré volver a mi puesto.

—¡Tonterías! Desde luego que podrá —exclamó la enfermera muy jovial, y al tiempo que cruzaba a toda prisa la sala se dirigió a Esther—: Parece muy decaído. Será mejor que hable con él sobre la intervención mientras lo prepara o puede que se niegue a operarse. Por cierto, creo que la policía ha avisado a su esposa; si viene, deje que se siente con él antes de llevarlo a quirófano.

—Sí, señora.

—Llévelo usted, Sanson, y quédese allí hasta que pueda traerlo de vuelta. A propósito, antes van a operar una úlcera duodenal, ¿le gustaría verlo? ¿Ha asistido alguna vez en una cirugía abdominal?

—No, señora, no he tenido ocasión. Me gustaría entrar a observar, si es posible.

—Claro, decidido entonces. Las otras dos pueden apañarse aquí durante una hora más o menos. Puede llevar a Higgins antes; así no pondrá nerviosos a los demás y podremos zafarnos de la esposa si resulta una molestia.

La señora Higgins resultó ser, en efecto, una gran molestia. Puso objeciones cuando se le pidió que saliera mientras Barnes hacía la ronda para examinar a los pacientes que tenían que recibir anestesia ese día, y volvió a quejarse cuando llegó el doctor Eden y se sentó a la cabecera de la cama de su marido para un segundo reconocimiento. A las nueve y media, hora a la que en la enfermería de un hospital el día parece ya bien avanzado, Esther acomodó al viejo en una camilla con la ayuda de un celador y lo sacó de la sala para atravesar el gran vestíbulo circular en dirección al quirófano.

## 2

Los quirófanos modernos ya no son de ese blanco cegador que tiende a generar engañosas sombras y que resulta tan molesto para la vista del cirujano, sino de un reconfortante color verde oscuro. El quirófano de Herons Park era una habitación grande y cuadrada de azulejos verdes con vitrinas de cristal y estanterías con

autoclaves en las paredes. La mesa de operaciones estaba en el centro, bajo una enorme lámpara circular de metal cuya bombilla quedaba rodeada por innumerables espejos dispuestos en el ángulo preciso para que las manos del cirujano no pudieran arrojar ningún tipo de sombra sobre su trabajo. La propia mesa era también metálica, de un material ligero y resistente esmaltado en blanco, y estaba articulada en ambos extremos; se sostenía sobre un único y grueso pie central para que ninguna pata ni travesaño se interpusiera en el camino del personal y estaba provista de pedales y manivelas para subirla o bajarla, en su conjunto o por partes, si era preciso. Para operar habían puesto encima una gruesa almohadilla de goma envuelta en una sábana de lino, y en ese momento subían al paciente en parihuelas sobre ella y quitaban las barras de metal de estas, de modo que el hombre quedara tendido sobre la lona de la camilla y luego se le pudiera levantar de nuevo con facilidad, sin moverlo más de lo necesario, después de la intervención. A la derecha del paciente había dos carros, presididos por la enfermera de quirófano; uno con los instrumentos necesarios para la operación y otro con varias bateas de bisturíes y tijeras, agujas e hilo de sutura y torundas de algodón. A la izquierda estaba la mesa de instrumental; una bandeja apoyada sobre un soporte de una sola pata alta, para poder moverla por encima del cuerpo del paciente y depositar en ella los instrumentos durante la operación; una palangana con antiséptico para enjuagarse las manos y un par de cubetas para desechar las torundas manchadas de sangre. En una esquina del quirófano se había extendido sobre el suelo un lienzo de hule rojo donde se iban contando las torundas varias veces con la ayuda de una pizarra colgada en la pared sobre los autoclaves de los que se cogían. La temperatura de la estancia se mantenía muy alta por medio de radiadores ocultos en las paredes y en el aire predominaba el fuerte y empalagoso olor dulzón del éter.

Barney estaba sentado a la cabecera de la mesa de operaciones, administrando la anestesia al primer paciente, cuando llegó Esther empujando la camilla de Higgins. Tenía el carro a su izquierda, una robusta estructura de metal con los pesados cilindros de hierro que contenían el gas anestésico y el oxígeno colgados a un lado y un recipiente de cristal con agua, a través del cual estos debían pasar antes de ser aspirados, que burbujeaba alegre en su superficie. Un grueso balón rojo de caucho se inflaba y se desinflaba dentro de una bolsa de red negra al ritmo de la respiración del paciente.

A Higgins le habían puesto una inyección de morfina y atropina en la enfermería y ahora se sentía adormilado y más o menos tranquilo.

—Aún tendrá que esperar un poco, Higgins —le dijo Esther mientras lo empujaba hasta la sala de anestesia y echaba el pestillo para que nadie lo molestara—. Quédese aquí y no se inquiete. ¿Se encuentra bien?

—Tengo un poco de sed, señorita —se quejó Higgins tratando de humedecerse los labios resecaos.

—Es algo normal, por la atropina. ¿Cree que estará bien aquí solo durante unos

minutos, mientras yo voy a ponerme la bata?

—Sí, señorita —contestó Higgins con indiferencia.

Woods era la voluntaria auxiliar de quirófano. Ella y la enfermera Bates estaban ya en el lavamanos con sendas batas verdes atadas con varias cintas en la parte posterior del cuello y de la cintura. Woods llevaba una simple mascarilla de gasa rectangular colgada del cuello, lista para cubrirse la boca y la nariz en cuanto entrara en quirófano, pero la de Bates era mucho más elaborada, una especie de velo que le cubría toda la cabeza y se metía por dentro del cuello de la bata. Sus ojos, que saludaron a Esther a través de una pequeña ventanilla practicada en aquel embozo también verde, parecían en comparación muy grandes y de un azul intenso. La tela se movió con su respiración cuando se dirigió a ella.

—Enfermera, si va a quedarse, póngase una bata.

El comandante Moon se alejó del lavamanos con los brazos medio alzados. Llevaba una camisola de algodón blanco, unos pantalones de loneta demasiado cortos y botas de goma. Woods le tendió una toalla esterilizada y le ayudó a ponerse la bata mientras él mantenía los brazos extendidos hacia delante. Le ajustó un pequeño gorro también de color verde y una linterna con una cinta sobre la frente. Luego le lanzó una bata a Esther y una mascarilla rectangular como la suya y se apresuró a sujetar la batería que iba unida por un largo cable al aparato. Al entrar en el quirófano, iba tras el cirujano como un paje sosteniendo la cola de un vestido de novia. Por último, el comandante Moon se enfundó unos finos guantes marrones de látex.

El paciente respiraba con normalidad, tenía los ojos cerrados y la cabeza ligeramente caída hacia un lado. Gervase Eden, ya con bata y mascarilla, estaba de pie a su lado, esperando con contenida impaciencia a su colega para poder empezar. El comandante Moon se acercó al carro de la enfermera y se quedó mirando el instrumental. Al tiempo que Esther abría la puerta de la sala de anestesia para asegurarse de que Higgins seguía bien, oyó al viejo cirujano que decía entre dientes: «¡Menuda porquería de chismes! Trabajaríamos mucho mejor con instrumentos decentes».

Woody adoraba al comandante Moon. Le recordaba al señor Churchill, y el señor Churchill era el ídolo de toda Gran Bretaña. Aquello le trajo a la memoria una de sus brillantes frases y lo citó en voz alta, mirando hacia atrás desde la puerta de la sala de anestesia, donde estaba con Esther.

—¡Dennos las herramientas y terminaremos el trabajo!

La enfermera Bates tuvo que refrenarse. ¡Voluntarias! ¿Quiénes se creían que eran para bromear así con los oficiales? ¡Si ni siquiera tenían rango!

—Silencio, enfermera, por favor —le recriminó indignada—. No está usted aquí para...

Pero no pudo terminar la frase; de pronto se oyó un desolado grito proveniente de la sala de anestesia, donde Higgins luchaba por incorporarse sobre su camilla, agarrándose a Esther con la mirada fija en la puerta del quirófano y farfullando sin

parar.

—¿Dónde he oído antes esa voz? ¡Dios mío, no me acuerdo! ¡Tengo que recordarlo! ¿Dónde he oído antes esa voz...?

### 3

El comandante Moon levantó la vista, asombrado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con aspereza.

Woods se apartó de la puerta y se apoyó en la pared del quirófano.

—Es ese paciente, señor: Higgins —se apresuró a contestar—. La fractura de fémur, su próxima operación. Supongo que estará confuso por la morfina o algo así.

Aún podían oír la voz de Esther en la otra habitación, que trataba de calmar al viejo.

Moon y Eden se encogieron de hombros y se concentraron en el paciente que en ese momento estaba, ya completamente bajo los efectos de la anestesia, sobre la mesa. Barney se bajó un momento la mascarilla para dirigirse a Woody.

—Pareces muy alterada. ¿Te ha asustado? ¿Estás bien?

—Sí, sí —repuso ella con cierto atropello—. Muy bien.

Y con la más profesional de las actitudes, se adelantó para quitar las mantas, retirar la bata marrón de franela sobre el pecho del paciente, deshacer los vendajes, levantar las toallas esterilizadas y dejar así al descubierto el abdomen.

Eden cogió una brocha y extendió distraído la tintura de yodo sobre la piel. El comandante Moon se acercó y se puso frente a él, y entre los dos colocaron los campos quirúrgicos hasta que solo quedó a la vista un cuadrado amarillento. Parecían dos mujeres ayudándose la una a la otra a hacer una cama.

—Lamento tener que informar, señor —anunció Eden con una sonrisa—, que el paciente tiene un absceso justo en la línea de incisión.

Moon sonrió abstraído; se había retirado un poco de la mesa y palpaba con los dedos el estómago distendido.

—Sí, muy agradable —asintió a la vez que hacía un gesto con la cabeza.

Y, sin más rodeos, cogió un bisturí y con calma practicó una larga y profunda incisión, aparentemente al azar, de una parte a otra del cuadrado amarillo. La carne se abrió y la blanquecina grasa se volvió de un rojo intenso contra el verde oscuro de la tela que la rodeaba: se iba desplegando tras la punta del bisturí como el oleaje que provoca la estela de un barco. Con las pinzas que le había tendido la enfermera Bates, Eden fue sujetando uno a uno los vasos sanguíneos mientras Moon suturaba. No estaba perdiendo demasiada sangre, pero las torundas y los instrumentos se iban llenando de manchas. Barnes abrió la boca del paciente para introducir una cánula y mantener despejados los conductos respiratorios.

Moon avanzaba sin pausa, liberaba las adherencias de la venosa bolsa del

estómago con pequeños movimientos de bisturí, raspando y cortando, e introducía la mano entera en la incisión para calibrar con la precisión de un experto el camino que debía seguir. Podría haber sido una mujer lavando un delicado encaje antiguo; sus manos se movían con la misma sutileza, la misma escrupulosa atención al detalle, la misma calma y habilidad y la misma ausencia de vacilación o tensión. Cuando el estómago quedó por fin expuesto, lo envolvieron con cuidado en una gasa húmeda y lo dejaron, con su aspecto espumoso de una tonalidad rosa pálido y ligeramente azulada, sobre el abdomen, al borde de la incisión. Moon se dirigió al anestesista con el mismo tono de voz que si estuviera pidiéndole un poco más de mantequilla para el pan durante la cena.

—Hagamos que se relaje un poco más, ¿de acuerdo?

Y Barnes toqueteó una de las válvulas. El paciente emitió un débil gruñido como respuesta y luego volvió a guardar silencio.

El comandante Moon se enjuagó las manos en la solución salina que tenía al lado, ya teñida con la sangre de sus guantes de látex.

—Cambie la palangana, enfermera —ordenó Bates.

Era casi una clase magistral verla manejar los instrumentos, cada uno sujeto de tal manera que lo presentaba a la mano del cirujano de la forma más adecuada. El comandante Moon expuso el duodeno.

Woods volcó las torundas ensangrentadas sobre el lienzo de hule que había en la esquina del quirófano y empezó a ordenarlas.

—¿Cómo va el viejo? —le susurró a Esther por la comisura de los labios cuando esta volvió a entrar con sigilo en el quirófano.

—Ya se ha calmado. Creía que había oído tu voz en alguna parte.

—Eso le había entendido —dijo Woods sin darle importancia y, en cuclillas, se afanó en separar las torundas con unas pinzas de mango largo para asegurarse de mantenerlas bien alejadas de su inmaculada bata—. ¿Qué te parece tu primera cirugía abdominal?

—Pues estoy un poco mareada, para ser sincera.

—Aquí no puedes marearte. Tienes la cara verde, la verdad, será por el calor. ¿Por qué no te sientas?

Esther buscó un taburete y se sentó en silencio. Barney la miró y levantó una ceja. El paciente tenía la mascarilla de caucho ajustada sobre el rostro con unas anchas bandas elásticas de color rojo que le daban un aspecto un tanto desagradable, como si tuviera hocico de animal. «Parece que estén sacrificando un cerdo», pensó Esther con el estómago revuelto.

El comandante Moon, que estaba inclinado sobre el cuerpo, se irguió de pronto.

—¡Aquí está! ¿Lo ven? Es una úlcera, muy bien... Enfermera, deme una torunda pequeña, por favor. ¿Quieren nuestras voluntarias echar un vistazo? Esperen un momento mientras limpio la zona. ¡Eso es! ¡Nunca verán una úlcera duodenal como esta!

Woods observó por encima del hombro del cirujano. Esther se estremeció. Su compañera se acercó a ella y echó un vistazo a la sala de anestesia.

—Tu paciente está bien, aletargado y tranquilo. ¿No quieres ver la úlcera?

—No, hoy no puedo. Hace demasiado calor aquí.

—Ya no queda mucho. Será mejor que esperes fuera mientras operan a Higgins; de todas formas, no será muy interesante.

Y volvió a alejarse a pasos torpes con sus enormes botas blancas de goma. La enfermera Bates abrió unas pequeñas ampollas de cristal y enhebró varias agujas con sutura. Eden extrajo un segmento de intestino de un tono rosa azulado y lo sujetó pegado al estómago mientras Moon cortaba y cosía. Luego volvieron a colocarlo todo en la cavidad abdominal.

—Ya no queda mucho, Barney. Retracción, por favor, Eden. Más fuerte si puede...

Habían terminado. El comandante Moon arrojó las últimas pinzas sobre la bandeja y se quedó mirando al paciente, mientras se quitaba los guantes con una expresión de calmada satisfacción en sus desvaídos ojos azules. Todo había ido bien, sin tensiones ni dificultades, y la úlcera era la más increíble que había visto nunca. Salió en dirección al lavamanos, seguido por Eden.

—Nunca creí que fuera un divertículo... Crossley pensaba por la radiografía que podría ser un divertículo...

La enfermera Bates y Woods vendaron el abdomen aún amarillento y ahora atravesado por una áspera y rojiza cicatriz de trece centímetros fruncida con puntos de sutura y grapas metálicas, desecharon los campos quirúrgicos y lo taparon con las mantas, y finalmente liberaron la boca y las fosas nasales del paciente de aquella mascarilla. Barney recogió su carro, se puso en pie para estirarse y fue también al lavamanos. Woods corría atareada de un lado a otro del quirófano: primero recogió las torundas y los vendajes, luego colocó una nueva palangana con solución salina para el cirujano, cambió uno de los cilindros de gas por otro nuevo (que a duras penas podía levantar, con pasos vacilantes, sujeto como si llevara un enorme bebé negro en brazos), retiró las gasas y los tubos usados del carro de anestesia y dejó uno nuevo en una palangana esmaltada. Esther fue a la sala de anestesia y pasó a Higgins al quirófano; lo subieron a la mesa de operaciones con las parihuelas y quitaron las barras metálicas, de modo que lo dejaron sobre la lona para poder levantarlo luego con el mismo procedimiento. El viejo cartero miraba a su alrededor con ojos asustados y confusos.

Barney se acercó a él y, mientras le cogía de la mano, le explicó con amabilidad lo que harían entonces.

—Va a estar bien, amigo. Ahora le colocaré una mascarilla sobre la nariz y tendrá que respirar despacio. Muy pronto estará dormido y luego se despertará en su cama y todo habrá terminado...

Higgins giró la cabeza sobre la almohada.

—¡Señorita! ¡Señorita!

—Sí —dijo Esther—, estoy aquí. Estoy con usted.

—Voy a ponerme bien, ¿verdad?

—Sí, se pondrá usted bien, Higgins, de verdad. Es una operación muy sencilla, no van a tardar nada.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó lastimero. Parecía mirar a su alrededor sin reparar en nada, pero evitaba los instrumentos ya dispuestos sobre el carro.

Barney tenía una manía sobre la sala de anestesia. Prefería empezar la sedación ya con el paciente sobre la mesa de operaciones, pero reconocía que eso implicaba para ellos un miedo y una angustia añadidos y ahora trataba de calmarlo.

—Es una intervención muy simple, Higgins; apenas puede llamarse cirugía. Se ha fracturado el fémur, el hueso de la parte superior de la pierna, y vamos a ponerle un clavo por encima de la rodilla para colocarlo en su sitio. Eso es todo. No tardaremos mucho y no es complicado en absoluto, ¿no es así, enfermera?

—Ni lo más mínimo —corroboró Esther.

—¿No hay ningún peligro, señorita? ¿Estaré bien cuando despierte?

—Pues claro que sí, Higgins. No hay nada que temer.

—¿Me lo promete, señorita? —insistió—. ¿Me lo promete?

—Desde luego. No corre ningún peligro, se lo prometo.

—¿Podría hablar con mi señora, señorita? —le rogó—. Está esperando en el vestíbulo y seguro que se preocupa. Dígale que no me pasará nada, ¿lo hará?

—De acuerdo, Higgins, iré a hablar con ella. Tan pronto como se haya dormido.

Entonces pareció relajarse un poco sobre la almohada, como reconfortado.

—Gracias, señorita. Que Dios la bendiga.

Le dirigió una débil y lastimera sonrisa y Barney le puso la mascarilla, con suavidad, sobre la boca y la nariz.

El agua burbujeaba en el pequeño recipiente de cristal del carro de anestesia, a través del cual pasaban el oxígeno y el gas.

—Respire con normalidad, amigo. No se preocupe. Relájese y respire despacio. No hay prisa... —La voz de Barney era tranquila y reconfortante, pero su mano presionaba la mascarilla con algo más de rudeza sobre la cara del paciente—. Así, tranquilo, amigo, no se preocupe por nada...

Woods permanecía en pie junto a la mesa, preparada para sujetarle las piernas o los brazos si se agitaba. El comandante Moon y Eden volvieron del lavamanos, enfundándose sendos guantes de látex limpios.

Algo iba mal. Alrededor de la mascarilla, el rostro de Higgins iba adquiriendo un tono azulado que se tornaba poco a poco púrpura oscuro. Su respiración era ruidosa y

bajo las mantas los brazos y las piernas le temblaban convulsos. La hilera de burbujas osciló cuando Barnes redujo el óxido nitroso y aumentó el flujo de oxígeno; parecía bastante preocupado.

Dos minutos después, el paciente aún tenía muy mal color y el balón de caucho se inflaba y se desinflaba al ritmo de su dificultosa y estertórea respiración. Tan solo el oxígeno burbujeaba ya en el agua.

—Tiene un color espantoso —observó inquieto el comandante Moon.

Barney titubeaba y miraba incrédulo el aparato en busca de algún signo de mal funcionamiento.

—No lo entiendo. Ahora mismo solo está inhalando oxígeno.

—No parece que haya ninguna obstrucción —añadió Eden con la mirada fija en el movimiento agitado del balón.

—Lo intubaré para asegurarnos.

Cogió un tubo de ventilación del carro, introdujo uno de los extremos en un tarro de lubricante y, tras retirarle la mascarilla, le colocó una cánula entre los dientes para mantener la boca abierta y lo hizo bajar por la garganta de Higgins. Los labios azulados del viejo cartero se cerraron sobre la boquilla metálica y Barney volvió a ponerle el oxígeno. Medio minuto después la respiración cambió. Se hizo más tenue, superficial e irregular. Los espasmos dieron paso a pequeñas sacudidas y convulsiones y el color lívido de la piel fue reemplazado por un gris plomizo mucho más terrible.

—¡Ha colapsado! —exclamó Barney atónito.

El comandante Moon retiró las mantas y comenzó la maniobra de reanimación con compresiones torácicas rítmicas y pausadas, pero a la vez llenas de urgencia. Barnes abrió una pequeña ampolla y llenó una jeringuilla con su contenido.

—Administre coramina, intramuscular —le ordenó a Woods mientras hundía la aguja entre las costillas, directa al corazón.

Incluso la respiración superficial había cesado ya. El comandante Moon seguía esforzándose en la reanimación. Barnes estaba a su lado con ademán impotente.

—¿Intento administrarle más oxígeno? —preguntó después de un minuto.

Eden se encogió de hombros.

—Yo inyectaría más coramina, intravenosa —sugirió Moon sin dejar lo que estaba haciendo. Y añadió muy serio—: Como último recurso.

Barnes buscó una vena y clavó la aguja.

—Me temo que no sirve de nada...

Moon no le hizo caso. Era horrible verlo moverse con ese ritmo, con ese aire de pánico contenido, sobre un cuerpo ya sin esperanza. Después de otros cinco minutos así, se incorporó y se llevó las manos a la dolorida espalda para estirar los músculos.

—Es inútil... No podemos hacer nada más.

Esther seguía en la misma posición, paralizada por el miedo, a los pies de la mesa. «¿No hay ningún peligro, señorita? ¿Estaré bien cuando despierte?». Y ella se

lo había prometido: «Pues claro que sí, no hay nada que temer». «¿Podría hablar con mi señora, señorita? Dígale que no me pasará nada». «De acuerdo, Higgins, iré a hablar con ella. Tan pronto como se haya dormido». «Gracias, señorita. Que Dios la bendiga». Aquellas habían sido sus últimas palabras y después había sonreído y había girado la cabeza sobre la almohada, contento de poder abandonarse a lo desconocido después de que ella le prometiera que todo iría bien. «Gracias, señorita. Que Dios la bendiga». Las últimas palabras que había pronunciado. Joseph Higgins había muerto.

## Capítulo IV

### 1

No muchos cirujanos se quedan impasibles ante una muerte en la mesa de operaciones. Que el paciente muera en pie, si quiere, o en su cama, o incluso en la camilla camino del quirófano, pero morir en la cegadora claridad de esa habitación, con la luz y el calor de las lámparas cayendo a plomo sobre él, es consternar a un conjunto de relativos desconocidos, atenazar con gélidas garras un puñado de corazones que no volverán a entrar en calor hasta que una sucesión de casos sin complicaciones en el día a día les haya devuelto la fortaleza de ánimo y la seguridad en sí mismos.

—Es la primera vez que ocurre algo así desde que estoy aquí —se lamentó el comandante Moon mientras cubría el rostro del fallecido con una manta.

Se habían quedado todos a su alrededor, en afligido silencio, contemplando aquella figura inmóvil con gesto de impotencia. El enjuto y grisáceo semblante de Eden parecía más sombrío que nunca, Barney estaba pálido y abatido, los ojos azules de la enfermera Bates parecían querer salirse de sus órbitas por encima de la mascarilla y Woody no paraba de toquetear nerviosa una pequeña mancha negra que tenía en la bata, a la altura del pecho. Moon, que era católico, se santiguó con discreción y murmuró una breve plegaria. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Esther y empezaron a correr por sus mejillas. «Gracias, señorita. Que Dios la bendiga...». No podía olvidar la turbación de su sonrisa.

El comandante Moon trató de recobrar la compostura.

—Eden, quizá Barnes y usted puedan ayudar a las señoritas y colocarlo sobre la camilla, si no les importa. ¿Estará bien, enfermera, después de lo que ha ocurrido?

—Yo lo llevaré —se ofreció Woods al ver la cara de Esther. Y añadió de forma un tanto mecánica, dirigiéndose a Bates—: Si le parece bien, señora.

Esta se quitó la mascarilla por encima de la cabeza y dejó al descubierto su hermoso cabello rubio y ondulado.

—Claro, Sanson puede quedarse aquí y recoger todo esto.

El tono de su voz parecía ocultar algún tipo de amenaza hacia las voluntarias que se mostraran demasiado delicadas para llevar un cadáver al depósito.

—Cerraremos el quirófano hasta mañana —dispuso Moon de pronto, que en ese momento parecía abatido y mucho más viejo—. Si hay algo que no se pueda aplazar, bajaremos a Urgencias. Aunque espero..., espero que no haga falta.

Woods se fue empujando la camilla con el cuerpo sin vida de Higgins y no miró atrás. Mientras, Bates y Esther salían hacia el lavamanos y los médicos se reunieron

en torno al carro de la anestesia.

—Lo he comprobado todo —aseguró Barney con aire de desesperación—. No veo ningún fallo, pero, si el paciente estaba bien...

—Cuando lo trajeron anoche sufría una profunda conmoción —repuso Eden.

—Sí, pero se había recuperado. Al pasar a examinarlo esta mañana estaba en perfectas condiciones. Debería haber asimilado la anestesia sin problemas. —Y repitió, desconsolado—: No veo ningún fallo.

—¿Y qué fallo podría haber? Los tubos estaban bien, me he asegurado varias veces.

Varios conectores de caucho en forma de «Y», cada uno de su color correspondiente, salían de los cilindros que contenían el óxido nitroso, el oxígeno y de un tercero, que no habían usado, con dióxido de carbono; pero no había en ellos nada fuera de lo común.

—¡Dios sabrá lo que ha podido fallar! —sentenció Barnes—. Porque yo desde luego no.

—Son cosas que pasan, Barney —insistió Eden—. Parece que un paciente está bien y de pronto lo perdemos sin razón aparente y nunca sabemos por qué. ¡No tiene sentido ofuscarse tanto!

—¡Menudo fastidio! —terció el comandante Moon con un súbito cambio de actitud y ahora casi insensible y displicente, empleando como solía expresiones curiosas más propias de un colegial que de un hombre de su edad—. Tendremos que informar al forense, claro, según el protocolo habitual, lo cual significa que habrá una investigación y todo eso. ¡Qué lata! Estas cosas generan mucho revuelo.

—En mi opinión, solo los rumores causan revuelo —replicó Barney con amargura.

—¿Lo dices por aquel otro caso? —preguntó Eden, pero de inmediato se tapó la boca con la mano como si hubiera hablado más de la cuenta.

—Lo cierto es que he pensado en ello —contestó el comandante Moon—. Es una sandez, desde luego, porque no se te puede hacer responsable en ninguno de los dos casos, querido amigo, pero el paciente ha muerto antes incluso de que comenzáramos a operar... y la gente habla.

—¡A mí me lo vas a decir! —exclamó el aludido.

—Bueno, nadie fuera de aquí tiene por qué enterarse —aventuró Eden.

—Estimado colega... ¿Con la policía local rondando por aquí y haciendo preguntas? Lo más probable es que te encuentres a un cuñado o a un primo, todo el mundo está emparentado en un pueblo como este. Creo, Barney, que, si el examen forense no es concluyente y se abre una investigación, llamaré a Cockrill para que te ayude. Es el policía más excéntrico de Torrington, pero se dará cuenta de que no hay nada que justifique el escándalo.

—¿Y cómo se supone que va a ayudarnos con esto un inspector chiflado de Devon, o de Cornualles, o de donde sea? —quiso saber Eden.

—De Torrington en Kent, no el de Devon.

—No sabía que hubiera un Torrington en Kent.

—Pues sí, está escondido entre las colinas, y supongo que nunca habrás oído hablar de colinas en el condado de Devon, ¿no?

—No, desde luego que no —admitió Eden entre risas.

—Cockrill intervino en ese caso de asesinato en Pigeonsford el año pasado... Salió en todos los periódicos, seguro que lo recuerdas.

—Por el amor de Dios, esto no es ningún caso de asesinato —protestó Barney tratando de esbozar una débil sonrisa.

El comandante Moon se dio la vuelta y se dirigió al lavamanos al tiempo que se quitaba los guantes y la linterna de la cabeza con ademán cansado.

—¡Eso espero! —bromeó mirando hacia atrás y levantando una ceja, incrédulo—. El círculo de sospechosos sería bastante reducido ¿no?

—¡Menudas tonterías se os ocurren! —concluyó Eden, y salió riendo del quirófano tras ellos.

## 2

El inspector Cockrill, que llegó al hospital dos días más tarde, no pudo mostrarse más de acuerdo.

—No entiendo a qué viene tanto jaleo, Moon —refunfuñó mientras buscaba papel y tabaco en los bolsillos de su vieja gabardina—. No es más que otra muerte por reacción adversa a la anestesia. Los médicos veis miles de casos similares. Pero bueno, resulta que conozco bastante bien al padre del joven Barnes y, de todas formas tenía que pasar por aquí cerca, así que he pensado que podría echar un vistazo. ¡Supongo que me daréis de comer!

No sin alguna dificultad, consiguieron persuadir al responsable del comedor de que se podían estirar un poco las raciones de modo que, sin graves privaciones para nadie, donde comían veinte pudieran comer veintiuno. Después el inspector Cockrill hizo un rápido recorrido por el hospital; como si de un pajarillo curioso se tratara, aquel tipo bajito, moreno e irascible con un deslucido sombrero de fieltro un poco ladeado, al estilo napoleónico, fue asomando la cabeza por las distintas salas de convalecientes y por los quirófanos. El sargento Bray se esforzaba por no perder su estela al tiempo que mantenía un ojo avizor ante la aparición de cualquier beldad en forma de muchacha del Destacamento de Ayuda Voluntaria.

—No hay mucho más que hacer aquí, Moon —dijo al fin el policía, sin rodeos—. Me gustaría volver antes de que oscurezca, así que hablaré primero con la viuda, que al parecer está clamando por que alguien la reciba, y luego me iré pitando a casa y redactaré un informe en el que afirmaré que la muerte de ese hombre fue fruto del infortunio y que puede darse el caso por cerrado.

Luego se dirigió con impetuosas zancadas hacia el pequeño y polvoriento despacho que habían puesto a su disposición para esa tarde y, después de liarse un exiguo cigarrillo, dejó caer el sombrero y la gabardina sobre el escritorio y se sentó tras él, preparado para escuchar.

Un cabo de expresión pétrea hizo pasar a una voluminosa figura vestida de negro que enseguida se deshizo en un mar de lágrimas.

—Ni una mala palabra... —sollozaba la señora Higgins, que permanecía en pie a la espera de que alguien le acercara una silla—. Ni una mala palabra en treinta y siete años de matrimonio. Treinta y siete años casados, cada uno de ellos tan feliz como el anterior, y todo para acabar así... Primero ese Hitler y ahora este hospital, primero todas esas bombas y ahora esta indecente negligencia con mi pobre esposo. Porque ha sido una negligencia imperdonable, inspector, puede creer lo que le digo. Las cosas que yo he visto en este hospital... En fin, ¿no se lo creería usted! ¡Cuánto tejemaneje! Y ahora mi marido está muerto, abandonado en un sucio depósito, que es algo que no debería haber permitido siquiera, que lo llevaran ahí para que un puñado de entrometidos incompetentes que no saben lo que hacen lo corten en pedazos y hurguen en su cuerpo. Treinta y siete años de matrimonio y ni una mala palabra, inspector, ¡y todo para acabar así!

—Sé que todo esto es muy difícil para usted, señora Higgins —dijo Cockrill, que había aprendido a no tratar de contener esas riadas de sentimientos antes de que el primer aluvión se hubiera agotado por sí solo.

La viuda resolló indignada.

—¡Difícil! ¡Desde luego que es difícil, inspector, y más que difícil! Me han quitado a mi pobre Joe de una forma terrible, me han dejado viuda y a mis hijos huérfanos en este mundo y ¿puede saberse qué va a hacer el Gobierno al respecto?

Dado que la señora Higgins recibiría una pensión por parte del Servicio de Correos, donde su marido había trabajado durante años, y que sus «huérfanos» eran ya hombres y mujeres hechos y derechos, y teniendo en cuenta los recursos necesarios para la campaña bélica, no era probable que el Gobierno hiciera gran cosa.

—Verá, señora Higgins, me alegro de poder hablar con usted —repuso esquivo el inspector, que apagó su cigarrillo sin mucha consideración hacia la mesa, el despacho o los empleados del hospital y se encendió otro acto seguido—. Me gustaría saber si quiere presentar alguna queja concreta o si tiene conocimiento de algún hecho que pueda explicar, a su parecer, la muerte de su esposo...

La señora Higgins había pasado una hora muy fructífera junto a la cama de su marido antes de que lo operaran y había escuchado el relato de su noche en vela.

—¡Menudos tejemanejes, señor! Mi marido estaba en la cama de la esquina, junto al cuartito ese donde se meten las enfermeras, ¡y estoy segura de que no creería usted todo lo que pasa ahí dentro! —Dicho lo cual, le explicó con todo detalle a qué se refería, aunque el inspector no se creyó ni la mitad de la historia—. Mi Joe lo oyó todo y vio todo lo que pasaba. Esas enfermeras... ¡Coqueteando con los médicos de

una forma que no me atrevo ni a describir! —gritaba la viuda del cartero, que, sin embargo, volvía a contarle todo una vez más y de la forma más pormenorizada—. ¡Y se atreven a llamarse enfermeras! ¡Rameras, diría yo más bien! ¡Y además crueles! Lo dejaron en la cama media hora o más antes de dignarse siquiera a lavarle la cara y no le dieron ni una mísera taza de té ni nada parecido. Solo le pinchan con una aguja y pretenden que se duerma. ¡Dormir! ¿Cómo iba a dormir con todo lo que estaba pasando al otro lado de esa ventana? Y al día siguiente... ¡Lo despiertan a las cinco de la mañana para volver a lavarlo, como si pudiera haberse ensuciado sin moverse de la cama! Y solo le dieron una triste taza de té, nada más, hasta que lo llevaron al quirófano. De haberlo sabido, le habría traído algo, pero ¿cómo iba yo a saber que tenían que operarlo? Estoy segura de que habría sido mucho mejor dejarlo como estaba, pero los médicos siempre tienen que amputar algo, y yo no estoy de acuerdo en absoluto. Ahí lo tuvieron, hambriento como un perro, mi pobre Joe, ¡y maldita sea si me extraña! Disculpe mi lenguaje, inspector, pero ya sabe a lo que me refiero. Apenas me había sentado a charlar un poco con él cuando vinieron un montón de hombres y empezaron a hacerle radiografías o algo parecido, llevaban una especie de lámpara horrorosa y no sé qué más. Luego le pusieron un montón de biombos alrededor y dijeron que estaban preparándolo para la operación. Y tan pronto como puedo volver a sentarme a su lado, viene otro médico que quiere auscultarlo, y luego me va a decir algo, no sé qué sería, y viene otro con más biombos y me vuelve a echar. Dos minutos después me dicen: «Ahora tiene usted que marcharse, señora Higgins». «Muy bien», pienso yo para mí, «pero no me iré muy lejos», y me quedé en esa galería redonda que hay al salir de la enfermería y desde allí vi como lo llevaban en la camilla, todo tapado con mantas y con la cara roja. Lo empujaba esa fresca, esa enfermera Sanson creo que la llamaban. Es una joven muy cruel, inspector, es muy cruel con los pacientes, se lo aseguro. «Pues vaya», pensé, «¡les parecerá bonito! Dejar a mi pobre esposo al cuidado de una mocosa como esa». Y estaba a punto de levantarme y decir algo al respecto cuando se le acercó otra, la enfermera del turno de noche, Lingley o algo parecido. «Hola, Nesta», le dice...

—¿Esther? —la interrumpió Cockrill, inclinándose un poco hacia delante con repentino interés—. ¿Esther Sanson está aquí?

—Bueno, Esther o Nesta... Ni lo sé ni me importa —refunfuñó la señora Higgins, molesta por que la interrumpieran en mitad de su relato—. «Hola, Nesta», le dijo..., o Esther, si lo prefiere. Y se para y pregunta: «¿Quién es? ¿Es Higgins?»». Y se inclina sobre él y le dice: «¡Pobre Higgins! Pero no se preocupe», le dice, «se va a poner bien», en un tono como muy amable. Y luego siguen y le vuelve a decir a la otra: «Nesta, estoy tan cansada que no me tengo en pie. Desde que acabé mi turno no hago más que dar vueltas de un lado a otro y no consigo irme a dormir. Ha sido una noche muy dura», le dice, «pero quería decirte que me he encargado de la ropa sucia para que no tengas que preocuparte de nada...», o algo parecido, y luego volvió a hablar con Joe: «No se preocupe», le dijo. Y luego se fue y la otra se lo llevó en la camilla y

lo metió en el quirófano y esa fue la última vez que lo vi...

—Lo siento de veras —murmuró el inspector, con la ferviente esperanza de que esa fuera la última vez que él tuviera que ver a la señora Higgins.

—Y lo siguiente que sé es que vienen y me dicen que ha muerto... —La viuda empezó a sollozar de nuevo—. Y que tienen que informar al *furense*. «No voy a permitir que nadie ande hurgando en el cuerpo de mi pobre esposo», les digo. «No voy a dejar que lo corten en pedacitos, ¡y no hay más que hablar!». «Me temo que no podemos impedirlo», me dice uno. «Cualquier caso de muerte durante la anestesia debe ponerse en conocimiento del *furense* y si este ordena una *utosia*, no podemos hacer nada al respecto». Así que le hacen la *utosia* y luego vengo aquí para averiguar qué ha pasado, y le digo que no estoy nada contenta con el *veredito* del *furense*, y resulta que han venido los de Scotland Yard a importunar y a intimidar con sus preguntas a una pobre viuda como yo, que vivió treinta y siete años casada sin oír nunca...

—Ni una mala palabra —terminó Cockrill, que acto seguido se despidió de ella y la dejó ir sin importunarla ni intimidarla más.

### 3

Esa misma tarde un pequeño grupo de gente se reunió en el vestíbulo del hospital.

—Lo hemos visto paseando al inspector de acá para allá, comandante Moon —lo interpeló Woods—. ¿Qué ha dicho? ¿Va a detenernos a todos por matar al viejo Higgins?

—¡Enfermera Woods! ¿Qué forma de hablar es esa? —se escandalizó Bates, a la que no le gustaban nada ese tipo de bromas.

—Parece un hombre bastante agradable —opinó Frederica.

El inspector Cockrill era cualquier cosa menos un hombre agradable. Moon estaba a punto de explicarlo, sin dejar de exaltar sus otras muchas y genuinas virtudes, cuando se vio interrumpido por el sargento McCoy que, tras salir de la sala de Recepción y acercarse a ellos, vaciló un momento, se llevó la mano derecha a la sien en el reglamentario saludo militar y esperó en silencio a que le dieran permiso para hablar.

—¿Qué quiere, McCoy? —le preguntó el comandante.

McCoy era el sargento de guardia del turno de noche en la Recepción donde, entre otras cosas, se guardaban las llaves de diversas dependencias del hospital. Le había llegado el rumor de que había un inspector de policía dando vueltas por allí y parecía entusiasmado por contarle cierta historia que pretendía vestir de enorme trascendencia, aunque, en el fondo, no creía que tuviera ninguna importancia. La noche del bombardeo, es decir, la noche en que ingresaron a Higgins, alguien con bata y mascarilla había entrado en Recepción, había cogido la llave del quirófano

principal del gancho donde estaba colgada y se había marchado sin decir palabra. Debió de regresar más tarde, sin ser visto, y devolver la llave a su lugar. La expresión de su rostro parecía querer añadir: «¿Y bien? ¿Qué les sugiere eso?».

Al comandante Moon le sugería bien poco.

—¿Y qué, McCoy? Supongo que todos los días irá a Recepción gente con bata a buscar las llaves de algo.

—Pero era la llave del quirófano principal, señor, que esa noche no iba a utilizarse.

—Bueno, quizá necesitaron algo en el quirófano de Urgencias y subieron a por ello. ¿No vio quién cogió la llave?

—No, señor. Pensé que sería una de las enfermeras, como usted dice. Luego estuve muy ocupado, con todo lo del bombardeo y tantos ingresos... Y no vi a nadie que viniera a devolverla.

La enfermera Bates estaba indignada por aquellas elucubraciones sobre la forma de actuar de su personal.

—Estoy convencida de que no necesitaron nada extraordinario en el quirófano de Urgencias. De hecho, al día siguiente pregunté al personal del turno de noche y me dijeron que todo había ido bien. Si hubieran tenido que coger algo del quirófano principal, me habrían informado. Yo misma bajé cuando empezó el bombardeo y comprobé que había de todo, aunque no estaba de servicio. Estoy segura de que no faltaba nada.

—¿Qué dice usted, Woods? Aunque tampoco estaba de servicio esa noche, así que supongo que no vería nada.

—Así es, señor, ya había terminado mi turno —confirmó Woody. Luego miró a Barney, que estaba a su lado—. Usted debería saber si tuvieron que subir a buscar algo.

—Diría que no hizo falta nada —ratificó Barnes.

La enfermera Bates fue hasta el teléfono y llamó al pabellón de enfermeras.

—No, en efecto nadie salió del quirófano de Urgencias durante las operaciones —anunció triunfal cuando regresó con los demás—. La enfermera Gibson estaba de guardia y me ha dicho que tuvieron todo lo que necesitaron.

—Me pareció sospechoso que llevara la mascarilla puesta, señor —insistió McCoy, algo decepcionado por el trivial devenir de su espeluznante historia.

—Lo sería de haberse tratado de cualquier otra llave que no fuera la del quirófano —repuso Moon con impaciencia, aunque algo raro sí resultaba—. ¿A qué hora fue?

McCoy no supo decir cuándo había aparecido la misteriosa figura enmascarada, pero se dio cuenta de que la llave volvía a estar en su sitio cuando se iba a comer algo, a medianoche.

Barney empezaba a cansarse de aquella conversación.

—¿Era un hombre o una mujer quien se la llevó?

—No lo sé, señor —replicó McCoy en tono misterioso.

—¿No lo sabe?

—La mascarilla le cubría toda la cara.

4

El inspector Cockrill nunca supo cuál de las dos bombas fue la que lo retuvo en el hospital aquella noche, o al menos nunca lo dijo. Ya tenía una pierna dentro de su vehículo cuando el comandante Moon fue a avisarle de la explosión de la primera y entonces la segunda, sin que mediara ningún aviso de ataque aéreo, cayó en un prado colindante. Las sirenas prorrumpieron con retraso en su fantasmal alarido y una baliza surcó el cielo sobre las colinas, en dirección a Torrington, hendiendo el temprano anochecer del invierno con su difuso resplandor. Y donde había balizas, muy pronto habría más bombas. Aquellas dos inopinadas explosiones habían conseguido captar la atención del policía y, como no le gustaban mucho las bombas y aún tenía que recorrer veinticuatro kilómetros en la dirección de aquellas balizas si quería volver a casa, cambió de idea.

—Me quedaré aquí —anunció sin más, y sacó la pierna del coche para regresar a la polvorienta habitación donde había pasado la tarde.

El sargento Bray se alegró de aquella decisión y puso rumbo al pabellón de los oficiales.

Al sargento McCoy, por su parte, le asombró sobremanera el efecto que parecía haber tenido su revelación y se apresuró a difundir la noticia de que el inspector (que, por supuesto, se convirtió enseguida en un agente de Scotland Yard) había dado media vuelta y se iba a quedar a pasar la noche, aunque los detalles de tal circunstancia se fueron tergiversando de boca en boca y, a eso de las siete, ni él mismo habría podido reconocer la historia. Aquella siniestra palabra, «asesinato», corrió como la pólvora por el hospital y un inquieto oficial al mando urgió al inspector para que fuera al comedor de las voluntarias y tranquilizara a las señoritas.

Sesenta pares de ojos se giraron a un tiempo a mirarlo a través del vaho del estofado irlandés cuando el policía entró en la cantina y se subió a una silla con expresión solemne. Se plantó frente a aquel auditorio tal cual, con la gabardina que parecía quedarle grande, el sombrero de fieltro hecho un gurrúño bajo el brazo, sin dejar de liarse un desastrado cigarrillo detrás de otro, e improvisó un pequeño discurso. Sabía cómo parecer adorable cuando se lo proponía y en aquel momento explotó ese don sin ningún pudor.

—Todas ustedes son sin duda jóvenes sensatas y responsables, además de encantadoras —empezó a decir—. Mi presencia aquí se debe únicamente a la acostumbrada y aburrida investigación que es de rigor ante la muerte de un paciente en el quirófano, y les ruego que no divulguen por ahí más disparates al respecto o, aún mejor, que se abstengan de hablar de ello en absoluto.

El destacamento al completo le devolvió una amplia sonrisa y todas juraron para sus adentros que ni una sola palabra sobre aquel asunto volvería a salir de sus labios (ya se encargaría después su extraño comportamiento de extender los rumores por Heronsford como un incendio incontrolado). Más tarde, en respuesta a otra petición del policía, media docena de ellas, aquellas que afirmaron haber tenido algún tipo de contacto, aunque fuera mínimo, con el paciente en cuestión, se reunieron a las puertas del despacho del comandante para hablar con Cockrill y el resto se marcharon lamentándose con amargura por no poder hacerlo.

Allí estaban Esther, Frederica y Woods, que por lo general se llevaban la comida a su pequeño aposento y cenaban allí, aunque tuvieran que recalentarla, pero que esa noche se vieron obligadas a permanecer en el comedor a causa del requerimiento del inspector, y con ellas las dos voluntarias que estuvieron de servicio en Santa Isabel (a quienes por su ligero y algo dudoso parecido todas llamaban «Huevo» y «Castaña») y otra más, Mary Bell, que estaba en Recepción en el momento en que ingresaron a Higgins. Esta última fue la primera a la que recibió Cockrill, mientras las tres amigas esperaban en un banco junto a la puerta del despacho, quejándose del olor del estofado y hablando sin mucho entusiasmo del caso para indignación de Huevo y Castaña, que se sentaron dispuestas a no decir una palabra hasta que las llamaran.

—¿Cómo es el inspector? —preguntaron no obstante a Mary Bell cuando esta salió.

—¿La verdad? Como un cachorrito, no es para tanto. De todas formas, no tenía gran cosa que decirle.

—¿Y por qué has venido? ¿Solo porque estabas en Recepción cuando ingresaron a Higgins?

—Sí, me ha parecido lo mejor. Pero lo cierto es que ni siquiera llegué a verlo: el comandante Moon se encargó de él e hizo que los mismos que lo habían traído en la ambulancia lo llevaran de inmediato a Santa Isabel. Nadie sabía cómo se llamaba, no supimos quién era hasta primera hora de la mañana, cuando llamaron para preguntar si habían traído al hospital a algún hombre que respondiera a su descripción. Su esposa llegó alrededor de las siete y yo misma la atendí, pobre mujer. Terminé el turno mucho más tarde de lo que me correspondía.

—¿Qué más te ha preguntado el inspector?

—Pues me ha pedido mi nombre y mi dirección y me ha preguntado si había visto o si había oído hablar de Higgins alguna vez antes de aquella noche, y por supuesto le he dicho que no. Me ha vuelto a repetir que no tenía la más mínima sospecha de que hubiera nada turbio relacionado con su muerte, que solo quería asegurarse de que nadie estuviera encubriendo una negligencia ni nada parecido. ¿Qué os ha parecido el discursito de antes?

—Puro embeleco —aseguró Woods—. Nada más vernos, ha decidido que éramos una horda de mujeres frustradas (no sin cierta razón) y ha interpretado ese caduco numerito varonil para aplacarnos con una sensación de falsa seguridad.

—¡Frustrada estarás tú! —exclamó Mary Bell entre risas mientras se marchaba.

—Está claro que ella no es la asesina —bromeó Freddi.

—Desde luego. En mi opinión, han tenido que ser Huevo y Castaña.

Estas últimas estaban ya hablando con el inspector.

—¿Y por qué ellas, Woody? —le preguntó Esther divertida.

—Pudieron darle la medicación que no era antes de la operación.

—¡Qué tontería, chica! ¿Cómo iban a equivocarse en eso?

—No lo sé, pero no me parecería nada raro en ellas.

—En serio, Woody, las subestimas. Huevo y Castaña no trabajan mal, de verdad. Además, todo eso se revisó de inmediato tras la muerte de Higgins y te puedo asegurar que no había nada fuera de lugar, yo estaba allí. Tampoco es posible que se excedieran en las dosis, si es lo que estás pensando, y en cualquier caso algo así no habría tenido ese efecto...

Huevo y Castaña salieron del despacho y cerraron la puerta tras ellas.

—Chicas, es un encanto, de verdad, como un corderito, ¿no crees, Elsie? Ha apuntado nuestros nombres y nuestras direcciones y nos ha preguntado si conocíamos de algo a Higgins antes de que llegara al hospital. Por supuesto, le hemos dicho que no lo habíamos visto jamás en la vida. Luego ha querido saber si lo habíamos atendido en la enfermería, pero lo cierto es que apenas hablamos con él, ya que no estábamos de servicio cuando ingresó y por la mañana tú te encargaste de casi todo, Sanson, ¿verdad? Incluso lo preparaste para la operación y...

—Entonces ¿para qué habéis venido a hablar con el inspector, si puede saberse? —la interrumpió Frederica.

—¡Eso es justo lo que ha dicho él! —exclamaron a un tiempo Huevo y Castaña, sorprendidas ante tal coincidencia.

En ese momento, Cockrill se asomó al pasillo.

—¿Quién es la siguiente? ¡Esther! Hola, querida. Me habían dicho que estabas por aquí.

—Hola, Cockie.

Esther se puso algo pálida; Cockrill había conocido a su madre y, de pronto, una multitud de recuerdos se agolpaba en su cabeza y le afligían el alma.

Con ella el policía dejó a un lado la pose de fingida bondad; no se mostró en exceso compungido ni pronunció palabras de condolencia, pero en el fondo de su árido y viejo corazón ardía una pequeña llama de auténtica lástima. La ayudó a recordar con calma los acontecimientos de la noche del bombardeo y repasaron con paciente exactitud todos los detalles.

—Está bien, querida, gracias. Ha quedado todo muy claro. ¿Te importaría decir a tus compañeras que puede pasar la siguiente?

—¡Mi turno! —dijo Woody cuando Esther les dio el mensaje—. Acabaré enseguida, Freddi. Contigo estará más tiempo preguntándote por la noche de Higgins en la enfermería y me gustaría ir a arreglarme para la fiesta. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto —concedió Frederica que, además, como tenía que hacer el turno de noche no podía ir a ninguna fiesta.

El inspector Cockrill se quedó bastante asombrado cuando al fin la voluntaria Linley se sentó frente a él, tan diminuta pero tan derecha y con una tranquilidad pasmosa. Muy seria, le fue relatando su participación en los hechos de aquella noche hasta el momento en que Esther se fue de la enfermería.

—Después fui a ver a Higgins de vez en cuando y me senté un par de veces junto a él para dejarlo refunfuñar.

—¿Refunfuñar? ¿Sobre qué?

—Lo típico de los pacientes —repuso Freddi con indiferencia—. Suelo dejar que lo hagan, así no piensan en lo que les ha pasado. No era un hombre desagradable, estoy segura, pero no podía dormir y el dolor lo volvía irritable y malhumorado. Se le había metido en la cabeza la idea de que no tenía sentido que lo hubieran traído a un hospital militar, que no lo atenderíamos bien y que moriría aquí... Lo cual ahora no parece tan descabellado —añadió con frialdad—. Decía que las enfermeras eran crueles con él; supongo que se refería a la pobre Esther, porque nadie más lo había atendido, pero precisamente ella es un auténtico ángel con los pacientes, demasiado amable en realidad. También decía que había visto cosas muy poco apropiadas y que se quejaría de ello; no sé a quién y tampoco creo que lo hiciera.

Era probable que Higgins se lo hubiera contado todo a su mujer, así que, si el inspector iba a enterarse, mejor que fuera por ella misma.

—¿A qué se refería con «cosas muy poco apropiadas»? —le preguntó Cockrill con una sonrisa forzada ante tan evidente ardid.

—Creo que me vio besar a mi prometido en el cuarto de enfermeras —confesó ella al tiempo que se ruborizaba apenas un segundo, y luego suavizó aquella afirmación tan directa describiendo cómo era la pequeña estancia que hacía las veces de control de enfermería.

El policía reflexionó un momento sobre el asunto.

—¿Es posible que Higgins llegara, en efecto, a contárselo a alguien? ¿Es un comportamiento reglamentario besar a un hombre, aunque sea el prometido de una, en su lugar de trabajo?

Frederica sopesó el problema.

—Bueno, si algo así llegara a oídos del oficial al mando o de la enfermera jefe, supongo que tendrían que llamarnos la atención. Pero el problema no sería tanto lo que hubiera pasado como el permitir que los pacientes lo vieran. Esos cuartos son como una especie de antecámara, todos nos reunimos ahí para charlar y tomar una taza de té y ese tipo de cosas. Las enfermeras veteranas no están tampoco por encima de estas veleidades y, si tuvieran a alguien a quien besar, seguro que lo harían. Lo que pasa es que la mayoría son unas viejas arpías que no tienen esa oportunidad.

Aquello sí que era una revelación para Cockrill que, como la mayoría de la gente ajena a ese mundo, pensaba que las enfermeras eran una suerte de autómatas

envaradas, omniscientes y todopoderosas, incapaces de experimentar sentimientos humanos más allá de una rara compasión por sus pacientes, y que sin duda serían inmunes a las dudas, los temores y las desilusiones de las personas corrientes. Freddi lo miraba con una leve sonrisa cargada de ironía.

—Las personas son personas en todas partes, ¿no? En fin, yo miro a los policías y me parecen criaturas sobrehumanas que van por ahí con unos polvos grises para ver huellas y resuelven misterios en cinco minutos, pero supongo que en realidad son ustedes gente normal que se preocupa por tener la ropa limpia y tiempo para desayunar y esas cosas. Pues nosotras también.

El inspector Cockrill no podía imaginar a aquella joven preocupada en absoluto por la ropa ni por el desayuno, pero se plegó ante su razonamiento con una sonrisa no exenta de perplejidad.

Con esta cortina de humo, Freddi consiguió evitar la cuestión de haber besado a alguien más aparte de a su prometido y respondió el resto de las preguntas con tranquilidad. No, Higgins no había hecho ninguna acusación en concreto, excepto la de que allí había muchos «tejemanejes». No, no le había contado nada sobre sí mismo, salvo que trabajaba de cartero y que era increíble las cosas que la gente escribía en las postales. Sí, podría haberle preguntado su nombre en ese momento, pero no se le ocurrió; habían pasado varias horas y ya se le había olvidado que ni siquiera sabían cómo se llamaba el paciente. La enfermera del turno de noche hizo una ronda sobre las cuatro de la madrugada, pero Higgins había conseguido dormirse y prefirió no molestarlo. Frederica no había abandonado la enfermería en ningún momento desde que Esther Sanson se fuera; un celador entró poco después de que el cirujano de guardia hubiera hecho su segunda ronda, alrededor de las once menos cuarto (volvió a sonrojarse levemente al referirse a la visita de Eden), y podría confirmar que estuvo allí todo el tiempo, si era preciso. Linley alzó las doradas cejas como para confirmar la necesidad de recurrir a tal testimonio.

—¿De modo que nadie más tuvo contacto con él hasta la mañana siguiente? ¿Y luego? Tengo entendido que su esposa llegó muy temprano...

—Sí, estuvo sentada junto a su cama hasta que lo llevaron a quirófano. Estaba en la lista de los Graves o de los Muy Graves, ahora no me acuerdo. —Cockrill puso cara de desconcierto y Freddi le explicó, paciente—: Es un sistema de clasificación. Si estás en cualquiera de esas dos categorías, tus familiares pueden venir a verte en cualquier momento, no solo en las horas de visita estipuladas; para los Muy Graves se les paga el viaje, para los Graves no.

—¡Qué complicado! —exclamó el policía con voz humilde.

La joven lo observó con recelo, pero no parecía haber signos de ironía en sus ojos. Tuvo que esperar en silencio unos minutos mientras Cockrill repasaba sus notas y, cuando ya casi pensaba que se había olvidado de ella, de repente volvió a mirarla y, de forma algo brusca, le preguntó qué opinaba ella del caso.

—¿Quién, yo? —se sorprendió Freddi y, después de una pausa, añadió—: Pues...

es que no creo que haya ningún caso.

—¿De veras?

—Quiero decir que me parece que Higgins falleció por una reacción adversa a la anestesia, nada más. En cuanto a lo de McCoy, solo habla por hablar.

—Y yo no hago más que alborotarlo todo —sugirió el inspector con una horrible mueca. Entonces la señaló con un lapicero—. ¿Se da cuenta, joven, de que si esto resultara ser un crimen estaría usted bastante involucrada?

—¿Yo? ¿Involucrada en la muerte de Higgins...?

Cockrill volvió a consultar sus notas.

—El capitán Barnes administró la anestesia —empezó a decir, sin prisa—, de modo que es obvio que tenemos que incluirlo en la lista, pero aparte de él hubo solo seis personas en este hospital que tuvieron contacto con el fallecido; de hecho, las únicas seis que sabían que estaba aquí. El comandante Moon lo ingresó, la señorita Sanson y usted misma estaban en la enfermería cuando llegó y la señorita Woods hablaba con el comandante Eden y la enfermera Bates en el vestíbulo y lo vieron pasar. Según me ha contado, después de eso nadie más entró en la sala donde dormían los pacientes. Varias personas pasaron por el cuarto de enfermeras, pero la cama de Higgins estaba tapada y no podrían haber visto quién era. Nadie sabía su nombre. Supongamos, solo en teoría, que la historia de McCoy fuera cierta: entre las diez y la medianoche, alguien entró en el quirófano donde Higgins moriría al día siguiente... Veamos. La señorita Sanson se fue de la enfermería un poco antes de las diez y media; se dirigía a su habitación, pero no sabemos lo que pudo haber hecho de camino. La enfermera Bates estaba desocupada tras terminar su trabajo en el quirófano de Urgencias, y la señorita Woods dice que ella se quedó en su cuarto, pero no hay nadie que pueda confirmarlo. El comandante Moon entraba y salía de la Recepción, el comandante Eden deambulaba por el hospital y el capitán Barnes, aunque estuvo ocupado con las sedaciones, se tomó alguna que otra pausa, como usted bien sabe. Además, Barnes es el anestesista después de todo. No digo que ninguno de ustedes matara a Higgins, desde luego, solo que si alguien lo mató tuvo que ser una de estas siete personas, y eso la incluye.

—Yo no salí de la enfermería en ningún momento esa noche —se obstinó Frederica.

—Lo hizo antes de que la señorita Sanson se marchara, fue a por algo de comer. ¿Dónde estaba usted por la mañana? Mientras operaban a Higgins, quiero decir.

—Estaba durmiendo en mi habitación, ¿dónde si no?

Cockrill la miraba muy atento.

—¿Durmiendo? Interesante. —Y añadió sin pensar—: Sola, imagino...

—¡Desde luego! —repuso la joven antes de levantarse y salir del despacho, la rubia melena ondeando tras sus indignados pasos.

Barney también se dirigía a la fiesta y no se alegró demasiado cuando el inspector Cockrill lo abordó para pedirle que le mostrara el carro de anestesia.

—¿No sería mejor esperar hasta mañana? —sugirió con cortesía.

—No, mañana tengo que regresar a Torrington. Ni siquiera estaría aquí ya de no ser por los bombardeos... y por ese asunto del sargento McCoy, claro —añadió el inspector enseguida. El ataque de los aviones enemigos continuaba, aunque con una intensidad moderada, sobre sus cabezas; pero una cosa era estar en el interior de un sólido edificio y otra muy distinta ir dando tumbos por aquellas carreteras rurales en su cochecillo con los cañones antiaéreos disparando a su alrededor y los alemanes sobrevolando la zona. Se adelantó al anestesista e hizo que este lo siguiera hasta el quirófano—. No te robaré mucho tiempo, solo quiero ver en qué consiste tu trabajo.

Barney, indeciso, lo cuestionó con la mirada.

—Si se hubiera producido alguna anomalía en la muerte de ese hombre, parece lógico pensar que estuviera relacionado con la anestesia, ¿no? —se explicó Cockrill a modo de disculpa—. Es por tu propia tranquilidad por lo que conviene aclararlo.

En su opinión, sin embargo, todo aquello no era sino pomposidad militar y burocracia.

Barnes fue a buscar el aparato, encendió las potentes luces del quirófano y se sentó en un pequeño taburete giratorio con el carro entre las rodillas. Estaba esmaltado en color verde, medía aproximadamente un metro y medio y tenía un soporte en la parte superior del que colgaban tres recipientes de cristal. En un lateral había cinco abrazaderas metálicas donde estaban situados los cilindros de hierro fundido que contenían los gases y el oxígeno: dos pintados de negro, dos negros con una franja blanca y uno, el del centro, de color verde. Barnes los iba señalando según los identificaba.

—Negro, óxido nitroso; negro y blanco, oxígeno; y verde, dióxido de carbono.

Cockrill estaba en pie, con las piernas un poco separadas y un cigarrillo sin encender entre los dedos, aún con su holgada gabardina y el sombrero echado hacia atrás. Odiaba saber menos que la persona con la que hablaba, y más en ese caso, pues había visto crecer al joven Barnes.

—Habla en cristiano —le espetó.

Barney le dedicó entonces una inesperada sonrisa, una de esas tan escasas y encantadoras que le devolvían la luz al rostro y el buen humor.

—Perdona, Cockie, he sido demasiado sucinto —se disculpó—. Es que me gustaría llegar a tiempo para la fiesta. El óxido nitroso es un sedante muy común, como el que tienen los dentistas. Para prolongar la anestesia lo administramos con oxígeno, que es lo que hay en los dos cilindros exteriores. El verde del medio es CO<sub>2</sub>, dióxido de carbono, pero no hace falta que nos detengamos en eso porque no lo utilizamos con Higgins. De hecho, se usa muy pocas veces, únicamente en casos especiales.

—¿Por eso solo hay uno de esos y dos de cada uno de los otros?

—Exacto. Tenemos una reserva de óxido nitroso y una de oxígeno; están conectadas y en caso de emergencia solo hay que abrir la válvula. Pero, una vez más, esto no tiene nada que ver con Higgins porque acabábamos de empezar tanto una botella como la otra, de modo que era imposible que se hubieran agotado. En cualquier caso, no dio tiempo a que se nos presentara esa eventualidad.

—¿No hay ninguna posibilidad de que una de las válvulas se abriera por error?

—No habría supuesto ninguna diferencia, siguen siendo oxígeno y óxido nitroso y el flujo se regula ahí arriba —le explicó mientras dirigía la mirada al recipiente de cristal—. No obstante, ambas estaban bien cerradas. Todo se revisó después del incidente.

Cockie jugueteaba con el cigarrillo, deseoso de encenderlo, pero cohibido por la formidable limpieza de todo lo que le rodeaba. Empezó a balancearse sobre sus propios pies, hacia delante y hacia atrás, despacio, apoyándose primero en la punta de los dedos y luego en los talones.

—¿Y qué son todos esos tubos y lo demás?

Los conectores en forma de «Y» salían de los cilindros; el negro del óxido nitroso, el rojo del oxígeno y el verde del dióxido de carbono, y llegaban hasta el primer frasco de cristal. Todos se regulaban mediante válvulas. Dos de aquellos recipientes estaban pintados, pero el tercero no; este último tenía agua hasta la mitad y tres tubos de metal, cada uno con una hilera de pequeños agujeros, como los de una flauta, se hundían bajo su superficie. Barney giró una válvula y el primer tubo formó unas cuantas burbujas en el líquido, que bajaban más hacia el fondo a medida que se iba abriendo.

—El óxido nitroso —dijo Barnes. Dejó que siguiera fluyendo y, al girar otra válvula, el tercer tubo burbujeó también—. Y esto es el oxígeno. Ambos se mezclan en la superficie del agua y pasan ya por un único tubo hasta la mascarilla que se coloca sobre la boca y la nariz del paciente. Si tuviéramos que utilizar el dióxido de carbono, burbujearía el tubo central, pero no fue así.

A modo de demostración, dejó que una hilera de burbujas corriera por un momento por el tubo en cuestión y enseguida volvió a cerrar la válvula correspondiente.

—Así que solo se usan estos —resumió Cockrill señalando los dos cilindros exteriores con la punta de su zapato— y solo burbujean los dos tubos correspondientes del frasco de cristal.

—Correcto.

—Entonces ¿a Higgins no se le administró nada más?

—Así es —respondió Barney de nuevo. Luego se levantó del taburete y lo invitó a ocupar su lugar—: Siéntate y prueba tú.

Cockie se sentó, con la nariz arrugada por el conocido y empalagoso olor del éter y el antiséptico, pero tratando de concentrarse en el aparato que tenía delante. Toqueteó las válvulas durante un minuto más o menos y las burbujas subían y

bajaban sin criterio por los tubos.

—¿Qué me dices de todo lo demás: las botellas, los tarros y todo esto?

—Es sobre todo material de urgencia: adrenalina, estricnina y ese tipo de cosas; y el habitual repertorio de cánulas, depresores linguales, etcétera. Este tubo rojo de aquí es el de ventilación: lo introducimos en la garganta del paciente cuando ya está dormido para evitar que se le cierren o se le obstruyan las vías aéreas. Lleva una boquilla de metal, ¿lo ves?, para que no pueda cerrarse con los dientes.

—Fascinante —observó Cockrill sin ningún entusiasmo. Se fijó en toda la ristra de botellas, tubos y demás instrumentos—. ¿Cuáles de estos hubo que emplear con Higgins?

—Ninguno hasta que la situación empezó a complicarse. Entonces lo intubé, por eso he mencionado el tubo de ventilación, y, por supuesto, utilicé una cánula para poder colocarlo. Después le inyecté una dosis de adrenalina y luego le dimos coramina intramuscular. Por último, le administramos otra dosis endovenosa, pero ya no sirvió de nada.

—¿Y eso es todo lo que se utilizó en el proceso?

—Sí, así es. A no ser que contemos la inyección de morfina y atropina que se le puso una hora antes de la operación.

Cockrill se detuvo a pensarlo un momento.

—No, por ahora solo me interesa lo que sucedió aquí dentro, en el quirófano.

—Bien, pues eso es todo —concluyó Barney mientras miraba a hurtadillas su reloj.

Cockrill se dio cuenta y sonrió para sus adentros. No hizo ningún comentario, pero continuó con las preguntas.

—Todas esas inyecciones, ¿las pusiste tú mismo?

—Yo me encargué de administrar la adrenalina y la dosis de coramina intravenosa. La intramuscular se la inyectó la auxiliar del Destacamento de Ayuda Voluntaria.

—¿Quién, la señorita Woods?

—Exacto. —Señaló una fila de pequeñas ampollas de cristal, similares a las que venden en las tabaquerías para rellenar los mecheros—. Ahí está la coramina, solo hay que abrir el vial y aspirar el contenido con una aguja hipodérmica.

—¿Y la adrenalina?

—En una botella.

—¿Es posible que esa botella estuviera defectuosa?

—Supongo que sí, aunque Dios sabe cómo. Pero he vuelto a utilizarla después sin ningún problema y, en todo caso, Higgins ya había entrado en paro cuando le administré esa primera inyección.

—De acuerdo. Entonces, lo único que le dieron antes de que su estado empezase a empeorar fue óxido nitroso y oxígeno, ¿correcto?

—Nada más. Solo óxido nitroso primero, para sedarlo...

—El cilindro negro —apuntó Cockie al tiempo que lo miraba con el ceño fruncido.

—Eso es. Y luego añadí oxígeno hasta que la mezcla alcanzó una proporción del cincuenta por ciento.

—El cilindro negro con la franja blanca.

—Sí —confirmó Barney de nuevo, con una sonrisa apenas perceptible ante ese resumen tan simplista de su explicación.

—Y los dos gases pasan a través del agua del primer recipiente de cristal del carro, el transparente, haciendo burbujear los dos tubos exteriores y mezclándose sobre la superficie para atravesar luego ese otro tubo de caucho más grande y llegar al paciente.

—¡Podrías venir y asistir tú mismo en la próxima operación, Cockie! —exclamó el anestesista con una carcajada.

Al inspector se le contrarió un poco el gesto por lo inapropiado de aquella frivolidad, pero continuó imperturbable.

—Y los tubos que van de los cilindros al frasco de cristal, ¿seguro que no estaban cruzados ni mal colocados en ningún sentido?

—No, seguro que no. Moon, Eden y yo mismo lo comprobamos hasta la saciedad. En el carro estaba todo bien.

Cockrill se quedó en silencio, balanceándose sobre el taburete con un suave movimiento de delante a atrás y de atrás adelante.

—Supongo que esta pregunta también te resultará graciosa —dijo al fin—, pero ¿sería posible que un cilindro contuviera un gas equivocado? ¿Se pueden vaciar y rellenar con otra cosa?

Lejos de reírse, Barney se quedó conmocionado por la mera sugerencia.

—¡Santo cielo, no! Eso es impensable. Hace falta una presión inmensa para rellenar este tipo de botellas, por eso se fabrican de un material tan resistente.

—Ya —murmuró el policía sin dejar de columpiarse.

—Incluso suponiendo que pudiera hacerse... Suponiendo que pudiera meterse óxido nítrico en una botella de oxígeno, por ejemplo, el sistema no funcionaría porque las válvulas de los dos cilindros son diferentes. Las piezas no encajarían y sería fácil darse cuenta del error.

—¿Y el verde del centro, el dióxido de carbono?

—Bueno, sí, esa válvula sí es del mismo tamaño —admitió Barnes.

—Bien, entonces... Supongamos, solo como hipótesis, que de algún modo una botella de oxígeno, una de esas negras con la franja blanca, hubiera acabado llena de dióxido de carbono. Imaginemos que es un error de fábrica, por ejemplo...

—¡Amigo Cockie! ¡Como si algo así pudiera ocurrir!

—No estoy diciendo que pueda ocurrir —subrayó molesto el inspector—. Utiliza la imaginación. Plantéate la hipótesis de que ocurriera. ¿Qué pasaría entonces?

—Verás, las botellas de dióxido de carbono suelen ser más pequeñas que el resto

—puntualizó el anestesista—, pero en nuestro caso es cierto que todas eran del mismo tamaño. Supongo que sí, que si se diera esa circunstancia se podría conectar el cilindro sin mayor complicación y seguir adelante.

—¿Y el paciente moriría?

—Sí, sin duda el paciente moriría. En lugar de respirar óxido nitroso y oxígeno, sus pulmones se llenarían de óxido nitroso y dióxido de carbono y sufriría un fallo cardiorrespiratorio por..., bueno, ¡por falta de oxígeno!

—Pero las burbujas del frasco de cristal ¿parecerían normales?

—Sí, claro, porque la botella estaría colocada en su sitio con los tubos y los conectores que le correspondieran.

Cockrill volvió a quedarse pensativo.

—Y si no estuviera saliendo el gas adecuado, ¿no se notaría por el olor?

—No, todos estos gases son inodoros e incoloros.

—Pero antes has dicho que el óxido nitroso es como lo que tienen los dentistas.

—Sí, y no huele.

Solo el hecho de pensar en ello le ponía enfermo. Durante medio espantoso segundo se vio luchando contra los nauseabundos efluvios de aquel olor acre, denso y sofocante...

—¡Huele a cloaca podrida! —protestó indignado.

—Te prometo que no. Debe de ser la mascarilla lo que te da esa sensación, el óxido nitroso es cien por cien inodoro. —Cockrill no parecía muy convencido y Barney no pudo evitar una carcajada—. ¡Es cierto!

—Está bien, si tú lo dices... Supongo que lo sabrás mejor que yo. ¿Y los otros tampoco huelen?

—El dióxido de carbono hace que te pique un poco la garganta si lo inhalas en una concentración lo bastante fuerte, como cuando bebes un vaso de soda y se te suben las burbujas por la nariz, pero no huele.

—¿Oliste los cilindros tras la muerte de Higgins para comprobar si alguno desprendía algo similar?

—Pues claro que no. Todo estaba bien, y aunque te parezca que con tu hipótesis has demostrado que se puede matar a un paciente rellenando una botella de oxígeno con dióxido de carbono, la realidad sigue diciéndonos que, para empezar, es físicamente imposible introducir el CO<sub>2</sub> en otro cilindro de esa manera.

Cockrill se puso en pie y se estiró.

—No quiero que pienses que te estoy atacando, amigo, pero habrá más gente que te haga estas preguntas si la investigación sigue adelante. ¿No crees que habría sido una buena medida de precaución?

—No, en absoluto —negó el otro con impaciencia—. Es imposible saber lo que contiene un cilindro solo con olerlo. Se necesita una concentración muy elevada para detectar el CO<sub>2</sub> y olisquear la mascarilla o la propia botella desde luego no la proporciona. Además, buscábamos posibles fallos, no hechos prodigiosos; nadie

espera ver salir un elefante de la madriguera de un conejo. A menos que se tratara de un error del fabricante, lo cual está descartado, sería imposible que en la botella de oxígeno hubiera otra cosa que no fuera oxígeno, y ya está. Puedes preguntar a todos los anestesiólogos de Kent y ninguno te dirá que alguna vez se le haya pasado por la cabeza oler los cilindros. Estoy seguro de que el problema no fue ese.

—¿Se han vuelto a utilizar esas botellas en particular?

—Supongo que sí, en las siguientes operaciones. Yo no soy quien controla eso, el personal de quirófano es el responsable de comprobar que hay suficiente material en el carro. Apenas usamos óxido nítrico con Higgins y solo una cantidad relativa de oxígeno, así que imagino que las botellas estarían casi llenas y seguro que se siguieron utilizando.

—Hablas como si te estuviera acusando de negligencia —le recriminó el inspector.

—Bueno, es que me parece absurdo sugerir que fue una irresponsabilidad no hacer algo que hubiera sido una idiotez hacer.

—Mi perspectiva no deja de ser la de un lego en la materia —se justificó Cockrill, que no acostumbraba a mostrarse tan humilde.

Barney maldijo para sus adentros a todos los «legos en la materia» y en especial a Higgins por morir y hacerle pasar por todas aquellas exasperantes preguntas. Y también a Cockrill por... por venir al hospital ¡y hacer todo lo posible para evitar las habladurías y las difamaciones sobre él! Trató de sonreír y de parecer un poco más agradecido.

—¿Algo más?

La fiesta ya estaría en su apogeo a esas alturas.

—Creo que no. Pero según salimos —añadió con descaro— a lo mejor podrías enseñarme dónde se guardan las botellas vacías...

Barney abrió la puerta de un gran armario.

—Los suministros están abajo, en el almacén, claro. Pero aquí tenemos lo que necesitamos para uso diario. —Una serie de cilindros colgaban de los soportes fijados a la pared y media docena estaban tumbados en el suelo. Barney los empujó con el pie—. Estos hay que enviarlos de vuelta al fabricante para que los rellenen. Aquí hay una relación de las existencias: lo que está a medias y lo que se ha gastado. No parece que haya ningún desajuste.

Las puertas batientes del quirófano se cerraron detrás de ellos al salir.

—Si crees que esto ha sido una penitencia para ti, amigo —confesó Cockrill mientras sacaba papel y tabaco, se liaba un cigarrillo y se palpaba los bolsillos en busca de las cerillas—, imagínate lo que ha supuesto para mí.

Una llanita osciló en la penumbra del corredor y aspiró con fuerza para dar una profunda calada al primer cigarrillo que se fumaba en más de media hora.

## Capítulo V

### 1

La investigación rutinaria de una muerte por los efectos adversos de la anestesia no le había parecido al oficial al mando razón suficiente para cancelar su semana de permiso; y cuando el oficial al mando se tomaba su semana de permiso, en el hospital se organizaba de inmediato una fiesta. La enorme y algo sórdida estancia conocida como el «salón de las damas» se limpió por primera vez desde la última ausencia del coronel, se dispuso un variado surtido de panecillos y emparedados sobre una de las mesas y las botellas parecían hacer fila sobre la tapa del piano. Como siempre, se presentaba la duda de si las enfermeras veteranas armarían un escándalo si se invitaba a las voluntarias, y como siempre se argumentaba que aquello no era más que una reunión informal y que en el fondo no importaba lo más mínimo si lo hacían o no. Y una vez más, la misma confusión sobre quién había prometido encargarse de llevar el jabón de sastre y la misma alegría por parte de algún soldado de primera al que habían liberado de cualquier tarea más ardua para arreglar la radiogramola. Los oficiales de mayor antigüedad se reunían en la antesala y se confesaban unos a otros que era difícil decidir si debían cerrar los ojos ante ese tipo de comportamiento o informar al oficial al mando a su regreso y dejar que él tomara las medidas que estimase necesarias, pero acababan por mostrarse de acuerdo en que eran cosas de jóvenes y, al fin y al cabo, no hacían daño a nadie. Por otra parte, dado que esos «jóvenes» eran todos médicos y cirujanos cualificados y había entre ellos alguno como el comandante Moon, que ya iba para los sesenta, aquella parecía la decisión más razonable. Las esposas de los oficiales llegaban todas juntas y parecían competir en condescendencia con las enfermeras: las primeras eran en su mayoría muchachas muy jóvenes que hacían notar las divisas y galones de sus maridos con la mayor solemnidad, mientras que las integrantes del Reina Alexandra, además de tener ellas mismas rango de oficiales, contaban con la incuestionable ventaja de estar en su terreno. Los oficiales más jóvenes iban acompañados por chicas del Destacamento de Ayuda Voluntaria que habían conocido en sus consultas y enfermerías. Barnes, puesto que Frederica estaba de servicio en el turno de noche, había invitado a Esther; Gervase Eden llevaba tanto tiempo acudiendo con la enfermera Bates a este tipo de acontecimientos que era casi imposible cambiar la costumbre, y el comandante Moon, que cada vez invitaba a una distinta para que ninguna se sintiese desplazada, iba en esta ocasión con su auxiliar de quirófano, Woods. Woody, empeñada en continuar con su plan, aprovechó la ausencia de Freddi para acercarse al comandante Eden. Se sentó en el brazo de una butaca y con gesto provocativo deslizó la mano,

desde la rodilla hasta el tobillo, por una de sus bellísimas piernas enfundadas en medias de seda.

—No hagas eso —suplicó al fin el cirujano—. Me estás volviendo loco.

Entonces Woody se detuvo y se giró hacia él, de modo que los pliegues de la falda se abrieron y dejaron al descubierto el perfil de la pierna casi hasta la cadera.

—¿Yo? No entiendo por qué.

«¡Que Dios me ayude!», pensó Gervase, «¡ya estamos otra vez!». Tenía la misma expresión que un náufrago ahogándose en medio del océano.

—Salgamos a tomar un poco el aire —sugirió.

Las cortinas eran opacas y estaban completamente cerradas, no había ninguna ventilación, hacía calor y el ambiente se estaba cargando cada vez más con el humo del tabaco y el olor a cerveza. Los cañones aún retumbaban en el exterior, pero el bombardeo no se había recrudecido. Las jóvenes esposas, que en su mayoría venían de lejos y por una sola noche habían dejado a sus hijos con las niñeras a salvo en sus casas de campo, aprovechaban tan valiosa oportunidad para coquetear con sus propios maridos. Las enfermeras y las voluntarias iban de acá para allá con los oficiales que las acompañaban, charlaban, reían y se divertían cuanto les era posible. Marion Bates estaba sola, de pie junto al piano, y se servía una copa de ginebra bien cargada. Barnes la vio allí al llegar, se disculpó con su propia invitada, Esther, que había llegado antes que él y estaba sentada con el comandante Moon, y se acercó a ella.

—¡Hola, enfermera! ¿No baila?

—No, estoy bebiendo —respondió taciturna.

El capitán le quitó el vaso de la mano y lo dejó en una esquina del piano.

—No se moverá de aquí, venga a bailar conmigo.

Bailaban en silencio, pero Bates estaba fuera de sí, dolida y celosa, y explotó en solo un par de minutos.

—¿Por qué no vuelve?

—Yo que usted lo dejaría marchar —repuso Barnes sin alzar la voz.

Marion se separó un poco de él y lo miró a los ojos, aunque seguían bailando como por inercia.

—¿Cómo sabe de quién estaba hablando?

—No es difícil de adivinar. —Una sonrisa burlona pero amable se dibujó en su rostro—. Solo ha salido al jardín a dar un paseo con Woody; los he visto al entrar.

—¡Lo odio! —exclamó Marion con vehemencia.

La voz de Barney, en cambio, seguía sonando tranquila.

—Hay una línea muy fina entre el amor y el odio, ¿verdad? Es como una especie de círculo, no se sabe muy bien dónde termina uno y dónde empieza el otro.

—Gervase sabe muy bien dónde se acaba el amor —repuso ella, enfadada. Y luego añadió, como si se le acabara de ocurrir una idea—: Y también sabe dónde comienza el odio, ¡en usted!

—¡Qué tontería! —replicó Barnes enseguida, aunque se le había ensombrecido la mirada—. ¿Qué motivos iba a tener Eden para odiarme?

—La mayoría de la gente odia a las personas a las que ofende. Es una forma de protegerse ante el cargo de conciencia. Y Gervase Eden no deja de ofenderlo últimamente, no finja que no se ha dado cuenta.

—No tiene importancia, no hablemos de ello.

—Es usted un estúpido —insistió la enfermera Bates sin quitar los ojos de la puerta—. Cree que no es nada, una niñería que puede controlar, ¿verdad? Pues se equivoca. La otra noche la besó en el cuarto de enfermeras. Él me juró que no era cierto, pero yo sé bien lo que vi. Y me fijé en su cara. Nunca vi esa expresión en su rostro cuando me besaba a mí. Creo que esta vez se está enamorando de veras y, antes de que se dé cuenta, le habrá pedido que se case con él. ¿Cree que entonces su prometida se mantendrá fiel a la palabra que le ha dado a usted?

—Sí —contestó Barney muy serio, aunque el temor le helaba el corazón. No quería discutir ese asunto con ella, pero se sintió obligado a razonar—. Además, él es un hombre casado.

La enfermera Bates reaccionó con desdén.

—¡Y un cuerno casado! ¿Cree que no me sé ese viejo truco? Sí, yo también caí al principio. Cuando un hombre solo quiere jugar contigo sin ningún compromiso siempre te dice que está casado, que lleva años sin vivir con su esposa, pero que los abogados han complicado el divorcio y le parece que estará atado a ella de por vida... y que lo único que puede ofrecerte es su amor. ¡Sí, ese cuento me suena!

Barnes sintió pena por ella, no le parecía una mujer hecha para tanto resentimiento y vulgaridad.

—Pobrecilla —musitó al darse cuenta de la tristeza que despedían sus ojos.

—¡Pobrecillo usted! —le replicó Marion de malos modos sin dejar de observar la puerta—. ¿No se da cuenta de que él es mucho más rico y sofisticado y de que tiene una maravillosa consulta en Harley Street?

—Bueno, yo no me considero sofisticado —admitió el anestesista—, pero también tengo una buena consulta, ¿sabe? Y una bonita casa y..., en fin, la mayoría de las cosas que una joven pudiera desear. Pero bueno —añadió riéndose—, ¿a qué vienen todas estas tonterías, además? Ahora mismo está con Woody, no con Frederica.

La música se detuvo. Barnes devolvió su copa a la enfermera Bates y se sirvió otra para él, se encendieron sendos cigarrillos y se quedaron allí de pie, en silencio, ella vigilando la puerta como un perro guardián, con su rubio cabello ensortijado en pequeños bucles alrededor de la cofia blanca y el rostro desencajado por la desesperación. El reloj empezó a dar las once y en ese momento parecía estar llegando a una conclusión; cuando se apagó el eco de la última campanada y Eden aún no había regresado, se decidió.

—¿No mató usted a una chiquilla el año pasado, en una operación? —le soltó

como por casualidad.

Barney se puso tenso y un poco pálido.

—Una joven falleció en mi quirófano por los efectos de la anestesia, sí. No creí que la noticia hubiera llegado hasta aquí.

—Gervase me lo dijo.

A eso se refería Eden en el quirófano, cuando se tapó la boca con las manos como si no debiera haber hablado.

—¿Y cómo lo sabe él?

—Por Higgins —respondió Bates, cuyos ojos ya no estaban puestos en la puerta—. Higgins lo vio en la enfermería cuando fue a reconocerlo con el estetoscopio. Gervase lo examinó después, antes de la operación, y Higgins le preguntó si era usted un médico local. Gervase le dijo que sí, que creía que antes vivía en el pueblo y Higgins le contó que antes de la guerra mató a la hija de unos amigos suyos. Le dijo que aquella historia ya estaba casi olvidada, pero que ahora que sabía que estaba usted en Herons Park escribiría al Departamento de Guerra e informaría de ello. Decía que el pueblo entero se pondría en su contra y que lo echarían de Heronsford y también del Ejército.

—La muerte de esa chica se debió a causas naturales. Todos los anestésistas se encuentran con un puñado de casos similares a lo largo de su carrera. Falleció por complicaciones durante la intervención y con la anestesia y las conclusiones del forense nos exoneraron tanto al cirujano como a mí. Nadie puede acusarme de nada, no pueden hacerme ningún daño.

—Gervase no parecía tan convencido. Lo sé porque estuve esperándolo mientras hablaba con ese cartero, y tardó un buen rato en salir...

—¿Y hablaban de mí? —preguntó Barnes, incrédulo.

—Pues claro, ¿de qué si no? Por supuesto Eden fue cauteloso, no dijo demasiado. Pero si Higgins hubiera vuelto a Heronsford y hubiera divulgado el rumor de que otro médico creía que se había podido cometer una negligencia con aquella chica... Bueno, algo así habría arruinado su carrera, ¿verdad?

A la mente de Barney le costaba seguir aquellas artimañas traicioneras.

—¿Y por qué demonios iba Eden a hacer algo así?

—Porque entonces ya no tendría «la mayoría de las cosas que una joven pudiera desear» para ofrecérselas a su Frederica —concluyó la enfermera Bates, y se terminó la copa de un trago.

## 2

Esther estaba sentada junto al comandante Moon en un sofá que había en una esquina del salón. En ese momento deseaba no haber bebido ginebra, que siempre la deprimía y le soltaba demasiado la lengua. Ahí estaba ahora, contándole al viejo

cirujano la larga y triste historia de la muerte de su madre.

—Lo siento, me temo que este no era el objetivo de la fiesta, ¿verdad?

—No se preocupe, querida. A todos nos viene bien hablar de lo que nos aflige alguna vez, ¿no? Y es raro, pero en ocasiones uno se siente mejor compartiendo estas cosas con un extraño... No es que usted y yo seamos extraños, claro, pero me atrevería a decir que pocas veces puede abrir así su corazón incluso con sus amigas más íntimas.

—Ellas también tienen sus problemas —las excusó Esther en tono sombrío— y una no puede estar siempre lamentándose de lo mismo. Freddi no tiene un hogar al que volver después de la guerra, por ejemplo. Su padre se casó con una mujer horrible y su vida en cierto sentido se desmoronó... Ahora está prometida, claro, pero... En fin, no sé.

El comandante Moon buscó a Barney con la mirada; estaba bailando de forma un tanto mecánica con la enfermera Bates y hablando con ella muy serio.

—¡No me diga que algo va mal con esa pareja! —exclamó preocupado.

—¡No! No lo creo —se apresuró a negar Esther, y como temía haber hablado demasiado sobre Frederica, trató de cambiar de tema y se puso a contar cosas sobre Woods que, en otras circunstancias, no habría mencionado—. ¿Sabía que Woody tiene un hermano menor? Ella lo adora, lo quiere muchísimo, mucho más de lo que es habitual entre hermanos. Cuando estalló la guerra estaba fuera del país, en el continente, y no han sabido nada de él desde entonces. —Y luego siguió desviando la conversación—: El inspector Cockrill le ha hecho un montón de preguntas sobre la inyección de coramina que le administró a Higgins en el quirófano. Supongo que creerá que pudo cometer algún error. ¿No cree usted que es una tontería? ¿Cómo iba a equivocarse con eso?

—Es imposible —repuso Moon de inmediato—. La coramina viene dosificada en ampollas, no había viales de ningún otro tipo en el carro y se la administró según las indicaciones de Barney. Además, para entonces ese hombre ya se estaba muriendo, si es que aún seguía con vida. Era nuestro último recurso.

—¡Claro! —asintió Esther aliviada.

—El viejo Cockie está siendo muy exhaustivo —caviló el cirujano con la mirada fija en la punta de sus zapatos—. Esta tarde ha hecho que vaciaran todos los armarios donde se guardan medicamentos potencialmente tóxicos y, en general, se comporta como si uno de nosotros hubiera asesinado a Higgins con premeditación y alevosía. Pero lo bueno es que, cuando se demuestre que su muerte se debió a causas naturales, ya no habrá más habladurías sobre ello; de otra forma la gente del pueblo dudaría y la reputación del pobre Barney se vería afectada... ¡Santo cielo! —exclamó de pronto, cuando se dio cuenta de la hora que era—. Son casi las once y esta noche estoy de guardia, será mejor que me vaya.

El comandante Moon salió a toda prisa de la fiesta, mascullando y nervioso por llegar tan tarde. «Pero bueno, si hubieran necesitado algo habrían venido a

buscarme...».

Las enfermerías estaban tranquilas. Dejó Santa Isabel para el final con la esperanza de poder hablar en privado con Frederica; la insinuación de Esther de que algo podría ir mal entre Barney y su enamorada lo había preocupado. Cuando terminó la ronda se sentó junto a ella en el cuarto de enfermeras, con los pies estirados al calor de la lumbre.

—Podría invitarme a una taza de té, enfermera Linley, teniendo en cuenta que he dejado una fiesta a propósito para venir a verla.

—A mí y a doscientos pacientes —replicó Freddi entre risas.

—Bueno, he tenido que hacer la ronda, claro... No habría quedado muy bien cruzar el hospital directo hacia aquí.

Pero a pesar de las bromas y del tono cordial, Frederica era un hueso duro de roer. Se sentó a servir el té con ese aire suyo tan particular, tranquila y distante, amable pero sin querer intimar, un poco engreída. El viejo cirujano divagó durante un tiempo sobre multitud de temas antes de atreverse a tocar el que le interesaba.

—Ha encontrado aquí un hombre extraordinario, querida, uno de los mejores. Creo que no me he cruzado en toda mi carrera con un colega al que admire y respete tanto como a Barney.

—Sí, lo sé —asintió Freddi muy sobria.

—Y es el tipo de hombre que solo se enamora una vez —continuó Moon como si hablara en una ensoñación, con los ojos clavados en el fuego—. En fin, supongo que habrá vivido sus correrías, claro, es un hombre de mundo, pero en su corazón solo hay sitio para una mujer y esa es usted, joven. Es afortunada. Con toda su belleza y su encanto... y su gran valía, por supuesto, aún creo que es usted la afortunada por tener el amor de un hombre como Barnes.

—Lo sé —dijo ella de nuevo.

El comandante alzó la vista y la miró con sus dulces y desvaídos ojos azules, casi como si le estuviera suplicando.

—No le falle. Sería horrible ver a Barney perder la fe. No creo que pudiera soportarlo. Pero bueno —añadió con una sonrisa—, no sé por qué le digo todo esto; estoy seguro de que no lo defraudará.

—Por supuesto que no, comandante Moon —repuso la joven con amabilidad.

En un intento por forzar las confianzas, Moon desveló una de las suyas.

—Un matrimonio feliz lo es todo en la vida, Frederica. Mi mujer y yo... No era algo ideal, pero el nacimiento de nuestro hijo nos unió mucho y durante un tiempo supe lo que era la auténtica felicidad, la de verdad. Ya sé que hay más cosas importantes, pero creo que en general las personas felices son buenas personas, ¿no le parece?

Sin embargo, Freddi eludió de nuevo el asunto.

—No sabía que estuviera casado, comandante Moon.

—Bueno, ahora todo es distinto, querida. Mi hijo murió en un accidente. Era lo

más importante para nosotros y creo que lo protegíamos demasiado. Convencí a su madre de que había que dejar que se hiciera un hombre y le compramos una bicicleta. En muy poco tiempo ya corría por todas partes con ella. Un día, otra bicicleta chocó con él y lo derribó. Yo mismo vi cómo ocurría desde lo alto de la calle. Aquel tipo iba muy deprisa y, al girar en una esquina... En fin, el chico salió despedido y acabó en la cuneta. Vi que el hombre se paraba a mirarlo, pero luego volvió a montarse en su vehículo y desapareció pedaleando calle abajo. Cuando llegué, mi hijo había muerto. Después de aquello mi esposa perdió las ganas de vivir y me echaba la culpa de que lo hubieran matado. Ella murió poco después.

—¿Y aquel hombre?

—Yo sabía quién era, pero no pude hacer nada: no había pruebas. Si su bicicleta sufrió algún desperfecto con el golpe, debió de arreglarlo antes de que la policía pudiera examinarla. Pero sé que fue él. No alcancé a verle la cara, pero distinguí el color de la bicicleta mientras se quedó ahí parado, viendo lo que había hecho antes de escapar y dejar a mi hijo morir como un perro al borde de la carretera... —Sus mejillas habían perdido el rubor y tenía los ojos empañados de lágrimas—. Lo siento, no era mi intención contarle todo esto. Hace ya tanto tiempo...

Freddi solo era capaz de mostrar efusividad en el calor de la pasión; ahora, su habitual reserva la mantenía como encerrada en una jaula. Le hubiera gustado alargar una mano y acariciar aquel tembloroso rostro envejecido, enjugar sus lágrimas exentas de vergüenza, pero no pudo. Permaneció sentada donde estaba, rígida, correcta, y momentos después preguntó con su nítida vocecilla: «¿De qué color era la bicicleta?».

Moon se levantó y salió con paso vacilante del cuarto de enfermeras.

### 3

Marion Bates seguía ajena a la fiesta, dolida y enfadada. Eden y Woody habían vuelto al «salón de las damas» casi al final de la velada con aspecto de no haber roto un plato en su vida y Eden había hecho todo lo posible por apaciguar a su legítima acompañante, pero ahora la enfermera Bates estaba segura de haber perdido toda esperanza. El problema no era que Gervase amase a Freddi, sino que ya no la amaba a ella. Que prefería a cualquier otra, incluso a una vieja fea como Woods, antes que a ella. El exceso de ginebra había enardecido sus celos y la pena y el desengaño se habían convertido en rencor. Empezó a mostrarse cada vez más alterada y combativa. Gervase, consciente de haber cometido un error al dejarla tanto tiempo sola cuando en realidad había ido a la fiesta como su invitada, trató de convencerla para que se marchara.

—Vamos, Marion, te acompañaré de vuelta al pabellón —se ofreció, a pesar de lo violento de la situación.

—Ya sé que quieres deshacerte de mí —replicó ella en tono agresivo—. ¡Ya me voy, no te preocupes! Pero volveré sola, muchas gracias, no te necesito.

—Está bien, lo siento. —Eden sabía que tratar de discutir solo serviría para montar una escena—. Solo lo he dicho porque creía que te daba miedo la oscuridad.

—Y me da miedo —asintió Marion, que había utilizado muchas veces esa excusa para arañar diez minutos más a solas con su amado—, pero prefiero la oscuridad antes que a ti...

—A mí me aterrorizaría pensar que ese asesino del hospital pudiera salir de repente de entre las sombras —intervino la esposa de un oficial, que no creía ni por un segundo que hubiese ningún asesino, pero que pensó que así podría poner fin a tan desagradable discusión.

La enfermera Bates le dirigió una mirada maliciosa y algo achispada por el alcohol.

—Eso a mí no me preocupa... ¡porque resulta que sé quién es el asesino!

«¡Jesús!», pensó la mujer que había hecho aquel comentario, «¡en qué jaleo me he metido!». Y le dijo que en ese caso debería ir enseguida a la policía y contárselo todo.

—No cree que haya ningún asesino, ¿verdad? —insistió Bates, desafiante—. Pues lo hay. A Higgins lo asesinaron y yo sé quién lo hizo.

Gervase la cortó con impaciencia.

—No seas absurda, Marion. Nadie asesinó a Higgins. No pudo asimilar la anestesia, eso es todo. Será mejor que te vayas a dormir.

—Entonces ¿qué hace ese inspector aquí, eh? —arguyó ella haciendo caso omiso del consejo.

—Ha venido para aclarar oficialmente el asunto y que nadie pueda ir por ahí diciendo estupideces como esa —terció Woods con frialdad.

Bates consideró esas palabras una ofensa inaceptable para su entonces ya menguada dignidad.

—¡Haga el favor de recordar, Woods, que está usted dirigiéndose a un oficial y que no es más que un soldado raso!

Woody la miró por un momento y luego rompió a reír a carcajadas.

—Lo siento, señora, pero es que...

La risa apenas la dejaba hablar. La mujer que había iniciado la controversia y su esposo se retiraron con discreción.

Bates estaba furiosa.

—¡Este es el resultado de juntar a las voluntarias con las enfermeras en las fiestas!

—Sí —repuso Gervase—, la próxima vez no deberíamos invitar a ninguna enfermera.

Aquello era demasiado. Se giró sobre sus talones y lo miró fijamente, con la cara roja de ira.

—¡Te arrepentirás de esto, Gervase! ¡Todos os arrepentiréis! ¡Dios sabe que vais

a lamentarlo! —sollozaba furiosa y herida en su orgullo.

Eden le tendió una mano.

—Lo siento, Marion, ha sido un comentario perverso por mi parte. Estás cansada, querida... Todos estamos cansados, frustrados y de mal humor. Venga, te acompaño a tu pabellón.

Pero Bates no hizo caso y siguió gritando, histérica.

—¡Creéis que no hay ningún asesino, pero lo hay! ¡Yo sé quién lo hizo y cómo pasó! ¡Lo sé todo! Mañana iré a ver al inspector y se lo contaré, le enseñaré las pruebas... —Woods empezaba a perder la paciencia e hizo ademán de irse, pero entonces Bates se giró hacia ella—: ¡Creéis que no tengo pruebas, pero las tengo! Las he escondido en el quirófano por si..., por si decidía utilizarlas. Se las mostraré al inspector, se las llevaré por la mañana y le contaré todo lo que pasó. ¡Os prometo que él me creerá!

Eden volvió a acercarse a ella con calma. Se dio cuenta de que estaba fuera de sí y se sintió muy torpe.

—Está bien, querida. Ve a verlo por la mañana y cuéntale todo lo que sabes. Enséñale las pruebas y todo lo demás. Pero ahora son más de las doce y todos queremos irnos a dormir. Vamos, te acompañaré a...

No pudo terminar la frase. Marion se había zafado de su mano y se fue sola, haciendo aspavientos. Salió del edificio y cruzó el camino que lo separaba de las dependencias del hospital. El pabellón de enfermeras estaba en el otro extremo del complejo.

«Iré por aquí», pensó. «Atajaré por el hospital y así podré cogerlo y llevármelo a mi cuarto. Allí estará más seguro». Algo estalló en el cielo y se oía el estruendo de los cañones a lo lejos. Casi deseaba ver el resplandor de las balizas; la noche era muy oscura y al menos habrían iluminado un poco el camino.

Alguien la seguía. Alguien iba escondiéndose detrás de los árboles por el camino de robles que subía la colina; una sombra se movía deprisa de un tronco a otro y luego se quedaba quieta, en silencio, espiándola. Bates alumbraba con la linterna a su alrededor, inquieta, temerosa de descubrir quién era. Se detuvo y trató de gritar:

—¿Quién anda ahí?

Pero la voz que salió de su garganta era como un débil graznido y quedó ahogada por el jadeante palpitar de su corazón. Empezó a andar más deprisa y enseguida notó otro movimiento, una corriente de aire, el sonido casi imperceptible de pasos en la hierba y el crujido de una rama. Presa del pánico, se pegó a uno de aquellos enormes troncos de aspecto sólido y acogedor y volvió a gritar.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

La misma oscuridad que la rodeaba parecía contener el aliento en espera de una respuesta, pero no obtuvo ninguna. Solo se oía el crepitar de las hojas secas movidas por el aire y el furtivo silencio del miedo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí agazapada, con las manos temblando contra la

rugosa corteza del roble, pero mientras estuvo quieta nada se movió. Al abandonar el cobijo del árbol, sin embargo, aquel espeluznante susurro comenzó de nuevo. «Tengo que correr», pensó. «No puedo quedarme aquí toda la noche. Tengo que ir lo más rápido que pueda... ¡Corre!». Entonces se sujetó la pequeña capa gris alrededor de los hombros y salió huyendo, en una carrera por su vida entre los árboles, con su perseguidor pisándole los talones y oculto entre las sombras, acechándola en la penumbra. Tenía la boca seca y el corazón le iba a explotar. Ya no sabía si huía de su enemigo o si se dirigía hacia él. Se detuvo un instante, tiritando, y por un momento todo pareció en calma. Empezó a correr de nuevo, sin pensar, tropezando con los tacones en las piedras sueltas del camino. Las manos le temblaban tanto que se le cayó la linterna y, del golpe contra el suelo, se apagó la única luz que llevaba. Una enorme y amenazante figura emergió de las sombras frente a ella y la sujetó con fuerza. De pronto se vio en brazos del comandante Moon, jadeando de miedo y de alivio sobre su hombro.

—¡Santo cielo, mujer! —exclamó mientras trataba de reconfortarla con su firme abrazo y unas suaves palmadas en la espalda—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿Le da miedo la oscuridad? Venía corriendo por el camino como una chiquilla aterrorizada.

—¡Alguien me estaba siguiendo! He oído ruidos detrás de mí. Y es porque he dicho que sabía quién era el asesino.

—¿El asesino? —repitió el comandante Moon.

—Sí, yo sé quién es. Vi algo raro... Al principio no sabía qué era, pero luego empecé a darle vueltas y... Solo lo cogí para preguntarle qué demonios significaba aquello... —Trató de recomponerse un poco—. Cuando supe que alguien había entrado en el quirófano la noche anterior, comencé a darme cuenta de lo que había pasado. No iba a decir nada, pero después de esta noche... ¿Por qué iba a dejar que se saliera con la suya? ¿Por qué iba a dejar que nadie me lo robe? No es que yo... Pero bueno, no me importa, iré a ver al inspector y se lo contaré. Debo hacerlo, creo que es mi obligación...

Se agarró con fuerza a los brazos del viejo cirujano y siguió farfullando frases incoherentes mientras miraba a su espalda, hacia la silenciosa oscuridad.

Moon podía oler el alcohol en su aliento.

—Bueno, bueno... No piense más en ello esta noche. Váyase a dormir y descanse. Si mañana aún cree que tiene algo que contar, puede ir a hablar con Cockrill. Entretanto, no creo que tenga que preocuparse por nada; aquí fuera no hay nadie excepto la policía militar... y puede que algún que otro alemán sobrevolando la zona. Pero no vamos a dejar que eso nos desmoralice, ¿verdad? Seguro que solo ha oído al sargento Edwards haciendo su ronda, o al cabo Bevan o a alguno de ellos. La acompañaré a su pabellón.

—¡No, no! —gritó la enfermera Bates desesperada—. ¡Tengo que ir al hospital!

—Está bien, entonces la acompañaré al hospital. Pero no irá a pasar la noche allí,

¿no?

—No, pero... Creo que tomaré una taza de té con la enfermera de guardia de Santa Catalina o no sé... No quiero que venga conmigo.

—De acuerdo, la dejaré en la puerta de atrás —accedió el comandante para tranquilizarla.

Los pacientes de la planta baja y de la superior, que no estaban postrados en cama, dormían en camillas a lo largo del pasillo que recorría todo el sótano del hospital para mantenerse a salvo de los bombardeos. Bates se despidió del comandante Moon en la puerta de servicio y atravesó decidida ese pasillo hasta llegar a la escalera central, para dirigirse luego hacia el vestíbulo de la planta baja. Los pacientes dormían inquietos en sus improvisadas camas, encogidos bajo las ásperas mantas marrones del ejército; algunos con un brazo fuera que rozaba, inadvertido en el sueño, el suelo polvoriento. Aquí y allá brillaban algunos pares de ojos despiertos y alerta y había caras pintadas, de verde o de púrpura, de pacientes en los que los dermatólogos estaban probando nuevos tratamientos. En su camino hacia el quirófano estuvo a punto de chocar con una figura vestida de azul cuyos ojos parecían dos oscuros agujeros en medio de la enorme venda blanca que le cubría la cabeza. Empezó a asustarse de nuevo según avanzaba entre las camillas, saltando por encima de brazos y piernas extendidos, y se sobresaltaba ante el murmullo de algún soldado que llamaba en sueños a su mujer o a su novia. Las escaleras que subían a la planta baja parecían interminables bajo la tenue luz que las enmarcaba. Las subió de dos en dos y sintió un gran alivio cuando por fin llegó a la cálida claridad de la sala de Recepción, donde el sargento McCoy estaba medio adormilado sobre un periódico.

—No tardaré mucho, sargento; solo voy a coger una cosa —le dijo mientras descolgaba de su gancho la llave del quirófano principal.

El oficial de guardia no tenía ningún motivo para cuestionar el derecho de la enfermera de quirófano a entrar en sus propios dominios.

—De acuerdo, señora —contestó al tiempo que se levantaba un palmo de la silla como término medio entre quedarse sentado y adoptar la posición de firmes para dirigirse a un oficial. Y luego bromeó antes de volver a la lectura del *Kentish Mercury*—: ¡No haga que la maten!

Marion empujó las puertas batientes de la antesala del quirófano, tanteó la pared en busca del interruptor de la luz y utilizó la llave para abrir la segunda puerta. Después de la aterradora negrura de la noche, la refulgente luz de la lámpara central le procuraba una sensación de consuelo y seguridad. Fue directa a abrir el armario de los medicamentos potencialmente tóxicos y sacó de una de las estanterías inferiores, donde estaban los que menos se usaban, la prueba del asesinato. Luego se la guardó y volvió a cerrar el armario, con cuidado y sin prisa, y dio las gracias por retornar a la calma bajo aquella luz blanca y brillante.

Al darse la vuelta vio que en la puerta había una figura ataviada con bata y mascarilla verdes, mirándola. Algo destellaba, diabólico, en el guante de su mano

derecha.

4

El sargento McCoy seguía pasando con desgana las páginas del *Mercury*. «Muere un hombre en Heronsford», decía un breve titular y a continuación se añadía que Joseph Higgins había dado su vida por ayudar a los demás en un reciente bombardeo. El sargento, que era un sentimental, sacudió la cabeza al leer ese (en rigor, inexacto) subtítulo. Luego pasó con aire lúgubre a la columna de homenaje a los caídos en combate.

La enfermera Woods se asomó con sigilo a la puerta.

—Hola, McCoy, pensé que estaría dormido. Solo quería coger un momentito la llave del quirófano. —Pero cuando se acercó al tablero sin esperar respuesta, añadió en voz más alta—: ¡Santo Dios! ¡No está!

—La enfermera Bates se la llevó hará unos veinte minutos —repuso McCoy tras apartar la vista del panegírico fúnebre que habían dedicado a Higgins su desconsolada viuda, Gert, George, Arthur, sus cuñados y cuñadas y la pequeña Ruby.

Woods pareció vacilar.

—Está bien, no importa —dijo al fin—. No le diga que se la he pedido.

Pero un minuto después de haberse marchado, regresó algo nerviosa.

—La luz del quirófano está apagada, sargento. No sé qué ha podido pasar con la llave.

—Bates debería haberla devuelto a su sitio —contestó molesto McCoy—, tampoco es quién para cerrar el quirófano y quedarse con ella. Como si no se hubiese armado ya bastante jaleo con esto, ¡ojalá nunca lo hubiera mencionado! El sargento mayor me tiene contra las cuerdas y parece que cree que debería haber visto todo lo que ocurrió esa noche y quién se llevó la llave y... ¡Como si no hubiera movido un dedo! Treinta y un ingresos en plena noche y el hospital patas arriba... Ojalá la gente fuera un poco más considerada, sí, eso estaría bien. Será mejor que vaya a buscar la llave, seguro que se ha ido y ni se ha molestado en cerrar...

El sargento se levantó, aún refunfuñando, y salió al vestíbulo.

El quirófano estaba en silencio y cuando encendió las luces de la antesala tampoco hubo ningún movimiento ni se oyó nada. La llave estaba en la puerta interior y se acercó a sacarla de la cerradura entre reproches y protestas.

—¡Mira que irse y dejar esto así! Mañana informaré de esto, enfermera, le aseguro que lo haré. No me meterá en más problemas, informaré de ello.

—A lo mejor aún no ha terminado lo que estuviera haciendo —sugirió Woods sin mucho convencimiento—. Puede que vuelva o... ¿Seguro que debería cerrar y llevarse la llave? Podría estar dentro.

—¡Seguro, sentada en la oscuridad! —se burló McCoy.

Woody no consideraba del todo imposible que la enfermera Bates estuviera a oscuras en un quirófano. Quizá hubiera atraído a Gervase hasta allí con algún pretexto y estuvieran celebrando una pequeña fiesta privada. No pudo evitar sonreír para sí ante la idea de que la feliz pareja acabase encerrada en el quirófano toda la noche y tuviera que dar explicaciones por la mañana, pero decidió insistir.

—Creo que debería volver a abrir, sargento, y asegurarse de que no hay nadie.

—Y si hay alguien, ¿por qué no dice nada? —argumentó McCoy, airado. No obstante, abrió la puerta, encendió la luz y asomó la cabeza—. No, aquí no hay nad...

Las palabras se congelaron en sus labios; después de todo sí que había alguien en el quirófano. Tendida con gran ceremonia en la mesa de operaciones, ataviada con bata, mascarilla y guantes quirúrgicos y con unas enormes botas blancas de goma en los pies, Marion Bates permanecía allí inmóvil y en silencio. Había un desgarró de bordes irregulares en la parte delantera de su bata, empapado y pegajoso de sangre a medio coagular, y clavada en su pecho, hundida hasta el fondo de su ingenuo corazón, oscilaba la delicada hoja de un bisturí.

## Capítulo VI

### 1

Cockrill, al que rápidamente habían ido a sacar de su intranquilo sueño en un camastro militar, se puso como pudo la camisa y el pantalón, se envolvió en su gabardina y, sin dejar de dictar instrucciones, salió a toda prisa hacia el quirófano. Media hora después, seis personas reticentes, aturcidas y perplejas esperaban preocupadas su regreso en el pequeño despacho. Esther tenía la cara pálida y las ojeras muy marcadas, Woody parecía haber envejecido diez años, los ojos grises de Barney miraban afligidos y desesperados y Gervase estaba sentado con las manos entre las rodillas y la cabeza gacha, las pupilas clavadas en algún punto entre su nariz y sus zapatos. El comandante Moon se había convertido en un anciano y le temblaban los dedos al intentar llevarse un cigarrillo a los labios. Solo Frederica se mostraba tan serena y distante como siempre, pulcra y exquisita sin un solo cabello fuera de su sitio bajo la cofia almidonada. Su sosegada voz crispó los nervios de los demás cuando dijo por centésima vez que ojalá el inspector llegara pronto para acabar con aquello porque tenía que volver a la enfermería.

—¡Por el amor de Dios, Freddi! ¡El hospital no va a derrumbarse porque tú no estés de guardia!

—Pero estoy preocupada por el paciente del suero, Woody —repuso la enfermera Linley con voz lastimera—. Está muy mal y los celadores son tan torpes...

Barney le tendió una mano, sin decir nada, y ella se la cogió y se sentó a su lado. Podía notar cómo su cuerpo temblaba. «Soy el único que la conoce», pensó. «Solo yo sé lo que esconde bajo esa fachada...».

—Gervase, ¿me das otro cigarrillo, por favor? —le pidió Woods.

Eden levantó la cabeza y dejó ver un rostro ensombrecido por la pena y el remordimiento, un sentimiento más turbador que cualquiera que hubiera experimentado en muchos años. Sacó un cigarrillo de su pitillera y se lo dio sin apenas pensar en lo que hacía.

—No te lo tomes tan a pecho, Gervase —le dijo ella, compasiva—. No ha sido culpa tuya.

—¿Y si se ha suicidado?

—Cariño, no ha sido un suicidio. Los suicidas no se visten con ropa de quirófano y se tumban en la mesa de operaciones.

—Eso no lo sabes, Woody —opinó Barnes—. La gente a veces hace cosas muy raras.

—Pero no se apuñalan dos veces —argumentó Woods.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el comandante Moon con una mirada hosca.

—La han apuñalado dos veces, lo he visto. McCoy me dejó allí sola con ella y... Parecía que estaba muerta, claro, pero tenía que asegurarme, ¿no? No sabía si debía intentar extraerle el bisturí o no así que... me incliné un poco sobre ella y observé la herida. En la bata había un desgarró bastante grande, pero debajo se veían dos incisiones que atravesaban el vestido. No pudo hacérselo ella misma, está claro.

—Pero ¿quién...? Es decir, Woody, si no ha sido ella, ha tenido que ser otra persona... ¡Y eso significa que la han asesinado!

—¿Tú qué crees, Freddi?

—Woody... Barney... ¿Asesinada? ¿Aquí, en el hospital? No puede ser, es imposible.

—Freddi, hablas como si fuera la primera vez que oyes esa palabra. ¿Qué crees que ha estado investigando el inspector todo este tiempo?

—Pero Woody... ¿No insinuarás que Higgins también fue asesinado?

—Freddi, por favor, no sigas repitiendo esa palabra —suplicó Esther, que estaba un poco apartada en una esquina.

—Lo que a mí me gustaría saber —protestó Barney— es qué tiene que ver todo esto con nosotros. ¿Por qué Cockrill nos ha sacado de la cama a estas horas de la noche? ¿Por qué a nosotros seis? ¿Por qué no a Perkins o a Jones o..., no sé, a la enfermera jefe o a cualquier otro?

—Esa es la cuestión, querido —insistió Frederica—. Por eso es tan aterrador si de veras ha sido un asesinato, porque significaría que uno de nosotros es el culpable.

El comandante Moon se detuvo cuando iba a encenderse su tercer cigarrillo.

—Tonterías, chiquilla. No sabe lo que dice.

—Es la verdad, comandante Moon. El propio inspector me lo ha dicho esta tarde. Al menos supongo que, si la enfermera Bates ha sido asesinada, aunque me cuesta creerlo... Vale, vale, está bien Woody, digamos que la han asesinado. En ese caso, supongo que a Higgins también y que debe de haberlo hecho la misma persona. Y el inspector me ha dicho que si la muerte de Higgins fue premeditada, uno de nosotros seis tenía que ser el culpable.

—¿Y cómo demonios ha llegado a esa conclusión? —quiso saber Eden.

—Me temo que tiene sentido, tuvo que ser uno de nosotros. Nadie más sabía aquella noche que Higgins estaba en el hospital.

—Bueno, pues si es por eso a mí ya pueden descartarme —anunció Woods en tono jovial—. Yo no supe nada de él hasta la mañana siguiente.

—Pero lo viste, Woody. Estabas hablando con la enfermera Bates y con Gervase en el vestíbulo cuando llevaban a Higgins en la camilla de camino a la enfermería.

—¡Por Dios, chica! Lo único que vi fue un montón de harapos sucios. Y después Esther solo me dijo que habían ingresado a un hombre con fractura de fémur.

—Eso es lo que tú afirmas, pero el caso es que pudiste haber visto quién era, al igual que Gervase y Bates. La cuestión es que nadie más tuvo la oportunidad de

reconocerlo, excepto Esther y yo... y el comandante Moon, que fue quien lo ingresó.

—Y yo —añadió Barney—. Lo cierto es que no lo vi, pero supongo que podría haberlo hecho cuando estuve hablando contigo en el cuarto de enfermeras.

—No, cariño, tal y como pasaron las cosas no pudiste verlo. Su cama estaba en una esquina totalmente a oscuras, y con la luz del control encendida es imposible que vieras nada. Lo sé porque, para comprobar si Higgins estaba bien, yo misma tuve que utilizar una linterna. Y por la misma razón tampoco pudieron verlo la enfermera de guardia, aunque estuvo toda la noche de acá para allá, ni los celadores.

—¿Ninguno de ellos entró en la enfermería?

—Sí, pero habíamos tapado la cama de Higgins con varios biombos y ninguno se acercó a él. Ni siquiera los camilleros lo vieron porque lo bajaron directamente los de la ambulancia.

—Y ninguno sabía su nombre —recordó Esther con apenas un hilo de voz.

Se quedaron todos en silencio, conmocionados por la deriva de aquella extraordinaria situación.

—¿Uno de nosotros? No puedo... Bueno, al menos —puntualizó Woody con generosidad— tú estás fuera de sospecha, Barney.

—En realidad, el inspector Cockrill me ha dicho que tenía que incluir a Barney en la lista porque fue él quien administró la anestesia. Supongo que podría haber matado a Higgins con bastante facilidad y sin que nadie se enterase. Y sin haberlo planeado.

—¿Qué significa eso de «planeado»?

—Bueno, la importancia de determinar quién sabía y quién no sabía que Higgins estaba allí la noche anterior reside en el hecho de que, si de verdad alguien lo asesinó, tuvo que prepararlo de alguna manera, es decir, no pudo improvisarlo en un momento.

—No entiendo por qué no —opinó Barnes.

—¿Y cómo, querido? Incluso suponiendo que alguien le inyectara algo extraño, no sé qué podría ser, pero imaginemos que fuera así, y que eso le afectara durante la anestesia... Aun en ese caso habría necesitado un mínimo de planificación, el asesino tendría que haber preparado lo que fuera de antemano. Y se da la circunstancia de que solo nosotros seis tratamos con él antes de la operación. La gente de Rayos lo vio, claro, y es posible que algún celador ayudase a Esther a subirlo a la camilla y cosas así, pero eso no habría sido tiempo suficiente.

Gervase le dirigió una sonrisa repleta de ironía.

—Pareces decidida a no repartir más cartas en este juego, Frederica.

—Solo repito lo que el inspector me ha dicho esta tarde.

—Higgins —empezó a razonar Esther, que hasta ese momento había permanecido absorta en sus pensamientos— estuvo solo en la sala de anestesia durante la operación de la úlcera duodenal. Puede que alguien... —Pero al tiempo que Woods levantaba la cabeza, ella misma se corrigió—. No, es verdad, no hace falta que lo digas. Yo misma eché el pestillo de la puerta para que nadie entrara a molestarlo.

—Además, es un disparate eso de que alguien pudiera haberle inyectado no-sé-qué-cosa —concluyó Gervase, rotundo.

—Parece que, después de todo, podría tener sentido esa historia de McCoy sobre la figura enmascarada que se lleva a hurtadillas la llave del quirófano...

—Pues eso fue antes de medianoche. Y está claro que antes de medianoche solo el comandante Moon, nosotras tres, Gervase y Bates sabíamos que Higgins estaba ingresado.

—A lo mejor fue Bates la que mató a Higgins —sugirió Woods, irguiéndose de pronto en su asiento.

—Y entonces ¿quién ha matado a Bates?

Woody claudicó de inmediato.

—¡Sabe Dios! —admitió.

—Además, Bates ha muerto porque tenía pruebas sobre el asesinato; sabía lo que pasó o quién lo hizo o lo que fuera. En ese caso es evidente que ella no podía ser la asesina, ¿no?

—Será mejor que empecemos a preparar nuestras coartadas para esta noche —sugirió Gervase con sorna.

—Pues yo no tengo ninguna. —Woody estaba sentada en el alféizar de la ventana de aquella sofocante habitación y había adoptado una de sus posturas preferidas: las largas piernas estiradas hacia delante, los pies cruzados uno sobre el otro y los brazos entrelazados con suavidad delante del pecho. Luego se dirigió a Eden con una sonrisa —: Me has dicho que volverías para acompañarme a casa y he estado esperándote unos quince minutos en el pabellón, pero, como no aparecías, me he ido sola. Ahora es posible que me cuelguen por asesinato porque, desde luego, me he preocupado de que nadie me viera, ya que solo soy una simple voluntaria sin rango que no tenía derecho a estar allí «sin la compañía de un oficial».

—Quería encontrar a Bates —se justificó Eden—. Estaba demasiado alterada para marcharse sola y pensaba que se arrepentiría de haberse negado a que la acompañara. Pero ha debido de correr como un rayo porque no he podido alcanzarla. He ido directo al pabellón de enfermeras, por el camino que rodea el hospital, y la he esperado unos cinco minutos, pero no ha aparecido y he supuesto que ya habría entrado. Luego he vuelto por el otro lado, por si hubiera subido atravesando el hospital.

—Es lo que ha hecho —confirmó el comandante Moon—. Me la he encontrado corriendo como un animalillo asustado. Decía que algo la estaba siguiendo, pero creí que era cosa de su imaginación. Era evidente que había bebido demasiado.

—Pues parece que no eran imaginaciones tuyas, después de todo —se lamentó Freddi.

Sus miradas se cruzaron, inquietas, y enseguida las desviaron, pero solo para acabar recorriendo una vez más aquellos rostros tan familiares que ya formaban parte de sus vidas. Uno de ellos había seguido a Bates por el camino, había acechado a

aquella pobre mujer temblorosa y aterrorizada como un animal en la oscuridad; se había escondido tras los árboles como un depredador, por momentos parado, oculto, alerta e inmóvil, y luego a la zaga de nuevo en una espantosa persecución... ¡Imposible! ¡Qué idea más grotesca y monstruosa! El comandante Moon, diminuto, regordete y sonrosado, arrastrando sigiloso sus pequeños pies y con un destello de locura en sus claros ojos azules... O Woody, moviéndose como un gato sobre sus hermosas piernas. O Eden como un lobo gris, con el cuello estirado hacia delante, persiguiendo a su presa con incansable empeño. O Esther, acechándola con disimulo, cauta, calculadora..., letal. O Barney, el encantador Barney, empujado por Dios sabe qué fuerza irracional, erradicando en su corazón la piedad por aquella criatura temblorosa e indefensa que corría delante de él. O la joven Frederica, inmaculada, insensible, meticulosa e implacable... Barney se estremeció y le estrechó aún más la mano.

—Al menos tú estás a salvo, querida, ¡es imposible que hayas sido tú! Estabas en tu puesto, en la enfermería, y nadie puede cuestionar tus movimientos.

—Salvo que estos consisten en pasar horas sentada en el control, con todos dormidos a mi alrededor y sin la menor idea de lo que puedo estar haciendo.

—Y el quirófano muy a mano, al final del pasillo —añadió Woods con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

El semblante de Barney se ensombreció de nuevo.

—Todo esto empieza a parecer muy complicado —terció el comandante Moon—. Después de encontrarme con la enfermera Bates, yo he vuelto a mi habitación en el pabellón, pero no puedo demostrarlo. Barney, ¿dónde estabas tú, amigo?

Barnes pareció incomodarse.

—Supongo que lo considerarás una insolencia, Eden, sobre todo cuando acabas de decir que tú mismo has ido a buscarla, pero no me parecía bien dejar que Bates se fuera sola. Estaba muy alterada y me preocupaba que hiciera alguna tontería, que se asustase o se sintiera mal. Tenía que haber acompañado a Esther, pero me ha dicho que buscaría a Woody y que podían volver juntas, así que he ido a ver si podía alcanzarla. El caso es que he tardado un par de minutos en salir, mientras le explicaba a Esther la situación, y la he perdido de vista.

—¿Por dónde has ido? —le preguntó Eden.

—Por el mismo camino que tú, rodeando el hospital.

—No te he visto.

—Bueno, yo tampoco te he visto a ti. Supongo que habrás ido más deprisa que yo y, además, estaba muy oscuro.

—¿Y qué has hecho después, Barney? —quiso saber Woods.

Barnes explicó que había vuelto derecho al pabellón y se había ido a la cama y añadió, con cierto remordimiento, que la realidad a menudo era un poco decepcionante.

—¡Es gracioso! —exclamó Woody, que por supuesto no lo consideraba gracioso

en absoluto—. Esta noche hemos estado todos merodeando en la oscuridad excepto Freddi, que no habría tenido la necesidad de hacerlo. ¿Qué hay de ti, Esther? Supongo que me has buscado, has pensado que me habría ido con... otra persona y has vuelto a nuestra pequeña choza tú sola.

—Sí, así es —asintió su compañera sin mucha energía.

—Y me imagino que nadie la habrá visto, claro —insinuó Moon.

—No, Freddi estaba de guardia y Woods, al parecer, en el hospital, haciendo su gran descubrimiento.

—¡Así que no hay ninguno de nosotros que no pueda ser el asesino! —exclamó Woody con aparente alegría.

Esther se removió inquieta en la dura silla de oficina donde se había sentado y se apoyó en la pared encalada.

—No, querida, es espléndido.

—En fin, no es que quiera parecer siniestra —se defendió Woody un poco avergonzada—, pero tampoco sirve de nada quedarnos aquí sentados sin atrevernos a hablar de ello. Creo que al analizarlo hemos sacado ya algo bueno.

—Has llegado a la conclusión de que cualquiera de nosotros podría haber matado a Bates, incluidas Frederica y tú misma. ¡Eso es todo lo bueno que hemos sacado!

—Cualquiera no. Ahora que lo pienso, el comandante Moon no puede haberlo hecho —reflexionó Woody al tiempo que le dirigía una sonrisa.

—Se lo agradezco mucho —repuso el cirujano—, pero ¿por qué no?

—Porque no tenía ningún motivo.

—¿Y qué motivo teníamos los demás? —protestó Eden, irritado.

—Es evidente. Bates ha dicho que sabía quién había asesinado a Higgins, que tenía pruebas y que iba a contárselo al inspector, así que es obvio que la hemos matado para que no hablara... Es decir, el que lo haya hecho, habrá sido por esa razón.

—Tú no crees que lo hayamos hecho ninguno de nosotros, Woody —le dijo Esther—. Si no, no hablarías de esa manera.

Woods se echó a reír y movía la cabeza con un gesto medio provocador medio azorado.

—Bueno... sí y no. La lógica me dice que uno de los que estamos aquí ha tenido que hacerlo, el corazón me asegura que es absurdo pensar que cualquiera de nosotros haya sido capaz de algo así, ¡y la curiosidad me empuja a querer descubrir al culpable! Por ejemplo, todos hemos oído a Bates decir que tenía pruebas del asesinato...

—Menos Freddi —puntualizó Barnes.

—Ella misma ha ido a la enfermería a contármelo, cariño —lo corrigió Frederica con una risita.

—¡Así es! Quiero decir que podría haberlo hecho; no podemos estar seguros de que no sea así. Pero sí sabemos que el comandante Moon ya no estaba en la fiesta

cuando Bates ha montado su numerito. Se había ido a hacer la ronda.

—De hecho, estaba hablando conmigo en el cuarto de enfermeras —aclaró Freddi.

—Está bien, no importa dónde estuviera en concreto. La cuestión es que no ha podido escuchar a Bates proclamar que iba a desenmascarar al asesino.

—Pero lo cierto es que sí lo sabía —repuso Moon con calma—. Me lo ha contado luego, al encontrarnos fuera. Creía que no eran más que tonterías.

—Todos creíamos que eran tonterías —convino Gervase.

Luego sacó la pitillera de su chaqueta y, en silencio, les ofreció un cigarrillo a cada uno de ellos.

—Pues no era ninguna tontería, después de todo —insistió Woody—. El asesino lo sabía y la ha seguido por el camino, se ha adelantado y se ha escondido en el quirófano.

—Pero ¿cómo sabía que iría al quirófano?

—¡Porque ella misma nos ha dicho que era allí donde había escondido la prueba! Cuando ha ido a buscarla..., a la pobre la ha apuñalado y se ha llevado la prueba consigo.

—¿Y dónde está ahora? —se preguntó Frederica.

La «prueba» estaba en ese momento en el propio quirófano, justo debajo de las narices de Cockrill, pero ni él ni los demás sabían entonces lo que era.

Gervase no podía soportar más aquella cháchara de lógicas y argumentos.

—Estás siendo muy inteligente y constructiva, Woody —le recriminó molesto—, pero aún hay algo que no nos has explicado. ¿Qué hacías tú en el quirófano a medianoche? Supongo que no te habrías dejado olvidada allí la labor de calceta, o un libro u otra cosa similar, como ocurre en esas novelas que escriben las mujeres sobre fiestas aristocráticas en casas de campo de otro siglo.

—¡No seas sarcástico! —le afeó Freddi, pero ella también miró a su amiga algo perpleja.

Woody vaciló un segundo.

—Pues... he encontrado el cuerpo.

—Sí, todos sabemos que has sido tú la que ha descubierto el cadáver, estamos hartos de oírlo —se quejó Eden con una rabia algo irracional, pues en realidad solo había contado la historia una vez y después de que todos, incluido él, insistieran hasta la saciedad—. Pero no es eso para lo que has ido allí en un principio, ¿no? ¿O sí?

Los astutos ojos oscuros de Woods, enmarcados por la máscara de pestañas, tenían una expresión insólita.

—Pues no, Gervase, claro que no he ido para eso.

—¿Y para qué entonces? —insistió él.

También tendría que explicárselo al inspector, así que improvisó.

—Sentía curiosidad. No me imaginaba qué podía ser esa supuesta prueba y he creído que sería gracioso ver lo que iba a hacer allí.

—¡Woody! ¿Quieres decir que eras tú la que estaba siguiendo a la pobre Bates en la oscuridad?

Woods miró a su alrededor con ojos arrepentidos.

—Sí, era yo —admitió al fin.

—Entonces me habrá visto hablando con ella —intervino el comandante Moon.

—Sí, así es, señor.

—¿Dónde estaba cuando me he cruzado con la enfermera Bates?

Pero Woody ya había dejado a un lado la compunción.

—Bajo un lentisco —respondió entre risas.

—Aquí no hay lentiscos —observó Frederica.

Entonces su compañera estalló en una sonora carcajada.

—De veras, Freddi, eres fantástica. No tienes ni pizca de sentido del humor, ¿verdad?

—No —repuso esta sin alterarse—, no lo he tenido nunca.

Pero Barney pudo notar un ligero temblor en su prometida ante el cruel comentario de su amiga.

—Está citando las Escrituras, cariño: «Susana y los ancianos».

«Ah, las Escrituras», pensó Freddi restándole importancia. Después de todo nadie podía esperar que encontrara algo gracioso en las Escrituras.

Un desagradable silencio volvió a invadir la habitación. A Woods la mortificaba el haberse dejado traicionar por el cansancio y los nervios ante tan injustificado sarcasmo. Frederica abrió la boca para decir una vez más que ojalá el inspector llegara pronto para acabar con aquello porque tenía que volver con su paciente del suero, pero cambió de idea. Esther, sin embargo, expresó en voz alta la misma idea.

—Si por lo menos viniera el inspector a preguntarnos lo que fuera y nos pudiéramos ir...

## 2

Cuando Cockrill llegó, tiró su sombrero sobre la mesa que había en el centro de la estancia y empezó a quitarse la gabardina mientras buscaba papel y tabaco en los bolsillos y sin dejar de escrutar con sus chispeantes ojillos aquellas caras consumidas por el cansancio. Todos lo observaban con atención, nerviosos y casi implorantes, pero el policía respondió a sus miradas de súplica con una distante hostilidad. Ya no quedaba nada de «cachorrito» en él.

—¡Resulta que Higgins no murió por causas naturales, después de todo! —exclamó al fin con gesto muy serio—. Y ahora tenemos un segundo asesinato entre manos.

Allí llevaban media hora tratando de convencerse de la realidad de aquellas afirmaciones, pero no por ello era menos espantoso escucharlo de sus labios y dicho

de una forma tan directa. Con voz trémula y afligida, volvieron a contar, de uno en uno, todo lo que había ocurrido esa tarde: la desastrosa fiesta, la escenita del final, la marcha de Bates en medio de la oscuridad...

—Si ella sabía que se había cometido un crimen —reflexionó el inspector cuando terminaron, pensativo—, ¿por qué no me lo dijo antes?

Nadie parecía tener respuesta para eso.

—¿Alguien más sabe algo —continuó entonces—, lo que sea, sobre este caso que no me haya contado aún? Porque, si es así, les urjo a que lo hagan ahora mismo. Es evidente que a la enfermera Bates la han asesinado porque tenía esa información y dio tiempo a que pudieran callarla. Sean sensatos y digan todo lo que tengan que decir en este momento. Así al menos evitarán correr un peligro similar.

—¡Dios mío, Cockie! —exclamó Esther pálida y con la voz quebrada—. ¿Es que podemos estar en peligro? ¿Esto no va a acabar nunca?

El policía la miró un instante, pero no respondió. En lugar de eso se dirigió al comandante Moon.

—¿En qué dosis podría la morfina resultar letal?

—¿La morfina? —repitió perplejo el cirujano. Luego pareció consultarlo con la punta de sus zapatos—. Pues no sé, ¿qué dirías tú, Eden? ¿Doscientos cuarenta miligramos? ¿Trescientos?

—Se han dado muchos casos de recuperación con dosis así o incluso superiores —apuntó Barney—, pero sometiendo al paciente a un tratamiento.

—¿Ciento veinte miligramos podrían ser una cantidad mortal?

—No lo sé, inspector. No necesariamente, no creo.

—Sobre todo si el sujeto está sano —explicó Eden—. Por otra parte, ha habido muertes incluso por treinta...

—Y gente que se ha recuperado de dosis de mil doscientos —insistió Barney una vez más.

Cockrill sacudió la cabeza, impaciente; debería poder establecerse una dosis letal para un medicamento, una dosis inocua y una dosis efectiva, y no tanta imprecisión. Se sintió decepcionado por la propia ciencia médica, incapaz en aquel caso de ordenar y catalogar los datos de forma rigurosa.

—¿Alguno de ustedes lleva morfina encima ahora mismo? —espetó con cierta brusquedad.

—¡Demonios!

—¿Disculpe, señorita Linley?

Frederica buscó en los recovecos de la bolsa donde llevaba su máscara antigás y, unos segundos después, sacó una pequeña píldora blanca y la dejó en la mesa frente a él.

—Imaginaba que llegaría este momento, pero no he querido salir sin ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Cockrill.

—Pues morfina, claro —repuso Freddi, y acto seguido alargó una mano e hizo

ademán de cogerla de nuevo—. ¿No la quiere? ¡Estupendo!

—Sí, desde luego que la quiero, pero ¿por qué lleva morfina en la bolsa de su máscara antigás?

—La mayoría de nosotros tiene siempre una pequeña dosis a mano por si se ve sepultado bajo los escombros de algún edificio destruido en un bombardeo —le explicó Barney—. Si estás atrapado y herido, puede ser un alivio e incluso podría evitar que otra persona arriesgase su vida para intentar inyectarte algo. Yo mismo le di una dosis a la señorita Linley y me quedé con sesenta miligramos para mí.

Luego sacó una cajita y vació su contenido, dos pequeñas píldoras blancas, sobre la mesa.

—Aquí está la mía —dijo Eden a su vez, haciendo lo mismo, y cuando el comandante Moon también sacó sus dos píldoras, añadió con una sonrisa—: Vamos, Woody, ¡suéltala!

—¿Es necesario que te entregue la mía? —suplicó Esther, pálida como la pared.

Su madre había muerto después de pasar tres días enterrada bajo las ruinas de su casa. Cockrill la miraba con compasión, pero se mantuvo firme.

—Me temo que sí, Esther, pero se la devolveré a todos cuando este asunto haya terminado. —Y mirando a su alrededor con una ceja levantada, añadió—: Doy por hecho que la posesión de este material por su parte es algo... ¿extraoficial?

—En un grado razonable, sí —admitió Eden devolviéndole la sonrisa.

Cockrill reunió las once pequeñas píldoras y se las guardó, dentro de un sobre, en el bolsillo.

—Cada una de estas son quince miligramos, ¿verdad? ¿Cuál es la dosis habitual?

—Esa, quince miligramos —respondió Moon.

—¿A qué viene esto? —preguntó entonces Eden—. ¿Qué tiene que ver la morfina con Marion Bates? A ella la han apuñalado, ¿no?

—Sí, así es. —El policía tiró la colilla al suelo y la apagó pisándola con el talón de su zapato para, acto seguido, empezar a liarse otro cigarro. Concentrado en la labor de sus dedos, continuó hablando de forma un tanto mecánica—: Debió de quedarse paralizada, con ese gesto de... yo diría que de incredulidad, que aún permanecía en su rostro hace unos minutos, y el asesino la apuñaló en el pecho con un golpe descendente, directo al corazón.

—¿Ha dicho usted «incredulidad»? —exclamó Woody con un ligero temblor en la voz.

El inspector le dirigió una severa mirada.

—Usted misma la ha visto, ¿no se ha dado cuenta?

Woods se levantó y se lo quedó mirando como si estuviera dentro de un sueño.

—¡Incredulidad! Sí, eso es lo que era. ¡Esa era la expresión de su rostro! — Parecía que se hubiese quitado un gran peso de encima—. Estaba... ¡atónita! Como si al alzar la vista no pudiera creer lo que veía...

Ahora todos la observaban a ella, extrañados.

—¿Habrá muerto rápido, Barney? —le preguntó Frederica a su prometido con ese tono de confianza casi infantil en su capacidad de responder que a veces utilizaba cuando se dirigía a él.

—Si le han clavado un bisturí en el corazón, yo diría que habrá muerto en el acto. O casi de inmediato, en todo caso.

El anestesista miró a Moon y a Eden como pidiéndoles que lo confirmaran. Esther empezó a decir algo, pero se detuvo y en lugar de eso hizo otra pregunta.

—¿Y qué ha pasado después?

Cockrill había apurado ya otro cigarrillo y estaba sentado con la cabeza ladeada y observando cómo la colilla desprendía los últimos retazos de humo entre sus dedos parduzcos.

—Después —dijo con voz pausada— sucede lo siguiente. El asesino va vestido con una bata de quirófano limpia, que ha cogido del armario, y lleva una mascarilla tipo velo, de esas que cubren la cabeza entera y tienen solo una pequeña ventanita abierta a la altura de los ojos. Además, lleva consigo, o bien va a buscar a la cesta de la lavandería, una bata sucia y una mascarilla rectangular pequeña. Manipula el cadáver y lo viste con esas segundas bata y mascarilla, le pone guantes de látex en las manos y lo calza con botas de goma. Luego tiende el cuerpo sobre la mesa de operaciones y... —En este punto hizo una pausa deliberada y después añadió—: La apuñala de nuevo, ya muerta.

—¡Dios mío, Barney! —se sobresaltó Frederica, y Barnes le cogió las manos y las sostuvo con afecto entre las suyas.

—¿La ha apuñalado una segunda vez... cuando ya estaba muerta? —repitió Woods.

—En efecto —confirmó Cockrill—. La segunda herida es más pequeña y superficial que la primera, y no ha sangrado en absoluto.

—¿Cómo puede saber cuál ha sido primero? —preguntó Freddi.

—Resulta que soy policía —repuso Cockie levantando una ceja—. La herida más pequeña se ha hecho después de que le pusieran la bata, mientras que la primera no. Hay un gran desgarramiento de bordes irregulares en la tela y han querido que parezca que las dos puñaladas se han propinado cuando la enfermera Bates ya tenía esa bata puesta, pero no creo que haya sido así. Creo que la han vestido después de matarla y que luego han simulado el segundo ataque.

—Pero ¿por qué? —exclamó Woody con un intenso escalofrío—. ¡¿Por qué?!

A Cockrill también le hubiera gustado saberlo, y como no lo sabía, como estaba tan tenso, como se sentía tan impotente ante la palmaria ausencia de pruebas tangibles a las que agarrarse, cada vez se ponía más nervioso e irritable y clavaba los ojos en aquellas miserables y pálidas caras con un odio irracional. Al día siguiente habría mucho trabajo que hacer, huellas que cotejar, fotografías que escrutar, innumerables testimonios que anotar, ordenar, asimilar y comparar: toda la habitual y gratificante parafernalia de la rutina policial. Pero esa noche..., esa noche ya no podía

hacer más. Tenía que dejar que aquella gente se fuera a dormir cuando, por lo que sabía, uno de ellos era un asesino.

—Quienquiera que haya matado a Bates —les advirtió— se ha llevado ciento veinte miligramos de morfina de un armario. ¡Será mejor que tengan cuidado! —Y encontró un placer casi sádico en contemplar cómo sus rostros palidecían y se tensaban aún más al escuchar sus palabras.

—¿El armario del quirófano? —preguntó Woods.

—Sí, el armario de medicamentos tóxicos que hay en el quirófano. Bates había escondido su «prueba» ahí dentro. El cadáver aún tenía las llaves en la mano, pero el armario estaba abierto y la morfina había desaparecido. —Entonces el inspector se giró hacia Woods—. En el libro de registro pone que debería haber ciento veinte miligramos de morfina en el armario, ¿es eso correcto?

—Supongo que sí, si es lo que está anotado —repuso ella—. Sé que andábamos algo escasos de existencias, mañana habríamos tenido que pedir más.

—Quizá eso fuera la «prueba» —sugirió Eden—. Las ampollas de morfina, quiero decir.

Cockrill ya había terminado allí. Se acercó a la mesa para coger su gabardina y se embutió el viejo sombrero en la cabeza, preparado para volver a zambullirse en la oscuridad de la noche.

—No, no, la morfina no era la «prueba» —aseguró, aunque ya solo les estaba prestando atención a medias—. La morfina se guarda en una de las estanterías intermedias. La prueba, fuera lo que fuera, estaba escondida en la estantería más baja de todas, debajo de un montón de gasas y vendas y cosas así. Bates se ha tenido que agachar para cogerla, de modo que habrá quedado de espaldas a la habitación, sin percatarse de que la observaban. Pero lo hacían. Alguien estaba en pie en la puerta, con la bata y la mascarilla y con una mano enguantada sobre el dintel de la puerta, acechándola en silencio. Y cuando se ha dado la vuelta...

De pronto, Esther empezó a gritar. Daba unos alaridos espantosos intercalados por carcajadas no menos espeluznantes. Todos se quedaron paralizados, sin poder dejar de mirarla. Eden sentía escalofríos y cerraba los ojos como si apenas pudiera soportar ver aquel vacío en su mirada y la trágica mueca de sus labios. Moon se tambaleaba aturdido por el agotamiento. Barney rodeó con su brazo a Frederica y ella escondió la cabeza en su hombro y se quedó allí, temblando de la cabeza a los pies. Y Woody... Woody se acercó a Esther y, como si toda aquella noche de pesadilla, de horror, conjeturas y desconcierto se concentrara en esa única acción, la abofeteó con todas sus fuerzas.

El silencio que siguió después fue lo más espantoso de todo.

Esther se levantó con dolor de cabeza después de dormir solo un par de horas.

—Entre la ginebra, la conmoción y el ataque de histeria —le confió a Woods mientras estaban en el saloncito de su pequeña cabaña, ambas con la frente apoyada en la pared para colocarse la cofia—, estoy hecha un trapo. Siento mucho haber sufrido un arrebato así, gracias por haber tomado una medida tan drástica... Desde luego funcionó.

—Puse en práctica todos mis conocimientos —bromeó Woody—. Yo también tenía los nervios algo crispados a esas alturas entre la ginebra y la conmoción, como tú dices. Lo cierto es que el ambiente de la fiesta ya estaba un poco enrarecido, para empezar, con el humo y la cerveza y todo lo demás.

—Mucho sabes tú de la fiesta —replicó su amiga con ironía—, para no haber estado allí más de media hora en total.

—Estaba siguiendo con el plan —admitió Woods algo avergonzada.

—Empieza a dar la sensación de que es el plan el que te sigue a ti. Ve con cuidado, Woody, no te metas en un lío. Me temo que Frederica pueda tomárselo a mal. De verdad, no creo que sea muy sensato.

Woods también empezaba a dudar que aquello fuera una buena idea, pero no solo por Frederica. Se encogió de hombros y se puso a prepararse el desayuno, al tiempo que cambiaba de tema para hablar del asesinato de la enfermera Bates.

—¡Es increíble! Cuando me he levantado, tenía la horrible sensación de que había ocurrido algo espantoso, pero no podía recordar qué era... Entonces me ha venido todo a la cabeza de golpe, como un mazazo. ¿Quién iba a imaginar que al viejo Higgins lo habían asesinado de verdad...? ¡Asesinado! Y aquí, en el hospital... Y ahora la pobre Bates. ¡Es inconcebible!

—¿Cómo demonios puede saber el inspector todo lo que sucedió anoche en el quirófano? —se preguntó Esther apartando el plato de comida que ni siquiera había tocado—. Es como si hubiera estado allí.

—¡Señor! «Elemental, querido Watson...». La policía lo deduce todo a partir de dónde está la sangre, la dirección de la herida y cosas así.

—Ya, pero ¿cómo sabe dónde había escondido Bates esa «prueba»? Yo sigo pensando que tiene que ser la morfina.

—El inspector dijo que estaba en la estantería del fondo. Si tienes que coger algo de una estantería que está muy baja, te pones en cuclillas y te sujetas agarrándote con una mano a una de las estanterías que quedan por encima. Las estanterías son de cristal, así que supongo que vería las huellas de la enfermera Bates en el borde de una de ellas.

—¡Eres muy inteligente, Woody! —exclamó Esther, impresionada.

—Querida, ¡soy brillante! Sherlock Holmes en persona... ¡Demonios, se está acabando el gas!

Esther puso cara de apuro.

—¡Vaya! Me tocaba a mí poner el chelín y se me ha olvidado...

—Bueno, no pasa nada, querida, me las apañaré. Pero tendremos que dejarle a Freddi una botella de agua caliente un poco pobre.

Llenó la botella con el agua que quedaba en la tetera y la subió al piso de arriba. Para el espíritu ordenado de Esther suponía un sufrimiento irse y dejar las tazas y los platos sin fregar, pero se había acomodado a las desmañadas costumbres de Woody y ahora solo recogía las cosas del desayuno y las amontonaba en una bandeja hasta que volvían del hospital. Woody metió los cubiertos en una jarra de agua.

—¡Venga, ya llegamos muy tarde! ¡Son las siete y media!

—De acuerdo, un segundo. —Esther corrió escaleras arriba, pero volvió a aparecer enseguida—. Iba a cerrar la ventana para que la habitación de Freddi no estuviera tan fría, pero veo que ya lo has hecho tú.

—¡Pues claro! ¡Vamos, vamos...!

Eden y Barnes estaban junto a las ventanas de sus respectivos dormitorios en el pabellón de oficiales, Barney afeitándose y Eden, al parecer, ya listo para salir.

—Sí que han madrugado —comentó Woody mientras saludaba con la mano al tiempo que entraban a toda prisa por la verja exterior del parque.

—Supongo que tampoco habrán podido dormir demasiado —repuso Esther—. Dios sabe cómo vamos a poder aguantar todo el día trabajando.

—Por suerte, yo libro esta tarde —se alegró Woods.

Luego se encontraron con el comandante Moon, que había salido a correr ataviado con una camiseta y pantalones cortos.

—¡Parece usted una pequeña apisonadora! —bromeó Woody.

—Tengo que reducir la presión de la caldera... —replicó el cirujano dándose una palmadita en la cabeza.

—¿No tendrá usted por casualidad un par de chelines, comandante? Nos hemos quedado sin gas y Frederica no va a poder desayunar.

—¡Cómo va a llevar nada si va en pantalones cortos y camiseta! —objetó Esther entre risas—. No se preocupe, comandante Moon, Frederica puede desayunar en el pabellón por una vez. ¡Dios santo, llegamos tardísimo! Venga, Woody...

Freddi parecía cansada y nerviosa y estaba bastante molesta.

—Llegas muy tarde, Esther, y estoy destrozada...

—Lo siento mucho, cielo... Y otra mala noticia es que se me ha olvidado que me tocaba poner el chelín para el gas y se ha acabado esta mañana, así que tendrás que desayunar en el comedor del pabellón. Pero te hemos dejado una botella de agua caliente en la habitación.

—Está bien, no te preocupes, ya me apañaré. Voy a ver si duermo un par de horas o tres antes de bajar al pueblo.

—Es verdad, no me acordaba de que hoy salías. Por eso Barney estaba tan radiante y se ha levantado tan temprano.

—Tiene que bajar a Heronsford a recoger el coche, le están haciendo no sé qué cosa en el taller, aunque ni siquiera cree que hayan terminado. Pasará a recogerme a

las once y media.

—¿Quieres que vaya a despertarte a las once?

—No hace falta, tengo el despertador.

—A mí no hay alarma que pueda levantarme después de solo dos o tres horas de sueño si he estado toda la noche de guardia. Por no mencionar el asunto de la investigación por asesinato en plena madrugada. A propósito, ¿el inspector dejará que os vayáis?

—No vamos a preguntárselo —replicó Freddi, cortante.

—¡Chica, va a ponerse furioso!

—No podría importarme menos. Oye, no le recuerdes a Woody que me voy. Siempre cree que me desmayaré si no descanso lo suficiente y es capaz de convencer a Barney para que no me lleve con él. En realidad soy más dura que una piedra —añadió mientras se retorció al ponerse el abrigo—, pero a Woody le gusta pensar que tanto tú como yo somos frágiles florecillas. Creo que así contenta su instinto maternal.

Frederica salió a buen paso de la enfermería y cruzó el jardín en dirección al pabellón.

Gervase Eden no era un hombre al que le gustase madrugar, pero se había levantado temprano y estaba rondando de un lado a otro en la verja del parque cuando Freddi salía, después de desayunar, para dirigirse a las cabañas de las voluntarias. La joven Linley frenó en seco al verlo, pero, después de un momento de titubeo, siguió su camino sin desviarse. Eden se acercó a ella corriendo y extendió las manos en un gesto de confianza, pero enseguida las bajó de nuevo.

—Freddi, me gustaría hablar contigo un minuto.

—Pues yo no quiero hablar contigo —repuso ella, impasible.

El cirujano la miró sorprendido y no pudo evitar cierta ironía en su respuesta.

—Eso no ha sido siempre así.

—Muy propio de ti recordármelo, Gervase.

Era evidente que estaba perplejo y dolido, pero Eden perseveró en el intento.

—Está bien, si es lo que piensas, Freddi, me será más fácil decir lo que había venido a decir... O quizá ni siquiera haga falta.

—Bueno, entonces no lo digas. No quiero oírlo —se obstinó ella, aunque no obstante le habría gustado, por simple curiosidad, saber lo que era.

Gervase frunció el ceño en un gesto mitad burlón, mitad dolido, y se apartó para dejarla pasar.

—Como quieras, querida.

Pero Frederica se quedó quieta, sin decidirse a cruzar la puerta.

—¿Y bien? —añadió él, sorprendido—. ¿No te ibas?

—Sí, cuando tú vuelvas a tu pabellón —replicó la joven sin moverse del sitio.

—Chiquilla, no creerás que voy a intentar seducirte con alguna escena aquí, en medio de la calle y a las ocho de la mañana, ¿verdad? ¿Qué diantres te ocurre? —De

pronto se le iluminó la cara y se echó a reír—. ¡Mi querida Freddi! ¿Será posible que estés asustada por si me abalanzo sobre ti con una jeringuilla llena de morfina robada anoche en el quirófano...?

—¡Desde luego que no! —exclamó ella sacudiendo la cabeza, pero aun así se apartó, se mantuvo lo más lejos posible de él, salió y se dirigió a su alojamiento.

Eden se quedó mirándola mientras se alejaba y el eco de su risa aún resonaba en la cabeza de Frederica cuando esta entró en casa y cerró dando un portazo.

—¡Maldita sea! —se dijo, y luego se quitó la blanca cofia almidonada y la tiró sobre la cama de Woody, seguida por el abrigo, y fue desabrochándose el delantal según subía medio baldada por las escaleras.

La ventana no se abría. Trató de forzarla un poco, ya en camisón y sobre la cama, pero al final desistió. «Después de todo», pensaba, «solo voy a dormir dos o tres horas y no creo que en ese tiempo el aire se vicie demasiado». Se deslizó bajo las mantas y, en cuanto su dorada cabellera tocó la almohada, se quedó profundamente dormida.

Woods volvió una hora más tarde. Sin perder tiempo, fue a la repisa de la chimenea de la cocina y cogió un chelín que guardaba allí, bajo el reloj, lo echó al contador y se preparó una taza de té. Se sentó a la mesa mientras se la bebía, con la mirada fija en el vacío frente a ella y una expresión de dolor y cansancio en el rostro, como de desesperada resolución, y quince minutos después recogió y, con cuidado de no hacer ruido, se fue y se alejó de la casa en dirección al hospital, sin mirar atrás. El rancio e intenso olor del gas de hulla se extendía escaleras abajo hasta quedar bloqueado por la puerta principal. Frederica trató de incorporarse en la cama, balbuceando, y luego volvió a caer sobre la almohada y se quedó inmóvil.

#### 4

Cuando Esther llegó a la enfermería, los pacientes ya estaban aseados y arreglados y volvían a dormir tendidos en sus camas, en un intento de hacer pasar más rápido sus interminables días en el hospital. En ese momento la voluntaria Sanson se afanaba de acá para allá tomándoles la temperatura, controlando frecuencias cardiacas, repartiendo medicinas o examinando vendajes. Aquellos pacientes que podían levantarse estaban haciendo camas o tostando pan en el hornillo de la pequeña cocina que había junto a la entrada. Huevo y Castaña tampoco paraban en el otro extremo de la sala.

La fractura de tibia y peroné se quejaba de que le dolía muchísimo «la grupa» y decía que le vendría muy bien un masaje. Al paciente de más edad en todas las enfermerías lo llamaban siempre «abuelo», cualquiera que tuviera una estatura considerable era conocido invariablemente como «gigante», si alguno era bajito se convertía en «pigmeo» y los calvos tenían que soportar el apelativo de «ricitos». A

los demás se les llamaba por su apellido o, en el caso de los oficiales, por su rango, pero a veces no hay explicación para el caprichoso comportamiento del soldado británico y al de la fractura de tibia y peroné todos lo conocían, sin motivo aparente, como William. Había tenido que vivir con el estigma de una voz atiplada, pero en la enfermería era bastante popular; había cierta competencia entre las voluntarias para atenderlo ya que, aunque el Ejército había congregado entre sus filas a todos los estratos de la sociedad, la gran mayoría de los soldados provenían de las llamadas clases medias y bajas y él era un hombre joven y elegante, muy simpático y en cierta medida acomodado, por lo que resultaba en extremo interesante, entre otras, también para Huevo y Castaña. Esther disimulaba muy bien, incluso de cara a ella misma, que participaba en cierto modo de esa rivalidad, pero no pudo evitar una leve sensación de gozo al ver a sus compañeras tan ocupadas en otra parte. Se acercó al paciente con una botella de alcohol etílico desnaturalizado en la mano, lo levantó de un brazo para retirar el cojín hinchable y empezó a darle friegas por los muslos y la espalda.

—Es muy agradable —afirmó William sin faltar a la verdad, como siempre.

Esther le informó con toda naturalidad de que no había ni rastro de escaras en su piel y volvió a colocarlo en la cama y a taparlo con las mantas.

—Muchas gracias —respondió él, y antes de que se alejara le cogió una mano—. ¡Tiene los dedos destrozados!

En realidad siempre había tenido unas manos bonitas, pequeñas y esbeltas, los dedos finos y las uñas cuidadas con esmero, pero el trabajo duro y la cal del agua se las habían irritado y cubierto de manchas y, a pesar de su celo, ahora se le rompían las uñas a menudo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó al tiempo que se zafaba de la mano de William y escondía las suyas detrás de la espalda.

—Pues yo creo que debería estar orgullosa; están así por una buena causa.

—Bueno, supongo que sí, pero... ¡Mire! —Entonces volvió a extenderlas hacia delante y frunció el ceño al señalar los callos y heridas de las palmas—. Una espantosa cicatriz donde me quemé el dedo la semana pasada, un moratón en la muñeca y una mancha negra en la uña del pulgar... Antes las llevaba siempre tan bien y ahora están hechas un desastre, ¡mis pobres manos!

—¿Podría apartarlas de mí cuanto antes? —le espetó William de pronto.

Esther se quedó mirándolo asombrada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque me entran unas ganas locas de besarlas —se justificó el soldado— y me temo que no le parecería bien...

Desde luego que no le hubiera parecido bien, de modo que cogió la botella de alcohol y se alejó de allí a toda prisa, aunque una pequeña y cálida llama se encendió en el fondo de su desolado corazón. Y, sin embargo, ese día dejó que Huevo y Castaña atendiesen el resto de sus necesidades.

A las once menos cuarto se excusó frente a la enfermera de guardia y, con el

abrigo sobre los hombros, echó a correr hacia la casa, donde Freddi debía de seguir durmiendo en el piso de arriba. Al llegar a la puerta se detuvo y olfateó el aire, en el saloncito volvió a pararse y olfateó de nuevo y un momento después subía corriendo las estrechas escaleras. Frederica estaba tendida en la cama supletoria, con el cabello rizado esparcido por la almohada como si fuera una red de hilos de oro, y tenía la cara de color escarlata, los brazos extendidos por encima de la cabeza y los dedos agarrotados. Había un intenso, sofocante y empalagoso olor a gas.

## 5

Pánico. El hospital era un hervidero de rumores. Linley había sido asesinada. Frederica Linley había muerto. Alguien se había dejado el gas abierto en la casa y habían encontrado a Freddi al borde de la muerte. Esther Sanson le había salvado la vida a Frederica. Freddi Linley le había salvado la vida a Esther Sanson. Esther estaba muerta. Freddi estaba muerta. La enfermera Bates estaba muerta. Iban a asesinarlos a todos mientras dormían.

Cockrill hizo llamar a la señorita Woods.

—Quiero que venga conmigo a la casa. La señorita Linley está demasiado débil y Esther Sanson se está recuperando de la conmoción. ¿Puede ausentarse del quirófano durante media hora?

—Creo que podrán sobrevivir sin mí —respondió Woody que, de hecho, no estaba de servicio.

Caminaron juntos sobre la hirsuta hierba, bajo los altos árboles desnudos y a lo largo del camino hasta la verja exterior del parque: una mujer corpulenta y de busto prominente y un hombre bajito y moreno vestido con una holgada gabardina y un sombrero demasiado grande.

—Debo de haber cogido el de mi sargento por error —protestó Cockie mientras se lo subía por quinta vez para que no le tapara los ojos—. Siempre me pasa lo mismo.

En ese momento no parecía importarle nada salvo la molestia que le suponía esa confusión. Woods esbozó una leve sonrisa al pensar en lo que diría su sargento al respecto, pero aquellas distracciones no podían durar mucho y trató de hablar manteniendo la voz firme, aunque fue en vano.

—Todo esto es espantoso, inspector, la verdad.

—¿Está preocupada? —le preguntó Cockrill.

Woody sopesó su respuesta.

—Pues sí, supongo que sí.

—Las mujeres son unas absolutas cobardes —dijo el policía con desprecio.

Woods miró a su alrededor, a aquel paisaje lacerado por las bombas y a los edificios agujereados por las explosiones donde ella y otro centenar de mujeres

estaban sirviendo de forma voluntaria a su país; a los campos socavados de cráteres, a los árboles muertos tronchados por los obuses; a las ruinas del Instituto de la Armada, el Ejército y las Fuerzas Aéreas donde una chica llamada Groves, a la que ella apenas había conocido, había muerto al derrumbarse el edificio; a los rodales de hierba seca que tenían alrededor, ennegrecida y chamuscada por incontables bombas incendiarias; a los fragmentos irregulares de las carcasas estalladas que se esparcían a sus pies. Por un momento sintió de nuevo el temblor de la tierra, el retumbar de los cañones en los oídos y el zumbido de los bombarderos resquebrajado por el alarido de una bomba rasgando el cielo... Seis meses así. Seis meses así, día y noche, casi sin tregua, y en todo ese tiempo no había sabido lo que era el miedo. No había visto en los rostros que la rodeaban, en aquellas caras de mujeres de mediana edad o de jóvenes muchachas, ni una sombra de pánico, de desánimo o de desfallecimiento. Había temor, desde luego; algunas personas sentían náuseas cuando sonaban las sirenas, había a quien le daba un vuelco el estómago cuando oían caer una bomba y la mayoría conservaría el resto de su vida el bochornoso impulso de tumbarse bocabajo en el suelo al oír ruidos más fuertes de lo normal, pero nada más. Todos estaban demasiado ocupados y exhaustos para tener miedo. Esta vez Woody sí sonrió sin ningún disimulo y arqueó una de sus pobladas cejas oscuras.

—Sí, unas tremendas cobardes, sin duda.

Cockie había seguido el recorrido de su mirada, pero no pareció impresionado.

—Pueden acostumbrarse al día a día de los bombardeos, pero hay un par de muertes inexplicadas y pierden los papeles.

—«Inexplicadas» es la palabra clave —repuso Woody sin alterarse—. Con los bombardeos yo, al menos, lo paso mucho peor las noches que no llegan. Una vez que empiezan, ya está, pero no me gusta la inquietante sensación de la espera. Y tampoco me gusta la sensación de estar esperando a que me maten o a que maten a mis amigos.

—¿Qué le hace pensar que eso podría pasar?

—Dos asesinatos consumados y una tentativa, y alguien merodeando por ahí con ciento veinte miligramos de morfina en el bolsillo —resumió Woody. Y cuando cruzaron la verja y giraron a la derecha, en dirección a la fila de casas donde se alojaban las voluntarias, añadió—: Ahí está nuestro tugurio... El de este extremo, el más próximo a la verja. Tendrá que disculparnos por su miserable aspecto, pero es lo mejor que esta agradecida nación puede ofrecer a sus Florrie Nightingales en mil novecientos cuarenta.

—A mí no me parece tan mal —replicó Cockrill sin una pizca de cortesía—. ¿De qué se queja?

—No me quejo. De hecho, no puedo ponerle ni una pega, pero creí que podría sorprenderle un poco y trataba de ser una buena anfitriona.

—Supongo que depende de a qué esté uno acostumbrado —comentó Cockie ya de pie en la angosta entrada, evitando a propósito dirigir la vista hacia una cuerda de

la que colgaban varias prendas de ropa interior en la cocina.

—Pues yo estaba acostumbrada a un piso un poco más moderno en la ciudad.

—¿De veras? Así que es usted una chica de ciudad, ¿eh?

—Casi siempre lo he sido —repuso Woody mientras cogía un cepillo de pelo y un enorme sostén y los escondía bajo un cojín.

—Entiendo. Se lo preguntaba porque creo que hace tiempo vivía por aquí una familia que llevaba su mismo apellido.

—Mis padres vivieron en una casa cerca de aquí cuando éramos..., cuando yo era pequeña, hace muchos años.

—¿Cuántos? —quiso saber Cockie, que se encendió un cigarrillo antes de ponerse a trabajar.

—Bueno, en realidad me refería a que hace ya muchos años que yo no soy una niña, claro; pero ellos vivieron aquí hasta..., no sé, hasta hace unos cuatro o cinco años.

—Entiendo —dijo el inspector una vez más—. No hace mucho, en realidad. ¿Dónde están sus padres ahora?

—Muertos. —Woody pasó por debajo de la ropa tendida y levantó una de las prendas para que el policía la siguiera—. Disculpe por las combinaciones de Jaeger y lo demás, pero el raso y el crepé de China no se adaptan demasiado bien a la vida de un miembro del Destacamento de Ayuda Voluntaria. Y siento que el aire esté un poco viciado, pero no es culpa nuestra... Debe de ser por el gas.

—Echemos un vistazo al contador —se limitó a indicar Cockrill.

Woody abrió la puerta de un armario.

—Aquí está... ¡Santo cielo! Parece que alguien le ha quitado el polvo, hacía meses que no lo veía tan limpio.

—Mi sargento ha estado buscando huellas —le explicó el inspector—. Siempre limpia después de hacerlo.

—Pues deberíamos llamarlo para la limpieza de primavera —bromeó ella.

El policía examinó el contador con atención.

—Según parece aquí dentro hay seis chelines, ¿sabe si es lo que debería haber?

Woods pensó un momento e hizo los cálculos murmurando entre dientes.

—Yo, luego Freddi, luego Esther, dos por tres son seis, pero la semana pasada Freddi puso dos... Sí, es correcto —concluyó ya en voz alta—. Ponemos el dinero por turnos y ahora le tocaba a Esther. Esta mañana no me he dado cuenta, pero luego he recordado que guardaba una moneda debajo del reloj, para emergencias, así que Esther me debe un chelín.

—En resumidas cuentas, ¿nadie excepto ustedes tres ha puesto dinero en el contador desde la última vez que lo vaciaron?

—No hemos tenido tanta suerte.

—Está bien, subamos a la habitación si no le importa. Me gustaría echar un vistazo.

La ventana al fin se había podido abrir y la mayor parte del gas se había disipado.

—La válvula de la estufa de gas estaba abierta —apuntó Cockrill al tiempo que la señalaba con la punta de su zapato—. Al no encenderse el fuego, el gas, por supuesto, ha seguido propagándose por la habitación. Me pregunto cómo se habrá abierto la válvula.

—Por accidente desde luego que no —afirmó rotunda Woody—. Esa válvula siempre ha estado muy dura y, además, es bastante inaccesible, ¿no? Es decir, no creo que nadie haya podido darle con el pie sin querer ni nada parecido.

—Exacto —ratificó el inspector, que no hacía más que esparcir la ceniza del cigarrillo por todo el suelo de la habitación.

—Yo he subido justo antes de irnos al hospital esta mañana —continuó Woody— y entonces no podía estar abierta, desde luego, porque el gas acababa de cortarse abajo y, en caso contrario, habría notado el olor y no he notado nada. Esther ha subido un par de minutos después a cerrar la ventana (ya la había cerrado yo, pero ella no lo sabía) y dice que tampoco ha oído nada.

—Parece que las dos son muy atentas con su amiga.

Ella se dio un golpecito en el pecho.

—Debajo de estas duras corazas, todas tenemos un corazón de oro.

—Claro —asintió Cockie con cortesía. Luego se sacó un pequeño objeto de madera del bolsillo—. Me pregunto qué corazón de oro en concreto calzaría la ventana con esto para que no pudiera abrirse.

Woods se quedó mirando aquel trozo de madera como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Quiere decir que la ventana estaba atascada con eso? ¡No puede ser! Es una de nuestras pinzas de la ropa, las tenemos en la cocina.

—Me he percatado de que había alguna prenda que colgaba un poco torcida.

Woody cogió la pinza y se quedó en pie, apoyada en el tocador, dándole vueltas entre los dedos y mirándola como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—No lo entiendo. ¿Esto estaba bloqueando la ventana? Pero ¿por qué?

—Porque llevaría mucho tiempo gasear a una persona en una habitación con la ventana abierta —le explicó el policía, que se había sentado en una esquina de la cama.

Woods soltó la pinza como si de pronto la hubiera penetrado un espíritu maligno.

—¡Es espantoso! ¡Es... inconcebible! ¿Me está diciendo que alguien atascó a propósito la ventana para que la pobre Freddi muriera asfixiada por el gas? Es demasiado... Yo no...

El inspector la miró con curiosidad.

—¿Tanto la sorprende? Sin embargo, usted ya sabía que se trataba de un intento de asesinato, me lo ha dicho hace solo unos minutos.

—Bueno, supongo que en el fondo sí lo sabía, pero no es fácil hacerse consciente de ello, afrontarlo... —Entonces se desmoronó y continuó entre lamentos—: Pero

¿quién ha podido hacer algo así? ¿Quién ha puesto el chelín en el contador, para empezar?

—Pues eso... lo ha hecho usted, ¿no? —inquirió Cockrill sin dejar de observarla.

—¿Yo? ¿Yo he...?

—Así es.

—Pero inspector...

—Señorita Woods —prosiguió paciente el policía—, dejemos claros los hechos. A las siete y veinte de esta mañana se ha cortado el suministro de gas en su contador y sabemos que en ese momento la válvula de esta estufa no estaba abierta porque no olía. Bien. Después usted ha subido a la habitación a dejar una botella de agua caliente en la cama de la señorita Linley y ha cerrado la ventana. A continuación, la señorita Sanson ha subido con la intención también de hacer esto último, pero ha visto que ya no hacía falta. A las siete y media las dos se han marchado juntas.

»Alrededor de las ocho menos diez, la señorita Linley ha vuelto y se ha ido a dormir. Ha intentado abrir la ventana, pero no ha podido. Eso quiere decir que en la media hora transcurrida entre el momento en que se ha cortado el suministro y el regreso de la señorita Frederica, alguien la ha bloqueado y solo podemos asumir que esa misma persona es la que ha abierto la válvula del gas de la estufa.

—Pero entonces Freddi habría notado el olor al entrar —objetó Woods.

—No —la corrigió el inspector—. En ese momento no había gas que pudiera oler porque el contador aún no se había vuelto a poner en marcha.

—¡Santo cielo!

—Sí, es bastante sorprendente, ¿verdad? —añadió Cockrill con calma—. Aunque es un truco muy viejo, claro. A las nueve menos cuarto, cuando la señorita Linley ya estaba profundamente dormida después de una dura noche de trabajo, usted misma ha regresado para hacerse una taza de té y para eso necesitaba...

—Poner un chelín en el contador —terminó la frase ella, sumisa.

## 6

Cockrill apuró su cigarrillo y lo apagó en el pequeño cenicero de Freddi.

—¿Suele volver aquí a esa hora solo para prepararse una taza de té?

—Sí —contestó Woody enseguida—. Como ya sabe, soy la voluntaria auxiliar de quirófano y empiezo la jornada a las siete y media, como las demás, para limpiar y comprobar el instrumental y otras tareas. Pero no empezamos a operar hasta las nueve y media, por norma general, así que un rato antes vuelvo aquí, me hago una taza de té y me fumo un cigarrillo mientras pongo los pies en alto unos veinte minutos o así, antes de volver a la batalla. No está prohibido y lo hago sin esconderme de nadie, todo el mundo lo sabe.

—¿Todo el mundo?

—Bueno, me refería a la enfermera de quirófano, a la enfermera jefe y eso, pero ahora que lo pienso los demás también, es decir, el resto del personal de la sala de operaciones: el comandante Moon, Barney y Gervase..., o sea, el comandante Eden. Muchas veces nos encontramos de camino cuando yo ya vuelvo al hospital y ellos comienzan su turno después de desayunar. Y por supuesto también lo saben Freddi y Esther... y no sé si alguien más.

—Bien, al fin y al cabo, ellos son los que nos interesan, ¿verdad?

Woods se apoyó en el tocador y adoptó de nuevo su postura preferida, con las hermosas piernas estiradas hacia delante y los brazos cruzados sobre el pecho. Su rostro, siempre amable e inteligente, estaba ahora consumido por la desazón.

—Supongo que sí. Frederica, Esther, el comandante Moon, Barney y Gervase... y yo. Nadie más podía saber aquella noche que Higgins estaba en el hospital. Nadie más sabía que la enfermera Bates tenía la «prueba» del asesinato. Y ahora esto: solo esas cinco personas sabían que vendría a prepararme una taza de té. No puede ser cierto... y aun así tiene que serlo. Uno de nosotros... ¡Uno de nosotros! —Luego se quedó en silencio un momento, sumida en sus pensamientos, y al fin lo miró con ojos demacrados y, casi gritando, insistió—: Pero ¿por qué, inspector? ¿Por qué iba cualquiera de nosotros a hacer algo así? No creo que ninguno tenga un motivo. ¿Quién querría matar a Higgins, para empezar? Ninguno de nosotros lo había visto antes, solo era un cartero en una zona rural y, por lo que sabemos, nunca había salido de Kent. La enfermera Bates venía de un hospital de Londres y Frederica siempre ha vivido en el extranjero. ¿Qué relación tienen? ¿Cuál es el denominador común entre ellos? ¿Por qué querría alguien matar a estas tres personas en particular? —Y de pronto, como si acabara de encontrar una respuesta, añadió—: ¿No podría tratarse de un loco, inspector Cockrill? ¿No cree que pueda ser obra de un maníaco o algo parecido?

—No, no lo creo. Los locos no planifican un asesinato, o al menos no para que la víctima muera cuando ellos no van a estar ahí para verlo. Un demente disfruta matando, no solo le importa el resultado. Un desequilibrado mental no encerraría a nadie en una habitación llena de gas y se marcharía. Querría quedarse a presenciar el espectáculo.

—Pues entonces lo único que puedo decir es que todo esto me parece una abominación —repuso Woods, desesperada—. Está sugiriendo que uno de nosotros, uno de mis amigos, ha asesinado o ha intentado matar a tres personas sin ninguna relación entre ellas y sin ningún motivo aparente... En fin, supongamos incluso que Higgins estuviera chantajeando al comandante Moon o a Barney porque hubiera visto postales obscenas enviadas desde París en su correspondencia... ¿Qué tendría eso que ver con la enfermera Bates o con Freddi?

—En lo que respecta a Bates, sabemos que la mataron por lo que pudiera revelar sobre el primer asesinato —recordó el inspector.

—De acuerdo, está bien, pero eso no explica lo que le ha pasado a Frederica.

¿Qué relación tenía ella con Higgins?

—Hay un factor en el que parece no haber reparado. Higgins le habló a su mujer de ciertos «tejemanajes» que había visto en el cuarto de enfermeras la noche que lo ingresaron. Otra persona pudo haber sido testigo de ello: su amiga Frederica.

El tono rosa del colorete de Woody pareció intensificarse en sus mejillas al tiempo que el color natural de su piel se desvanecía.

—Pero... —repuso casi sin aliento—. Era Freddi la que estaba involucrada en esos supuestos «tejemanajes», es decir, ella y Barney son los que estuvieron allí hablando. Así que si Freddi acaba muerta..., bueno, si alguien ha intentado matar a Freddi...

—Tengo entendido que el comandante Eden y la enfermera Bates también estuvieron hablando allí esa noche.

—¡Señor! Eso no es nada... —alegó Woody quitándole importancia—. Gervase tuvo una aventurilla con Bates, todo el mundo lo sabe. Luego él se cansó y ella lo perseguía con sus lamentos y reproches...

—¿Y amenazas?

Woods contuvo un instante el aliento, pero enseguida continuó con voz muy seria.

—Puede que lo amenazara con montar algún tipo de escándalo, estaba celosa y deprimida y puede que un poco histérica, pero ¿qué habría conseguido? Nada demasiado funesto. Eden ya está divorciado, o al menos separado de su mujer. No hay nada que una escenita de Marion Bates pudiera arruinar.

—Excepto su consulta privada —apuntó Cockrill—. Al parecer el comandante Eden cuenta con muchas damas entre sus pacientes.

—Es cirujano general —replicó ella, rotunda.

—Al que visita una gran cantidad de mujeres —insistió el policía—, y aunque no estoy sugiriendo de ninguna manera que el comandante Eden utilice su encanto de forma consciente sobre ellas..., bueno, me atrevería a decir que no acudirían en tal multitud a su consulta si fuera un viejo feo y desagradable.

—Es que es viejo y feo y desagradable —repitió ella, impaciente, aunque luego rectificó en parte—. O al menos bastante viejo y bastante feo...

—Y en absoluto desagradable —concluyó Cockie sonriendo.

—No, no lo es —admitió Woods también con una sonrisa; una leve y afectuosa sonrisa que controló de inmediato—. Por eso entiendo que, en caso de que saliera a la luz que había quebrantado su palabra con otra mujer o algo por el estilo, eso no le habría hecho ningún bien a su negocio.

—¿Y eso qué importa? Ahora está en el Ejército.

—Pero no lo estará para siempre.

Woods sacudió la cabeza, inquieta.

—Santo cielo, inspector, ¿de verdad está sugiriendo que...? ¡Qué tontería! Nadie mata por cosas así.

—El ser humano es célebre por matar a su prójimo por mucho menos —ironizó

Cockrill.

—Pero yo... Él no ha podido... —empezó a decir Woody con una cautela un poco tardía—. No sé por qué tengo que ser yo la que trate de defender al comandante Eden, pero la cuestión es que se equivoca. Es imposible que lo haya hecho él, no es ese tipo de persona.

—¡Bueno, ese sí que es un argumento racional! —se burló el policía—. ¡No es ese tipo de persona! ¡Típico de las mujeres! Mire, señorita Woods, no estoy diciendo que Eden matase a Higgins o a Bates, pero es uno de seis sospechosos igualmente improbables y podía tener un motivo, que es más de lo que se puede decir del resto ahora mismo, y además tuvo la oportunidad. He comprobado lo que dice que hizo después de examinar a Higgins en la enfermería, pero no tiene coartada para el tiempo que transcurrió entre que lo vio pasar en la camilla por el vestíbulo y el momento en que fue al cuarto de enfermeras.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Woody ya exasperada con aquello—. ¡Menuda sandez! Que lo vio pasar por el vestíbulo... ¡Lo único que vimos fue un montón de harapos encogidos sobre una camilla, una cara sucia cubierta de polvo y unos dedos que salían de lo que quedaba de sus botas! ¿Cree que basándose en eso Gervase decidió cometer un asesinato, urdió un elaborado plan y lo puso todo en marcha? Menuda tontería, desde luego. Le aseguro que no ha sido él.

Cockrill se levantó y se quedó en pie junto a la ventana, con la vista perdida en el frío tono grisáceo del exterior.

—Le aseguro que no ha sido Gervase —insistió Woody, atemorizada por su silencio.

El inspector se dio la vuelta y volvió a mirarla.

—Entonces ¿quién? ¿Quién cree usted que ha podido ser? ¿Cuál de sus cinco amigos?

—No lo sé —admitió ella, abatida.

—Usted no ha podido ser, por ejemplo —razonó Cockrill con un rápido parpadeo—. No es muy probable que lo prepare todo de forma tan minuciosa para que Frederica Linley muera asfixiada por el gas y luego venga y ponga el chelín en el contador usted misma. Y tampoco puede haber sido la señorita Linley, ¿verdad?, porque ella es una de las víctimas. Ni la señorita Sanson, que le ha salvado la vida a su amiga. Y no puede ser el capitán Barnes ya que, sin tener en cuenta otras consideraciones, es obvio que está muy enamorado de la señorita Linley y que nunca intentaría hacerle daño. Usted insiste en que tampoco puede ser el comandante Eden, de modo que solo nos queda el comandante Moon.

—El comandante Moon no ha podido hacerlo —afirmó Woods, sonriendo incrédula ante la mera idea. Y luego añadió, inquieta—: No creerá que ha sido él, ¿no?

—Bueno, no creo que deba destapar aún todas mis cartas.

Entonces el inspector sacudió con una punta de la gabardina la ceniza del

cigarrillo que había caído sobre el alféizar de la ventana y, de pronto, salió de la habitación a grandes zancadas y bajó las escaleras.

Woody lo siguió corriendo, sujetándose a la fina barandilla de madera.

—¿Quiere decir que lo sabe? ¿Sabe quién lo ha hecho?

—Por supuesto —asintió Cockrill.

Cogió el sombrero de la mesa de la cocina y se lo puso de forma que le cayera un poco hacia la parte posterior de la cabeza. Woods se había quedado paralizada y lo miraba atónita.

—¿Lo sabe, inspector? Pero ¿cómo demonios...? Es decir, ¿cómo ha podido...? ¿Qué es lo que...? ¿Cuándo lo ha averiguado?

—Hace un par de minutos —contestó Cockie con voz alegre, y tuvo el tiempo justo de hacerle un guiño antes de que el sombrero cayera como un apagavelas sobre sus brillantes ojos marrones.

## Capítulo VII

### 1

La fractura de tibia y peroné ocupaba ahora la cama de la esquina donde había pasado Higgins su única noche en el hospital y los biombos que rodeaban la cama de su vecino lo mantenían un poco aislado del resto de la enfermería. Se quejaba lastimero de que le dolía mucho la pierna y, de forma un tanto imprudente, añadió que esta vez era verdad.

—¿Qué quiere decir? —lo increpó Esther—. ¿Es que no siempre es así?

—¡Sí, sí, claro! ¡Siempre! Es horrible —repuso William enseguida, pero una vez más no pudo evitar reírse y añadir—: Aunque, curiosamente, ¡solo cuando está usted de servicio!

Esther, que se había recuperado ya del susto y de los efectos del gas que había inhalado mientras sacaba a su compañera de la casa, hacía ahora el turno de noche, hasta que Frederica estuviera en condiciones de trabajar de nuevo, y en ese momento estaba en pie junto a su cama.

—¿Está intentando coquetear conmigo otra vez? —le preguntó, vacilante.

—Sí —admitió William, que le cogió entonces una mano y se la besó, y luego la giró y le besó la palma y cada uno de los dedos, y luego la apretó contra su mejilla mientras la sujetaba con firmeza entre las suyas. Durante un momento los dos permanecieron en silencio en el dulce, cálido y manso regocijo de aquella entrega a la ternura.

Era cierto que la pierna le dolía más esos días, y también le dolía la espalda y se aburría y estaba triste y decaído porque su barco zarparía sin él mientras estaba allí tumbado en ese hospital, y todos los amigos y compañeros que había conocido a bordo se irían también y quizá desaparecerían de su vida. Él iba a estar confinado en aquella lúgubre enfermería durante semanas o meses y solo Dios sabía si, cuando consiguiera salir, podría volver a la Marina. Pero en ese momento, con aquella pequeña y delicada mano entre las suyas, miró hacia arriba y se encontró con unos ojos marrones de pronto iluminados por el afecto. Y sonrió.

—¡Mi amor! —exclamó, y la atrajo hacia él para abrazarla y tenerla más cerca del corazón.

El caos reinaba en Santa Isabel aquella noche. «¡Enfermera, no me ha dado mi té!», «Toma uno de los míos, amigo, ¡a mí me ha dado tres!», «¿Qué es esto, enfermera? ¡En mi taza solo hay agua caliente!», «¡Eh, enfermera! ¡En la mía solo hay un poco de cacao en polvo!». Los pacientes se reían, refunfuñaban, se peleaban y le tomaban el pelo. «Debe de estar enamorada, enfermera... ¡Eso es! ¡La enfermera

Sanson está enamorada!».

La enfermera Sanson está enamorada. Aquel parecía un grato y reconfortante desenlace después de todo el dolor y la amargura del pasado. William cuidaría de ella, podría darle la mano y dejarse envolver por su amor y refugiarse en él. «Empezaré de nuevo», pensó. «No volveré a atormentarme ni a angustiarme por mamá nunca más. Ella habría querido que olvidara, que fuera feliz y me sintiera segura y satisfecha, y lo haré. William cuidará de mí...». Y entonces se giró hacia él y también sonrió.

—¡Mi amor! —Y volvió a darle la mano y se quedaron mirándose a los ojos durante tanto tiempo que empezó a parecer un poco ridículo.

«¡Mi amor!», exclamaba William. «¡Mi amor!», suspiraba Esther.

—No puedo seguir llamándote «mi amor» de forma indefinida —planteó William al fin—. A lo mejor, encanto, deberías decirme tu nombre.

—Querido, ¿no es posible que quieras casarte con una chica que ni siquiera sabes cómo se llama!

—Bueno, entonces dímelo enseguida.

—Me llamo Esther.

—¡Vaya, qué coincidencia! —bromeó él—. ¡Nunca antes había estado enamorado de ninguna chica que se llamara así!

Esa noche Esther estuvo mucho tiempo sentada junto a su cama en la semioscuridad de la enfermería. Se levantaba de cuando en cuando para atender a los demás pacientes que no podían dormir o se quejaban del dolor, pero siempre volvía a sentarse y a cobijar sus ajadas manos entre las de él y hablaban no del pasado, sino del futuro; no de su madre ni de los ataques aéreos, sino de cómo sería su vida juntos cuando los bombardeos fuesen solo un recuerdo del pasado. Para cuando el oficial de guardia pasó a hacer la ronda, ya habían imaginado un final feliz para la guerra, se habían construido una bonita casa blanca en la colina desde la que se veía Godlistone, habían tenido tres hijos, dos niños y una niña, y estaban cambiando el Chrysler de dos plazas de la luna de miel por un discreto Daimler familiar. Al fin, Esther hizo ademán de marcharse.

—Se supone que estás convaleciente, querido; deberías dormir y descansar...

—Hablando de dormir, Esther... ¿Alguna vez has pensado seriamente en el debate sobre «cama de matrimonio» o «camas separadas»?

—¡William! —protestó ella, riendo y sonrojada.

—Yo me declaro un firme enemigo de las camas separadas —sentenció el joven, arrastrándola de nuevo hacia él por un extremo del delantal.

—Hoy ha habido tres nuevas operaciones, comandante Jones, ¿puede indicarnos la medicación que les corresponde? Y una de las hernias de ayer aún tiene muchos dolores. Al parecer, la fractura de tibia y peroné se ha estado quejando también, ¿cómo está ahora, enfermera Sanson?

En los breves intervalos en los que había tenido tiempo de prestarle atención a su pierna, William había dicho que sí le molestaba un poco, pero Esther pensó que no había razón para que no pasara mejor la noche y dijo que un somnífero no le vendría mal. El oficial de guardia garabateó las prescripciones y la enfermera sacó la morfina y los sedantes del armario. Mientras Esther cruzaba la sala con la jeringuilla en la mano, la oyó decir al médico: «¿Deberíamos dejarla poner las inyecciones? Después de todo es una de ellos...».

El comandante Moon llegó al cuarto de enfermeras a las diez y media.

—No tendrás un poco de té para mí, ¿verdad, Esther? —Y cuando ella asintió con una sonrisa, el viejo cirujano se acercó y la cogió de la barbilla para girarle la cara hacia la luz—. ¿Qué te ha pasado, chiquilla? ¡Esta noche estás radiante!

—¿De verdad? —dijo Esther, alborozada.

El doctor retiró la mano, pero sus dedos parecían resistirse a dejar de acariciar aquella piel suave y tersa.

—Siempre has sido una criatura muy hermosa, Esther, tu rostro es un óvalo perfecto, como el de la madona de una iglesia. Pero esta noche la madona parece haberse convertido en un ser... místico.

—La madona se ha enamorado —confesó ella entre risas.

El comandante Moon contuvo un segundo el aliento, pero enseguida reaccionó y mostró su alegría.

—¡Enamorada! Estás enamorada, Esther, eso es... Lo llevas escrito en la cara. Cuéntame cómo ha pasado y quién es el afortunado joven...

Esther se lo contó todo. Mientras William estaba sumido en un apacible sueño en la cama que quedaba justo al otro lado del cristal, le relató su feliz historia de amor y le habló de lo que significaba para ella.

—No crea que la seguridad y el dinero y todo eso significan nada, comandante Moon, comparados con el mero hecho de estar enamorada de él, pero claro que cuentan, cómo no. Tenía tanto miedo al futuro... Después de la guerra iba a tener que salir adelante yo sola y la verdad es que no habría sabido por dónde empezar. Mi madre recibía una pensión y vivía de ella y..., bueno, ya sabe cómo son las madres, no quería que yo trabajara. Siempre pensó que me casaría y no tendría que hacerlo. No tengo ninguna experiencia y el Destacamento de Ayuda Voluntaria no lleva a ningún sitio. Antes pensaba que me serviría de ayuda, por eso me presenté, pero me temo que no es así, ¿verdad? No sé de qué habría vivido, pero ahora... ¡Comandante, es tan dulce y estoy tan enamorada...! Sé que puede parecer un poco absurdo, al fin y al cabo solo nos conocemos desde hace una semana más o menos, pero... Bueno, ya lo ve, estas cosas pasan.

—Me alegro mucho por ti, querida —le dijo el cirujano antes de rodearla con un brazo y besarla en los labios.

Fue un momento algo desconcertante; no había sido el tipo de beso con el que un hombre mayor muestra su aprecio a una joven con el corazón entregado a otra persona, sino el beso de un amante.

—Lo siento, Esther —se disculpó Moon retirándose de inmediato—. Solo pretendía darte mis bendiciones con un gesto paternal y se me ha ido de las manos... Pero tienes que perdonarme —bromeó—, después de todo la culpa es tuya... ¡Estás tan encantadora esta noche!

Woods apareció en ese momento por la puerta, alzando las manos y protestando.

—¡Es inmoral! ¡Inmoral! —Pero al ver al comandante Moon dejó caer los brazos y añadió, entre risas—: Lo siento, señor, creí que Esther estaría sola. Pero bueno, usted también es uno de nosotros...

—¿Qué te ocurre, Woody? —le preguntó su amiga.

—Nuestros compañeros de refugio han solicitado que, cuando haya un bombardeo, me vaya a dormir a otra parte. ¡Creen que voy a levantarme en mitad de la noche para prender fuego a sus jergones con el aceite de las lámparas!

—No digas tonterías...

—¡Pues es cierto! ¿Puedo tomar una taza de té? En serio, Esther, tú y yo, y Freddi cuando se recupere, tendremos que usar el refugio de los Anderson al otro lado de las cabañas. El oficial al mando cree que allí «estaremos más cómodas».

—¿Y si nos matamos entre nosotras? Supongo que eso a nadie le importa.

—Somos presuntas criminales y al parecer debemos de estar curtidas en esto de los intentos de asesinato. ¿Usted también se ha convertido en un paria, comandante Moon?

—Hay cierta tendencia a dejar que Barnes, Eden y yo monopolicemos el fuego de la antesala sin que nadie nos moleste —confesó el cirujano—. Pero son todos muy correctos y educados y hacen un gran esfuerzo para que no advirtamos nuestra posición de forma muy evidente. La prensa ha empezado a llegar al hospital y el oficial al mando ha apostado guardias en las entradas principales y a las puertas del pabellón con órdenes de no permitir el paso a nadie sin autorización.

—¡Cuánto nos estamos divirtiendo! —ironizó Woody. Estaba en pie, con los codos apoyados en la repisa de la chimenea y la mirada, triste, fija en el fuego cuando reveló en voz alta lo que de verdad ocupaba su mente—: El inspector dice que ha sido uno de nosotros... ¡Y que sabe quién!

«Uno de nosotros», pensaba. «¡Uno de nosotros!».

—Claro que Frederica está descartada —continuó Woody, como si fuera un consuelo estrechar el círculo aún más—, porque es difícil creer que hubiera intentado gasearse a ella misma...

—No, desde luego. Freddi queda descartada —repitió Esther, que al menos se alegraba de que eso fuera así.

—Aunque, por otra parte, podría haberlo hecho si supiera que iban a rescatarla. Es decir, así todos los demás diríamos, como lo estamos haciendo, que por supuesto Freddi no podía tener nada que ver. Y según esa lógica, Esther, tú también podrías haber manipulado la válvula del gas, sabiendo que llegarías a tiempo de salvarla y de este modo desviarías las sospechas hacia los demás.

—Sería posible —reconoció ella, horrorizada.

—Pero ¿por qué iba a querer ninguno de nosotros matar a Higgins? —exclamó el comandante Moon—. Ese es el fondo de la cuestión. Es probable que atacaran a Frederica porque «sabía demasiado», como dicen en las novelas, y no hay apenas ninguna duda de que asesinaron a la enfermera Bates por esa misma razón. Pero ¿por qué iba a querer ninguno de nosotros ver a Higgins muerto?

Woody no insistió en su teoría sobre las postales obscenas. En lugar de eso, sugirió que quizá la enfermera Bates había asesinado a Higgins y que otra persona la había matado a ella como venganza.

—¡Qué tontería, chica! —negó Esther—. ¿Por qué iba Bates a matar a Higgins, en primer lugar?

—Bueno, porque había presenciado una escenita entre Gervase y ella, aquí mismo, y lo iba a contar por todo el hospital.

—Incluso si eso hubiera sido un motivo para cualquiera de ellos, Woody —repuso el comandante Moon muy serio—, es más probable que lo fuera para Eden.

—Ya, pero sabemos que no ha podido ser Gervase —alegó Woods— porque desde luego él no habría intentado matar después a Frederica. Le tenía mucho afecto, nunca la habría hecho daño a propósito.

—¿Por qué dices que «le tenía» mucho afecto? —preguntó Esther.

—Bueno, pues «le tiene» si te gusta más.

—No creo que tu argumento haga mucha mella en el inspector Cockrill, Woody —observó Moon. Cuando se terminó la taza de té y se levantó, sus desvaídos ojos azules parecían cargados de inquietud y añadió, de forma un tanto inconexa—: Me cae bien Eden, siempre lo he considerado un buen hombre, es... es un tipo encantador. Espero que no... No creo que...

Esther estaba impaciente por terminar con aquella conversación y hablarle a Woody de William.

—Gervase no ha podido tener nada que ver con las muertes de Higgins y Bates —concluyó con rotundidad— por la simple razón de que no ha podido tener nada que ver con el ataque de Freddi, le tenga afecto o no. Esta mañana ni siquiera se ha acercado por allí, no ha podido atrancar la ventana ni abrir la válvula de la estufa y no sabía que había que echar un chelín en el contador.

—No, claro —convino el comandante Moon. Pero seguía allí en pie, mirando compungido la punta de sus zapatos, y parecía a punto de tomar una decisión. Al cabo continuó—: No me gustaría tener que decir esto, pero... Deberíais tener cuidado. Esther, ve con cuidado, querida. No quiero decir nada contra Eden, en

absoluto, pero... Después de encontrarme con vosotras esta mañana, lo he visto. Cuando salgo a correr temprano, cojo un abrigo viejo y lo dejo por ahí para ponérmelo luego, al volver al pabellón. Esta mañana lo he dejado detrás de un arbusto y, según me lo estaba poniendo, ha salido Eden. Primero ha mirado a un lado y a otro de la entrada, como si comprobase que no hubiera nadie. No quisiera tener que decirlo, pero es lo que ha hecho. Luego ha ido a vuestra cabaña y ha mirado hacia la ventana. Se ha quedado así unos segundos y luego ha abierto la puerta y ha entrado. Un minuto después ha vuelto a salir y ha mirado a su alrededor. Para entonces yo ya estaba en la puerta del pabellón y creo que no me ha visto, pero yo sí lo he visto a él. Puede que Eden no supiera nada de ese chelín que os faltaba, muchachas, pero poco antes de que Frederica saliese del hospital y se fuese a dormir, lo he visto salir de vuestra casa. —Y luego, girándose en dirección a la puerta, añadió pesaroso—: Lo que me preocupa es por qué razón no lo ha mencionado después de lo ocurrido.

### 3

Al día siguiente por la tarde, William recibió una visita. El inspector Cockrill se presentó en la puerta de la enfermería y se quedó allí oteando las camas, bastante nervioso, con el sombrero de fieltro hecho un gurrullo bajo el brazo. Entonces Castaña apareció tras él.

—¡Inspector! ¡Me alegra volver a verlo!

—¿Acaso nos conocemos? —replicó Cockie de malos modos.

—¡Pero inspector...! La noche que llegó al hospital, ¿no se acuerda? Mi amiga y yo hablamos con usted en el despacho de la comandante, en el pabellón de voluntarias. Fue muy amable con nosotras —le explicó con ademán infantil, y añadió que su amiga y ella llevaban desde entonces preguntándose si se atreverían a pedirle un autógrafo.

—¡Más le vale no hacerlo! —vociferó el policía—. ¿Acaso me ha tomado por una estrella de cine? —Y entonces agitó su bastón en el aire y se dirigió a la cama de William, dejando a la joven con un palmo de narices—. ¡Hola, amigo! He venido a charlar un rato contigo...

—Hoy se ha levantado con el pie izquierdo —murmuró Castaña a una también decepcionada Huevo.

Cockrill había conocido al padre de William, igual que a la mayoría de las personas destacadas del norte de Kent.

—Hola, Cockie —lo saludó William mientras trataba de incorporarse—. ¡Qué alegría verte!

—Por favor, no me pidas un autógrafo —imploró el policía. Luego dejó caer el sombrero al suelo, junto a la silla donde se había sentado, y sacó la petaca de tabaco

—. ¿Puedo fumar en este «valle de antiseptia»?

—Sí, claro. Toma —le ofreció el joven al tiempo que sacaba los tres cigarrillos que le quedaban de su ración diaria de cinco—, coge uno de los míos.

—Gracias, pero prefiero este. —Sus dedos manchados por la nicotina llenaban y enrollaban el papel y le preguntó, sin levantar la vista de esta tarea—: ¿Cómo va tu pierna, chico?

—Bastante bien —suspiró William—. La cosa va avanzando, ¡como los incendios!

—¿Estás bien aquí? ¿Te cuidan como es debido?

—Sí —afirmó el cervecero de todo corazón—. Es una maravilla.

Cockrill arqueó una ceja y miró a su alrededor. Aquello no parecía demasiado «maravilloso». Las mesas que había en el centro de la sala apenas estaban adornadas con unas pocas flores en un revoltijo de jarrones horribles y los pacientes que no estaban postrados en sus camas holgazaneaban por ahí en aquella especie de pijamas azules, recomponiendo rompecabezas o escribiendo cartas, o apiñados alrededor de sus compañeros que no podían levantarse jugando al bingo o al *whist*. Unos enormes avisos en las paredes prohibían, bajo pena de muerte, jugarse dinero, así que las monedas de medio y de un penique se guardaban ocultas bajo las almohadas. Un hombre al que acababan de levantar de la cama andaba despacio de un lado a otro, acompañado con infinita paciencia y bondad por un centinela un tanto patán. «¡Eso es, amigo! Lo estás haciendo muy bien...». La bibliotecaria de la Cruz Roja pasó por allí con un carro lleno de libros y todos revolvieron sus taquillas en busca de los de la semana anterior. «¡Denos algo de acción, señorita!», «¡A este dele uno de amor, señorita, que es lo que quiere...! ¡Un poco de amor!». Otro paciente, que estaba medio atontado porque ya le habían puesto la inyección previa a la cirugía, recibía palabras de consuelo de sus compañeros. «¡Ya no queda nada, amigo!», «¡Que te vaya bien, compañero!», «¡Saluda de nuestra parte en el quirófano!». Dos figuras que parecían autómatas vestidos con enormes batas verdes entraron empujando una camilla blanca con ruedas y lo cargaron encima como si fuera un fardo, lo taparon con varias mantas y, con la cabeza cubierta con una especie de peluquín, lo sacaron fuera de la enfermería. «¡Buena suerte, amigo!», gritaron los demás antes de volver, en apariencia indiferentes, a los números de sus cartones. En una cama cubierta solo por un lienzo de hule, un hombre estaba tendido sin el apoyo de una sola almohada, recobrándose de la anestesia. Intentó levantar la cabeza y miraba hacia el vacío con ojos vidriosos, pero enseguida volvió a caerse hacia atrás y se oyó un golpe sordo sobre la lona. «¡Quédate tumbado, amigo!», clamaron media docena de voces, y otro tipo se levantó y se acercó hasta él, se inclinó sobre su cama y le cogió la muñeca.

—Quédate tranquilo y no intentes levantar la cabeza —le advirtió, y luego alzó la voz para que lo oyeran desde el otro lado de la sala—: ¡Aquí, enfermera, se está despertando! —Y volvió a lo que estaba haciendo—. ¡Pobre infeliz, no me gustaría verme en sus zapatos! Gracias a Dios yo ya lo he pasado.

Un hombre que tenía la espalda rota yacía en una cama en forma de «S» y solo podía mirar al techo, como llevaba haciendo las últimas seis semanas y como haría aún durante muchas más. El paciente de la número siete, que aún sufría ataques de asma, inhalaba empalagosos vahos de tintura de benzoína bajo una toalla que le daba un aspecto un tanto siniestro.

Cockrill apuró su primer cigarrillo, lo apagó pisándolo con el zapato contra el suelo y luego lo cogió y lo dejó en el cenicero que había en la taquilla de William.

—Supongo que estarás enterado de los últimos... fallecimientos —dijo sin más preámbulos—. Higgins y la tal enfermera Bates.

—Sí, las noticias vuelan en estos sitios y el pobre Higgins era amigo mío.

—¿De qué lo conocías? ¿De la cervecería?

—No, trabajé a sus órdenes en el centro de prevención de ataques aéreos, era el jefe de uno de los equipos de rescate. Un año después de que estallara la guerra aún no me habían enviado al frente, así que pensé que podría ayudar como voluntario mientras esperaba, más que nada para que las chicas no me fueran dando plumas blancas por la calle, ya sabes. Joe era un gran tipo, salía con él cada vez que había un ataque, nunca nos perdimos un bombardeo y nos divertimos mucho. Cuando volví de permiso hace unos días, fui a verlo al ayuntamiento y un nuevo ataque aéreo nos sorprendió allí. Estábamos sentados, charlando y escuchando la radio mientras él esperaba para salir a otra misión cuando ¡bum! Una maldita bomba cayó en medio del edificio y el tejado se vino abajo. Los otros tres tipos que estaban con nosotros murieron, pero Joe y yo quedamos protegidos por alguna estructura, supongo, aunque con las piernas atrapadas. Me preguntó si estaba bien y luego creo que me desmayé. Cuando recobré el conocimiento aún seguíamos allí, pero él estaba inconsciente. Entonces los compañeros nos encontraron y nos sacaron a rastras; primero a él, claro, porque yo estaba más o menos bien. —Luego añadió con una amarga sonrisa—: Me gustaría decirte que les grité que me dejaran allí y salvaran al viejo, que yo aguantaría hasta el final, pero tampoco tuve oportunidad porque eso era justo lo que iban a hacer de todas formas. Lo más extraño es que la radio no dejó de sonar en ningún momento. Estábamos escuchando una emisora alemana y mientras permanecí allí tumbado en la oscuridad, con el agua que caía a mi alrededor, un escape de gas no muy lejos de allí y la pierna ardiéndome aplastada por una viga, uno de esos miserables fanáticos no hacía más que repetir lo incompetentes y despreciables que éramos y que más nos valía aliarnos con Alemania antes de que fuera demasiado tarde. Afuera el estruendo era espantoso y las bombas seguían cayendo como manzanas maduras...

Una vez que Cockrill conducía solo por la carretera de Heronsford, un artefacto incendiario había impactado sobre el techo de su coche y se había colado en el asiento trasero; todo el vehículo acabó ardiendo. Le hubiera gustado contárselo, y también hablarle sobre aquella otra ocasión en la que había volcado dentro de un cráter que media hora antes no estaba allí... Si hubiera pasado solo veinte minutos

antes, si no hubiera ido al Black Dog, en Pigeonsford, o no se hubiera tomado una cerveza con el dueño, si no se hubiera parado para ofrecerse a llevar a tres muchachas del Servicio Territorial Auxiliar y no se hubiera desviado unos cuantos kilómetros de su ruta para llevarlas a su puesto... es probable que hubiese muerto. Pero William, que ya se había desahogado contando su propia historia, había vuelto a Higgins.

—No puedo imaginar quién demonios querría deshacerse así del pobre hombre. Era un tipo estupendo, de verdad, uno de los mejores que he conocido, y nunca le hizo daño a nadie. Cuando uno trabaja para un hombre bajo el asedio de las bombas, es imposible no saber cómo es en realidad.

Su propia contribución a esa labor durante los bombardeos, trabajando humildemente «para» Higgins, el cartero, no parecía merecerle ningún tipo de consideración especial.

Cockie prendió el magro extremo de un nuevo cigarrillo.

—¿Conoces a alguna de las otras personas involucradas en el caso?

William dio una larga calada a su propio cigarro y contestó que conocía a Esther Sanson que..., bueno, que de hecho trabajaba en esa enfermería.

—Y también conozco a la pequeña Linley, estaba aquí en el turno de noche antes de que le metieran la cabeza en el horno... A Eden lo he visto alguna vez en la enfermería, cuando viene a examinar a sus pacientes, y a Barnes, claro. Y el comandante Moon ha venido a verme la pierna esta mañana porque el cirujano que me operó está de permiso. Parece un tipo simpático. Mi padre solía coincidir con él en varios comités y esas cosas, y también con el doctor Barnes, el padre del otro médico.

—¿Conoces a la señorita Woods?

—No. Le ha dicho a Esther... Le ha dicho que vendría algún día a que nos presentase, pero aún no ha aparecido. De pequeño jugaba con algunos niños que se apellidaban así, me pregunto si tendrían algo que ver con ella.

—Lo dudo —repuso Cockie en tono cortante y, ante la sorpresa de William, añadió enseguida—: Háblame de Linley, supongo que tratarías con ella la noche que te ingresaron.

—Sí, fue estupenda conmigo. No tuvo que ser nada fácil atenderme con esta cosa en la pierna en mitad de la noche, pero ella no perdió la calma en ningún momento y parecía que no tuviera otra cosa que hacer, aunque por supuesto estaba desbordada de trabajo, la pobre. Incluso Higgins tuvo que admitir que era maravillosa a pesar de que no estaba muy predispuesto después de verla besuqueándose con unos y con otros esa tarde en el cuarto de enfermeras. Pero pasó una noche horrible, el pobre, con muchísimos dolores y sin poder pegar ojo, y me dijo que se había portado muy bien con él, que no se ausentó de la enfermería un solo momento y que no sabía cómo podía hacerse con todo aquello con lo poquita cosa que parecía. Aunque es un poco rara, la verdad. Hace un par de noches la oí hablando con el viejo Moon en el control. Él le estaba contando cómo su hijo había muerto en un accidente provocado por un

hombre con una bicicleta y solo se le ocurrió preguntar que de qué color era. Esther dice que en realidad es todo fachada; que es muy tímida y le cuesta expresarse y que le gustaría ser más amable y compasiva, pero que no puede.

Cockrill nunca hubiera imaginado a Frederica falta de autocontrol.

—Parece bastante... rígida —opinó—. ¿Es una buena enfermera?

—De manual. Te habla como si fueras un niño travieso y cabezota y casi puede llegar a convencerte de que en realidad la pierna no te duele tanto como crees y de que, aunque no lo sepas, estás deseando comerte el pudin de arroz. No da pábulo a las flaquezas ni a la autocompasión, pero cuando las cosas se ponen mal de verdad... es un encanto. Aquí todos la adoran. Por supuesto, habla como si todo la aburriera y como si no supiera qué es lo que hace aquí, pero es solo porque no le gusta alardear. Tengo que admitir que me gusta, creo que es fantástica.

Un hombre chilló desde una de las camas del centro de la enfermería. Cockie sintió un escalofrío y se agachó a por su sombrero.

—Pobre diablo, ¿qué le ocurre?

—Ataques de pánico —contestó William como si no fuera nada importante, con la extraña y autoprotectora indiferencia que desarrollan los pacientes de los hospitales frente al sufrimiento de los demás—. Acabas acostumbrándote. Yo también he gritado así algunas veces y nadie ha venido a consolarme. Pero por las noches es peor, ayer hubo dos operaciones de urgencia y los pobres desgraciados nos tuvieron a todos en vela hasta el amanecer. Por suerte, tenemos todo el día para dormir si queremos. Es extraordinario cómo acaba uno por aclimatarse.

Trajeron de vuelta a un recién operado del quirófano, que se había cruzado en el pasillo con el hombre al que acababan de sacar. Cockrill palideció un tanto al alcanzarle el empalagoso olor de los vapores de la anestesia. Aquel tipo tenía la cabeza caída hacia un lado y la cara de un intenso color escarlata sobre la lona de la camilla, la boca abierta y los ojos cerrados. Envuelto en mantas, traspasaron el flácido cuerpo a la cama y lo dejaron allí a su suerte, con un balde en forma de riñón en un lado, al alcance de la mano. Ya volvían a llevarse la camilla cuando una de las figuras de bata verde se paró en seco y retrocedió envuelta en un terrible remolino de éter al tiempo que los saludaba muy animada.

—¡Hola, inspector! ¿Qué le trae hoy por aquí?

—Hola, señorita Woods —replicó el policía sin mucho entusiasmo.

—¿Le importaría vigilarlo un poco? —le pidió Woody a William señalando con la cabeza en dirección al recién llegado a la cama de enfrente—. Si intenta levantarse o moverse, dígame que se tumbe y llame a la enfermera.

Y acto seguido se fue corriendo detrás de la camilla, gritando para que la esperasen.

Cockrill sintió cierto alivio al ver que aquel hombre no quedaba por entero confiado a la limitada ayuda que pudiera ofrecerle William cuando Huevo, ¿o era Castaña?, salió del control y estuvo con él unos minutos, flexionándole un brazo que

parecía no tener hueso, antes de volver a sepultarlo bajo las mantas y poner un par de botellas de agua caliente en la cama. Aún permaneció en silencio un momento, con la mirada fija en la copa de su sombrero mientras trataba de formular la pregunta que quería hacerle a William, pues algo de lo que había dicho el joven, o más bien algo que no había dicho, lo había preocupado mucho. Al fin levantó la vista, dispuesto a expresar su inquietud en voz alta, pero no llegó a hacerlo: William se había quedado rígido apoyado sobre la almohada, tapándose la boca con la mano y con los ojos perdidos en el vacío, murmurando enfebrecido «¡Dios mío! ¿Dónde demonios he oído antes esa voz?».

## Capítulo VIII

### 1

Gervase Eden estaba sentado sobre el gran cesto de mimbre de la ropa sucia en la antesala del quirófano, esperando al comandante Moon. «¿Dónde estará el viejo diablo? Dijo que vendría a las siete...». Había dejado abiertas las puertas batientes y de vez en cuando miraba hacia la entrada principal, al otro lado del vestíbulo.

Woods salió del quirófano y cerró la puerta tras ella. Fingió no reparar en Gervase, que estaba sentado en la semioscuridad fumándose un cigarrillo. La función había terminado. Freddi, por el motivo que fuese, ya no quería tener nada que ver con él; no había visto a nadie desde el incidente del gas salvo a Barnes y este había regresado radiante de su primer encuentro y le había confiado a Woody que Frederica, por iniciativa propia, le había sugerido que deberían casarse cuanto antes. Ya no había necesidad de distraer a Gervase y ella podía volver a su anterior actitud de indiferencia e incluso no molestarse en hablar con él nunca más... Pero por el rabillo del ojo lo vio girar la cabeza, vio el perfil de su enjuto y anguloso cuerpo, el movimiento de sus dedos inquietos al manipular el cigarrillo, y cuando él la saludó, «¡Hola, Woody!», su corazón dio un vuelco y se acercó a él, «¡Hola, donjuán!».

«¡Cielos!», pensó Eden, aterido por ese tono en su voz que tantas veces había oído en las exultantes palabras de demasiadas mujeres. «¡Dios, no la dejes empezar!». Y le informó de la forma más descortés que pudo de que tenía una mancha en la cara.

Woody se sonrojó.

—¿En serio, Gervase?

Se frotó con un pañuelo, mientras dudaba si seguir ahí o marcharse.

—Sí, y es horrible —contestó el cirujano. Pero en realidad le daba un aspecto muy tierno y un poco desvalido y la acercó hacia él, le quitó el pañuelo de la mano y se la limpió con delicadeza—. Ahora ya eres una chica decente otra vez —le dijo, y casi sin querer le cogió una mano y añadió—: ¡Me gustas mucho, Woody!

El corazón de Woods se derritió.

—¿Te gusto, Gervase?

—Sí, me gustas —asintió él—. Eres tan... —Pero entonces cambió de tono y trató de improvisar otro discurso—: Eres una buena amiga, Woody. No te pones sentimental ni te tomas las cosas demasiado en serio, puedes disfrutar de unas cuantas caricias una noche y volver a ser tú misma al día siguiente. Y si un hombre te besa, no pierdes la cabeza y vas por ahí gritando que te han robado tu joya más preciada.

—Sería un poco ridículo si lo hiciera —replicó Woods con frialdad—, a estas alturas de mi vida.

—Y, sobre todo, no dejas que los sentimientos se confundan con el hecho de pasar un rato divertido —añadió Gervase muy serio, tratando de convencerse a sí mismo de que eso era así.

—Claro que no, querido. —Woody le dio la razón y se inclinó para besarle y que no pudiera ver las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

El comandante Moon entró en el hospital apurado y se dirigió hacia ellos atravesando el vestíbulo.

—Siento llegar tarde, ¿Esther no ha venido todavía?

—Aquí está —anunció Eden, que justo en ese momento la vio aparecer por la puerta principal quitándose el gorro.

Unos instantes después se reunió con ellos.

—¿Querían verme?

—Sí, muchacha, ven aquí. Queríamos hablar contigo antes de que empezaras el turno de noche —le explicó Moon al tiempo que le cogía la mano con ternura entre las suyas y la miraba con preocupación—. Tenemos que decirte algo que no te va a gustar demasiado... No, Woody, no te vayas querida, nos alegramos de que estés aquí también. Verás, no es nada grave, Esther, y no debes preocuparte, pero Eden y yo hemos estado discutiendo sobre la fractura de tu joven amigo y no nos gusta el aspecto que tiene. Creemos que hay que volver a llevarlo a quirófano y abrir la pierna.

Ella lo miraba horrorizada.

—¡No, comandante Moon, por favor...!

—Me temo que no hay otra opción, Esther —confirmó Eden—. Pero no hay de qué preocuparse, pequeña. Creemos que tiene algo de pus, nada más, y es mejor quitar los puntos y drenar la herida.

—¿Quieres decir que se le está infectando?

—Un poco, Esther, es algo bastante frecuente. Pero podemos limpiarlo sin problemas.

Cockrill pasaba en ese momento por el vestíbulo, aún concentrado en sus incesantes averiguaciones. Distinguió a Woods en aquel pequeño grupito y, con la imagen en la cabeza de la reacción de William al oír su voz, decidió unirse a la conversación con la vaga esperanza de sacarle algo. En la tenue luz de aquella sala el inspector no se percató de la angustia en el rostro de Esther hasta que fue demasiado tarde para volver sobre sus pasos y el comandante Moon le restó importancia con una breve explicación.

—Está un poco disgustada porque tenemos que someter a su enamorado a una pequeña intervención y le preocupa, pero se le pasará enseguida...

—Sé que es una tontería ponerme así... —se disculpó Esther, tratando de tragarse las lágrimas.

—No hay nada de lo que preocuparse, querida —insistió Woody—. He visto miles de operaciones como esa en el quirófano... Bueno, al menos cuatro o cinco, y

es una intervención muy sencilla, ¿verdad, comandante Moon?

—No es por el peligro —se justificó Esther—, es que... no puedo soportar imaginármelo enfermo o sufriendo...

—Después de esto se encontrará mucho mejor, Esther —le prometió Gervase. Cockrill había estado sumando dos y dos.

—¿Están hablando del joven Will Ferguson? He ido a visitarlo esta tarde...

—La señorita Sanson y él están prometidos —explicó Eden.

Cockrill se giró hacia la joven voluntaria.

—¿De verdad, Esther? ¡Te felicito! Lo conozco desde que era niño y es un joven magnífico.

—¡Es un encanto, Esther! —convino Woods con entusiasmo.

Su amiga la miró sorprendida.

—¿Por fin has ido a verlo, Woody?

—Sí, me he presentado yo misma esta tarde, cuando hemos terminado en el quirófano. Es adorable, querida. Me ha dicho que ha estado charlando con usted, inspector.

—Le he hecho algunas preguntas sobre Higgins —repuso Cockrill, que no consideraba que ese fuera el momento de preguntarle a Woods si William había recordado dónde había escuchado antes su voz.

—Él no conocía a Higgins —alegó Esther—, lo ingresaron después.

—Sí, pero solo porque tardaron más en sacarlo de los escombros. Había trabajado con él antes de ir al frente, como voluntario en los equipos de rescate durante los bombardeos, y estaban juntos charlando sobre los viejos tiempos cuando la bomba alcanzó el edificio y el techo se les vino encima.

—Y escuchando la radio alemana —añadió Cockrill.

—Sí, también me lo ha contado —asintió Woody con voz vacilante—. Es increíble que no se cortara la recepción de la señal cuando todo lo demás a su alrededor estaba destrozado. ¡Qué espanto estar ahí tirado, atrapado por las vigas, esperando con actitud heroica a que te rescaten mientras Lord Haw-Haw no para de repetir lo cobarde que eres!

—¿Era Lord Haw-Haw? —inquirió el inspector.

—Eso dice William —repuso Woody con indiferencia.

—¡Habría que colgar a esos tipos! —explotó el comandante Moon—. De todas las inmundas traiciones, creo que esta es la peor. Un espía leal es un hombre valiente, que trabaja para su patria en un país enemigo, y que sus métodos no sean muy amables no lo hace menos héroe desde su punto de vista. Pero vivir sin riesgos en Alemania y dedicarse a proferir insultos contra la propia patria es... repugnante. ¡Inmoral! Espero que cuando termine la guerra podamos tratarlos como se merecen.

—A mí me dan pena sus amigos y familiares —intervino Eden con un tono más sosegado—. Que tengan que escucharles decir todas esas mentiras...

—¡Sus amigos y familiares serán igual que ellos! —replicó con dureza el

comandante Moon. Sus bondadosos ojos azules se habían envilecido con aquel visceral e irreflexivo brote de indignación y desprecio.

—No necesariamente —reflexionó Cockrill—, pero estoy seguro de que mucha gente estaría de acuerdo con usted.

No hay nada como la indignación para promover el odio irracional. Woods miró de nuevo a su amiga.

—Esther, cariño, ¿no deberías haber empezado ya tu turno?

—Supongo que sí —contestó ella, que se había mantenido un poco aparte sin participar en la conversación—. Será mejor que me vaya. No... ¡No sé cómo voy a enfrentarme a William ahora!

Por un momento se quedó allí en pie, con la cabeza gacha y la frente apoyada en las manos.

—Ya se lo hemos explicado todo nosotros, querida —la tranquilizó el comandante Moon—. No está en absoluto preocupado; es algo muy sencillo y no hay por qué ponerse nerviosos.

—¡La operación de Higgins tampoco era nada para preocuparse! —exclamó Esther de pronto, dejando caer los brazos y mirándolos con la cara pálida y los ojos enardecidos—. Pero murió. ¡Higgins murió!

—¡Pero chiquilla...!

—Estoy asustada... ¡Estoy aterrorizada! ¿Y si William también muere?

—Pero qué tontería, Esther. —Woods intentó calmarla—. ¿Por qué iba a morir? ¿Quién demonios iba a querer matarlo?

—¿Y quién iba a querer matar a Higgins?

—Quizá te sentirías mejor si lo interviniera otro cirujano, Esther —sugirió el comandante Moon con tacto—. Perkins fue quien lo operó la primera vez, pero ahora está de permiso. No obstante, podríamos arreglarlo para que se encargara Jones, o el coronel Greenaway si lo prefieres.

—No, no, comandante Moon, claro que tiene que operarlo usted, ¡por supuesto! Gervase, tú estarás asistiéndolo, ¿verdad?

—Es lo que estaba previsto —asintió Eden.

—Bien, pues hazlo, ayúdalo tú. Debes hacerlo. Por favor, comandante, no piense que... Es una atrocidad por mi parte dejar que parezca siquiera que estoy sugiriendo que no confío en que hará usted lo mejor para William. Sé que lo hará, por supuesto que lo sé. Perdonadme todos, es que... no me encuentro bien. Si le pasara algo...

Y de pronto se giró y se fue corriendo a la enfermería.

—Pobre chiquilla —se lamentó Moon al verla marchar así—, está muy enamorada.

—Esa operación... ¿De verdad no es nada grave? —preguntó el inspector con mucho interés.

—En absoluto, aunque llegaría a serlo si lo dejáramos más tiempo, desde luego. Está desarrollando una incipiente osteomielitis y debemos drenar la herida, eso es

todo.

—¿Osteo-qué? —repitió Cockrill molesto; odiaba no entender lo que para otras personas parecía estar tan claro.

—Osteomielitis. Una infección del hueso, inspector. Primero quitamos los puntos de sutura y dejamos la herida abierta para que drene el pus y luego escayolamos la pierna en lugar de colocar otra vez la fijación externa.

—¿Por qué tiene ahora esa fijación, entonces?

—Verá, los huesos se han partido en dos y los segmentos se han desplazado de su eje, es algo habitual. La fijación ejerce presión sobre ellos para que los extremos rotos puedan unirse y soldar de nuevo. Creo que más o menos podría resumirse así, ¿no, Eden?

—Una excelente exposición —asintió Gervase.

—Así que, como ve, es algo muy sencillo, Cockrill. Hay una leve infección, se está formando pus y no podemos dejar que se acumule, de modo que hacemos lo preciso para drenarlo.

—Puede ser sencillo para ustedes, para mí es un galimatías —protestó el policía, y añadió como probando suerte—: No puedo ni imaginar cómo van a hacer todo eso.

El comandante Moon cayó en la trampa sin darse cuenta.

—Puede venir mañana al quirófano y verlo por sí mismo.

—¡Santo cielo! ¿De veras sería posible? —exclamó Cockie con fingida sorpresa.

—Por supuesto, le daremos una bata y podrá observar la operación. Seguro que pasa un buen rato.

Cockrill consideraba mucho más que improbable que pudiera pasar un buen rato con aquello, pero tenía sus propias razones para querer estar presente en el quirófano y aceptó satisfecho la invitación.

—¡Pues allí estaré!

Tan pronto como el grupito se dispersó, el inspector fue a toda prisa a su despacho para dar instrucciones a sus hombres. Hacía algún tiempo que sabía el «quién» y ahora había averiguado el «por qué», pero no podía detener a nadie hasta que no tuviera claro el «cómo». Era arriesgado, pero quizá al día siguiente se lo mostrarán.

## 2

Esther tenía treinta y seis horas libres el día que iban a operar a William para poder reincorporarse al turno de mañana al día siguiente. Frederica ya estaba lo bastante recuperada para volver al trabajo. Las tres compañeras se reunieron para una de las pocas comidas que podrían disfrutar todas juntas y se pusieron a la cola en el comedor del pabellón de voluntarias.

—¡Estofado! —exclamó Frederica.

—¿De qué es el pudin?

—De arroz y tiene unas ciruelas pasas con un aspecto bastante asqueroso.

Cuarenta mujeres estaban ya comiendo apretujadas unas contra otras alrededor de dos mesas a todas vistas demasiado pequeñas. Cuchillos y tenedores rechinaban contra la porcelana al tratar de rebañar la espesa salsa, con la cabeza estirada hacia delante para reducir la distancia entre los platos y sus bocas abiertas. Las lenguas no paraban quietas un momento: «Dame la sal, Mabel», «Pídele a la señora Brown que nos pase el pan», «Ya te lo he dicho, Simpson, no puedo cambiarte el turno...». No había ninguna razón aparente por la que algunas se llamaban por el apellido, otras por el nombre de pila y otras con el añadido de «señora» o «señorita». La comandante presidía la mesa con una expresión bastante desolada.

—¿Y si nos vamos a nuestra cabaña? —sugirió Woods.

—Sí, vamos. Esto no hay quien lo aguante.

Las cocineras, muy amables, les sirvieron todo el estofado en un plato y el pudin en otro.

—¡Estas chicas! ¿Es que no podéis quedaros nunca en el pabellón?

—No, preferiríamos comer en la jaula de los loros del zoo, pero como no podemos, ¡volvemos a nuestra choza!

—Bueno, nosotras no podemos culparos —admitieron las cocineras, que por la propia naturaleza de su labor siempre comían solas cuando el resto había terminado.

—Esa Woody y sus amiguitas son unas engreídas —comentaban las otras voluntarias al volver a cerrar la fila después de que ellas se fueran.

A Esther, a Freddi y a Woods les importaba un bledo lo que las demás pensaran de ellas. Volcaron el estofado en una cacerola y lo pusieron al fuego en su propia cocina para calentarlo.

—Tiene un aspecto repugnante, chicas, pero huele bien. ¿Qué hacemos con las ciruelas?

—¡Por mí puedes tirarlas al retrete! —exclamó Frederica.

—De eso nada, Freddi, qué tontería. Tienes que comértelas, son muy saludables.

—Parecen las caras de unos señores negros muy muy viejos... —bromeó Esther mientras pinchaba una con un tenedor y lo ponía de pie sobre el borde del plato para hacer como que bailaba.

—¡Si por lo menos tuviéramos un poco de melaza para echarles por encima!

—Y unas cucharadas de crema de leche...

—Pero no tenemos —las cortó Woody en tono jovial—. Y no es probable que volvamos a ver esas cosas en un millón de años...

Woods se alegraba de que Esther hubiera hecho esa pequeña broma con las ciruelas; quería decir que estaba recuperando un poco el ánimo. Parecía que había perdido los nervios por aquella tontería de operación de William.

—Bueno, yo esta noche vuelvo al trabajo —anunció Freddi mientras empezaba a comerse el estofado—. ¿Cómo están mis sufridos pacientes, Esther? No me lo

endulces.

—Edwards y Smith ya se han ido. Johnson puede levantarse de la cama y el de las piedras en la vesícula, al que operó el coronel Greenaway, posiblemente pueda hacerlo mañana. ¿Cómo se llama? Nunca me acuerdo. Aún tenía retención de orina, pero puede que haya mejorado cuando tú llegues. Si no, será todo un récord, desde luego. Y mañana operan un apéndice y una hernia. Las dos hernias que operó el comandante Moon el otro día parecen estar mucho mejor, pero han tenido muchos dolores, creo. Siempre se están quejando, no les hagas mucho caso. El abuelo evoluciona a las mil maravillas, es encantador, y hay un marinero con unos ojos azules divinos que ha ingresado para observación, también por el apéndice...

—¡Y una fractura de tibia y peroné también fascinante en la cama de la esquina!  
—añadió Woody entre risas.

Pero al parecer fue una imprudencia, pues al mencionar a William el rostro de Esther se ensombreció de nuevo. No respondió, pero se levantó de la silla y preguntó a Freddi qué había hecho con el arroz.

—Está en la mesa de la cocina —dijo esta—. Woody, cielo, ¿de verdad tengo que comerme estas insípidas ciruelas?

—Sí, Freddi, tienes que comértelas, te sentarán bien. Esther, apenas has probado el estofado.

—Ahora no puedo con ello, querida, no me atosigues.

En ese momento, Barney apareció en la puerta.

—¡Hola, preciosas! ¿Puedo pasar?

—Si crees que seguirás queriendo a Freddi después de ver la forma que tiene de comer... —se burló Woods.

—Creo que podré resistirlo. ¿Queréis que quite la cacerola de la mesa antes de sentarme?

Woody la sujetó por el mango.

—¡Ni hablar! Es nuestro postre.

El anestesista fue a sentarse al borde de la cama del salón y Frederica se levantó de la mesa y se acomodó en sus rodillas, rodeándole el cuello con los brazos y con su dorado cabello acariciándole la mejilla.

—Cariño, tú no me obligarás a comer ciruelas pasas cuando estemos casados, ¿verdad que no?

—¡No si se lo pides así! —auguró Woody con una carcajada.

Esther seguía sentada, apartando las ciruelas del plato con el tenedor.

—¿Vas a administrarle tú la anestesia a William esta tarde, Barney?

—Pues verás, eso es lo que había venido a preguntarte. ¿Prefieres que lo haga otra persona? Perkins podría encargarse.

—No, no, claro que no. Quiero que lo hagas tú.

—Quizá estarías más tranquila si hubiese alguien distinto respecto al equipo original —insistió Barney con cautela.

Esther dejó de acosar a las ciruelas y soltó el tenedor.

—En cierto modo a lo mejor sí, pero no debería decirlo, ¿no? El comandante Moon y Gervase se han ofrecido para pedir a otros médicos que los sustituyan, pero me parecía muy descortés aceptar. Lo que sí quiero es que tú te encargues de la anestesia... Sé que el capitán Perkins lo ha hecho alguna vez, pero en realidad no es anestesista, ¿verdad? Prefiero que lo hagas tú. Los demás... Bueno, sé que estoy siendo una boba, sé que Woody y Frederica piensan que estoy exagerando, pero no puedo evitarlo...

—Claro que no, cielo, no podríamos entenderlo mejor.

Es posible que Frederica, incluso con esa desapasionada indiferencia que la caracterizaba, «lo entendiera», pero a Woods, aunque no lo hubiera reconocido por nada del mundo, le irritaba todo aquel despliegue de nerviosismo e histeria. Siempre había pensado que Esther tendía a dramatizar su tristeza y el sentimiento de pérdida por la muerte de su madre, y era de todo punto absurdo que se angustiara tanto por William; si desarrollaba un trastorno de ansiedad podría acabar arruinando su futura dicha junto a él. La mente de Woody funcionaba de una forma mucho más clara y directa y tenía un fuerte sentido común; hacía muy pocas concesiones a los excesos de la imaginación.

Esther se giró hacia la compungida pero crítica mirada de su amiga.

—Sé que esto te exaspera, Woody, pero si hubieras pasado por lo mismo que yo...

—¡No digas eso, Esther! —le rogó esta, abrumada por el remordimiento—. Lo entiendo, de verdad que sí, y no he olvidado todo lo que has tenido que sufrir. Pero es que es una operación muy sencilla, cielo, y es ridículo sulfurarse tanto y que te tortures de esa manera sin motivo. Deberías estar animando al pobre William y no ir a verlo con cara de susto.

—Yo he bajado a examinarlo esta mañana —intervino Barney— y parecía lleno de energía. ¿Lo has visto hoy, Esther?

—No, apenas acabo de levantarme de la cama después del último turno de noche. Pero no sé si quiero verlo, Barney. Me da miedo ponerme a llorar o hacer alguna tontería.

—No digas eso, chiquilla. Vete a verlo ahora mismo. Pronto le pondrán la inyección del preoperatorio y seguro que se está preguntando dónde te has metido.

—Está bien —cedió Esther al tiempo que se ponía en pie—. ¿Entonces te veo luego en el quirófano, Barney?

—¡Pero Esther, no querrás entrar! —se sorprendió Woods.

—Pues claro que sí, no voy a dejarlo solo. No tengo por qué quedarme mientras el comandante Moon opera, puedo sentarme en la sala de espera, pero estaré con él hasta que se duerma. Al comandante no le importará que entre, ¿verdad, Barney?

—Supongo que no. Y si le importa, seguro que puedes convencerlo con solo mover un dedo.

—Sí —asintió Woody mientras Esther se marchaba—, me da la impresión de que el pobre viejo está prendado de ella. La misma noche que se prometió con William, cuando bajé al cuarto de enfermeras, el comandante Moon estaba allí y la miraba como si estuviera hecha de... ¡melaza y crema de leche! —añadió riendo—. Aunque no me sorprende, porque en ese momento Esther estaba preciosa, con la cara iluminada como un árbol de navidad. En fin, debería esfumarme y dejaros solos, tortolitos. Tengo muchas cosas que hacer.

Barney no pudo fingir que lo apenara aquella sugerencia. Estaba sentado en la cama, con Frederica entre sus brazos, y pensó que no había sido tan feliz en toda su vida. Incluso la noche en que había aceptado su proposición de matrimonio, había sentido una punzada de dolor y celos por aquella breve y casi imperceptible mirada suya a Gervase. Pero ahora ya no quería tener nada que ver con Eden y había prometido casarse con él tan pronto como pudieran organizar la boda... Entonces le sostuvo la cabeza con ambas manos y la echó hacia atrás para besarle el cuello.

—Frederica, amor mío...

Esquiva, distante y parca en palabras, solo en momentos como aquel podía Freddi entregarse por completo a él. Ahora la estrechaba entre sus brazos y le besaba el cuello y la barbilla y sus hermosos labios como pintados por Burne Jones.

—Frederica, te amo, te necesito... Eres tan dulce, tan adorable, tan tentadora...

Ese sí era un lenguaje que Frederica podía entender.

## Capítulo IX

### 1

William estaba ya tumbado en una camilla con ruedas cuando Cockrill llegó y, sin saber dónde iba, acabó metiéndose en la sala de anestesia. El sargento Bray estaba sentado en una esquina, vestido con una bata blanca y concentrado en contar los instrumentos solo por el placer, en apariencia, de desordenarlos para volver a ordenarlos después. Saludó al inspector con una leve inclinación de cabeza para indicarle que todo iba bien. Cockie tiró la gabardina y el sombrero en un rincón y se quedó allí en pie, bastante incómodo, mirando al paciente. La etiqueta de quirófano escapaba a su ámbito de conocimiento. William levantó la cabeza de la almohada y esbozó una débil sonrisa.

—¡Hola!

—¡Hola, muchacho!

—¿Has venido a presenciar la ejecución? —balbuceó el joven. Tenía la boca seca a causa de la atropina.

—Así es —replicó Cockrill, aunque después de pensarlo no parecía la respuesta más apropiada en ese momento y enseguida añadió, con un tono jovial que casi resultaba tétrico—: ¡Te han dado unos buenos calcetines!

William movió los pies enfundados en dos gruesas calzas blancas de lana. Llevaba puesto un camión gris de franela y, bajo las mantas con las que estaba tapado, tenía un aspecto de indescriptible desamparo.

Esther entró en la habitación metiendo los brazos por las mangas de una bata quirúrgica verde y con cara de cansancio. La seguía Barnes, también con su bata y la mascarilla colgando de las cintas alrededor del cuello.

—Hola, inspector —saludó el anestesta con una sonrisa.

—El comandante Moon me ha permitido asistir a la operación para... observar —dijo Cockrill como si quisiera disculpar su presencia allí y mirando de reojo a William.

—Sí, ya me lo ha dicho. Venga y le daremos una bata.

En el lavamanos estaba Woods ayudando al comandante Moon y a la enfermera de quirófano. Cockrill se restregó los dedos manchados de nicotina y se plegó a que le ataran a la espalda una especie de camión verde y a ponerse la mascarilla. Trastabillándose con el bajo de la bata, que le quedaba demasiado larga, volvió haciendo eses al quirófano, con sus pequeños ojos siempre observando, centelleantes y alerta, por encima de la mascarilla. Esther salió de la sala de anestesia y se acercó a él.

—Gracias por dejar que el sargento haya subido con él desde la enfermería y que se quede aquí... —musitó en voz baja.

—William no estará en ningún momento fuera de su vista o de la mía —le prometió el inspector.

—Nunca podré agradeceréelo lo suficiente. Sé que estoy comportándome como una tonta, hace bien en burlarse de mí.

—Está bien, no tienes nada que agradecerme.

—Estoy haciendo que cambien todo el material por suministros nuevos y sin usar —anunció la joven sin dejar de moverse, inquieta, por aquella gran habitación verde y luminosa—. Así nada podrá salir mal. ¡Date prisa, Woody! —añadió según entraba su compañera cargando con uno de los cilindros para la anestesia—. Están a punto de empezar y tiene que estar todo preparado.

—Está bien, está bien... —repuso Woods con calma mientras trataba de sostenerse sobre un solo pie para cerrar la puerta, tras ella, con el otro—. Estoy en ello.

Cockrill la liberó de su carga y sostuvo el cilindro mientras ella quitaba el que estaba a medio usar en el carro para sustituirlo por el nuevo y conectar los tubos. La observaba con atención e iba repasando en su mente todos los pasos que Barney le había explicado unos días antes. Esther no podía permanecer quieta.

—¿Has sacado un autoclave nuevo, Woody?

—Sí, querida, me estoy ocupando de todo. Te he prometido que lo haría y lo haré.

—Y que los paquetes de torundas estén sin abrir.

—Pues claro, eso siempre es así.

—Y una botella de tintura de yodo sin empezar, Woody; abre una nueva. ¿Has preparado el carro de Barney?

—Voy a hacerlo ahora, Esther —repuso Woods, cuya paciencia empezaba a flaquear—. No puedo organizarlo todo a la vez.

—¿Qué ocurre, Esther? —le preguntó Barnes al entrar al quirófano.

—Barney, quisiera que todo el material de tu carro esté sin usar, que sea todo nuevo para que no pueda haber nada deteriorado ni defectuoso. Se lo he preguntado a la enfermera de quirófano y me ha dicho que no habría problema, no implica demasiada molestia y todo lo demás puede volver a usarse después. Desde luego no me refiero al instrumental que se tiene que esterilizar; eso no puede suponer un peligro, ¿verdad, Barney? Si sale directamente del autoclave, no puede ser un riesgo, ¿no?

—Por supuesto que no.

—Y las agujas, la sutura y los bisturíes están en el antiséptico... Solo sería cambiar las botellas y tus cosas, Barney. No te importa, ¿verdad?

—No, no me importa en absoluto, querida, si eso te hace sentir mejor.

—Sí, creo que sí. Sé que es una tontería, pero me tranquiliza saber que no puede haber ningún error.

—Lo entiendo. Por mí no hay ningún problema.

Esther se quedó aún algo indecisa junto al carro, toqueteando los diversos recipientes y botellas.

—No vas a usar nada de esto, ¿no?

—No, a menos que algo... No, no se usa en el procedimiento habitual —se corrigió Barney de inmediato.

—¿Ni éter, ni cloroformo ni nada de eso?

—No, no. Solo el óxido nitroso y el oxígeno.

Woods llegaba tambaleándose con un segundo cilindro a cuestas y Barnes la ayudó a colocarlo en su lugar.

—Siento causarte tantas molestias, Woody —se disculpó Esther en tono humilde.

Cockrill observó satisfecho como todos los tubos se conectaban correctamente, pero de pronto señaló los tres frascos de cristal suspendidos sobre el carro.

—En esos botes... —intentaba recordar—, el gas y el oxígeno se mezclan en el primero, sobre la superficie del agua, y luego pasan por un único tubo hasta llegar al paciente...

—Así es —asintió Barnes.

—¿Podría haber algún fallo ahí? ¿Estamos seguros de que solo contienen agua?

—No sé qué más podrían tener, pero es fácil comprobarlo —replicó Barney sin ningún entusiasmo. Cogió los recipientes y se los acercó a la nariz uno por uno para oler lo que había en su interior—. Todo parece correcto, pero no obstante, por si acaso, Woody podría vaciarlos y llenarlos de nuevo.

Cockrill se quedó satisfecho cuando vio que el contenido de los botes era reemplazado por agua estéril y regresó junto al carro de anestesia. Repasó una vez más los distintos factores en su cabeza, intentando eliminar de su pensamiento todo lo que fuera irrelevante. «Solo se utilizarán este cilindro, el negro, de óxido nitroso, y este otro, el negro con la franja blanca, de oxígeno. El cilindro verde que está en medio y que contiene el dióxido de carbono está debidamente cerrado, así como las botellas de repuesto de gas anestésico y de oxígeno. Todo está bien conectado. El paciente recibirá primero óxido nitroso y luego también oxígeno, y se podrá ver en el primer y el tercer tubo del bote de cristal transparente que hay sobre el carro la cantidad que está pasando de cada uno. El gas y el oxígeno se mezclan en ese recipiente y pasan por el tubo que termina en la mascarilla por la que respira el paciente». Así expuesto, resultaba todo muy claro y sencillo; no parecía haber lugar para accidentes. Un momento después, sin embargo, lo asaltó una idea.

—¿Va a utilizar este tubo de ventilación?

—Supongo que sí —contestó Barnes—, es lo habitual.

—¿Y no me dijo que antes tenía que introducir un extremo en lubricante?

—Sí, para que se deslice por la garganta con más facilidad.

—No veo que haya puesto en el carro un bote nuevo de lubricante, señorita Woods —le recriminó el inspector arqueando una ceja.

Esta se acercó al carro.

—No, eso no lo he cambiado, pero estoy segura de que...

—¡He dicho «todo», Woody! —gimoteó Esther.

Su compañera se encogió de hombros y fue al armario que había en la antesala.

—Mejor coja ese —le sugirió Cockrill, que la había seguido hasta allí y ahora señalaba con el dedo un bote distinto del que ella tenía ya en la mano—. Y ya que estamos aquí, vamos a llevarnos otra botella de tintura de yodo, ¿de acuerdo? De las que están al fondo...

Esther se apoyó, temblorosa, en el dintel de la puerta.

—Inspector, ¿qué está insinuando?

—Nada, nada... —Pero en ese momento dejó a un lado la pose de falsa jovialidad y parecía querer fulminarlos a todos con la mirada—. No quiero ningún truco. Sería bastante fácil colocar una botella adulterada sin llamar la atención, como el taumaturgo que se saca una carta de la manga. ¿Qué más botellas ha cambiado, señorita Woods?

—Solo la adrenalina —repuso Woody bastante alterada—. Y por supuesto he abierto paquetes nuevos de vendas y esas cosas.

Cockrill señaló una botella de adrenalina que había en el armario.

—Está bien, coja esa otra. No creo que haya que preocuparse por las vendas.

—No sé qué diantres está usted sugiriendo, inspector —protestó Woody, aunque obedeció la orden—. Solo Esther y yo sabíamos que íbamos a reemplazar todo este material por suministros nuevos.

—No estoy sugiriendo nada —replicó Cockrill, irritado—. Pero, por lo que sabemos, podría estar haciéndole el juego al asesino con todo esto.

El policía se llevó la mano al costado en busca de papel y tabaco, pero se dio cuenta de que la bata no tenía bolsillos. El ambiente del quirófano, el calor y esa luz cegadora, y sobre todo el saber que, aunque en el fondo no pensaba que corriese un grave peligro, estaba poniendo en riesgo la vida de un hombre, lo ponían tenso y nervioso. Ojalá hubiesen terminado ya.

El comandante Moon entró desde el lavamanos aún sin su bata de quirófano, con una camisa de color caqui.

—¿Estás preparado para empezar, Barney? Ha llegado Eden y yo voy a cambiarme. ¡Ah, hola inspector! ¿Va todo bien?

—Sí —asintió el policía de mala gana—, excepto que tengo ganas de fumarme un cigarrillo.

—No tardaremos mucho —le prometió Moon con una breve sonrisa—. Cuando quieras, Barnes. Esther, chiquilla, ¿no irás a quedarte aquí?

—No, comandante Moon, esperaré fuera si le parece bien. Frederica va a venir a acompañarme.

El cirujano le devolvió la sonrisa y desapareció. Esther se fue a la sala de anestesia y se la oía hablar en voz baja con William. Un minuto después el sargento

Bray, con su bata blanca, sujetaba las puertas y ella entraba empujando la camilla. Bray miró al inspector en espera de instrucciones y, tras un movimiento de cabeza de este, la ayudó a levantar las parihuelas hasta poner al paciente sobre la mesa. Luego Esther quitó las barras y, por último, Woods le colocó las mantas.

A Esther le temblaba la voz al despedirse.

—Bueno, William, ahora tengo que irme.

—De acuerdo, pequeña —contestó él intentando sonreír.

Esther parecía por completo ajena a la presencia de los demás, allí en pie bajo la enorme lámpara de luz blanca rodeada de espejos, mirándolo con las pupilas iluminadas por una especie de fulgor que transfiguraba la virginal y casi nívea belleza de su rostro ovalado. Se inclinó y lo besó con ternura en los labios antes de alejarse sin mirar atrás. En ese momento, un repentino temor anegó el árido corazón de Cockie. «¿Y si estoy equivocado?», pensaba. «¿Y si he cometido un error? ¿Y si he estado observando a la persona equivocada todo este tiempo mientras otro seguía inadvertido con su plan... y este joven muere? No debería haber dejado este sitio sin vigilancia ni un solo minuto desde anoche; debería haberme quedado aquí mientras enviaba a alguien a por un agente en lugar de ir yo mismo a buscarlo. Hubo al menos diez minutos, después de la conversación en la antesala, en los que cualquiera pudo entrar y...». Por otra parte, en ese momento Barnes y Moon ya sabían desde hacía horas que iban a operar a William al día siguiente, y lo más probable es que Eden también. Cualquiera de ellos podría haber tendido su trampa mortal durante el día, antes de que él supiera nada de aquello. Pero ¿qué tipo de trampa? Él mismo había supervisado el momento de inyectarle la medicación preoperatoria en la enfermería y había elegido las botellas de todo aquello que pudiera ser preciso administrar al paciente en el quirófano. En la máquina de anestesia todo estaba bien conectado y se había convencido de que era físicamente imposible introducir otro tipo de gas en cualquiera de los cilindros. Además, William había permanecido bajo vigilancia desde el momento en que salió de la enfermería. Era imposible que nada saliese mal y aun así... Recordó la cara de Esther al despedirse con un beso de su prometido y el miedo le martilleaba las sienes y le hacía perder la capacidad de razonamiento, el buen juicio y la agilidad mental; un temor molesto e indescriptible a no sabía qué. Observó con atención todo lo que había a su alrededor en aquella sala luminosa e impersonal: el instrumental acerado que despedía sádicos destellos dispuesto y ordenado por filas, con sus puntas afiladas, curvas o en forma de gancho para hundirse en la carne; los tubos rojos de caucho que se retorcían sobre sí mismos; las torundas, las agujas y el hilo de sutura; las finas burbujas que subían y bajaban inocentes a lo largo de ese tubo plateado en el recipiente de cristal; todos aquellos brillantes y desconocidos útiles quirúrgicos... Y se sintió inútil y asustado. Con una de sus uñas manchadas por la nicotina, se rascaba nervioso una pequeña rugosidad en la palma de la mano.

Barnes estaba ya sentado en su taburete, con la mascarilla subida sobre la boca y

la nariz, y con la mano izquierda sujetaba la máscara de ventilación unos centímetros por encima del rostro de William mientras con la derecha manipulaba las llaves de las válvulas.

—Respire con normalidad —decía con voz monótona—. Relájese y respire como siempre. Eso es, sin prisa. Inspire y espire...

Woods estaba en pie junto a la máquina de anestesia y miraba al paciente en silencio. La enfermera de quirófano esperaba tras el carro del instrumental. Eden y Moon entraron poniéndose los finos guantes marrones que, espolvoreados con ácido bórico, se habían vuelto de un gris opaco. William cerró los ojos ya sin brillo y su cabeza cayó de lado sobre la almohada. Las burbujas iban aumentando en el recipiente de cristal.

Nadie hablaba y al otro lado de la puerta pudieron oír el repiqueteo de los tacones de Frederica sobre el suelo de piedra cuando llegó a reunirse con Esther en la sala de espera. William tenía ya una respiración más profunda y sus mejillas, alrededor de la máscara de caucho, estaban adquiriendo un tono rojizo.

—¿Va todo bien? —le preguntó Cockrill a Barnes mientras observaba por detrás de su hombro.

—¿Por qué, por el color? Sí, es lo normal. Ahora hay que administrarle el oxígeno.

El anestesista giró otra llave y empezaron a aparecer burbujas en la superficie del agua que subían por el tercer tubo del frasco de cristal. El color del rostro de William se volvió más intenso.

—¿Está seguro de que va todo bien? —insistió el inspector, angustiado, que no dejaba de pellizcarse la palma de la mano.

—Solo necesita más oxígeno —repuso Barnes con calma.

Moon y Eden permanecían en absoluto silencio observando la mesa de operaciones, la tensión surcaba de finas arrugas el semblante de Woods y la enfermera de quirófano levantaba la vista del instrumental de cuando en cuando para mirar al paciente y luego volvía a bajarla. Se había incorporado al equipo de cirugía tras la muerte de la enfermera Bates y la creciente sensación de miedo y desvarío le pasaba por completo desapercibida.

Las burbujas trepaban sin pausa por el tercer tubo e iban desapareciendo en el primero según Barnes cortaba el paso de óxido nitroso e incrementaba el oxígeno. Menudas gotas de sudor empezaban a perlarle la frente y su rostro se tornaba cada vez más ceniciento.

—¡Jesús! —exclamó en voz baja, pero se le oyó con claridad en el silencio de la habitación. Bien podía haber sido una blasfemia tanto como una plegaria.

—¿Qué ocurre? —susurró Moon—. Esto no me gusta, Barnes, no me gusta el color que tiene...

—¡Está empezando a convulsionar! —gritó Eden al tiempo que alargaba una mano para sujetarle las piernas.

Cockrill no podía soportar aquella visión. Su mente, siempre tan aguda y despejada, estaba sumida en un torbellino de miedo, dudas y una horrible congoja. Se había arriesgado a hacer aquel experimento pensando que era seguro, había apostado la vida de un hombre y de pronto todo se desmoronaba.

—¡Deje de administrarle anestesia! —vociferó—. ¡No le dé más!

—No lo estoy haciendo —respondió Barnes con un hilo de voz—. Pero necesita oxígeno.

Cockrill intentaba secarse con la bata las manos empapadas de sudor, luchando contra el pánico, luchando por recuperar la compostura, y se miró, sin pensar, esa molesta aspereza de la palma. Era una pequeña mancha negra.

Una pequeña mancha negra.

El quirófano comenzó a dar vueltas a su alrededor en una espiral de verde y acero, con una pequeña mancha negra en el centro que se hacía cada vez más y más y más grande, eclipsándolo todo; eclipsándole la vista, el oído, el tacto y la razón, envolviendo su cerebro en una especie de telón de terciopelo negro, martilleando su memoria con machacona insistencia... Un rayo de luz acerada atravesó por un instante la oscuridad, el filo de un cuchillo rasgando tembloroso una bata verde manchada de sangre, sus propias manos cerniéndose sobre él a través de la niebla, recién lavadas en el lavamanos del quirófano, Woody acercándose a él, con pasos vacilantes y un pesado cilindro de hierro agarrado como un bebé sobre su pecho... Y de pronto estaba de rodillas junto a Barney, arañando como un loco las llaves y las válvulas de seguridad de la máquina de anestesia.

—¡Córtelo! ¡Corte el oxígeno! Utilice el cilindro de repuesto... La botella de oxígeno de repuesto, utilice esa...

Mientras Barnes obedecía sus órdenes, el inspector alargó la mano para coger un par de tijeras del carro y raspó con la punta la superficie del cilindro que acababan de cerrar. Una viruta de pintura negra aún algo húmeda se desprendió bajo el acero de las tijeras y dejó al descubierto lo que parecía una capa anterior, de color verde intenso.

## 2

Dióxido de carbono. Un cilindro idéntico, salvo por el color, al del oxígeno. Un gas incoloro e inodoro. Un cilindro de dióxido de carbono con una capa de pintura negra sobre el verde original y colocado donde debería estar el del oxígeno. Nada más que mostrar, ni mucho menos que decir; nada salvo una mancha pegajosa de pintura negra en la palma de una mano limpia delante de una bata de quirófano.

Diez minutos después, Barney no dejaba de temblar.

—¡Todo el tiempo creía que estaba administrándole oxígeno y era dióxido de carbono!

—Recuerdo que me explicó —dijo Cockrill mientras se limpiaba la frente con manos temblorosas, aunque sus ojos volvían a brillar y tenía la mente fría y despejada de nuevo— que si hubiera sido posible que Higgins estuviera respirando óxido nítrico y dióxido de carbono en lugar de óxido nítrico y oxígeno, habría muerto de una forma muy parecida.

—Desde luego, por asfixia. Le faltaba el aire.

Aquel espantoso color estaba desapareciendo de las mejillas de William, las convulsiones habían cesado, los músculos del cuello estaban más relajados y empezaba a respirar con normalidad. Todos se habían quedado inmóviles, mirándolo, y mirando el rasponazo verde del cilindro.

—Este asunto no le concierne, enfermera —alegó Cockrill dirigiéndose a la mujer que los miraba con ojos como platos desde detrás del carro del instrumental—. Quizá quiera marcharse, ¿verdad? Pero no diga ni una palabra de todo esto ahí fuera, ¿me oye?

Nadie más se movió ni se atrevió a hablar. Barnes seguía sentado, sujetando la máscara sobre la cara de William con la mano derecha. De pronto, Esther apareció en la puerta, y Frederica junto a ella. Al ver el color macilento de sus rostros, el cuerpo inmóvil en la mesa, el instrumental sin usar y los carros retirados a un lado, empezó a gritar de desesperación.

—¡Está muerto!

—¡No, cariño! —Woods corrió hacia ella—. No pasa nada, está bien.

—¡Está muerto! —repetía Esther, que parecía no verla ni oírla y tenía la mirada perdida en algún punto de su propio infierno privado.

Barney levantó la vista un momento del paciente.

—¡No, no! Está bien, Esther, de verdad. Está perfectamente.

—Ha habido un pequeño... accidente, querida —intentó explicarle el comandante Moon con amabilidad al tiempo que se acercaba hasta ella y la cogía del brazo—. Pero ya se ha solucionado y ahora está bien.

—¿Un accidente?

—Alguien ha pintado «por error» un cilindro de dióxido de carbono, para que pareciera oxígeno, de negro con una franja blanca —resumió Cockrill.

—Pintado... ¿Dióxido de carbono...? —Esther lo miró temblando, pero de pronto estalló en un ataque de ira—. ¡Inspector Cockrill, esto es culpa suya! ¡Usted ha dejado que pasara! ¡Sabía que esto iba a pasar...!

—No, no lo sabía, Esther —repuso este con calma—. Estaba seguro de que no iba a ocurrir nada. Tenían que operarlo, eso no estaba en mis manos, y pensé que había que considerar la posibilidad de una agresión, pero he tomado todas las precauciones posibles... y no pensé que pudiera llegar a suceder.

—El inspector ha salvado la vida de William, Esther —le recriminó el comandante Moon muy serio. Luego se acercó a Cockrill; un hombrecillo rechoncho y de piel pálida y rosada frente a otro delgado y moreno—: Has hecho un trabajo

espléndido, Cockie. Gracias a Dios que estabas aquí.

William respiraba tranquilo y con ritmo regular, a un millón de kilómetros de distancia en un sueño profundo y nebuloso fuera del alcance de la memoria humana. Hablaban por encima de su cuerpo como si se tratara de un leño de madera, pero Esther fue hacia la mesa y se quedó muy cerca de él.

—¡Ha reaccionado muy rápido, inspector! —lo encomió Woody con entusiasmo—. He visto cómo se miraba la mano y en menos de un segundo ya había alcanzado la llave y estaba abriendo la botella de oxígeno de repuesto. Se ha dado cuenta de que era pintura negra y... ¿entonces?

—Bueno, entonces he sabido que solo podía venir del cilindro, ya está —explicó el policía, algo brusco—. No había tocado nada más después de lavarme las manos ahí fuera, pero sí la ayudé a cargar con la botella.

—Ya, pero aun así...

—Y luego estaba lo de la enfermera Bates.

—¿La enfermera Bates? —repitieron todos haciéndose eco de sus últimas palabras y reuniéndose en torno al policía; todos salvo Barney que continuaba atendiendo al paciente.

—Había dos cosas que me resultaban interesantes del asesinato de la enfermera Bates —aclaró Cockrill—. Dos cosas que parecían esconder la clave de lo que ocurrió, y las dos tuvieron lugar después de su muerte.

—La apuñalaron una segunda vez —recordó Woody, a la que ese macabro detalle parecía fascinar de manera particular.

—Exacto —asintió el inspector—. ¿Y...?

—Y la vistieron con la bata, la mascarilla y las botas de quirófano.

—Eso es.

Frederica había permanecido todo ese tiempo en silencio, enrollando una punta de su almidonado delantal para volver a estirarlo de inmediato, una y otra vez.

—No sé qué podría deducir nadie de algo así —objetó con torpeza.

—Pues cualquiera que pensara con detenimiento sobre ello podría llegar a importantes conclusiones —replicó Cockrill, que, aunque parecía que los observaba a todos con atención, estaba estudiando las reacciones de uno de ellos en concreto—. En primer lugar, vestir el cuerpo de esa manera solo puede ser el acto de un lunático u obedecer a una determinada razón; una razón que mereciera correr el riesgo de permanecer más tiempo en la escena del crimen.

—Pues entonces a lo mejor se trata de un loco —insistió Freddi, obcecada en enrollar y desenrollar el borde de su delantal.

—No, el asesino no es ningún demente. Creo que tiene lo que se llama una «fijación» con un tema en concreto, pero que por lo demás está tan sano como ustedes o como yo. —Al decir esto esbozó una leve sonrisa pues, al dirigirse a ellos, se estaba dirigiendo también al propio asesino. Como nadie respondía, continuó—: Higgins y William han sido atacados por el mismo motivo, Frederica, porque el

asesino tenía miedo de que lo descubrieran y la enfermera Bates porque tenía una prueba tangible del asesinato: una prueba de la identidad del asesino o bien de cómo se había cometido el crimen. En este último caso no habría duda posible sobre cómo la había matado, y, por tanto, toda la farsa de la bata y la mascarilla y de la segunda puñalada tiene que estar relacionada no con su asesinato, sino con la prueba perdida. Es obvio, ¿no?

—Más claro que la luz del día —ironizó Eden.

Cockrill lo cogió de pronto por un hombro y lo empujó hasta colocarlo frente al armario de los medicamentos peligrosos, mirando a la pared del quirófano.

—Quédese aquí un minuto, comandante Eden. Ese es el lugar donde estaba Bates, sacando su «prueba» del armario. El asesino estaba de pie... aquí. —El inspector se dirigió a la puerta y se detuvo un momento—. Usted se gira y me ve, yo doy tres pasos hacia delante... —Entonces levantó la mano con gesto dramático, como si sujetara un cuchillo imaginario—. Usted se queda mirándome fijamente, aterrorizado e incrédulo... ¡Y lo apuñalo!

—Es espantoso —murmuró Esther en voz baja.

—Estoy seguro de que lo fue, en su momento —asintió Cockrill. Luego se giró hacia su víctima, que seguía en pie vivita y coleando, a pesar del fingido golpe, y de espaldas al armario—. Y ahora que está muerto... ¿Qué hago? ¿Le arrebató la prueba de las manos y me voy corriendo? No. Visto el cadáver y lo tumbo sobre la mesa de operaciones. Comandante Moon, la herida infligida con el bisturí... ¿habría sangrado mucho?

—No hacia el exterior —declaró el cirujano.

—Y la segunda herida, ¿tendría que haberse producido muy poco tiempo después de la muerte para que sangrara?

—Casi de inmediato.

—Y aun así los bordes del desgarró en la tela de la bata estaban llenos de sangre. Esto significa que tuvieron que ponérsela casi nada más morir. Pero no era una bata limpia, estaba usada. Señorita Woods, ¿dónde se guarda la ropa sucia del quirófano?

—En el cesto de la lavandería —afirmó Woods—. Fuera, en la antesala, hasta que pasan a recogerlo.

—¿Habría llevado algo de tiempo ir hasta allí a cogerlo?

—Sí, un par de minutos. Y el cesto estaría cerrado, no puede abrirse así como así.

—De modo que podemos afirmar que el asesino no fue a buscar la bata en ese cesto.

—Antes ha dicho que el asesino iba vestido con una bata de quirófano —apuntó Eden al tiempo que abandonaba su posición de víctima—. A lo mejor llevaba otra para la enfermera Bates.

—No, la suya la había sacado del armario de la ropa limpia, pudimos comprobarlo después. Esta estaba manchada. Además, no creo que supiera de antemano que iba a necesitarla.

—¿Y cuándo se dio cuenta? —preguntó impaciente Freddi.

—Cuando vio a la señorita Bates ahí de pie, con ella en la mano —concluyó Cockrill con voz triunfante.

El desconcierto los dejó a todos sin palabras y, al fin, fue Woods la que rompió el silencio.

—¿Quiere decir que eso es lo que había escondido en el armario? ¿Una bata de quirófano?

—Su bata de quirófano, señorita Woods, para ser más exactos.

—¿La mía? —repitió Woody como embobada.

—Solo vi a la enfermera Bates una vez, apenas unos minutos —rememoró el inspector—. Pensé que era una mujer ingenua, lo cual no tiene nada que ver con ser estúpida. Aquel día Bates vio algo, después de la muerte de Higgins, que le dio la clave de lo que había ocurrido. Me atrevería a decir que ni ella misma quería creerlo, en el fondo de su corazón; solo jugaba con la idea en su cabeza, fingiendo que significaba más de lo que en realidad sospechaba..., que era una historia que podía guardar para sí y sacar a la luz algún día, cuando le conviniera.

—¿Y qué iba a poder sacar ella de todo esto? —protestó Eden medio desdeñoso, medio a la defensiva.

Cockrill arqueó una ceja con ademán sarcástico.

—¡Quién sabe!

—Es una teoría absurda. —Gervase se encogió de hombros, enfadado—. ¿Cómo iba Bates a haber notado algo raro en los cilindros? Tendría que haber visto que uno estaba repintado para entender lo que había ocurrido. ¿Y cómo? Ella no se paseaba por ahí con las botellas de la anestesia, no es trabajo de las enfermeras. Las voluntarias son las que se encargan de eso. Además, después de la muerte de Higgins los cilindros tenían que estar casi llenos, no habría hecho falta cambiarlos. ¿Por qué iba a haberlos tocado?

Entonces Esther habló, en voz muy queda, sin abandonar su posición al lado de William.

—Te equivocas, Gervase. La enfermera Bates pudo darse cuenta de lo del cilindro ese día. ¿No recuerdas que Woody bajó a Higgins al depósito y yo me quedé recogiendo en su lugar? Obviamente no conocía el procedimiento y la enfermera Bates me ayudó. Es fácil que tocara las botellas de la anestesia, o incluso que las cambiara.

—De hecho, tuvo que hacerlo —apuntó Barnes, que había permanecido sentado en silencio hasta entonces—. De lo contrario otros pacientes también hubieran muerto.

El anestesista volvió a perder el color ante aquella espeluznante idea.

—¡Ya lo ven! —exclamó Cockrill.

—Pero no entiendo qué tiene eso que ver con la bata —reiteró Woody, que parecía tomarse como una afrenta personal el hecho de que fuera la suya la que podía

estar involucrada.

—¡Claro, la bata! —El inspector se balanceaba ligeramente sobre sus pies, apoyándose de forma sucesiva en los dedos y en los talones—. La bata era la clave de todo, la auténtica clave. La señorita Sanson nos ha confirmado que la enfermera Bates anduvo de acá para allá en el quirófano esa mañana después de la muerte de Higgins. Pudo ver la bata entonces o más tarde, no lo sabemos, pero en cualquier caso la escondió en el armario de los medicamentos peligrosos, en una estantería que no se utilizaba demasiado, y más tarde el asesino la sorprendió con ella en la mano. La mató para llevársela, pero, una vez consumado el crimen, se dio cuenta de que no podía hacerlo: no podía salir del hospital con una bata manchada bajo el brazo sin que nadie se diera cuenta. Tenía que dejarla en el quirófano y tenía que hacerlo de tal manera que no nos percatásemos de su presencia o, si lo hacíamos, que no pudiésemos entender su significado. Por eso se la puso al cadáver y añadió la mascarilla y las botas y tumbó a la pobre mujer sobre la mesa de operaciones, para que pareciera algún tipo de acto irracional, un rito o un ceremonial que solo un loco podría haber pergeñado...

—«Loco», ahí está la cuestión —lo interrumpió Freddi—. ¿Quién sino un loco habría matado a Bates para quitarle esa bata y luego se habría marchado sin ella? No tiene ningún sentido, no me creo ni una palabra.

Y como si descartara toda aquella historia se acercó a Barney y se inclinó por encima de su hombro para observar con interés clínico el rostro de William. Barnes retiró un poco la máscara para que viera cómo había mejorado el color de su piel y le abrió un párpado con la máxima delicadeza. Frederica se dirigió a Esther con una sonrisa para tranquilizarla.

—No podría estar recuperándose mejor.

Cockrill ignoró por completo esta pequeña exhibición de prepotencia que, no obstante, alivió la tensión y consiguió que todos se bajaran de sus atalayas de autodefensa. Woody esbozó una sonrisa indulgente y le guiñó un ojo a Gervase; le encantaba ver a Freddi fanfarronear de esa manera. El comandante Moon se quitó el gorro y empezó a jugar con él, dándole vueltas mientras lo tenía pellizcado por el centro. Incluso Esther sonreía un poco. El inspector los devolvió a la realidad de golpe.

—Y luego, tras disponer el cuerpo de esa manera, el asesino lo apuñaló una segunda vez por encima de la bata.

Woody volvió a reflexionar de nuevo sobre aquello.

—Pero ¿por qué? Es lo que no consigo entender.

—Para hacernos creer que el agujero de la bata era consecuencia del apuñalamiento.

Todos se quedaron mirando al policía.

—¿Y no lo es? ¿Cómo se hizo entonces? ¿Y por qué? Tuvo que hacerlo con el bisturí...

Cockrill cogió una venda y, con mucho cuidado, un bisturí del carro del instrumental y, de un solo movimiento, lo clavó en la tela. Dejó un corte diminuto, casi imperceptible.

—¿Y qué? —repuso Freddi sin inmutarse.

—El agujero de la bata era bastante grande y de bordes desiguales. No se hizo al apuñalar a la víctima, sino para recortar un trozo de tela.

Frederica había perdido ya todo su pretendido interés en el paciente. Se acercó despacio hacia el inspector, con sus grandes ojos grises fijos en él.

—Para recortar... ¿qué? No lo entiendo. ¿Qué es lo que quería recortar de la bata?

—Una mancha de pintura negra —dijeron todos los demás al unísono.

### 3

Barnes dijo que ya podían llevar a William de vuelta a la enfermería. Cockrill hizo llamar a varias enfermeras y celadores para que lo trasladaran sobre una camilla con ruedas. Luego se reunió con la enfermera jefe y con el oficial al mando y habló con ellos largo y tendido; ninguno de los dos se había sentido tan aliviado desde hacía años. Por último, se retiró a la sala de anestesia para dar instrucciones al sargento Bray.

—Debemos vigilar a estos seis individuos día y noche hagan lo que hagan, estén juntos o por separado. No podemos perderlos de vista en ningún momento, no importa si no les gusta... Mucho mejor, de hecho. Quiero una confesión. Lo tengo todo salvo una prueba concluyente y necesito que el asesino confiese. Nadie puede soportar una presión así más de un día o dos, tenemos que conseguir doblegarlos.

—¿Le parece seguro dejar que vayan de acá para allá, con toda esa morfina a su alcance...?

—Hay más morfina de la que cree, Bray. Y no, claro que no es seguro; es muy peligroso, pero no puedo hacer otra cosa. No tengo pruebas para detener a nadie, mucho menos para presentar ante un tribunal. Está el móvil, por supuesto, la media hora sin coartada de la noche en la que ingresó Higgins, la expresión de asombro en el rostro de Bates al morir, la descabellada razón por la que Linley casi acaba gaseada, el insomnio de ciertos pacientes en la enfermería de Santa Isabel y, por último, la extraña conversación de anoche en la antesala del quirófano. Si lo juntamos todo, el caso está claro como el agua, pero por separado todo se desmorona. ¡No tengo más remedio que esperar!

Bray se tiraba de manera inconsciente del lóbulo de la oreja; estaba reflexionando.

—¿Y no podría descartar a los sospechosos por eliminación, señor? Por ejemplo, la señorita Linley: anoche no sabía que hoy iban a operar a ese tipo. El quirófano ha

estado vigilado desde unos diez minutos después de esa conversación en la antesala hasta ahora mismo, por tanto, ella no pudo entrar y pintar la botella; tendría que quedar descartada.

—Va demasiado deprisa, sargento. Barnes se encontró con su prometida cuando se dirigía al pabellón para la cena, le contó lo que había pasado y siguió su camino. Linley dice que vino a ver a Esther Sanson para tratar de consolarla, pero que no la encontró. Woods afirma que ella también la buscó sin éxito y que entonces regresó a su alojamiento. Esther asegura que sus amigas no la vieron porque se escondió en algún rincón apartado de todo para recomponerse antes de empezar su turno en la enfermería. Todo suena factible, pero, como verá, ninguna de ellas tiene coartada. Barnes, Eden y Moon, por su parte, tuvieron un amplio margen para actuar durante el día: los tres tenían conocimiento de la operación programada para hoy y pudieron entrar a hurtadillas en el quirófano. Solo habrían tardado unos minutos en pintar la botella y sabían lo que hacían; no era la primera vez.

—Es bastante complicado, ¿no? —pensó en voz alta el sargento Bray, cuya oreja empezaba a adquirir un color rosa intenso.

Había pasado una hora desde que Cockrill recordara por última vez sus ansias de fumarse un cigarrillo.

## Capítulo X

### 1

Barnes, Eden y Moon se presentaron esa tarde a tomar el té en la pequeña cabaña de las jóvenes voluntarias.

—Hemos pensado que una banda de criminales debería permanecer siempre unida —bromeó Gervase mientras deslizaba sobre la mesa el plato con pan y mantequilla que llevaba en el antebrazo y se sacaba un par de galletas del bolsillo—. En el pabellón todo el mundo estaba incómodo, no hacían más que golpetear los platos con las cucharillas y saltaban del asiento cada vez que nos dirigíamos a ellos, así que nos hemos esfumado. —Y añadió, según asomaban tres galletas más de su otro bolsillo—: Pero nos hemos traído nuestras raciones.

—Además de unos sándwiches de aspecto un tanto dudoso —agregó Barney al tiempo que abría una blonda de papel.

—¡Y un bizcocho entero! —se regodeó el comandante Moon—. Lo he cogido delante de todo el mundo y me he marchado con él. Nadie se ha atrevido a decir ni una palabra.

Esther estaba tumbada en la estrecha cama del saloncito y tenía el aspecto de una enferma, pero sonrió agradecida ante la forzada jovialidad de los médicos y puso los pies en el suelo.

—Voy a hacer té, Woody.

—De eso nada —la frenó Woods, obligándola a tumbarse de nuevo—. Vamos, Freddi, nosotras nos encargaremos.

Frederica habría preferido quedarse en el brazo de la silla de Barney, jugueteando con su suave cabello rubio hasta formar con él dos pequeños cuernos para hacerle parecer el dios Pan, pero la siguió con aire obediente y enseguida pudieron oír su lastimera voz («Pero es que no sé dónde los guardamos...». «Es que nunca consigo cortarlo recto...») mientras Woods hacía repiquetear las tazas y los platos y le daba instrucciones. Moon se sentó junto a Esther, al borde de la cama.

—¿Cómo te encuentras, querida?

—Estoy bien, comandante Moon. Solo un poco aturdida, nada más. Estaba..., estaba ahí, en la puerta del quirófano, y os veía a todos tan quietos... Todos ahí en pie, sin moveros... Algo tenía que haber salido mal. Creía que estaba muerto y...

Pero la voz se le quebró y no pudo terminar la frase.

—¿Es cierto que Cockrill no te deja ver a William, Esther? —le preguntó Barnes.

—No solo a mí. Me ha dicho que le iba a poner vigilancia día y noche y que sería mejor que ninguno de nosotros nos acercáramos, ni siquiera yo. ¡Todo esto es

aterrador, Barney!

—Ya ha terminado todo, Esther —intentó tranquilizarla Eden—. Ahora que el inspector sabe cómo mataron a Higgins, no tardará mucho en... —Sin embargo, aquel tampoco era un pensamiento muy alentador, así que cambió de tema—. Sea como fuere, ¡nos han dado a todos unas pequeñas vacaciones! El oficial al mando del equipo de cirugía se hará cargo de todas las operaciones en los próximos días... —Gervase hinchó las mejillas para imitar al teniente coronel Greenaway revisando la lista de operaciones pendientes con mucha pompa y ceremonia—. Y Perkins administrará las anestесias. ¡Que Dios ayude a los pacientes! Es todo lo que puedo decir.

—¿Es que el coronel Greenaway no es un buen cirujano, Gervase?

—Bueno, supongo que sí, pero es tan lento que te dan ganas de darte a la bebida. El otro día lo ayudé en una apendicitis de urgencia...

Eden ya se había enredado por completo en una madeja de chismorreos de hospital cuando Woods y Frederica regresaron con una gran tetera de loza desportillada y un montón de platos y tazas.

—Por cierto, ¿a vosotros también os siguen policías a todas partes? —les preguntó Woody cuando dejó la jarra de leche sobre la mesa y mientras rebuscaba en un cajón para sacar cucharas y cuchillos.

—Sí, uno ha venido acompañándonos hasta aquí. Ahora está ahí fuera paseándose de un lado a otro.

—¡Pobre diablo! —exclamó Woods. Luego llenó una taza con té y leche, a regañadientes añadió un poco de azúcar y se asomó a la puerta trasera—. ¡Eh, usted! ¡Señor! ¿Quiere un poco?

Y la oyeron asegurar con voz alegre que no tenía arsénico.

—Hasta donde sabemos —la corrigió Freddi en un murmullo.

—Cariño —le dijo Barney con ternura, que la había oído—, ¿no te estará afectando todo esto? ¿Estás asustada?

Frederica era casi incapaz de alterarse y perder los nervios. Sin embargo, le gustaba hacer ostentación de esas muestras de afecto de su prometido para demostrar a Gervase lo enamorados que estaban Barney y ella. Sentía una enojosa vergüenza por haberse encaprichado así de Eden y ahora intentaba, de manera inconsciente, cargar sobre él toda la responsabilidad. Se sentó en el brazo del asiento de Barnes y dejó que la consolara. Esther seguía tendida en la cama y el comandante Moon había posado una mano sobre su muñeca. Woody estaba sirviendo el té y nadie le prestaba tantas atenciones.

La conversación se iba animando y apagando por momentos. ¿Cuánto durarían esas forzosas vacaciones? ¿Cómo seguiría funcionando el quirófano sin el comandante Moon, sin Barney y sin Woods? ¿Cómo sobrevivirían en Santa Isabel sin Esther y sin Freddi? ¿No se retrasarían demasiado las operaciones si solo podían contar con Greenaway, un oficial de asuntos generales y un ortopeda? Pero no iban a

poder evitar para siempre el tema que todos tenían en la cabeza y fue Woods la que, al final, interrumpió una vehemente defensa de Huevo y Castaña y de lo bien que Esther pensaba que se apañarían en la enfermería.

—Bueno, no hablemos más de esas idioteces. Hablemos de la pintura negra.

Quizá, después de todo, sí sería un alivio hablar de ello.

—Es increíble que fuera algo tan simple —empezó a decir Barney, en apariencia aún abrumado por el estupor de que alguien hubiera podido engañarlo así—. No puede manipularse el gas que hay dentro del cilindro, de modo que manipulas el propio cilindro. Esos gases son incoloros e inodoros... No habríamos podido detectarlo ni en un millón de años.

—¿El dióxido de carbono no produce una especie de picor, Barney?

—Solo si se inhala en una concentración lo bastante fuerte. Si pudieras meter la nariz directamente en el interior de una de esas botellas, notarías algo así como un hormigueo..., como la sensación que provocan las burbujas de la soda. Pero si lo respiras a través de una mascarilla no lo notas. Yo tampoco lo habría detectado por olfatear alrededor del carro. Además, nunca se me hubiera ocurrido. Un cilindro de oxígeno es un cilindro de oxígeno, uno no duda de algo así.

—«Paréceme que el caballero protesta de ello demasiado...» —bromeó Woody parafraseando a la madre de Hamlet.

—No estoy protestando —refunfuñó Barnes, no muy divertido—. No había la más mínima razón para suponer que Higgins hubiera sido asesinado y, en esas circunstancias, ningún anestesista en el mundo habría soñado siquiera con poner en duda el contenido de las botellas. Incluso si hubiera sabido que lo habían matado, sería lo último que se me habría ocurrido pensar... A mí y a cualquier otro en mi situación.

—Claro, cielo, no pretendía ofenderte —repuso Woody con tono pacificador.

—Cockrill ha estado haciendo algunos experimentos —intervino el comandante Moon—. Parece que ha demostrado, para su propia satisfacción, que el cilindro tuvo que repintarse bastante antes de medianoche, el día que ingresaron a Higgins, de modo que pudiera secarse a tiempo para la operación.

—En el quirófano hace calor... —apuntó Eden.

—Todo eso lo ha tenido en cuenta. Asegura que pasaron unas doce horas. Eso quiere decir que lo hicieron sobre las diez de la noche o poco después.

—Lo cual no podría ser más significativo —añadió Freddi.

—¿Significativo? ¿En qué sentido?

—Es otra prueba más de que tuvo que hacerlo uno de nosotros —le explicó Eden, que había interpretado con acierto la vaga aserción de Frederica—. A las diez de la noche, o incluso a las once por curarnos en salud, ha quedado claro que solo nosotros seis, además de Bates, podíamos saber que Higgins estaba en el hospital...

Todos lo sabían y, aun así, sus mentes se negaban a aceptarlo. La razón les decía que uno de ellos era un asesino, pero sus sentimientos se rebelaban ante esa idea.

Porque, después de todo, ¿quién? No el viejo y amable comandante Moon. Tampoco Gervase, con su raro encanto, su brillante inteligencia y su impetuosa honestidad. ¡Y Dios sabía que no podía ser Barney! Ni Esther, tan discreta y decorosa; ni la exquisita Freddi; ni Woody con su enorme, cálido, generoso y alegre corazón.

—Lo que no entiendo —prosiguió Eden, desviando su atención de tan dolorosos pensamientos— es cómo ninguno pudo planearlo todo en tan poco tiempo. A fin de cuentas, Higgins ingresó alrededor de las nueve y media. ¿Cómo pudo el asesino tomar la decisión de matarlo y trazar su plan en un intervalo aproximado de una hora? ¿De dónde sacó la idea?

—Pues de los contenedores de reutilización, ¿no? —afirmó Freddi como si fuera algo obvio para todos.

—¿Los contenedores de reutilización? ¿De qué hablas?

—Se refiere a los contenedores de basura que el coronel Beaton ha hecho repintar —aclaró Esther—. Desde que ha llegado no hacemos más que tropezarnos con botes de pintura negra y blanca por todas partes, ¡tanto en el vestíbulo como en los pasillos! El asesino debió de verlos y eso le dio la idea. Solo tuvo que coger uno, colarse en el quirófano y luego devolverlo al sitio donde lo hubiera encontrado.

—Más bien dos, porque los cilindros de oxígeno llevan una franja blanca, de modo que tuvo que utilizar dos tipos de pintura. ¡Es impresionante que te hayas dado cuenta, Freddi, de verdad!

—Cielo santo, Woody, lo pensé en cuanto me enteré de que habían pintado la botella.

—Pero ¿cómo podía estar seguro de que se utilizaría ese cilindro en concreto para la operación de Higgins? —se preguntó Esther.

Woods cogió la taza de Barney y volvió a llenarla.

—Eso no sería difícil —especuló aún de pie y sin soltar la tetera, que colgaba balanceándose de su mano como si se hubiera olvidado de que la estaba sujetando—. Cuanto más lo pienso, más fácil me parece. Higgins estaba el segundo en la lista de operaciones para ese día. El asesino dejó salir cierta cantidad de oxígeno del cilindro que estaba en el carro, de manera que solo quedara suficiente para una operación más, una operación larga como la de la úlcera duodenal. Así se aseguraba de que tuviéramos que cambiarlo por uno nuevo en la siguiente. Claro que las botellas se suben desde el depósito de suministros médicos, pero solemos tener tres o cuatro en el almacén del quirófano según el trabajo que haya programado cada día. Solo tuvo que poner el cilindro repintado en la repisa para que yo lo cogiera, y desde luego yo cogería el que tuviera más a mano.

—¿Y cómo demonios podía saber cuánto oxígeno emplearíamos en la operación de la úlcera duodenal? —exclamó Barney—. Incluso a mí me costaría bastante calcularlo.

—Pues hizo una estimación, y una muy buena, porque recuerdo que el oxígeno se terminó justo después de acabar la operación de la úlcera. Por eso puse una botella

nueva en lugar de abrir la de repuesto. Por otra parte, si fue alguien que estaba en el quirófano, también pudo vaciar lo que quedara después de la intervención sin que nadie se diera cuenta...

—Todos estuvimos entrando y saliendo del quirófano entre las dos operaciones —señaló Eden.

—Excepto Frederica —puntualizó Barnes.

—¿Eso me descarta como sospechosa? —le dijo la joven—. ¡Eres un encanto!

—En ese caso, Woody, ¿no se habrían contado después un cilindro de oxígeno usado de más y uno de dióxido de carbono de menos? —recalcó Gervase.

—¡Diantre! —se asombró Woods—. ¡Me pregunto si fue así!

Barney no pudo evitar una carcajada al ver su cara de desconcierto.

—¡Puedes apostar la vida a que no! Cockrill lo comprobó al día siguiente. A lo mejor pintó uno de los de oxígeno de verde, para que cuadrara con el listado.

—Pero aquí no hay pintura verde por ningún sitio —objetó Frederica.

—Pues entonces pudo limpiar el otro después, antes del recuento. Sería bastante fácil hacerlo en el quirófano, hay grandes cantidades de acetona, trementina y ese tipo de cosas, y la pintura aún no se habría endurecido, solo estaba seca.

—Ni siquiera seca del todo —convino Eden—, ya que dejó una mancha negra en la bata de Woody.

—¿La trementina no habría levantado también la capa de pintura inferior?

—No, es un esmalte muy duro. Puede que lo hubiera rayado un poco, pero esas botellas están tan desgastadas y reciben tantos golpes que nadie se habría dado cuenta.

—Woody, querida, suelta ya la tetera —dijo Esther, algo exasperada—. ¡Lo estás bautizando todo con el té!

—Entonces es imposible que fuera yo en ningún caso, Barney, ¿verdad? —exclamó de pronto Frederica, que al parecer llevaba un rato dándole vueltas a aquello en la cabeza—. Porque durante todo ese tiempo yo estuve en la enfermería.

—Cualquiera de los demás pudo hacerlo, no obstante —admitió de mala gana el comandante Moon—. Fue una noche espantosa y nadie podía prestar atención a lo que hacían los demás. Woody dice que estaba aquí, Esther que vino tan pronto como salió de la enfermería, Barney estuvo fuera del quirófano una media hora más o menos, poco después de que ingresaran a Higgins, y Eden estaba haciendo la ronda... Yo estaba en Recepción, pero no sin moverme de allí en ningún momento.

Gervase parecía impacientarse.

—Todos pudimos cometer el primer asesinato... ¡Está bien, Frederica, tú no! Y todos pudimos matar a la pobre Bates. Pero ninguno pudo intentar asfixiar a Freddi el otro día. Pensemos en mí, por ejemplo. No tenía forma de saber que las muchachas se habían quedado sin gas y solo alguien que lo supiera podría haber pensado en abrir la llave de la estufa de arriba y todo lo demás.

Se hizo un breve e incómodo silencio. Todos recordaban que a Gervase lo habían

visto saliendo de la casa aquella mañana y él nunca lo había reconocido, pero nadie se atrevía a decirlo abiertamente. Eden los miró con un leve gesto de sorpresa, pero, como nadie hablaba, continuó.

—Lo mismo podría decirse de Barney y de Moon... Podrían ser responsables de lo demás, pero no podrían haber intentado matar a Freddi. Supongo que Esther tuvo la oportunidad, pero fue ella la que le salvó la vida y, en cualquier caso, es obvio que después no habría querido asesinar a William. Y en cuanto a Woody...

—¿Qué pasa con Woody? —preguntó ella al ver que Gervase se callaba.

El cirujano la miró y le dedicó una breve sonrisa.

—De hecho, ¡tú sí podrías haberlo hecho todo! —concluyó entre risas.

—Sí, podría —asintió Woody con calma.

Freddi la miró sorprendida.

—¿Lo dices de verdad?

—Bueno, es así. Estaba aquí sola, esperando a que Esther volviera de Santa Isabel, cuando se supone que pintaron el cilindro que mataría a Higgins, así que no tengo coartada para eso y, en cualquier caso, habría tenido incontables oportunidades para trastear en el quirófano a mi aire. También estaba sola cuando mataron a la enfermera Bates y después podría haber fingido «descubrir» el cuerpo. Sabía que nos habíamos quedado sin gas la mañana en que dejaron inconsciente a Frederica mientras dormía, y aunque es cierto que sabía que Barney iba a llevarla al pueblo, se me pudo haber olvidado o pude pensar que llegaría demasiado tarde para salvarla. Y en cuanto a William..., habría sido fácil; como he dicho antes, paso mucho tiempo sola en el quirófano y podría haber sustituido las botellas y asegurarme de que no volvieran a utilizarse después y todo lo demás...

—Eso es cierto —reconoció Frederica.

Todos la miraron inquietos y luego se fijaron en el rostro de Woody y, de inmediato, desviaron la vista hacia cualquier otra cosa que hubiera en esa desordenada habitación para no tener que volver a encontrarse con aquellos ojos oscuros y brillantes. La conversación había dejado de ser una charla afable y algo ociosa mantenida en confianza para convertirse en un asunto desagradable y peliagudo. Después de todo, alguien tenía que haber cometido todos esos crímenes y Gervase acababa de argumentar que no podía ser ninguno de los demás. Una expresión de dolor e incredulidad cruzó el ajado semblante de Woods y enseguida fue reemplazada por otra de orgullo y desafío.

—Ya que todos parecéis tan dispuestos a creer que he sido yo —anunció con voz áspera—, será mejor que os confiese también los motivos.

Eden extendió un brazo hacia ella.

—¡No, Woody!

Después de vacilar un segundo, Woods hizo caso omiso de él y siguió hablando en voz alta y con un tono algo grosero.

—Higgins y William... Cuando se quedaron atrapados bajo los escombros la

noche del bombardeo, ¿qué fue lo último que escucharon?

Esther pareció despertar de pronto de una suerte de aterrorizado estupor.

—Woody, querida —se apresuró a detenerla—, no nos digas nada. No sigas hablando. Claro que no creemos que hayas sido tú. No digas nada que luego puedas lamentar...

Pero su amiga no atendía ya a razones.

—¿Qué fue lo último que escucharon? —repitió a voz en grito.

—La radio —contestó Freddi, que la miraba con una incontrolable curiosidad.

—La radio alemana —puntualizó Woods—. ¡No olvides ese detalle! La radio alemana, repitiendo las mentiras de Goebbels. Y cuando Higgins estaba medio sedado, cuando solo estaba medio consciente, quizá en un estado muy parecido al que debió vivir con la pierna aprisionada por aquella viga..., oyó mi voz. Me oyó decir algo sobre Churchill como imagino que dirían también en la radio la noche anterior. ¿Y qué hizo entonces? ¿Qué dijo? Esther, tú estabas allí. Y tú también, Barney, y Gervase y el comandante Moon..., todos vosotros. ¿Qué dijo Higgins cuando oyó mi voz?

—Gritó que la había oído antes en algún otro sitio —replicó Esther con deliberada calma.

—William dijo lo mismo. Pasé junto a su cama en la enfermería y me paré a saludar al inspector, que estaba sentado a su lado. Acababa de bajar a un paciente del quirófano y es probable que oliera a éter. Pudo ser una asociación de ideas, puede que le recordara a su propia operación en la noche del bombardeo y, a su vez, al momento en que estaba tendido bajo los escombros oyendo la radio. O puede que solo fuera mi voz. En cualquier caso, William se incorporó en la cama y dijo, igual que Higgins: «¿Dónde la he oído antes?».

—No seas absurda, Woody —se impacientó Frederica—. Es imposible que te oyera en un programa de radio alemán, digo yo.

—Pero tiene un hermano desaparecido en el continente... —concluyó el comandante Moon con voz queda, y Woods se apoyó en la mesa abarrotada de cosas, se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar.

## 2

Esther se levantó de la cama de un salto y Frederica brincó del brazo de la silla. «¡Woody, cariño!», «¡Woody, cielo!», «¡Woody, no llores, por favor...!», «Woody, es horrible, pero eso no significa nada para nosotras...». El comandante Moon interrumpió aquellas afectuosas palabras de aliento con su voz cargada de razón.

—Es una tragedia para ti, querida, pero no tenía por qué ser tu hermano el que hablara por la radio esa noche. Podía ser Lord Haw-Haw. De hecho, William dijo que era Lord Haw-Haw. Tú misma nos lo contaste anoche en la antesala del quirófano.

—Le pedí a William que mintiera —confesó Woods sin alzar la vista—. Al principio no quería ir a verlo por si reconocía mi voz. Mi hermano y yo tenemos un... aire familiar, una forma parecida de expresarnos... Me había olvidado de ello cuando me paré a saludar al inspector Cockrill en la enfermería, pero cuando supe que William me había reconocido fui a hablar con él. Le conté todo esto y le rogué que no me delatara.

—Hablas como si hubieras hecho algo vergonzoso, chiquilla —dijo Moon.

Entonces Woods levantó la cabeza y se quedó mirándolo con la cara manchada por las lágrimas.

—¡Es curioso que diga usted eso, comandante Moon! Fue usted quien aseguró anoche que esos traidores deberían acabar en la horca y que sus amigos y familiares serían con toda seguridad iguales que ellos...

Freddi rompió el silencio que se instaló entre ellos.

—Se te está corriendo toda la máscara de pestañas, Woody, y tienes un aspecto de lo más raro.

Woods se levantó sin decir palabra y fue dando tumbos hacia la cocina. Eden esperó un par de minutos y la siguió. Ella se dio la vuelta desde el fregadero, restregándose los ojos con un paño húmedo. Gervase le sonrió y se lo quitó, y luego utilizó una toalla limpia para secarle la cara con suavidad.

—Pobrecita Woody —le dijo como si hablara con una niña pequeña.

—Ahora ya conoces mi sucio secreto, Gervase —repuso ella con una débil sonrisa.

—No deberías haber llevado ese peso tú sola, querida. Tendrías que habérselo contado a tus amigos.

—¿Contároslo a vosotros? —exclamó Woody casi en un grito—. ¡Señor, habría hecho cualquier cosa para que nadie se enterara!

—Excepto cometer un asesinato —insinuó el cirujano ladeando la cabeza.

—Ha sido una tontería. Pero por un momento parecía que todos me considerabais culpable. Por supuesto que yo no maté a Higgins. Podría haberme delatado y habría sido difícil y desagradable y es probable que hubiera tenido que marcharme de aquí... Pero eso no es razón para matar. E incluso suponiendo que lo hubiera hecho, y que hubiera intentado acabar con William por el mismo motivo... ¿Por qué a Freddi?

—¿Y por qué a Marion Bates?

—Bueno, lo de Bates es diferente —admitió Woody con total sinceridad—. Claro que podría haberme hecho con la bata en cualquier momento sin tener que matarla, pero no me habría deshecho de lo que ella tenía en la cabeza. Si la mancha de pintura en la bata demostrase que soy una asesina, no me habría servido de nada destruirla si no podía hacer que ella dejara de saber lo que sabía.

—Ya, pero... Está bien, imaginemos que tuviste que matarla. ¿Qué habrías hecho luego? Volver a echar la bata al cesto de la ropa sucia. Quizá habrías intentado quitar parte de la mancha y ya está. Solo tú sabías cuántas batas se habían usado, cuántas

tenían que devolver limpias y todo eso. Podrías haber cambiado los registros. ¿Qué probabilidades hay de que te arriesgaras a quedarte allí vistiéndola, tumbándola sobre la mesa, poniéndole las botas y la mascarilla para desviar la atención de la bata manchada y apuñalando a la pobre mujer una segunda vez cuando ya estaba muerta..., cuando lo único que tenías que hacer era destruir la prueba de cualquier otra forma mucho más fácil de justificar teniendo en cuenta que eras la única persona, aparte de Bates, que conocía el recuento del material? No, no, Woody. Eres la última persona de todos nosotros que podría ser sospechosa de haber matado a Bates. Aunque... —añadió con curiosidad—, ¿me gustaría saber para qué demonios fuiste al quirófano esa noche!

Woods se apoyó en la pequeña pila con su particular pose: las piernas estiradas hacia delante y un pie cruzado sobre el otro. Se escuchaban voces que llegaban amortiguadas desde la habitación de al lado.

—¿De verdad no lo sabes? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Pues claro que no —repuso él sin comprender.

Entonces decidió ser muy directa.

—¿Pensaba que tú habías matado a Higgins!

—¿Yo? —Eden la miraba incrédulo y ella apartó la vista.

—No estaba segura, Gervase. No quería creerlo. Pero si no habías sido tú, ¿por qué te protegía la enfermera Bates?

—¿Protegerme a mí?

—Querido, deja de repetir «¿Yo?» y «¿A mí?» una y otra vez. Tenías que saber que Bates solo escondía su preciada prueba porque pensaba que te implicaba a ti.

—De verdad que no sé de qué estás hablando, Woody.

—Cielo, la noche de la fiesta ella dijo que sabía quién era el asesino y que tenía pruebas. Y resultó que era cierto. Entonces ¿por qué no se lo contó al inspector? ¿A quién querría proteger? ¡No a mí, desde luego! Y tampoco a Frederica, ¡te aseguro que no le tenía demasiado aprecio! Puedes apostar a que tampoco estaría dispuesta a proteger a Esther por algo así, y ¿por qué iba a corromperse, a convertirse en cómplice del crimen o como se diga, para encubrir al comandante Moon o a Barney? Solo podías ser tú. Como dijo más tarde el inspector Cockrill, solo creía en aquella prueba a medias, pero la guardó para poder usarla contra ti algún día. La noche de la fiesta fuiste muy desagradable con ella y estaba muy enfadada, así que decidió entregarte a la justicia. La seguí hasta el quirófano para ver lo que había escondido.

—¿La seguiste?

—Bueno, no exactamente. Es decir, no era yo la que la iba acechando en la oscuridad. Es cierto que te esperé, tal y como dije, pero cuando decidí irme a casa... por el camino pensé en pasarme por allí y ver qué estaba haciendo en el quirófano.

—¿Por qué?

Woods jugueteaba con la llave del grifo, dejaba caer pequeños chorros de agua y luego volvía a cerrarlo, y así una y otra vez.

—No lo sé... —repuso como si no tuviera importancia—. Por curiosidad.

—¿Y por qué no le has contado nada de esto al inspector?

El grifo chorreó de pronto más de lo normal y le empapó la manga.

—Bueno —le explicó mientras intentaba secarse—, cuando Cockrill habló con nosotros esa noche, después de que la mataran quiero decir, me di cuenta de que no podías ser el asesino.

—¿Por qué no?

—Por la cara de estupefacción que se le quedó a Bates cuando murió. El inspector dijo que parecía... anonadada.

—Tú también lo estarías si vieras una figura con bata y enmascarada en medio de la puerta a la una de la madrugada.

—Sí si fuera en cualquier otra puerta, ¡pero no en la puerta de un quirófano! Ahí puedes esperarte ver a alguien con bata y mascarilla. Es posible que te sorprendas porque no creas que haya nadie por allí a esas horas, pero no te quedarías anonadado. No te quedarías estupefacto.

—A no ser que te dieras cuenta de que es el asesino.

—Es probable que ella lo supiese... y esa es la cuestión. Se sorprendió muchísimo al ver quién era.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que Bates esperaba que fueras tú, y si se quedó tan asombrada es porque no lo eras.

Eden guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Así que ¿eso fue lo que te convenció de que no soy Eden el Asesino, el Carnicero de Herons Park?

—Eso y..., bueno, al día siguiente todo parecía distinto. Una cosa era manipular la máquina de anestesia del quirófano, o lo que quiera que hubiera pasado porque en ese momento no sabíamos lo que había matado a Higgins, y otra muy distinta apuñalar a la pobre tonta de Bates. Y, sobre todo, haberla apuñalado la segunda vez cuando ya estaba muerta. Eso era tan... despiadado y cruel, no creí que pudieras haber hecho algo así. Pero luego sucedió lo de Freddi y volví a estar hecha un lío.

—Por todos los cielos, Woody, ¿no creerías que yo intenté matar a Frederica?

—¿Y qué estabas haciendo aquí esa mañana, entonces? —le preguntó sin rodeos.

—¿Aquí? ¿Esa mañana? Yo no vine... —Y de pronto se acordó—: ¡Dios mío, sí que estuve aquí! Bueno, más o menos. Quería hablar con Freddi y la esperé asomado a mi ventana en el pabellón; como no aparecía, pensé que ya habría pasado... Después supe que había salido más tarde porque tuvo que desayunar en el comedor del pabellón de voluntarias, ya que os habíais quedado sin gas aquí. En fin, el caso es que vine hasta la puerta, me asomé y llamé para ver si había alguien. No contestó nadie, así que volví a la verja y la esperé allí. Quería hablar con ella sobre... Bueno, solo quería decirle algo.

—Hay que estar muy enamorado para tener ese empeño en hablar con alguien a

esas horas de la mañana —bromeó Woody con amargura.

Eden la miró como si quisiera sopesar lo que sabía.

—Tenía que... arreglar una cosa —dijo después de una pausa—. Barney me cae bien, ¿sabes? Creo que es un gran tipo. Y bueno..., un par de noches antes había perdido un poco la cabeza y... le había dicho algo a Freddi, ¡ojalá no lo hubiera hecho! Ella no me correspondió, por supuesto —añadió con lealtad—, pero sentí que había traicionado a Barnes. Había dejado el coche en Heronsford para que se lo pusieran a punto y ese día la iba a llevar a comer al pueblo; pensé que era la oportunidad perfecta para formalizar su compromiso, comprar el anillo y todo eso. Suena como si intentara impedirlo, pero no era mi intención. Solo quería disculparme con Frederica por haberla be..., por haberla hablado como lo hice y pedirle que lo olvidara; decirle lo mucho que deseaba verlos felices, a Barney y a ella.

En ese momento parecía muy desdichado.

—En otras palabras —resumió Woody con frialdad—, querías decirle que te retirabas de la competición y le dejabas el camino libre a Barnes.

—No, claro que no...

—Está bien, querido, no te molestes en aparentar delante de mí. Lo entiendo. ¿Y entonces qué pasó?

—Pues cuando me encontré con Freddi, ella no quiso ni hablar conmigo. Supongo que habría llegado a la misma conclusión que tú, que me consideraba el lobo feroz y que se creía la siguiente en la lista.

—Eso es porque te oyó hablar con Bates en el cuarto de enfermeras —le explicó Woody—. Marion te amenazaba con denunciarte por incumplir tu palabra y con otro tipo de represalias, y Freddi se dio cuenta de que Higgins también os había oído.

—Puede que eso me diera un motivo para el asesinato de Marion, ¡pero no para matar a Higgins!

—Ya, bueno, nuestra Frederica no está lo que se dice muy sobrada de materia gris —repuso Woods con una sonrisa.

—Parece que todos estabais muy dispuestos a sospechar de mí —se lamentó Gervase.

—Y a protegerte.

Eden puso una mano bajo su barbilla y le giró la cara para que lo mirara a los ojos. Su rostro parecía más vulgar que nunca, ahora que las lágrimas le habían estropeado el maquillaje; aún tenía pequeñas manchas de máscara de pestañas bajo los ojos, se le marcaban las patas de gallo y una leve sombra de colorete le manchaba la mejilla. La atrajo hacia él y por un momento la mantuvo muy cerca, con la cabeza un poco hacia atrás para no dejar de sostenerle la mirada.

—Eres una persona maravillosa, Woody. Todo este tiempo tan horrible... ¡has sido la más leal!

—Es fácil ser leal a las personas que quieres —replicó ella con las manos temblorosas sobre las mangas de su chaqueta, sintiendo palpar los músculos de sus

antebrazos, una casi imperceptible tensión y distensión, y añadió casi de inmediato—: Si te refieres a la lealtad hacia mi hermano...

### 3

Frederica empezaba a cansarse de estar allí sentada, en esa habitación pequeña y sofocante, con Esther y con el comandante Moon. Prefería estar a solas con Barney o, en todo caso, que Gervase estuviera allí para presenciar su felicidad. Había llegado a convencer a su pequeña y obtusa cabecita de que Eden estaba perdidamente enamorado de ella y de que ahora tal temeridad recibía un merecido castigo en la contemplación de su devoción hacia Barney, al que su compañero había traicionado. De esta forma alejaba de sí el molesto recuerdo de su propia deslealtad temporal hacia su amor.

—¿No podríamos salir a pasear o algo así, cariño? —le preguntó inquieta—. El aire aquí está muy cargado.

—Te llevaré a dar una vuelta en el coche —contestó Barney de inmediato—. ¡Sí, eso sería estupendo!

Y, de un saltito, se bajó de sus rodillas y fue a ponerse el largo abrigo azul y la cofia del Destacamento de Ayuda Voluntaria sobre su ahuecada cabellera rubia.

—¡Pareces recién salida de un orfanato! —se burló Barney—. Jamás he visto nada tan patético... ¡ni tan adorable! —se apresuró a añadir.

Frederica se rio con tristeza mientras se acomodaba el pelo por encima del borde de la cofia y se doblaba el cuello del abrigo de modo que dejaba a la vista el forro de color escarlata.

—¡Ya sé que es espantoso! A veces una ni se reconoce con esta facha, ¿verdad, Esther?

—Parece que fue en otra vida cuando teníamos bonitos trajes hechos a medida, vestidos de seda y sombreros con flores y con plumas... He olvidado cómo se pone un tocado, ¡salvo esta condenada cofia!

—Lo que tiene que hacer una chica por su rey y por su país... —suspiró Frederica. Luego descolgó una máscara antigás y un casco de las perchas de la puerta—. Supongo que debería llevarme esto.

—Esa es mi máscara, querida —advirtió Esther.

—¡No lo es! Bueno, podría serlo... De veras, tendríamos que marcar las bolsas nuevas, Esther, siempre las confundimos. En cualquier caso, lo puedo averiguar rápido. —Buscó en los recovecos de la bolsa donde guardaba la máscara antigás y sacó una pequeña ampolla de cristal con una píldora blanca en su interior—. Sí, es la mía. Aquí está mi chisme de morfina.

Esther pareció quedarse algo aturdida.

—Freddi, ¿has cogido más? Creí que Cockie había dicho que no podíamos tener

nada.

—No, no he cogido más. Solo me quedé con la mitad de lo que tenía —reconoció Freddi con una gélida sonrisa—. Saqué la otra píldora con tanta convicción que no se le ocurrió preguntarme si tenía más. ¿No os parece inteligente? Barney se me quedó mirando, pero no quiso delatarme, ¿verdad, cielo? Se limitó a entregar sus dos pastillas y luego todos hicisteis lo mismo, ¡pero yo solo me deshice de una!

—¡No sé cómo pudiste permitirlo, Barnes! —le recriminó el comandante Moon con aire de ofendido, pero sin poder evitar reírse del cándido orgullo de la joven ante tal logro.

Barney estaba dispuesto a permitirle muchas cosas a Frederica.

—Venga. Vámonos, querida.

Pero Freddi se quedó pensando, con la máscara y el casco balanceándose colgados de su mano.

—¡Bah, al diablo! No pueden obligarme a cargar siempre con esto...

Así que volvió a colgarlos en su sitio y cogió a su prometido del brazo para salir al frío invernal de la tarde.

Caminaron en silencio un par de minutos, pero de pronto Barnes se detuvo.

—¿No es un poco ruin irnos así y no preguntarles si quieren acompañarnos? Seguro que a Esther le viene bien salir a despejarse, no debería estar todo el tiempo preocupándose por William.

Freddi sabía que, si iban solos, Barney pararía el coche en algún sitio, la cogería entre sus brazos y la besaría y la acariciaría; le diría que era hermosa y que la adoraba... Dado lo difícil que le resultaba expresar sus sentimientos con palabras, esos eran los únicos momentos en los que podía demostrarle su amor por él y siempre ansiaba que llegaran. Sin embargo, no podía privar a Esther de un pequeño placer como aquel cuando su amiga tanto lo necesitaba.

—Pues claro, cariño —contestó enseguida—. ¡Ve e invítalos a venir!

Y se quedó allí de pie, esperando, mientras Barnes corría de vuelta hacia la casa.

Gervase y Woody seguían en la cocina. Esther se sentía un poco incómoda al haberse quedado sola con el comandante Moon, pues aunque no decía nada que pudiera molestarla ni, desde la noche de su compromiso con William, la había vuelto a tocar, advertía en sus ojos una suerte de devoción inútil y sin esperanza que le partía el corazón, de modo que agradeció mucho la propuesta de Barnes. Había un barullo generalizado en la pequeña habitación cuando Eden y Woods, que salían con una actitud un tanto forzada de su conversación junto al fregadero, fueron informados del plan. El comandante Moon, que al parecer estaba algo más concienciado que Frederica sobre el asunto, fue al pabellón de oficiales a buscar las máscaras antigás de sus compañeros y la suya propia. Barney regresó junto a Freddi, que andaba de un lado a otro, impaciente, para combatir el frío. Se alegró al enterarse de que todos se habían animado a ir con ellos. Sin embargo, un policía los detuvo en la verja.

—Disculpe, señor, ¿están pensando en salir?

—Vamos a dar un paseo en coche —replicó Freddi.

—Me temo que uno de nosotros tendrá que acompañarlos —afirmó el policía a modo de disculpa.

—No puede ser —objetó ella con calma—. No hay suficiente espacio.

—No podemos dejar que salgan solos, señorita.

—No vamos solos, vamos con otras cuatro personas.

—Lo lamento, señorita —insistió el policía.

Cuando volvieron a la casa, decepcionados, empezaron los primeros bisbiseos de malestar; crecía una incipiente y molesta sensación de verse siempre vigilados, de no hallarse nunca solos, de estar siendo presionados y atosigados... que acabaría por conducirlos a la desesperación en los próximos días. Comenzaba el insidioso desgaste de su estado de ánimo que iría en un espantoso *in crescendo*; el plan de Cockrill para «doblegar al asesino». Se sentaron de nuevo, enfadados, y se quedaron mirando por la ventana al paisaje inmóvil que había de fondo.

—Esther, querida —le recriminó Freddi, irritada—, ¿después de todo has vuelto a confundir nuestras bolsas!

—No, he cogido la mía y la tuya la he dejado en la percha.

—Pues es la mía la que está ahora en tu percha.

—¿Y qué diantre importa? —exclamó Woods, que también estaba perdiendo la paciencia.

—Es que estoy segura de que Esther ha puesto mi bolsa en su percha.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Woody. Se levantó y fue hasta la puerta a descolgar el estuche de la máscara antigás—. Te equivocas, Freddi; esta es la de Esther: no tiene morfina. Y aquí está la tuya, con su botellita, así que, por todos los cielos, dejad de alborotar por esta tontería...

Estaba en pie, con la bolsa en una mano y mostrándoles la pequeña ampolla con la otra. Pero la morfina que diez minutos antes estaba allí había desaparecido.

#### 4

Los tres médicos regresaron caminando despacio a cenar en su pabellón.

—No me gusta dejar a las muchachas allí solas —se lamentó Moon, que iba en el centro arrastrando los pies y no levantaba la vista de sus botas—. Uno nunca sabe... Con toda esa morfina...

—Ciento veinte miligramos que el asesino robó del armario del quirófano...

—Y ahora tiene ciento treinta y cinco, todo suma.

—¿Cree que puede ser una dosis mortal, Moon?

—Supongo que podría serlo —contestó el cirujano sacudiendo la cabeza.

—Estoy seguro de que nadie quiere matarlas, a ninguna de las tres, aunque... Pero, en fin —añadió Eden encogiéndose de hombros—, ¿para qué volver otra vez

sobre lo mismo? Alguien trató de matar a Frederica sin motivo aparente y, si se trata de un loco..., podría intentarlo de nuevo o intentar contra cualquiera. Tiene que ser un lunático.

—Todos los asesinos están locos en cierto modo —sentenció Moon, y de pronto añadió—: Yo mismo me he sentido un asesino y lo sé.

Barnes lo miró con afecto. Sin duda era un hombre mayor, tendría unos veinte años más que él.

—Debo decir que no te imagino matando a nadie —le dijo con una sonrisa.

El comandante Moon aceleró el paso de forma bastante brusca y se adelantó en dirección al pabellón.

—Ahí va al menos uno que es inocente —convino Eden al verlo marchar.

—Aunque, si esto fuera una novela policiaca, seguro que sería el asesino —alegó Barnes—. ¡Siempre hacen culpable al bondadoso anciano porque nunca pensarías que fuera él!

—Creo que hoy en día los escritores son un poco más hábiles. Saben que el lector ya se conoce el truco y que, cuanto más viejo y más amable sea un personaje, más se sospechará de él.

—A lo mejor se ha completado una especie de círculo —sugirió el anestesista entre risas—: el caballero anciano o el paralítico en silla de ruedas vuelven a ser los sospechosos número uno porque el lector no pensará que el autor haría algo tan obvio. En cualquier caso, esto no es una novela policiaca y desde luego el culpable no es el viejo Moon.

—Pues eso nos deja a ti, a mí y a las tres chicas —repuso Eden con una sonrisa sarcástica—. Una alternativa fascinante.

Barney apretó los puños dentro de los bolsillos de su chaquetón.

—Majaderías...

—Cockrill no piensa lo mismo, amigo.

—Es inconcebible —insistió Barnes, abatido.

—Supongo que te gustaría que fuera yo —bromeó Gervase mirándolo de reojo—. Por eliminación, quiero decir. Yo, en cambio, no puedo decir lo mismo si pienso en ti, Barney. Eres la última persona que podría imaginar en el papel de asesino.

—Gracias —repuso el otro, y añadió, encogiéndose de hombros—: Aparte de tu intuición en este caso, está el hecho de que no tenía ningún motivo para matar a esas personas.

—Pues eso no lo sé —replicó Eden aún medio riéndose—. ¿Y si el viejo Higgins te hubiera señalado como el asesino de la hija de la cuñada del primo de su tía?

A Barney se le demudó el semblante.

—Ya, me han dicho que estuviste hablando de eso con Higgins.

—Y tanto que hablé con él. Me costó media hora convencerlo de que la muerte de esa joven no fue en absoluto culpa tuya y de que se metería en un lío si empezaba a divulgar calumnias sobre el trabajo de un médico. ¡Creo que le metí el miedo en el

cuerpo! Tenía intención de contártelo después, pero esa mañana el tipo se nos fue en el quirófano y no había vuelto a pensar en ello desde entonces.

Su compañero no le quitaba ojo.

—La enfermera Bates tenía una idea bastante diferente de lo que le dijiste a Higgins.

—¿Marion Bates? —se sorprendió Gervase—. ¿Y cómo demonios pudo oír ella esa conversación?

—Te estaba esperando fuera de la enfermería.

—Pues con más razón no podía saber lo que dije. Espero que no te tomaras en serio sus chismorreos.

—No después de pensarlo dos veces —admitió Barney con franqueza.

## 5

Una mujer policía se pasó toda la noche sentada junto al fuego en la habitación del piso inferior de la cabaña. Cuando Esther, que no podía conciliar el sueño, se levantó a buscar una aspirina, la agente subió las escaleras de tres en tres y apareció a su lado en el acto.

—¿Quería algo?

—Solo una aspirina —susurró Esther desde el tocador.

—De acuerdo. A ver...

Su guardiana cogió el pequeño frasco del cajón, lo escudriñó con detenimiento y a regañadientes sacó dos píldoras. Abrió el grifo del cuarto de baño y llenó un vaso de agua.

—Hay que cometer un asesinato para que se preocupen por ti en el Destacamento de Ayuda Voluntaria —ironizó Freddi, que las estaba observando desde su cama.

—Es por su propia seguridad —dijo resentida la policía, y volvió al piso de abajo.

## Capítulo XI

### 1

La agente respondía al nombre de señorita Pine.

—Pues yo no la echaría de menos... ¡Ojalá desapareciera! —protestó Woody, muy enfadada después de un día entero bajo su vigilancia—. El único sitio en el que tienes intimidad es en el retrete e incluso entonces no para de llamar a la puerta para preguntarte si estás bien.

—Es por su propia seguridad... —se burló Frederica, imitando a la señorita Pine.

Moon, Eden y Barnes estaban al cuidado de un caballero llamado Willing y se había convertido en el principal cometido de lo que Woody llamaba «el paraíso de los leprosos» fomentar una relación amorosa entre este y la señorita Pine.

—Pero el señor Willing no está por la labor —se lamentó Woody después de una larga tarde perseverando en el empeño.

—Cielo, es que tus retruécanos no podrían ser más empalagosos —afirmó Frederica.

Jugaban interminables partidas de *rummy*, se inventaban nuevas reglas y reaccionaban cada vez con mayor acritud ante las supuestas trampas. La señorita Pine y Willing se turnaban para vigilar estos entretenimientos y, si cualquiera se levantaba de la mesa por el motivo que fuera, lo seguían con ademán solemne, aunque nadie podía determinar si lo hacían para comprobar que sus intenciones fueran legítimas o para protegerlos de un ataque repentino. Frederica y Woody se divertían mucho con la cara de indecisión que ponían sus guardianes, que no sabían a quién seguir cuando anunciaban de improviso y al mismo tiempo que se encontraban mal y salían disparadas en direcciones opuestas, y ninguno de los médicos dejaba jamás la mesa de juego en mitad de una partida para anunciar su necesidad de lavarse las manos a menos que la pobre señorita Pine estuviera de guardia. Daba pena verla esperando en la puerta del baño de caballeros en el pabellón de oficiales. Los refuerzos en la vigilancia pusieron fin a estos pequeños deleites, pero, en cualquier caso, todos habían empezado ya a aburrirse.

Aquello comenzaba a sacarlos de quicio de verdad. Podían intentar comportarse como si todo fuera una broma, pero, después de todo, no lo era. Ellos comían angustiados en su pabellón, conscientes del arduo esfuerzo de sus camaradas por «actuar como si nada»; ellas vivían hacinadas en la pequeña cabaña y salían solo de vez en cuando para ir al pabellón de voluntarias a por su comida, siempre hostigadas por una señorita Pine cada vez más avasalladora. «Atosíguenlas», eran las instrucciones de Cockrill para ella y su nueva compañera, la señorita Brock. «No las

dejen solas ni un segundo. Sáquenlas de quicio, ¡pónganlas histéricas!». La señorita Pine y la señorita Brock obedecían sin condiciones. Woody dejó de soltar pullas.

Cockie se acercó a la cabaña el segundo día por la tarde para empujar a sus víctimas a un frenesí aún mayor. Se sintió un bárbaro, en cambio, cuando vio aquellos seis pálidos rostros girados hacia él, iluminados por un momento con un rayo de optimismo, volver a caer en la desesperanza al ver su ceñuda expresión; demacrados por el esfuerzo de mantener a raya su enojo y su resentimiento, de intentar no echárselo en cara unos a otros, a sus inocentes compañeros... ¡Inocentes! La duda causaba estragos en su ánimo. Se miraban tristes e inquietos. Alguien había cometido esos asesinatos. Alguien tenía que ser culpable. Se iban alineando en categorías mudables: ligeramente contrariado, vagamente sospechoso, tácitamente resentido o irritable o enfadado... Pero hostiles. Freddi se pavoneaba delante de Eden, Woody estaba cada vez más molesta con los dos, Barnes se sentía herido y el mismo Gervase no parecía muy impresionado y sí más bien complacido. Esther estaba siempre pálida y tensa y Moon los irritaba a todos con su decrepita devoción, siguiéndola a todas partes con ojos tristes de perro faldero. Lo que antes les parecía un afecto conmovedor ahora se mostraba solo como el verano tardío de un viejo senil. Recibieron a Cockrill con una prolija lista de quejas.

—Y si nos dice que es por nuestra propia seguridad —le advirtió Frederica—, acabaremos tirándonos los trastos a la cabeza.

—Bueno, es que es así, al menos para cinco de ustedes —replicó el inspector, que aún tiritaba un poco y se acercó a la chimenea sin apartar la vista de las crispadas manos de los sospechosos.

Freddi siempre mordía el anzuelo del policía.

—¿Y qué pasa con el sexto? —preguntó sin pararse a pensar.

Una horrible sonrisa se dibujó en el rostro de Cockrill.

—Que es la persona de la que intento protegerlos.

Eden era muy consciente de que el inspector intentaba provocarlos para que alguno cometiera un descuido, pero sus nervios reaccionaron de forma independiente a su razón y estalló, exasperado.

—¿Y por qué demonios no señala al asesino y lo detiene?

—No se preocupe —contestó Cockrill con calma—. Lo haré.

—No puedo entender a qué está esperando —terció Barnes.

—Aguardo a que se delate solo.

Incluso cuando eres inocente, es horrible que te vigilen así; que te empujen a hacer y a decir cosas que no quieres; que analicen tu comportamiento como si fueras una cobaya a la que han inoculado alguna extraña enfermedad y que reacciona de forma imprevista. Incluso cuando eres inocente. Y el culpable estaba allí sentado, con los nudillos pálidos y tensos sobre la cubierta de un libro, y su voz sonó desesperada.

—Pero ¿y si no se delata? ¿Y si seguimos así día tras día tras día...? ¿Cuánto tiempo tendremos que soportar esta situación?

—No tengo la menor idea —respondió Cockrill, que parecía dispuesto a mantener ese estado de sitio durante meses.

—¡Pero no puede retenernos aquí para siempre! —gritó el comandante Moon.

—No tendré que hacerlo —aseguró el inspector con confianza.

Pasó otro día más. El oficial al mando del equipo de cirugía se encargaba de las operaciones. Perkins administraba las anestésicas de forma intachable. Y la enfermera de quirófano relataba por milésima vez el drama del colapso de William. Huevo y Castaña cayeron con mucho gusto sobre el abandonado cervecero y se ocuparon de él; tras una amistad de tres meses, forjada sobre los cimientos de sus mutuos favores, rivalizaban ahora en su conocimiento y habilidad para apreciar el néctar de lúpulo. Esther mantenía algunos encuentros muy tristes y esporádicos con él y con la señorita Pine o la señorita Brock ojo avizor. Al fin, el coronel Greenaway le había operado la pierna y, en contra de las expectativas menos caritativas, progresaba muy bien. Al paciente le habían dado una explicación muy ambigua sobre su mala reacción anterior a la anestesia.

Y pasó otro día más.

Esa noche hubo un bombardeo. Esta circunstancia también se había previsto y las tres voluntarias se vieron recluidas en el diminuto refugio de los Anderson con la señorita Pine. Tenían que sentarse apiñadas en los estrechos bancos de madera, incapaces de estirar las piernas sin molestar a sus compañeras, incapaces de dormir, casi incapaces de respirar. Como la señorita Pine hacía la guardia de noche y necesitaba mantenerse despierta, las entretenía con inverosímiles historias sobre otros bombardeos. Un hombre que era el primo de un caballero amigo suyo..., bueno, no un primo en realidad, sino un pariente por matrimonio, una especie de primo político podría decirse, había caído en un tanque de plomo fundido en una imprenta y el cadáver emergió recubierto de una capa metálica como si fuera un caballero medieval en su armadura, si sabían a lo que se refería. Siempre había oído que, si metías el dedo muy rápido en el plomo fundido, no dolía en absoluto; pero era obvio que aquello no podía aplicarse si se hundía más de un dedo y aquel pobre hombre... Bueno, en realidad tuvieron que enterrarlo tal cual, con armadura y todo, aunque hicieron todo lo que estuvo en su mano por intentar arrancársela; más para poder reutilizar el metal que por otra cosa, suponía. Otro caso que conocía o, bueno, no es que lo conociera, pero se lo había oído contar a alguien con una autoridad irreprochable...

Una bomba cayó muy cerca. La señorita Pine se hizo un ovillo a sus pies mientras las tres voluntarias permanecían sentadas sin inmutarse.

—Nos entrenan para tirarnos al suelo en estas circunstancias —se excusó la policía al tiempo que gateaba de vuelta a su rincón en el refugio, ruborizada por una absurda vergüenza.

—Fascinante —le espetó Frederica, dedicada a recolocar las mantas.

Les dolía la espalda, tenían las rodillas agarrotadas y sus cuellos no soportaban un

minuto más el peso de sus adormecidas cabezas.

—Creo que deberíamos prometer no añadir ni una palabra más —sugirió Woody, aunque era difícil decirlo con tacto—, e intentar dormir un poco.

La señorita Pine asintió con entusiasmo. Nadie más habló durante la siguiente hora.

Los bombarderos volvían a sobrevolar la zona; podían oír el monótono runrún de los motores, el amortiguado eco de los lejanos cañones, las agudas voces de los hombres en un prado colindante dando órdenes de disparar. Se oyó un chasquido y luego una colisión y la ruidosa reverberación de una especie de trueno.

—¡Esa ha caído cerca! —exclamó la señorita Pine.

—Ha sido un cañón —la corrigió Freddi.

—Querida, ¿cree que no sé distinguir un cañón de una bomba? ¡Después de todas las que he oído! Recuerdo una tarde, mientras patrullaba por la carretera de Heronswater...

—Woody —susurró Esther a su amiga—, creo que voy a volverme loca.

Woods estiró un brazo y apoyó la mano sobre ella, con un gesto amable y reconfortante, en medio de la oscuridad.

—Señorita Pine —dijo de inmediato—, de verdad creo que deberíamos dejar de hablar e intentar dormir.

—¡Eso es justo lo que estaba pensando! —exclamó la agente de policía. Un cañón retumbó en un campo próximo y añadió, como un autómatas—: ¡Esa ha caído cerca!

## 2

Los tres médicos, que habrían preferido mil veces enfrentarse a las bombas y quedarse en sus cómodas camas, dormían sobre jergones de paja en el sótano del pabellón de oficiales. El agente Willing no dijo una palabra en toda la noche, se limitó a sentarse y a chasquear la lengua contra los dientes.

## 3

Habría sido un alivio si, cuando se encontraron todos después del desayuno a la mañana siguiente, cansados y somnolientos, hubieran podido desahogarse de alguna manera intercambiando impresiones, pero ahora hacían su turno la señorita Brock y un policía llamado Chinn. La señorita Brock tenía mucha chispa, se había apropiado de alguna manera de las pequeñas muletillas de Freddi y no escatimaba a la hora de utilizarlas. «No podría lamentarlo más», exclamaba cuando no dejaba que Barney y Frederica fueran a dar un paseo solos, o «No podría estarles más agradecida», les

aseguraba cuando obedecían, indiferentes, sus órdenes.

—Tiene que presionarlos un poco más —le aconsejó el agente Chinn en un aparte—. Al inspector no le gustará saber que se muestra tan amistosa con ellos.

—No podría importarme menos —sentenció categórica la señorita Brock.

Tres días y tres noches así: la señorita Pine parloteando, la señorita Brock chispeando y el agente Willing chasqueando la lengua contra los dientes. Ni un momento de intimidad, ni un momento para poder relajarse, para hablar sin reservas, para hablar en confianza... Frederica lo llevaba mejor porque era por naturaleza tranquila e independiente y, además, tenía la espléndida capacidad de ser un poco grosera con sus torturadores. Eden era sarcástico, pero sus pullas pasaban como una estrella fugaz sobre ellos y lo dejaban impotente e inquieto. Moon era demasiado afable, Barney demasiado cortés, Esther demasiado discreta y Woody demasiado consciente de que sus guardianes solo cumplían con su deber como para permitirse buscar alivio en la grosería. Y en todo momento, por detrás, Cockrill trabajaba sin descanso para encontrar lo que necesitaba: ¡una prueba!

Al tercer día, el inspector se guardó un par de esposas en el bolsillo, solicitó el uso del quirófano por última vez y reunió allí a sus atormentados sospechosos.

—Ha llegado el momento de atacar —le dijo al sargento Bray mientras esperaban bajo la ya familiar lámpara central en la cálida habitación verde—. Y este es el sitio ideal, así podremos crear un poco de ambiente; el lugar donde murieron las víctimas y todas esas tonterías, ya sabe. El bombardeo de anoche fue una bendición del cielo; apenas habrán pegado ojo en los tres últimos días y están todos al límite de sus fuerzas. O el asesino confiesa hoy o dejo el caso... ¿De qué se ríe?

—Es la primera vez que oigo a alguien referirse a un bombardeo como una bendición del cielo, señor —se disculpó el sargento Bray mientras se tapaba la boca con una de sus grandes manos rojizas. Como a muchos otros que parecían insensibles a peligros mayores, el sonido de las bombas le descomponía las tripas.

El hospital suspendió por un momento su piadosa labor para observar sin misericordia a los seis leprosos que atravesaban los jardines escoltados en dirección al quirófano.

—¡Me he fugado de una cadena de presidiarios! —gritó Woody mientras fingía esconderse detrás de un arbusto y la señorita Brock iba a buscarla, riéndose sola.

Desde las alargadas ventanas de las enfermerías, pacientes vestidos con sus pijamas azules miraban hacia abajo; aquí y allá aparecía un velo blanco que se quedaba observando unos segundos antes de llevárselos con aire virtuoso. Un celador, que empujaba una camilla para bajarla al quirófano de urgencias (que habían abierto de mala gana para que Cockrill pudiera estar a sus anchas en el principal), se detuvo y giró la cabeza; incluso el paciente al que llevaba se asomó por encima de las mantas y olvidó por un segundo su miedo ante aquel viaje a lo desconocido, al olor del éter y a los destellos del acerado filo del bisturí, al ardor de las agujas que se clavaban lentamente en la carne...

Cockrill dejó las esposas bien a la vista, a su lado sobre la mesa de operaciones, pero no hizo referencia a ellas más que con alguna rápida mirada de reojo. Se quedaron todos en fila, de pie, con la deslumbrante luz blanca cayendo a plomo e implacable sobre ellos, sobre cada cambio de expresión, sobre cada perfil y cada sombra, sobre cada indicio de desasosiego. Seis personas debilitadas, afligidas, exhaustas... y entre ellas el asesino. Cockrill comenzó.

4

Empezó hablando con cierta amabilidad. Se apoyaba en la mesa de operaciones y hacía tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo o de vez en cuando cogía las esposas, como distraído, y jugueteaba con ellas. Hablaba sobre Higgins, sobre la noche en que lo ingresaron y sobre el día siguiente, cuando murió.

—¿Puede hacer de Higgins un momento, capitán Barnes? Solo tiene que tumbarse en la mesa y yo sujetaré la máscara sobre su cara. Usted póngase aquí, comandante Moon, y el comandante Eden aquí. La señorita Woods y la señorita Sanson estaban a los pies de la mesa, viendo cómo moría. Señorita Linley, usted no estaba en el quirófano, ¿verdad? ¿Estaba durmiendo en su habitación?

—Así es —repuso Frederica combativa, pues todo sonaba como una acusación en boca del inspector Cockrill.

—De acuerdo. Usted solo lo vio un minuto, en el vestíbulo, cuando Esther Sanson lo traía al quirófano. Media hora antes de que muriera.

A Barney le resultaba extraño y horrible estar tumbado así sobre la mesa, con la máscara cubriéndole la nariz y la boca, aunque el inspector no estuviera apenas presionando. El olor del caucho, si bien familiar para él, era intenso y empalagoso. Empezó a sentirse algo aturdido y empujó la mano de Cockrill.

—No estará abierta ninguna válvula, ¿verdad?

—Pues claro que no —repuso el policía con voz inocente.

Ciertamente la superficie del agua no se movía. Siguió observándola, pero no pudo deshacerse del inquietante temor a estar inhalando una pequeña cantidad de gas a través de la máscara. Cuando al fin Cockrill dejó que se levantara, no dejaba de temblar. Frederica se puso a su lado y lo miró vacilante con aquellos enormes y asustados ojos grises.

Cockrill pasó entonces de Higgins a la enfermera Bates.

—¡Parecía tan desconcertada! Como si no diera crédito a lo que veía. ¿Qué imaginan que pudo ser?

—Yo sé lo que fue —contestó Woody, y repitió su teoría sobre Gervase Eden, pero, en esta ocasión, no le parecía tan lógica ni convincente.

Cockrill la observaba con los ojos muy atentos bajo sus desgreñadas cejas.

—Así que ya había deducido todo eso... Solo hay una pega, señorita Woods:

¿cómo pudo saber Bates que la figura enmascarada no era Eden?

—¿Que cómo lo supo? Pudo verlo, ¿no?

—Pudo ver una figura enmascarada.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Woody—. ¡Qué más dará que llevara una mascarilla puesta! Claro que podía saber quién era, siempre se puede saber..., no sé, por la forma de andar, por los gestos...

—Pero ¿y si el asesino solo estaba en pie, quieto, en la puerta?

—Estoy segura de que lo reconoció —se obstinó Woody.

—Hagamos la prueba —sugirió Cockrill.

El inspector se llevó a los demás al lavamanos y murmuró una serie de instrucciones. De pronto, una figura con bata y mascarilla apareció en la puerta del quirófano y se quedó quieta. Woody abrió la boca para decir que era Gervase, pero volvió a cerrarla. Era difícil apreciar su altura desde allí y también podría ser Barnes, y además no se distinguía si era un hombre o una mujer y Esther era casi tan alta como él. La figura se fue acercando despacio hacia ella y aun así no estaba segura. Los ojos podrían haberle dado la clave, pero mantenía la mirada baja. Creía que era Gervase, estaba segura de que era Gervase.

—Diga lo que le he indicado —apuntó Cockrill.

Y la figura dijo: «¿Qué tienes ahí?». Fue una sensación extraña, inesperada. Sabía que era uno de sus amigos disfrazado, pero, no obstante, no pudo evitar sentir cierto miedo. La voz le llegaba amortiguada por la mascarilla y por la palpitación en sus oídos de su propio corazón acelerado. Pensaba que era Gervase, pero también podría ser Barney.

—¡Eres tú, Gervase! —se aventuró al fin, pero cuando este se quitó la máscara añadió con sinceridad—: No estaba segura.

—Y usted ha tenido tiempo para pensar —alegó Cockrill con tono satisfecho desde la puerta—. Es más, no se encontraba en estado de pánico. La enfermera Bates sí lo estaba.

A todos les vino a la mente la horrible imagen: la pobre Bates allí encogida, aferrándose a la prueba del asesinato de Higgins, mirando perpleja a su asesino y aún temblando por la desesperada carrera desde el pabellón, frente a aquella figura vestida de verde y con un bisturí en ristre.

—¡Dos veces! —musitó Woody con voz ahogada—. La apuñaló dos veces. Volvió a clavarle el bisturí cuando ya estaba muerta...

Luego fue a sentarse, tiritando, en un taburete del quirófano. Barney cogió otro y se sentó a su lado.

—No dejes que te afecte, Woody. Está jugando con nosotros como si fuera un gato cazando ratones.

—Intenta engañarnos con el queso... —trató de bromear Woods con una trémula sonrisa.

—Te has quedado blanca.

—Bueno, tú tampoco tienes muy buen aspecto —repuso ella como si la estuviera acusando de algo.

—Ese numerito de hacer que me tumbara en la mesa... ¿Acaso cree que yo le di el dióxido de carbono a ese pobre diablo?

—Bueno, en realidad sí que lo hiciste. Es decir, no sabías que lo estabas haciendo, claro...

Eden iba de un lado a otro del quirófano, inquieto. «¿Por qué demonios me ha hecho ponerme esa bata?», pensaba. «¿Le habrá dado Woody alguna idea con su estúpida teoría? ¿Por qué yo? ¿Qué creía que iba a demostrar?». Tenía el mismo aspecto de siempre, de tomárselo todo un poco a broma, pero no podía dejar quietas las manos ni un segundo.

—Para ya, Gervase —le recriminó Freddi, acercándose a él—. Me estás poniendo de los nervios.

—No sabía que eso fuera posible —ironizó Eden, ya que Frederica llevaba tres exasperantes días intentando restregarle su calmosa felicidad.

—Pues sí, y hoy parece que más que nunca. ¿Qué ha querido decir con ese tono tan hipócrita al afirmar que había hablado con Higgins poco antes de que muriera?

—Bueno, es cierto, ¿no?

—Estuve hablando con Esther mientras ella lo llevaba al quirófano. A Higgins solo le pregunté cómo se encontraba o algo así. Eso no significa nada.

—Bien, entonces no tienes nada de lo que preocuparte.

—Pero lo ha dicho con una voz muy rara... —insistió Frederica sin dejar de dar tironcitos al cordón de su delantal.

El tono de voz de Cockrill, mientras tanto, había conseguido llevar a Esther al borde del colapso. En el quirófano hacía un calor asfixiante y no había ventanas.

—Necesito aire —gimoteó.

El inspector señaló la puerta abierta de la sala de anestesia.

—Ve y siéntate allí un minuto.

No obstante, se aseguró de mantenerla dentro de su campo de visión mientras la joven se ponía de puntillas junto a la ventana de la sala contigua y aspiraba con fuerza el gélido aire del exterior. Woody hizo ademán de ir tras ella, pero los ojos del policía le decían: «No, quédese aquí». Luego dirigió su atención al comandante Moon.

Moon no era fácil de someter. Parecía instalado en una suerte de melancolía constante que lo dejaba fuera del alcance del miedo o incluso de la intranquilidad. No apartaba los ojos de Esther.

—¡Ya está bien! —dijo Cockrill al fin, irritado—. No se va a escapar, tiene barrotes.

¡Barrotes! Todos miraron, con un escalofrío, las barras de hierro que se entrecruzaban detrás de su amiga. ¿Acabaría uno de ellos encerrado para siempre cuando aquella interminable farsa llegara a su fin? ¿Pasaría uno de ellos el resto de su

vida entre rejas...? ¿El resto de una vida ya corta, hasta el día en que lo sacaran al lugar designado para colgarlo por el cuello? ¿El hermoso cuello de Freddi, o el de Esther tan largo y esbelto, o el de Woody con las proliferantes arrugas que delataban su edad? ¿O sería la rosada y rolliza garganta del comandante Moon, o el enjuto cuello de Eden, o el de Barney allí donde el rubio cabello empezaba a crecerle muy abajo, en la nuca? Cockrill interrumpió sus pensamientos. De pronto, levantó una mano en la que sostenía una pequeña ampolla de cristal.

—¿Saben lo que es esto?

—Es mío —reconoció Frederica—. Ahí es donde guardaba mi morfina.

—¿La morfina que no me entregó?

—Sí —asintió ella, taciturna.

—¿Y dónde está ahora esa morfina?

—Me la robaron. Alguien la cogió hace unos días de la bolsa de mi máscara antigás.

—¿Quién?

—No lo sé. Pudo ser cualquiera, estuvimos todos entrando y saliendo de la casa.

—¿Cualquiera? —repitió Cockrill.

—Cualquiera de nosotros seis —se corrigió Freddi con voz miserable.

Un tenso silencio se instaló entre ellos y fue Cockrill quien volvió a romperlo. Se dio la vuelta y cogió un bulto que había tirado en un rincón.

—Bien, comandante Moon, ¿ha visto esto alguna vez?

De golpe, el mofletado rostro del viejo cirujano perdió su habitual tono rosado y adquirió un macilento color gris; las manos le temblaban y sus infantiles ojos azules se llenaron de asombro. Tartamudeaba como si apenas entendiera lo que le estaban diciendo.

—Es mi viejo abrigo de *tweed*.

—¿El que se pone todas las mañanas cuando vuelve de correr por el parque? Lo deja bajo un árbol y al regresar se lo pone para entrar en el pabellón, ¿correcto?

—Sí, así es —farfulló Moon.

Cockrill metió una mano en los bolsillos del abrigo y depositó sobre la mesa de operaciones una serie de objetos, uno detrás de otro: un pañuelo, un lápiz gastado, un par de cartas viejas... y dos o tres monedas.

—Así que ¿lleva usted dinero, comandante, cuando sale a correr?

En la sala de anestesia, Esther se giró despacio contra la ventana y se quedó mirándolos. A Moon cada vez le temblaba más la voz.

—¿Está sugiriendo que fui yo quien intentó gasear a Frederica?

Cockrill cogió las esposas, pero no contestó.

—Pero ¿por qué? —gritó el cirujano mientras se alejaba, con los ojos clavados en las manos de Cockrill—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué daño me ha hecho a mí esta joven?

—Tenía la posibilidad de causarle un gran perjuicio —repuso el inspector sin

moverse, pero siguiéndolo con la mirada—. Podría habernos dicho algo importante... si se hubiera dado cuenta de ello. Y quiso silenciarla antes de que empezara a atar cabos.

Frederica se puso en pie, asombrada.

—¿Yo? ¿Qué podía haber dicho yo sobre el comandante? ¿Qué es lo que sabía? ¿Qué podía haber averiguado?

—A su hijo lo mató un hombre con una bicicleta —prosiguió Cockrill sin apartar la vista de él, que ahora estaba junto a la puerta de la sala de anestesia. Y añadió, en voz alta y severa, con una especie de eco triunfal—: ¡Usted podía haber deducido de qué color era esa bicicleta!

—¿La bicicleta? —repitió Frederica como atontada—. ¿Esa bicicleta? ¿De qué color era?

Esther dio unos pasos hacia la puerta y parecía dispuesta a hablar, pero Moon se lo impidió con un grito.

—¡No, no! ¡No digas nada! ¡No se lo digas! —Y sus ojos azules reflejaron en los de ella el ardor de una súplica agonizante, de miedo y de dolor.

De nuevo el silencio, y de nuevo la voz de Cockrill cayendo como un guijarro sobre la superficie de un lago bañado por el sol.

—Era una bicicleta roja.

Una bicicleta roja. La bicicleta de un cartero. En ese momento, el comandante Moon salió disparado como un resorte.

## 5

Cockrill esperaba que pasara algo, pero no aquello. Al llegar a la puerta de la sala de anestesia, la llave giró en la cerradura y oyó cómo se cerraba el pestillo. Esther gritaba aterrorizada.

—¡No! ¡No! ¡No!

—Tengo que hacerlo, Esther —le decía una voz amable y vacilante—. Debo hacerlo, no tengo más remedio...

El inspector golpeaba la puerta con sus pequeñas manos atezadas.

—¡Comandante Moon! ¡Moon! ¡Abra la puerta!

—¡Esther, abre la puerta! —gritaba Woody tirando del picaporte—. ¡Corre hacia la puerta y ábrela!

—¡La ventana! —exclamó Gervase.

Cockrill le recordó que estaba enrejada.

—Pero... ¡Dios santo, la otra puerta! ¡Puede que no haya cerrado la otra puerta!

Salieron del quirófano casi antes de que hubiera terminado de decirlo. Frederica se arrodilló e intentó empujar la llave hacia el otro lado metiendo un catéter por el ojo de la cerradura.

—Va hacia ella —susurró horrorizada atisbando por el orificio—. Esther está contra la ventana con los brazos extendidos, suplicándole... Tiene... ¡Woody, tiene una jeringuilla!

Moon se había olvidado de la segunda puerta. Cockrill, que irrumpió por ella seguido por Barnes, Eden y el sargento Bray, cruzó de una zancada la habitación para abalanzarse sobre él y arrancó con todas sus fuerzas la jeringuilla de la mano temblorosa del viejo cirujano. Esta cayó al suelo, sonó un agudo chasquido y el líquido que tenía en su interior se esparció, aguado y blanquecino, por las baldosas.

—¡Gracias a Dios hemos llegado a tiempo! —exclamó Cockrill mirando los fragmentos de cristal en el suelo.

—¡Gracias a Dios! —repitieron como un eco Woody y Frederica al tiempo que entraban corriendo en la sala.

—Gracias a Dios... ¡Gracias a Dios! —dijo también Esther, que seguía con la espalda pegada a la ventana y los brazos abiertos, crucificada contra la fría luz del sol invernal, y los ojos le brillaban.

Encogido en un rincón, con el cuerpo sacudido de temblores, el comandante Moon también musitaba para sí «¡Gracias a Dios!», y las lágrimas corrían sin freno por sus arrugadas y pálidas mejillas mientras sus ojos azules seguían clavados con desesperación en la cara arrebatada de Esther.

Cockrill se llevó la mano al bolsillo y sacó las esposas, y la joven bajó despacio los brazos, se acercó a él con una débil sonrisa y le ofreció las muñecas.

## Capítulo XII

### 1

Cockrill deslizó las manillas de acero por aquellas estrechas manos y ajustó los cierres.

—Esther Sanson —le dijo mirando hacia otro lado—, queda detenida por los asesinatos de Joseph Higgins y Marion Bates, por el intento de asesinato de William Ferguson y por los graves daños físicos causados a Frederica Linley. Sabe que quedará constancia de todo lo que diga y que podrá usarse como prueba...

Esther asintió a todo en silencio. Ante el mudo asombro de los demás y las ruidosas protestas de Woody, respondió solo con una extraña y débil sonrisa. Sus pupilas brillaban, no había lágrimas en sus ojos y tenía un color insólito en las mejillas; parecía iluminada por un fulgor interior, igual que la noche en que William le había declarado su amor. Resultaba insoportable verla allí en pie, tan delgada y recta, tan encantadora, tan... alegre, con aquellas feas esposas ceñidas sobre sus muñecas.

—¡Esther, di que no es verdad! —gritó Woody en medio de un espantoso silencio—. ¡Di que no es cierto! No puede ser, Esther, ¡dinos que no has sido tú!

—He sido yo, Woody —la contradijo su amiga, girándose hacia ella. Luego sonrió al dirigirse a Cockrill—: Tú ya lo sabías, Cockie, ¿verdad?

—Sí —reconoció el inspector, y añadió hablando muy despacio—: Lo supe casi desde el principio, pero no a tiempo para evitar la muerte de la enfermera Bates. Cuando entendí cómo se había manipulado el cilindro ya estaba seguro, desde luego, pero seguía sin tener pruebas.

—Lo de Bates fue horrible —admitió Esther. Se humedeció los labios y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo—. Sabías..., sabías tanto de todo aquello, Cockie. Fue horroroso y no me esperaba que pudieras describir de esa forma todo lo que había ocurrido, como si hubieras estado allí, viéndolo. No me extraña que me pusiera histérica esa noche, cuando nos interrogaste. Woody nos explicó cómo lo habías deducido todo al día siguiente, pero en ese momento pensé que tenías que haberme visto, que me estabas tendiendo una trampa.

—Aún no estaba seguro. Fue su expresión de perplejidad lo que me dio la primera clave. Ella esperaba, si es que esperaba ver a alguien allí, que fuera Eden. ¿Qué pudo hacer que en esos segundos se diera cuenta de que no era él? No podía haber reconocido la figura y no podría haber reconocido la voz... si hubieran sido Barnes o el comandante Moon; en ese caso habría dado por hecho que era Eden quien hablaba.

—Pero era la voz de una mujer —sugirió Esther aún con esa leve sonrisa.

—Sí, era la voz de una mujer. Solo había una cosa que en ese instante podía sorprenderla tanto: la figura que ella creía Eden se acercó y habló con voz de mujer.

Woody la miró con los ojos empañados por la pena.

—Esther... ¿Cómo pudiste matarla? ¿Cómo fuiste capaz de apuñalarla? Y la segunda vez...

—Sí, eso fue horrible —repitió Esther una vez más, pero hablaba con una especie de indiferencia desenfadada, como con una distraída falta de responsabilidad—. Con Higgins fue distinto, desde luego. Tenía que morir, era una cuestión de justicia. Y William también, cuando supe quién era. Pero la enfermera Bates sabía demasiado y no podía dejarla hablar. Me habrían descubierto y castigado... Me habrían castigado por hacer lo que yo sabía que era correcto. No podía permitirlo, lo habría echado todo a perder. Tenía que matarla. Sabía que si descubrías lo de la pintura —añadió mirando a Cockrill—, estaría perdida. Tenía que evitar que te enseñara la bata.

Gervase aún se estaba recuperando de la impresión.

—¿De verdad tenías que matar a esa pobre mujer, Esther, para que no descubrieran lo de la pintura? ¡Eso no les habría dicho quién había cambiado el cilindro!

—Les habría dicho quién no lo había hecho —repuso ella—. Para que la pintura se secase a tiempo tenían que haberla aplicado al menos la noche anterior a que se usara la botella. Sobre las diez de la noche, como dijo el inspector. Pero a las diez de la noche nadie en este hospital sabía aún quién era Higgins.

—Excepto tú —puntualizó Cockrill.

—Excepto yo. Nadie nos dijo su nombre hasta la mañana siguiente. Gervase lo vio, sí, y cualquier otra persona pudo verlo antes de que lo llevaran a la enfermería, pero no lo habrían reconocido. Ni siquiera yo lo reconocí al principio. —Hizo una estudiada pausa para mantener su atención, para mortificarlos un poco; era casi como si disfrutara con todo aquello. Pero al fin dijo, sin alterarse—: ¡Hasta que le lavé la cara!

## 2

—Estaba cubierto de polvo y suciedad —recordó Frederica, y los ojos se le iban abriendo cada vez más según lo entendía—. Parecía... Era imposible decir quién era. —E insistió a los demás, como si hicieran falta más pruebas—: Es cierto, era imposible saber quién era.

—Pero Esther lo lavó —continuó Cockrill— y entonces lo reconoció. Ninguno de ustedes lo vio ya hasta la mañana siguiente, cuando hubiera sido demasiado tarde para urdir el plan y pintar la botella.

—Yo sí lo vi —objetó Freddi—. Estuve cuidando de él el resto de la noche.

—Sí, pero entonces ya no se ausentó en ningún momento de la enfermería. Había

salido unos veinte minutos a por algo de cenar, pero eso fue antes de que pudiera haber sabido quién era.

—¿Y Esther?

—Esther se fue a las diez y veinte y tardó media hora en llegar a su alojamiento, donde estaba la señorita Woods. Sin embargo, no lleva más de cinco minutos atravesar el parque. —Luego se giró hacia la detenida y añadió—: Caíste en un descuido al decirle a William que lo habías visto cuando lo llevaban a la enfermería esa noche, pues eso ocurrió unos treinta y cinco minutos después de que, en teoría, ya te hubieras marchado del hospital. Lo siento, Esther. Para mí es espantoso tener que hacer esto, conocía a tu madre y te recuerdo desde que eras una niña. Pero tengo que pedirte que vengas conmigo.

—¿Puedo beber antes un poco de agua?

Cockrill la miró con suspicacia, pero era evidente que ese primer arranque de fuerza y exaltación decaía con rapidez; tenía los labios secos y el color se desvanecía de sus mejillas. Woody fue a llenar un vaso con agua del grifo y Esther se lo bebió agradecida antes de caer sobre un taburete y apoyar la espalda en la pared con gesto de terrible agotamiento.

—Solo un minuto, inspector, mientras recupero la compostura. —Y añadió, con un último destello de hilaridad en la voz—: Mientras puede entretenerse explicándoles a todos cómo me ha descubierto.

El policía entendió que no iba a estar en condiciones de andar mucho.

—Pida un coche —ordenó al sargento Bray, que llevaba todo ese tiempo muy nervioso en un segundo plano.

—Pero Esther... —dijo Freddi mientras esperaban, como si acabara de caer en la cuenta y mirándola incrédula—. ¿Eso quiere decir que fuiste tú quien intentó matarme?

Su amiga ya no sonreía. Alzó los ojos, tristes y pesados, e hizo ademán de tenderle las manos esposadas, pero enseguida retrocedió.

—No, Freddi, cielo... Mi querida Freddi... Yo no quería matarte, ¡nunca quise hacerlo! Después de todo fui yo quien te sacó de allí para que respiraras aire fresco. No te habría dejado morir...

—Necesitaba morfina —aclaró Cockrill, ya que parecía inevitable dar explicaciones—. Tenía que apartarla de su camino. No tenía intención de hacerle daño, solo de alejarla del hospital uno o dos días.

—Una o dos noches —lo corrigió Esther con suavidad.

—Una o dos noches. Quería que la pusieran en el turno de noche de la enfermería.

—Por las noches les dan mucha más morfina —musitó la voz cada vez más débil de Esther.

—No es de extrañar que los pacientes de Santa Isabel no pudieran descansar y tuvieran tantos dolores —continuó el inspector—. La primera noche, cuando supo

quién era Higgins, se quedó con su dosis. Creo que entonces solo quería atormentarlo, hacer que sufriera, pero así obtuvo los primeros quince miligramos. Cuando mató a la enfermera Bates, vio que había más en el armario del quirófano y la cogió también. En ese momento ya sabía que podían descubrirla y la quería para ella, para utilizarla en caso de necesidad. Con eso había reunido ciento treinta y cinco miligramos, pero no estaba segura de que fuera suficiente; tenía que conseguir más y solo conocía una forma de hacerlo: robar la que les daban a los pacientes. ¡Pobres diablos! Se quedaba con las dosis que les prescribían a los hombres de la enfermería. —Entonces señaló con la punta del zapato el charco que se había formado en el suelo—. Ahí la tienen, el comandante Moon ha llegado justo a tiempo de arrebatársela.

—He visto lo que iba a hacer cuando se ha dado la vuelta para coger mi abrigo —explicó Moon, que se acercó a Esther y se quedó en pie a su lado, con un brazo alrededor de sus hombros. Ella se apoyó agradecida en su costado y cerró los ojos, agotada. Cockrill vio la expresión en el rostro del cirujano y no interfirió—. Quería..., aun así quería salvarla. Por eso he cerrado la puerta. No he tenido tiempo para pensar, claro, pero creí que podría salvarla sin que nadie se enterara.

Esther levantó las manos aprisionadas, le cogió una de las suyas y después de besarla apretó una mejilla contra ella.

—Gracias —le susurró, y luego volvió a recostarse sobre él con un leve suspiro de gratitud, como una niña.

Eden hizo un intento más por negar todo aquello.

—William... ¡William! —exclamó ansioso—. Inspector, seguro que no puede acusarla de intentar matar a William. Estaba enamorada de él, iban a casarse... —Y añadió con la misma impaciencia, hablando de Esther, que permanecía en silencio, como si no estuviera allí—: No iré a decirnos que era todo falso, que no lo amaba de verdad.

—Por supuesto que lo amaba —terció Moon con voz triste, mirándola allí sentada, con los ojos cerrados, apoyada sobre su brazo—. La noche que se prometieron... Cualquiera que la hubiera visto en ese momento habría sabido que estaba feliz y enamorada. Se había transformado. Brillaba como la luz de una vela en medio de este lugar tan feo y gris. Había olvidado el pasado y miraba solo hacia el futuro, resplandecía de amor y alegría. Estaba tan encantadora y radiante que me enamoré de ella en ese preciso momento. Nunca antes había sabido lo que era el verdadero amor, pero caí prendido de ella como un chiquillo imberbe. —Volvió a mirarla una vez más y añadió, con inmensa tristeza—: Dos muertes a sus espaldas y, que Dios me ayude, aún la amo...

—¿Y qué va a ser ahora del pobre William? —se lamentó Woody, cuyo gran corazón se había quedado como entumecido de dolor por tanta tristeza y crueldad.

Frederica sacudió la cabeza con su habitual gesto displicente.

—William estará bien, sabe cuidarse solo. Parece que estos días ha hecho muy buenas migas con Huevo y Castaña, si lo que he oído es cierto...

Los torpes pasos del sargento Bray sonaron en la antesala. Cuando apareció en la puerta, Barney, que había permanecido hasta entonces en silencio y sin intervenir, se adelantó y expresó en voz alta lo que todos estaban deseando preguntar.

—Pero ¿por qué?

Esther seguía sentada con la cabeza caída hacia un lado y no contestó. Cockrill y Bray se acercaron a ella, pero Woody se interpuso una vez más, como si quisiera posponer, aunque solo fuera unos minutos, ese espantoso momento y lo que tenía que ocurrir.

—Inspector, tiene que decírnoslo. Nos debe una explicación. Era nuestra amiga... La queríamos. La conocíamos tan bien...

Le acarició el rostro con la yema de los dedos y rompió a llorar otra vez.

A decir verdad, Cockrill no lamentaba tener que retrasar un poco más aquel deber tan desagradable para él.

—Si alguien puede saberlo, señorita Woods —le dijo con calma—, es usted. Usted estaba allí cuando ella misma nos lo dijo, aunque no con palabras, la noche en que estuvimos hablando en la antesala del quirófano.

—¿La noche que le dijimos que había que operar a William? —preguntó Woody, que lo veía ahora a través de las lágrimas que empañaban sus ojos y de los dedos entreabiertos con los que se tapaba la cara.

—Estaba preocupada por la operación —reflexionó Cockrill—. Dijo que no podía soportar la idea de verlo enfermo o sufriendo; dijo que no era por el peligro... Sabía que no había peligro. Pero diez minutos después estaba pálida y temblando y repetía que William moriría con la anestesia. Sabía que lo haría porque ella misma iba a matarlo. Acababa de decidirlo.

—Pero por el amor de Dios... ¿Por qué?

—Por algo que usted dijo.

Casi habían olvidado la presencia de Esther, hablaban de ella como si no estuviera delante.

—¿Algo que yo dije? —espetó Woody—. ¿Qué pude decir para que quisiera matarlo?

—Supongo que no habían hablado mucho sobre el pasado —prosiguió Cockrill sin responder directamente a su pregunta—. William y ella, quiero decir. Él le contaría las cosas más importantes, claro, sobre su vida y sobre la vida en la Marina, quizá. Pero en realidad no pasaron mucho tiempo juntos y supongo que lo dedicarían sobre todo a pensar en el futuro. Tenían toda una vida por delante para contarse los detalles... Para hablar sobre lo que hacían antes de unirse al Ejército, por ejemplo. Esther no sabía, hasta que usted se lo dijo esa noche, que William había trabajado con Higgins...

—¡En los equipos de rescate! —lo interrumpió Woods apenas en un susurro.

—En el equipo de rescate que había dejado morir a su madre —concluyó Cockrill, y en ese momento Esther resbaló lentamente del taburete y se quedó

inmóvil y hecha un ovillo en el suelo.

3

—¡Se ha desmayado! —exclamó el inspector.

—Se muere —lo corrigió Moon, y añadió en voz baja, al tiempo que se santiguaba—: Gracias a Dios.

Cockrill se tiró al suelo junto al cuerpo desfallecido. Esther tenía los ojos medio abiertos y sus pupilas parecían negras cabezas de alfiler. La piel se notaba fría y húmeda al tacto y pudo oír una penosa respiración que se extinguía. El inspector miró a su alrededor sin entender nada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le ha pasado?

—¿Está muerta? —preguntó Gervase, en pie detrás de él.

—¡Se está muriendo! —gritó el policía al comandante Moon—. ¡Usted sabe qué ha pasado! ¿Qué ha hecho? ¿Qué se ha hecho?

Moon parecía no escucharlo. Barnes se acercó y se arrodilló junto a Esther, le cogió una mano y retiró un poco la manilla de acero de las esposas para tomarle el pulso en la muñeca. Para Cockrill, que estaba furioso e impaciente, pasó una eternidad hasta que al fin escuchó una confirmación.

—No hay nada que hacer, está muerta.

—¡Por todos los cielos! ¿No pueden hacer nada? —chilló frenético—. Son todos médicos y enfermeras... ¿No hay nada que puedan intentar? ¿No pueden hacer eso de la respiración artificial?

Como todos seguían inmóviles, en pie, formando un círculo silencioso a su alrededor y sin dejar de mirar compungidos el cuerpo de su amiga, se inclinó él mismo sobre ella y trató de reanimarla con torpeza. Woods dio un paso adelante como si quisiera protestar, pero Frederica se agachó junto al cuerpo y le acarició con su delicada mano el cabello pálido y brillante.

—No te preocupes, querida —le dijo con suavidad—. No puede hacer nada. Está muerta.

Cockrill desistió. Dejó el cuerpo tendido en el suelo y ya en pie se enfrentó a los demás con dureza.

—Esto es obra suya. ¡Ustedes lo han provocado! Querían que muriera.

—¿Cómo íbamos a poder soportar cualquier otra cosa, inspector? —replicó Barnes sin contradecirlo.

—Sabían que se estaba muriendo, ¡todos ustedes!

Seguían en pie, mirando el cuerpo tendido sobre el suelo, en silencio. Woody con lágrimas corriendo sin reparo por sus fatigadas mejillas, Frederica pálida y lastimera, el comandante Moon con la cabeza gacha y las manos temblorosas, Gervase y Barney afligidos y discretos; pero había un gesto de determinación en los labios de todos.

—Esto es un asunto muy grave —sentenció Cockrill al fin—. Se han confabulado a propósito para dejarla morir. Han ayudado a una asesina a evadir la justicia. Todos han contribuido a su muerte, ahora lo entiendo, han estado ganando tiempo. Todos ustedes. Cada vez que he intentado hablar con ella, cada vez que ha mostrado algún signo de debilidad, uno de ustedes ha distraído mi atención. Lo sabían desde el principio, desde el momento en que la he acusado...

—Desde el primer momento, no, y tampoco todos nosotros —se defendió Barnes mirando a su alrededor—. Pero supongo que al final todos hemos reconocido los síntomas. La excitación, la cara arrebatada, los ojos brillantes, la boca seca, el letargo gradual... —Luego añadió, dirigiéndose al comandante Moon como si se tratara de un caso médico rutinario—: La muerte ha sobrevenido de una forma extremadamente rápida, sin embargo. No han podido pasar más de diez o quince minutos.

—Se la ha inyectado en vena —explicó Moon en pocas palabras—. No toda, hay dos marcas de punción. No es fácil hacerlo sobre uno mismo, pero tenía buenas venas y ha conseguido inyectarse una pequeña cantidad.

—¡La ha estado encubriendo todo este tiempo, Moon! —vociferó Cockrill furioso—. ¡Si no la hubiera sujetado, se habría caído del asiento hace tiempo! —El policía giró sobre sí mismo para mirarlos a todos, moviéndose impotente de rabia—. Todos son culpables de encubrimiento y presentaré cargos por ello...

El comandante Moon levantó la vista de sus zapatos.

—No, Cockie... No creo que puedas hacer eso. —Los ojos de Eden brillaron de pronto, Barney alzó la cabeza y las dos mujeres lo miraron con expectación—. Ni siquiera sabes aún cómo ha muerto.

Rostro arrebatado, ojos brillantes, euforia que se va apagando hasta llegar a la inconsciencia, muerte sobrevenida con inusual rapidez porque se había inyectado «algo» en vena.

—Está bien —admitió Cockrill con voz entrecortada y la duda y el miedo atenazándole el corazón—, ¿cómo ha muerto?

—Por una inyección autoadministrada de morfina —afirmó Eden, que no pudo evitar un asomo de burla en su voz.

—¿Morfina? ¿Morfina? —repitió el inspector, y de pronto señaló el charco que había en el suelo—. Entonces ¿qué diablos es eso?

—El antídoto, inspector —dijo el comandante Moon. Y añadió con su amable sonrisa—: Pero usted me lo ha quitado de las manos.

## Capítulo XIII

### 1

Barney y Frederica estaban sentados en el jardín de un pequeño y agradable bar de Kent, bebiendo cerveza con limonada y esperando que llegaran Woody y Eden.

—¿Esta es una de las cervezas de William? —preguntó Freddi con la jarra levantada a contraluz.

—Sí, supongo que sí —repuso Barney—. ¡Pobre William!

—Pues yo no lo llamaría «pobre William» en absoluto —objetó ella con voz áspera—. Incluso antes de... Incluso cuando aún éramos todos sospechosos, ya estaba coqueteando con Huevo y Castaña, y el otro día lo vi paseando por la carretera de Godlistone con una chica cogida del brazo.

—Bueno, supongo que aún estará algo débil, querida. Puede que solo lo estuviera sosteniendo al caminar.

—¡Sosteniéndolo mis narices! —espetó la señora Barnes.

Barney lo reconsideró con rapidez.

—Sabes, Freddi, dudo mucho que William tuviera nunca intenciones muy serias con Esther. ¡Hacía poco tiempo que se conocían! Siempre me he preguntado, incluso entonces, si no sería más bien que William coqueteaba con ella y Esther creyó que significaba algo más de lo que él pretendía en realidad. Esther era muy ingenua y no tenía experiencia en este tipo de cosas mundanas. Un joven le dijo que la adoraba y probablemente pensó que eso solo podía significar que quería casarse con ella. William es un granujilla al que le gustan las muchachas bonitas y personalmente creo que Esther lo tomó demasiado en serio. No digo que no le tuviera afecto y que no estuviera dispuesto a casarse con ella cuando se vio comprometido a ello de repente... Puedo equivocarme, pero no creo que estuviera tan enamorado de Esther como para no poder superarlo.

—En cualquier caso, debió de ser un duro golpe para él —reconoció Frederica.

—Sí, seguro que sí. Moon pasó un trago horrible cuando le dio la noticia.

—Pobre comandante Moon —se lamentó Freddi, ahora con un timbre de ternura en la voz y una lágrima asomando en sus grandes ojos grises—. Fue muy propio de él estar pasando por ese infierno y, aun así, hacerse cargo de contarle a William lo que había ocurrido, al que no le importaba ni la mitad... Me pregunto si Woody y Gervase se habrán enterado.

Woods y Eden aparecieron caminando por la carretera que venía del hospital.

—Os hemos pedido un par de cervezas con limonada —les dijo Barney cuando llegaron, al tiempo que empujaba dos jarras de cristal sobre la mesa de madera—.

Pero si preferís otra cosa, podemos bebérnoslas nosotros.

Cerveza con limonada, sin embargo, era algo perfecto para una tarde de verano después de un paseo por aquella carretera polvorienta.

—¿Os habéis enterado de lo del comandante Moon? —les preguntó Woody tan pronto como se bebió de un trago la mitad de su pinta.

—Sí, lo hemos visto hoy en el *Times*. —Freddi cogió un periódico que había en la mesa de al lado—. Aquí también viene: «Heroico cirujano condecorado. Un reconocimiento póstumo a su valor durante los bombardeos». Me gustaría pensar que sí fue valor, aunque fuera un valor inútil. Tenía que saber que esa mujer no podía seguir viva.

—El equipo de rescate de Higgins «sabía» que la madre de Esther no podía seguir viva —objetó Eden.

Frederica se lo quedó mirando.

—¿Crees que por eso insistió en seguir? ¿Para...? Bueno, ¿por Esther?

—Yo diría que sí —repuso Barney—. Ojalá hubiera estado con él.

—Pues yo me alegro mucho de que no fuera así, cariño. ¿Qué habría sido de mí?

—Un comentario muy propio de usted, señora Barnes —se burló Woody.

—No quería decir eso... Me refiero a que hay mucha gente que se vería afectada si Barney muriera. El comandante Moon no tenía familia y creo que no le importaba en absoluto vivir. Estaba tan destrozado después de lo de Esther... Era como ver un fantasma deambulando por el hospital, enfrascado en el trabajo, con esa demacrada sonrisa cuando intentaba hacer una de sus bromas, y cada día más pálido y delgado, cada vez más titubeante. En el fondo me alegro de que el comandante Moon muriera en un bombardeo. Al menos se fue haciendo algo por los demás, que era lo que quería hacer, aunque en ese momento fuera un sacrificio estéril. Y estoy segura de que él no quería seguir viviendo. Amaba demasiado a Esther para volver a ser feliz después de... Después de lo que pasó.

—Pobre Esther —se lamentó Woody.

Estuvieron un rato en silencio.

—¿Tú crees que Esther estaba loca, Barney? —preguntó Freddi al fin.

—El comandante Moon nos dijo en cierta ocasión que todos los asesinos están locos en cierto modo —repuso su marido—. Creo que ella no tenía ningún tipo de trastorno salvo en un punto en concreto. Creía que tenía que vengar la muerte de su madre y en ese sentido sí estaba loca. Mató a Higgins y silenció a Bates. Después, cuando volvía a recuperar la normalidad y a ser feliz con William, de pronto se enteró de que él también fue uno de los «asesinos» de su madre y eso la llevó al límite, al borde de la auténtica locura. Pensad en cómo se comportaba entonces... Siempre estaba pálida y tensa, llorando, inquieta o histérica e incapaz de comer o dormir. En ese momento lo achacamos a su obsesión con que William podía haber muerto por la anestesia, claro, pero aun así no era normal si lo pensáis bien.

—Tenía que ser una excelente actriz para engañarnos a todos durante tanto

tiempo.

—Cockrill dice que su madre era una mujer muy teatral. No es que se subiera nunca a un escenario ni nada parecido, pero al parecer siempre estaba actuando en su vida privada. Supongo que Esther llevaba en la sangre esa habilidad para el espectáculo.

—Pero era tan dulce y tan amable... Todo eso era verdad —insistió Frederica—. ¿Cómo íbamos a imaginar que era una..., que no era normal?

—Podríamos haber notado algo —intervino Woods—. Estaba muy rara cuando volvió al hospital tras la muerte de su madre, Freddi. Se le olvidaban las cosas y estaba confusa y nerviosa, siempre llorando por las esquinas. Estoy segura de que no dormía nunca, la oía revolverse en la cama toda la noche. Con el tiempo mejoró, claro, y pensamos que era por la conmoción y la pena y que lo superaría. Pero estaba muy unida a su madre y tuvo que suponer una experiencia de lo más espantosa esperar días enteros, literalmente, a que la rescataran.

—Muchos otros han pasado por lo mismo en esta asquerosa guerra —replicó Frederica.

—No se puede comparar el sufrimiento de las personas —afirmó Eden con sobriedad—. Que mucha gente haya vivido la misma experiencia no hace que fuera mejor para Esther. Tuvo que pasar por un infierno. Y luego, cuando puede que estuviera recuperándose y volviendo a la normalidad, ingresan a Higgins y ella lo reconoce como el responsable del equipo de rescate que se negó a seguir buscando a su madre. Estoy convencido de que el viejo tenía sus razones: no podía sacrificar a sus hombres por una causa perdida. Pero es evidente que ella solo podía pensar en que, si no hubieran esperado al equipo de derribo, podrían haber salvado a su madre. Y es probable que la hubieran salvado, de hecho, porque sobrevivió durante dos días, pero lo que Esther no tuvo en cuenta fue el hecho de que, en cualquier caso, el equipo de rescate ordinario nunca habría podido llegar hasta ella.

—¿Por qué Higgins no reconocería a Esther en la enfermería?

—Supongo que la primera vez que la vio, en aquel bombardeo, ella estaría cubierta de polvo; había estado quitando escombros con todos los demás. Él se limpiaría un poco antes de ir a hablar con ella. Y William igual... Estaba trabajando allí, pero no se vieron sino cubiertos por toda aquella suciedad.

—Yo sigo sin entender cómo ella no se dio cuenta de que William venía del mismo sitio que Higgins cuando ingresaron —dijo Woody—. Todos los demás lo sabían. Yo lo sabía. No sé por qué o quién me lo dijo, pero creo que siempre supe que la fractura de tibia y peroné era uno de los hombres que habían resultado heridos en el centro de prevención de ataques aéreos.

—Ese mismo día una bomba cayó sobre un bar en Godlistone —sugirió Eden—. Supongo que en su mente lo relacionaría con William y su cerveza. Imagino que en aquel momento solo podía pensar en Higgins y en qué hacer al respecto.

—Higgins insistía aquella noche en que todos sus compañeros habían muerto —

recordó Freddi—. No se dio cuenta de que aún estaban intentando sacar a William y William estuvo inconsciente la mayor parte de la noche con los sedantes y la morfina. Cuando se despertó, Higgins ya estaba rodeado de los equipos de Rayos y lo estaban preparando para su operación... Puede que ni siquiera llegara a ver a William. Pensaba que era el único que había sobrevivido.

—Quizá eso obsesionara a Esther. Todos los demás habían sido castigados y Higgins tampoco podía eludir su pena, sobre todo cuando había sido él quien había dado la orden de detener la búsqueda.

—No me extraña que Higgins oyera todo lo que pasaba en el control, justo a su lado —comentó Barney, que aún no sabía con seguridad «todo» lo que había pasado allí—. Esther no le dio su dosis de morfina. Supongo que le pondría una inyección de agua estéril para que sufriera toda la noche como su madre había sufrido durante tres días enteros... Y luego, cuando se fue de la enfermería, vio uno de los botes de pintura del coronel y de pronto la idea tomó forma en su cabeza.

Parecía algo sórdido pedir más cerveza en medio de aquella conversación que se había apoderado de lo que no iba a ser más que una sencilla tarde de descanso, pero Eden tenía calor y mucha sed y se levantó con discreción para regresar poco después con cuatro pintas oscilando en sus manos.

—... debió de ser horrible para ella estar ahí y ver morir a Higgins —decía Freddi en ese momento.

—Tenía un aspecto espantoso. Recuerdo que durante la operación previa a la de Higgins tuve que hacer que se sentara —rememoró Woods—. Pero solo pensé que tendría el estómago revuelto; era la primera cirugía abdominal que veía.

—Y el pobre Higgins daba pena, no dejaba de llamarla «señorita».

—La viuda le dijo al inspector Cockrill que Esther había sido cruel con su marido —apuntó Eden—. Puede que fuera la única en darse cuenta de lo que a todos los demás se nos pasó por alto.

—Pero Esther no era cruel —insistió Woody con vehemencia—. No disfrutó haciendo lo que hizo. Es solo que tenía esa... fijación, lo llamó el inspector. Creía que estaba mal no vengar a su madre.

—No mató a la enfermera Bates para vengar a su madre. La mató para que no la descubrieran.

—Sí, pero porque tenía esa idea en la cabeza. Estaba convencida de que había hecho lo correcto, creía que no tenían que castigarla por ello. Es como si se lo debiera a su madre, ¿entiendes?

—Yo no —admitió Freddi.

—Sí, yo sí lo entiendo —repuso Gervase—. Es como si su venganza perdiera fuerza si la descubrían y la castigaban por ello. También es verdad que en ese momento se sentía más feliz, había encontrado a William y puede que quisiera vivir, pero creo que la razón principal era la otra, el verdadero motivo por el que intentó que no la descubrieran. Por eso empezó a hacer acopio de morfina; se había

convertido en una obsesión para ella que no la detuvieran y prefería suicidarse. No creo que le importara mucho hacerlo, pero sin embargo no habría podido asumir el castigo.

Frederica, que estaba acostumbrada a referirse a sus pacientes con cierto oprobio y a expresarse con un desdén un tanto sarcástico, fue la primera en escandalizarse por esa falta de ética en la práctica de la enfermería.

—Pensar que dejó sufrir a esos hombres para quedarse con la morfina... Es horrible, no puedo perdonarle a Esther esa parte. Para mí, es lo peor de todo.

—No se la quitaba toda, Freddi. Les daba la mitad de las dosis y cosas así. En total, en las tres noches que estuvo haciendo tu turno, podría haber conseguido digamos cuatrocientos ochenta miligramos. Si se quedó con la mitad, más los ciento veinte miligramos del armario y los quince que te cogió de la bolsa de la máscara antigás el día que intentamos salir a dar un paseo con el coche, y que hasta entonces no sabía que tenías, debía de tener trescientos setenta y cinco... Más los quince miligramos que no le dio a Higgins. Una cantidad sin duda suficiente para matarla, sin contar con que consiguiera inyectarse una parte en vena.

—Por eso murió tan rápido.

—Exacto. De lo contrario habría estado horas en coma y qué sé yo. No creo que Moon hubiera podido salvarla de ninguna manera con la inyección de estriknina, pero supongo que el pobre viejo hizo lo primero que se le vino a la cabeza. Si conseguía mantener a Cockrill alejado un momento, a lo mejor lograba reanimarla, pero...

—Cuando el inspector entró en la sala de anestesia antes de que pudiera darle el antídoto, los dos exclamaron: «Gracias a Dios».

—Sí, Moon debió de percatarse de que ya no podía hacer nada por la pobre Esther. Era mejor que muriera rápido.

—Pero Gervase, es evidente que Cockrill ya sabía en ese momento que Esther había matado a Higgins y a Bates.

—No sabemos si Moon se dio cuenta de ello. Creo que estaba convencido de que el inspector sospechaba de él. Acordaos de cómo impidió que Esther confesara. Me temo que se habría inculcado de los dos asesinatos solo para salvarla. Después de todo no le importaba mucho vivir, ni siquiera entonces.

—Así que, ¿no fue la bicicleta del cartero la que vio cuando murió su hijo?

—No, no, claro que no —aseguró Barnes—. Cockrill solo estaba intentando poner a Esther contra las cuerdas, presionarla para que confesara la verdad. Aunque es cierto que hace diez o quince años, cuando mataron al chico de Moon, los carteros rurales llevaban bicicletas rojas. Pero no, él vio una de color plateado que pertenecía a un tipo de su barrio, la vio brillar bajo la luz del sol. Me lo contó muchas veces.

Gervase se puso en pie.

—¿Os apetece tomar otra?

—No, oye, Eden, me toca a mí...

Woody se dio unas palmaditas sobre el diafragma.

—Si bebo más, yo personalmente explotaré y parecerá que empieza otro bombardeo.

—Tienes una forma encantadora de decir las cosas, querida —se burló Gervase.

Se levantaron todos y se alejaron caminando por la carretera. Freddi y Barney iban cogidos del brazo.

—Cuéntame cosas del hospital, Woody. ¿Cómo te va? —le preguntó su amiga.

—Es todo demasiado triste sin ti. Sin ti y sin Esther. Ahora comparto la cabaña con Mary Bell y con una espantosa chica nueva que se llama Bassett. Mary es simpática y limpia y se comporta de una manera normal, duerme con la ventana abierta y esas cosas, pero Bassett es horrible. La comandante intentó endosarnos a Hibbert, pero le dije: «Señora, usted sabe que Hibbert duerme en ropa interior, recuerdo cómo la llevó una noche al refugio de esa guisa. Tiene que admitir, señora, ¡que Hibbert es más de lo que podemos aguantar!». Así que me contestó muy amable que podía acomodar a Bassett con nosotras en su lugar. Pero a veces Mary y yo deseamos que hubiera venido Hibbert, con su ropa interior y todo.

—¿Pues qué le ocurre a esa tal Bassett?

—Hace un ruido muy raro con la nariz por las noches. Supongo que de ahí le viene el nombre a su familia. Esos perros siempre están olfateando algo, ¿verdad, Gervase?

—¿Quién olfatea siempre qué?

—Esos perros, los basset o los basset hound o como los llames tú.

—Yo no los llamo de ninguna manera, Woody —declaró Eden—. Sabes que no se me dan muy bien las ciencias naturales.

Frederica se paró de pronto en mitad de la carretera.

—¡Dios mío, Woody! Hablando de ciencias naturales... ¡Se me ha olvidado decirte que estoy embarazada!

Woody pensaba que Gervase no dejaría nunca de reírse.

—Eres terrible —le recriminó cuando se separaron de la pareja y se fueron solos hacia el hospital—. Que Frederica vaya a tener un hijo es una cosa muy seria, ya has visto que Barney está tan orgulloso y tan contento como un niño con zapatos nuevos. ¿Por qué tienes que reírte así?

—Es que ha sido tan propio de Freddi, esa forma de soltarlo en mitad de la carretera. Además, ninguna señorita de bien revelaría su secreto seis meses antes. «Woody, hablando de ciencias naturales... ¡estoy embarazada!».

Y estalló de nuevo en carcajadas.

—Pues yo creo que es maravilloso y voy a empezar ya mismo a tejer un trajecito de lana.

—Deberías tener tu propia familia para la que tejer trajecitos de lana, Woody.

—¿Quién, yo? ¿A mi edad? —se sorprendió Woody, y esta vez fue ella la que se

echó a reír.

—Sí, ya es hora de que dejes la enfermería, te cases y sientes la cabeza. Creo que tendrías unos niños muy simpáticos; graciosas criaturitas con ojos redondos y brillantes y el pelo ensortijado como los negritos. Es más, creo que serías una gran madre y una estupenda esposa.

—¿En serio, Gervase? —le preguntó ella, que se había metido las manos en los bolsillos porque habían empezado a temblarle.

—Lo digo de verdad.

Las manzanas colgaban verdes y tiernas de las ramas de los árboles y el aire tenía el dulce olor del atardecer en un día de verano. Caminaban en silencio por aquel camino de tierra y en los campos vecinos los conejos se sentaban a verlos pasar y se frotaban las negras naricillas con sus pequeñas patas peludas. Los últimos rayos de sol brillaban sobre los blanqueados troncos de los manzanos y las dedaleras y los coloridos petirrojos trataban de retenerlos según pasaban por su lado, como para mantenerlos dentro del cuadro de aquel mágico crepúsculo en el condado de Kent.

—¿En serio, Gervase? —repitió Woody en voz baja.

En ese instante su rostro había rejuvenecido de nuevo con la luz y la esperanza de una frágil e incrédula felicidad.

—De verdad. Eres tan... Bueno, «valerosa» es una palabra muy manida, pero siempre he pensado que eres una persona valerosa, Woody. Alegre y valerosa. A veces la vida no te trata muy bien, y sin embargo nunca te muestras decepcionada, dolida ni asustada. Levantas la cabeza y haces una broma, y nadie se entera de que algo ha podido romperse en tu interior. —Eden se agachó a coger una piedrecita y se la tiró a un conejo, que giró el pequeño rabo blanco y salió del camino dando saltitos sin ninguna prisa. Luego la cogió del brazo y, según seguían avanzando, añadió con una sonrisa—: Creo que el hombre que acabe casándose contigo va a ser un tipo muy afortunado.

La luz desapareció del rostro de Woody, pero sus pasos no titubearon y, si había lágrimas en sus ojos, no se derramó ninguna. «Siempre he pensado que eres una persona valerosa, Woody. Alegre y valerosa». Así que levantó la cabeza, hizo una broma, y nadie se enteró de que algo había podido romperse en su interior.

Entre risas y charlas continuaron subiendo la colina y, si el fantasma de un viejo cartero se esforzaba por empujar su bicicleta delante de ellos, llevando en la mano una carta firmada con el nombre de su propio asesino, no se dieron cuenta.



CRISTIANNA BRAND (1907, Malaya - 11 de marzo de 1988). De nacimiento Mary Christianna Milne, creció en la India; tuvo varias ocupaciones diferentes, incluyendo modelo, bailarina, dependiente de tienda e institutriz. Brand también escribió bajo los seudónimos Mary Ann Ashe, Annabel Jones, Mary Roland, y China Thomson. Christianna Brand fue presidenta de la Crime Writer's Association (Asociación de escritores policíacos) en 1972 y 1973.

Su primera novela, «Death in High Heels», la escribió mientras Brand trabajaba como vendedora, surgiendo su idea de sus fantasías de eliminar a un molesto compañero de trabajo. El Inspector Cockrill de la Policía de Condado de Kent, apareció por primera vez en el libro «Heads you lose» en 1941, siendo uno de sus más apreciados personajes. Este personaje aparecería posteriormente en otras siete de sus novelas. La novela más famosa de Brand es «Green for Danger» (Verde por peligro). Esta obra de tipo “averigua quién es el asesino”, se desarrolla en un hospital de la Segunda Guerra mundial, fue adaptada al cine por Eagle-Lion Films en 1946, protagonizada por Alastair Sim como el Inspector. Brand interrumpió la serie al final de los años 1950 y se concentró en otros varios géneros e historias cortas. Fue candidata en tres ocasiones a los Premios Edgar: por el relato corto «Poison in the Cup» (EQMM, feb. 1969), por «Twist for Twist» (EQMM, mayo 1967) y por una obra no de ficción sobre un caso de un asesinato escocés, «Heavens Knows Who» (1960). Brand es también la autora de la serie de cuentos para niños «Matilda» la enfermera, adaptada al cine por Emma Thompson en la película Nanny McPhee (2005).

Sus cuentos con el Inspector Cockrill y una obra de teatro anteriormente inédita se reunieron en la obra «The Spotted Cat and Other Mysteries from Inspector Cockrill's Casebook», editada por Tony Medawar (2002).